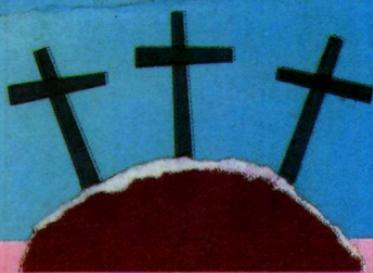


LA DOCTRINA
BIBLICA
SOBRE LA CRUZ
DE CRISTO



Horacio A. Alonso

**Doctrina bíblica
sobre la
Cruz**

**Significado de la muerte
de Cristo según los
vocablos bíblicos**

Horacio A. Alonso

Doctrina bíblica sobre la Cruz

**Significado de la muerte
de Cristo según los
vocablos bíblicos**



editorial clie

«Theologia crucis, theologia lucis»

La teología de la cruz es la teología de la luz

ÍNDICE GENERAL

Introducción	13
Prólogo	17

Capítulo I: LA REDENCIÓN

I- La redención representa la obra de la cruz desde el punto de vista del precio que hubo que pagar para rescatar al hombre	21
II- Vocablos que expresan la redención	25
III- La esclavitud del pecador y la maldición de la ley	29
IV- Un gran precio ha sido pagado por nuestras almas	31
V- Las definiciones sobre la redención	34
VI- Porque ha sido redimido al alto costo de la sangre de Cristo, el creyente es llamado a ser un hombre de Dios	36
VII- La redención es el acto por el cual Cristo nos ha hecho suyos	40

Capítulo II: LA EXPIACIÓN

I- La enseñanza del liberalismo teológico	46
II- La expiación representa la obra de la cruz desde el punto de vista de la culpabilidad del pecador.	48
III- El trasfondo de la expiación es fundamental para entender el significado del sacrificio de Cristo.	50
IV- Porque fue crucificado conforme a las Escrituras, podemos regocijarnos en el hecho de que ni aun en el Gólgota Cristo pudo ser derrotado	53

Capítulo III: LA PROPICIACIÓN

I- La propiciación representa la obra de la cruz desde el punto de vista de la satisfacción que Dios ha de recibir, antes de que pueda extender su misericordia a los hombres	60
---	----

EX LIBRIS ELTROPICAL

Libros CLIE
Galvani, 113
08224 TERRASSA (Barcelona)

DOCTRINA BÍBLICA SOBRE LA CRUZ

© por el autor: Horacio Alonso

Depósito Legal: B. 5.999-1990
ISBN 84-7645-390-6

Impreso en los Talleres Gráficos de la M.C.E. Horeb,
E.R. nº 265 –Polígono Industrial Can Trías,
c/Ramón Llull, s/n– 08232 VILADECAVALLS (Barcelona)

Printed in Spain

II-	La polémica planteada en torno al concepto mismo de propiciación.	62
III-	La propiciación y la ira de Dios	66
IV-	Con esta escena de fondo sobre la ira, Pablo presenta el Evangelio	71
V-	Análisis de los vocablos relacionados con la propiciación en el Antiguo Testamento, en la LXX y en el Nuevo Testamento	73
VI-	La propiciación es el sacrificio que restablece la relación perdida entre el hombre y Dios	80
VII-	La exégesis de Romanos 3:25	82
VIII-	Dios ha enviado a su Hijo en propiciación por nuestros pecados, y esto proviene de su grande, infinito amor	85
IX-	El propiciatorio era un lugar de aceptación, y era también un lugar de revelación de Dios como el Señor Soberano.	92

Capítulo IV: LA RECONCILIACIÓN

I-	La reconciliación representa la obra de la cruz desde el punto de vista de la enemistad del hombre contra Dios, y de la necesidad de que esa alienación sea cambiada	95
	1. Los vocablos bíblicos	95
	2. La base de la reconciliación	98
II-	Análisis de los principales pasajes.	101
	1. La reconciliación en la enseñanza de Cristo.	101
	2. Análisis de Ro. 5:8-10	107
	3. Análisis de 2 Co. 5:18-21	110
	4. Análisis de Ef. 2:14-18. El acceso a Dios	115
III-	Distinción entre justificación y reconciliación	119
IV-	Alcance de la reconciliación	120
	1. ¿Ha sido Dios reconciliado?	120
	2. El alcance cósmico de la reconciliación	126

Capítulo V: LA REGENERACIÓN

I-	Doctrina bíblica de la depravación total del hombre.	129
II-	Análisis de Tito 3:5.	134
III-	El agente y el instrumento de la regeneración	139
	1. El concepto de hijos de Dios	139
	2. Análisis de Jn. 3. 5	145
	3. Análisis de 1 Pe. 1:3-23	148
	4. Análisis de Stg. 1:18.	152
	5. Análisis de Ef. 5:26	156

IV-	El Nuevo Pacto.	160
	1. Las profecías	160
	2. Concepto de Pacto	162
	3. El Pacto del Sinaí y el Pacto de gracia.	163
	4. La verdadera simiente de Abraham	165
	5. Las bendiciones del nuevo Pacto	168
	a) El perdón de los pecados	169
	b) El acceso a la presencia de Dios. El conocimiento de Dios	171
	c) La Palabra de Dios en los corazones	172
	d) El don del Espíritu Santo	173
	e) Amplitud y universalidad de las bendiciones del nuevo Pacto.	173
	6. La sangre del pacto eterno	174
	7. El Fidor y Mediador del nuevo Pacto.	176
V-	Una nueva creación tiene que provenir de Dios. Análisis de 2 Co. 5:17	180

Capítulo VI: LA JUSTIFICACIÓN POR LA FE

I-	La justicia que despliega el Evangelio es más que la descripción de un atributo divino. La justicia de Dios es la que se ha desplegado para la salvación del hombre culpable	187
II-	Los elementos que constituyen la justificación	191
	1. La atribución o imputación al pecador de la justicia de Cristo	191
	2. La remisión de la pena del pecado.	193
	3. La restauración al favor y a la bendición de Dios	194
III-	La justificación representa la obra de la cruz desde el punto de vista de las demandas que han debido ser satisfechas para que Dios, sin abrogar la ley, pueda absolver a un culpable.	195
	1. La propiciación	195
	2. La sustitución	198
IV-	La exégesis de Ro. 3:21-26	202
V-	La cruz defiende la justicia de Dios en nuestra salvación, porque condena al pecado, pero lo condena para salvar al pecador	215
VI-	En la justificación Dios, el Juez de toda la tierra, declara que el impío que cree está cubierto eternamente con la justicia de Cristo.	219
VII-	Historia de la doctrina	229

1. La doctrina antes de la Reforma	229
2. La Reforma.	231
3. La doctrina católica	231
4. Doctrina de Karl Barth y la de algunos liberales	233
5. Doctrina de los arminianos	234
VIII- La fe que justifica	235
IX- La justicia del Evangelio en la enseñanza de Cristo.	239
X- La fe y las obras en las enseñanzas de Pablo y Santiago.	244
1. El supuesto conflicto entre fe y obras	245
2. La cita fundamental de Gn. 15:6 revela que detrás de la fe hay un acto declarativo de Dios	246
a) El pensamiento de Santiago	246
b) El pensamiento de Pablo	247
c) La exégesis que Pablo hace en Gálatas sobre la promesa de Dios a Abraham	248
3. La enseñanza de Pablo y de Santiago no es contradictoria sino complementaria.	249
4. La fe que salva es una fe que obra	254
XI- «Sola fide».	255
XII- La enseñanza apostólica rechaza de plano la idea de que la justificación pueda descansar, aunque sea en parte, en las obras o en la justicia inherente del hombre regenerado	259
1. El origen de error con respecto a esta doctrina	260
2. En parte, estos errores provienen del hecho de que se confunden y se mezclan enseñanzas que la Biblia distingue claramente.	265
a) Diferencia entre justificación y santificación.	265
b) Diferencia entre justificación y arrepentimiento	266
c) Diferencia entre justificación y regeneración.	267

Capítulo VII: LA GRACIA

I- Vocablos que expresan la gracia	269
II- Las manifestaciones de la acción divina en el Antiguo Testamento revelan que la gracia de Dios no es pasiva	278
1. La gracia en Génesis 3	279
2. La gracia de Dios hacia Noé	279
3. La gracia de Dios alcanza mayores alturas en la promesa a Abraham	280
4. La gracia de Dios y los sacrificios del Antiguo Testamento.	281
III- La generosidad de Dios alcanza un gran esplendor en la elección de Israel	282

IV- La manifestación suprema de la gracia.	285
V- La gracia de Dios no carece de propósito, busca establecer una relación personal	288
1. Esta relación ha sido establecida sobre la base de la obra de la cruz	288
2. Esta relación se establece por medio de la Palabra de Dios	288
3. Esta relación se determina por lo que Dios es	290
4. Esta relación trae al hombre desde el exilio y le reconcilia con Dios	291
5. En esta relación Dios establece un vínculo, una unión, que está basada en el amor	291
6. Dios puede ahora habitar en medio de gente pecadora	292
7. Otra característica de esta relación entre el creyente y Dios, es que tiene algo de vital: afecta a la potencia creadora, y es obrada por el Espíritu de Dios	293
8. Otra característica de esta relación es que transforma la vida y la orienta para servir a Dios	294
VI- La gracia le enseña al pecador creyente que él es ahora otro hombre, y que vive en otro mundo	295
VII- El significado fundamental de la gracia	296
VIII- El alcance inmenso de la gracia	299
IX- La gracia en la enseñanza de Cristo	301
X- La gracia reina.	306
XI- Para comprender lo que la gracia de Dios es, es necesario entender lo que el hombre ha hecho de sí mismo. La doctrina bíblica de la depravación total del hombre	310
XII- «Sola gratia»	316
XIII- Se necesita la gracia de Dios para despertar al alma a la realidad de lo que somos sin Dios	319
XIV- ¿Cómo obra la gracia de Dios?	320

Capítulo VIII: LA FE

I- El concepto de fe en las Sagradas Escrituras	325
1. Vocablos bíblicos que expresan la fe	325
2. La esencia de la fe	330
3. Los elementos de la fe	336
4. La base de la fe.	339
5. El objeto de la fe	341
6. La fe viva	345
7. ¿Existe una definición de fe?	350
8. La fe como don de Dios.	357

9. La fe es convicción	361
10. La fe es la aceptación del mensaje del Evangelio, y es la respuesta a ese mensaje	365
11. Acercándonos a Dios por medio de la fe	367
12. El efecto de la fe	369
a) La fe es la entrada del hombre a una nueva relación como hijo de Dios	369
b) La fe trae salvación porque comunica la vida de Dios.	370
c) Por medio de la fe el hombre es justificado.	371
d) La fe une al pecador con Cristo	372
e) La fe trae paz al corazón	373
II- La importancia suprema de la fe	375
1. La fe coloca al hombre bajo un nuevo señorío	375
2. En la salvación del pecador la fe glorifica a Dios y solamente a Dios	377
III- La fe es un compromiso con Cristo, porque esta fe no consiste en una adhesión intelectual al credo de una iglesia, sino que establece una relación con una persona divina	378
1. El propósito de la fe es que el hombre reciba lo que Dios ofrece.	381
2. La vida de fe comienza el día de nuestra conversión a Cristo porque la fe que salva no consiste en un mero asentimiento al credo de una iglesia, sino que la fe constituye una relación vital	383
IV- Romanos 10:8-17 revela cuál es el método de Dios para conducir a los hombres a la fe	386
1. La «palabra de fe»	386
2. Que se haya de creer con el corazón y de confesar con la boca subraya la profundidad del acto de fe	386
3. La investidura de Cristo con un Señorío eterno debe ser predicada, para que el hombre descubra en la predicación, la gracia y la gloria de Cristo	388
4. Todos los hombres están igualados en su ruina, pero para todos Dios ha provisto una salvación sin límite.	391
5. El rechazamiento del Mesías por Israel no se explica por la ignorancia sino por la desobediencia.	394
6. ¿Cómo llega un hombre a la fe?	395
a) Para llegar a la fe un hombre tiene que permitir que Dios obre en su corazón	395
b) El hombre pecador tiene que permitir que Dios le hable del pecado, porque el propósito de Dios no es afligirlo sino llevarlo al arrepentimiento	396

c) La fe salvadora es un principio activo, porque exige del hombre una respuesta al llamado que Dios le hace.	396
7. El Evangelio debe ser comunicado a la mente de los hombres a través de la instrumentalidad de la Palabra de Dios.	398
a) ¿De qué depende que la fe sea un compromiso personal?	398
b) ¿De qué depende que los que oyen lleguen a una comprensión espiritual del mensaje del Evangelio?	402
c) ¿De qué dependen la vitalidad y la eficacia de la predicación?	404
8. ¿Qué podemos hacer para que nuestra predicación tenga vitalidad?	406
Bibliografía	409
Abreviaturas	416
Índice temático.	420
Índice de textos bíblicos.	424

INTRODUCCIÓN

Este libro es el resultado de varias convicciones del autor. La primera es que la muerte de Cristo, en su carácter de expiación por el pecado, es la gran doctrina de la Biblia. La cruz es la obra más grande que ha surgido de la mente y del corazón de Dios. Es la expresión más severa del juicio divino sobre el pecado, pero es al mismo tiempo, la manifestación suprema del amor de Dios.

La cruz es un hecho de repercusiones eternas, ordenado por Dios; es un acontecimiento sin paralelo, porque no existen eventos históricos que puedan ilustrarlo, o que puedan ser comparados con él.

No existe mente humana que pueda captar totalmente el hecho de la cruz. Sin embargo, aunque se trata de un acontecimiento sublime por su magnitud y por su gloria, la Escritura exhorta a escudriñar su significado y a predicarlo a todos los hombres.

El autor se ha preguntado qué significa la cruz de Cristo; la única respuesta puede encontrarse en los vocablos fundamentales que utilizan los autores inspirados para explicar el significado de la muerte del Hijo de Dios.

Así como ningún evento histórico es suficiente para ilustrar cabalmente la muerte de Cristo, así ni siquiera una única palabra de la Biblia lo es. Hacen falta todas ellas para poder tener el cuadro acabado que la Escritura presenta sobre el hecho de la cruz. Esta es otra convicción fundamental, porque subraya la armonía doctrinal de las Escrituras, armonía que converge en el Señor crucificado.

Aún otra convicción consiste en la necesidad de oponerse, tenazmente, a los intentos que se hacen para cambiar determinados vocablos bíblicos, con el pretexto de que pertenecen a otras culturas y que no tienen significado para el hombre moderno. Es convicción del autor, que Pablo se dirigió a los romanos y a los griegos utilizando vocablos del sistema sacrificial judío, porque el Espíritu Santo no quiso renunciar al rico patrimonio espiritual que esos vocablos transmitían. No debe permitirse que se nos robe ningún vocablo consagrado por la Biblia. Las palabras como «redención», «sangre», «expiación», «propiciación», «justificación», deben ser retenidas en el texto bíblico, y deben ser luego explicadas para el hombre de hoy. Esta es la tarea del púlpito, esto es, del ministerio de la Palabra de Dios.

Otra convicción del autor es que para penetrar en el significado espiritual de Cristo y de su obra, hace falta la dependencia total del creyente con respecto al Espíritu de Dios. El Espíritu utiliza, en primer lugar, el texto original en que la Escritura fue dada. El, que inspiró las Escrituras, es su mejor intérprete a nuestras almas.

El Espíritu realiza una función de iluminación; esto no quiere decir, como algunos pretenden, que exista tal cosa como un don exclusivo de unos pocos para que, sin estudio y sin disciplina, capten el sentido del texto. Esta noción carece de fundamento bíblico y, además, ignora que sin disciplina no se aprende nada serio. La función que sí cumple el Espíritu Santo es la de iluminar el entendimiento para que capte la revelación objetiva y perciba el significado espiritual del texto original, porque «toda Escritura tiene el sople de Dios» (2 Ti. 3:16). En este sentido, es fundamental la consulta a las enciclopedias bíblicas, a los diccionarios expositivos de palabras bíblicas y a las obras de los exegetas del pasado y del presente; la tarea de iluminación el Espíritu la aplica también en el estudio detenido de la abundante literatura que es patrimonio precioso de la Iglesia de todos los tiempos. El autor ha recibido enseñanza considerable de las obras de

Trenchard, Lacueva, Chafer, C.H.M., Hendriksen, Campbell Morgan, en nuestra lengua castellana. Y la ha recibido también de autores en otras lenguas, como Denney, Hodge, Bruce, Moule, Ryrie, Lloyd-Jones, Newell, Ridout, Morris, Stott, Robertson, Wuest y Vine. Es convicción del autor que los buenos libros son buenos cuando ayudan a entender el texto bíblico, cuando clarifican qué ha dicho Dios.

Es convicción del autor que el poder del Espíritu obra por medio de la verdad y nunca aparte de la verdad y que el estudio exegético del texto bíblico, y no la imaginación, es el único fundamento serio del conocimiento espiritual. El Espíritu Santo, que bendijo el ministerio oral de hombres de Dios, lejos de prescindir de las obras escritas por ellos, las sigue utilizando para esclarecer el significado más profundo del texto original. La labor de los exegetas y de las editoriales, en este sentido, tiene que ser enfatizada.

Otra convicción fundamental consiste en que la predicación moderna corre un gran peligro, que es la tendencia a predicar sobre temas «de actualidad», con el argumento de que eso es lo que atrae a la gente y lo que realmente le interesa. El autor contesta que, cuando el predicador se aparta de la Biblia, su mensaje pierde penetración y pierde autoridad. Pero, más todavía, piensa que lo que hay que dar a la gente es lo que Dios ha revelado, y eso que Dios ha revelado, eso es lo que la gente necesita.

La experiencia del autor al encarar este estudio ha sido la común a toda tarea larga, minuciosa, que demandó algunos años de estudio. Pero, al mismo tiempo, ha sido una tarea altamente remuneradora, porque fue advirtiendo, sin habérselo propuesto, que el estudio de los vocablos bíblicos que explican la cruz era el mejor material de que podía disponer para su devoción personal, cada día. La exposición ante el público del resultado de tal estudio es, apenas, un subproducto, y no el más importante, del trabajo. El principal efecto del estudio tiene que verse no en el púlpito sino sobre el alma y sobre el carácter. No hay nada comparable a la

riqueza del texto revelado por Dios, en su efecto sobre el alma y en su influencia enriquecedora sobre el ministerio de la Palabra.

El trabajo fue arduo, pero significó oportunidades nuevas de contemplar al Hijo de Dios sufriendo, muriendo y resucitando por el hombre.

El autor agradece la colaboración de Ángel García, Juan García, Antonio de Vita, Percival Hamilton, Ronaldo Hussey y Guillermo Robertson, que le estimularon a escribir u ofrecieron valiosos comentarios. Vaya una palabra de agradecimiento para Reynaldo Pasquet y su familia que, en su casa en La Lucila del Mar, brindaron un clima adecuado para que muchas de estas páginas vieran la luz.

Gobernado por estas convicciones, el autor entrega esta obra al pueblo de Dios; lo hace con el deseo de que pueda ayudar a algunos para su devoción personal y a otros para arraigar en sus almas una visión escritural de la cruz sea la que fundamente la predicación de Cristo, y de éste crucificado.

Buenos Aires, marzo de 1988.

PRÓLOGO

No conozco personalmente a Horacio A. Alonso ni he leído ningún otro libro suyo, pero éste que tengo ante mis ojos basta para acreditarle como teólogo bíblico de primerísima clase.

El autor no ha podido escoger mejor asunto para su pluma en esta ocasión. La cruz de Cristo es el núcleo del Evangelio y, por tanto, ha de serlo también de la predicación.

Pero el contenido de este libro va mucho más allá de lo que podría insinuar, a primera vista, su título. Horacio Alonso nos ofrece aquí un tratado completo acerca de lo que la Biblia nos enseña sobre la realización de la salvación y su aplicación, por obra del Espíritu Santo, a todo pecador que se acerca por fe a la Cruz del Calvario.

Redención, expiación, propiciación, reconciliación, regeneración, justificación, fe, gracia, son términos bíblicos que hacen referencia a doctrinas de sin par relevancia, sobre las que todo cristiano y, en especial, todo predicador y maestro, necesita tener ideas muy claras, convicciones muy firmes y vivencias capaces de permear toda la conducta. Con una información casi exhaustiva, Horacio Alonso ha desarrollado esos conceptos de una forma realmente magistral y partiendo siempre del análisis textual y contextual del original hebreo y griego de las Escrituras.

Después de uno de esos análisis, dice él mismo (pág. 390): «Esto es exégesis. La exégesis es más ilustrativa para exhortarnos y para orientar la vida que cualquiera de nuestras ilustraciones lacrimógenas.» ¡Bien dicho, hermano! ¡Siga por ese camino, que no errará!

Quienes me conocen bien, podrán imaginarse mi gozo al leer, en la página 262, el párrafo siguiente:

«Sin doctrina no hay iglesia, sin doctrina no hay vida cristiana. Si separamos las doctrinas en partes, y luego consideramos cualquiera de sus partes en lo abstracto, sin referencia a las conexiones vivas del todo, siempre nos desviamos. El análisis en partes es necesario para pensar claramente, pero el pensamiento analítico se desvía cuando se olvida la unidad vital de las doctrinas cristianas.»

Por desgracia, hay todavía muchos hermanos, mal orientados o mal aconsejados, que miran con recelo todo lo que suene a «teología», sin percatarse de que la Teología Bíblica no es más que el resultado de poner unas al lado de otras todas las porciones de la Escritura que tratan de un mismo concepto, a fin de que la enseñanza misma se clarifique en la perspectiva total. Mantenerse en una «docta ignorancia», a la espera de que el Espíritu Santo les sople al oído la interpretación correcta de una porción, sin tomarse el esfuerzo de estudiar, es una de las mayores necesidades en que un creyente puede incurrir; y en el caso del predicador, eso significa, ni más ni menos, tentar a Dios. ¡Y todavía hay quienes invocan Mateo 10:19, 20; Marcos 13:11 en apoyo de su ignorancia o de su pereza! ¡Lean el contexto! ¡No se trata de subir al púlpito, sino de dar testimonio ante los tribunales!

Permítaseme citar otro gran párrafo (págs. 57, 58) que me ha emocionado:

«Dicho sea de paso: mucho de lo que escuchamos como predicación no lo es. ¿Por qué? Porque no siempre se confía en las grandes ideas de la Biblia. Mucho de lo que se escucha indica que se confía a veces en las ilustraciones y en ideas aparentemente atractivas. Se piensa que la gente está cansada de escuchar sermones y se apela a lo que aparentemente le interesa. Cuando así se piensa se está ignorando que la Biblia es la única que tiene capacidad para captar el corazón humano.

Notemos que esto es lo que el Señor enseña: que la muerte suya sería la manera en que Él atracría a los hombres. Hay algo en la cruz que atrae. Yo no me atrevo a explicar qué es, y tal vez nadie puede explicarlo del todo. Pero algo sabemos. Sin duda sabemos lo que hay detrás de la cruz. Detrás de la cruz está el gran amor de Dios.»

Efectivamente, detrás de la cruz está el gran amor de Dios (v. Jn. 3:16, por ejemplo), como está en la cruz el amor de Cristo, al «morir por todos» (2 Co. 5:14, 15). Esa «conclusión» hacía exclamar a Pablo: «*El amor de Cristo nos apremia*», nos urge, a llevar el mensaje de salvación a los perdidos. Para el gran apóstol, el asunto era de tan vital importancia que pudo exclamar (1 Co. 9:16): «*¡Ay de mí si no anuncio el Evangelio!*» La seriedad de esta función se pone de relieve en una cita que Alonso hace de Tozer (pág. 131):

«Los que predicamos el Evangelio no debemos pensar que somos agentes de relaciones públicas ... No somos diplomáticos, sino profetas; y nuestro mensaje no es un compromiso, sino un ultimátum.»

No me alargó más, pues no quiero que el lector se retrase en dirigir su atención al libro mismo. Al autor le deseo que el Señor le conceda gracia, tiempo y salud para seguir edificándonos con su pluma. A todo creyente y, en especial, a todo expositor de la Palabra, le exhorto a leer y releer, meditar y vivir este libro que, en mi opinión, representa una gran contribución a la literatura evangélica castellana.

FRANCISCO LACUEVA

I LA REDENCIÓN

(Efesios 1:1-7)
(Filipenses 2:5-14)

I- La redención representa la obra de la cruz desde el punto de vista del precio que hubo que pagar para rescatar al hombre.

1. La redención tiene por objeto a un esclavo. Su propósito es liberarlo.

La redención es la gran obra que Dios ha hecho para destruir los efectos del pecado.

En nuestro mundo la palabra «redención» no es una palabra común y, por lo general, la gente ignora su significado. En el mundo antiguo, cuando la Biblia fue escrita y cuando la carta fue dirigida a los efesios, la palabra «redención» tenía significado. El mundo antiguo estaba plagado de guerras, y lleno de esclavos. Cuando un pueblo vencía a otro, tomaba prisioneros; estos prisioneros podían ser enviados al mercado de esclavos y, bajo ciertas condiciones, las leyes antiguas prevenían la posibilidad de que un esclavo fuera redimido, fuera rescatado y sacado del mercado. Redimir significa, pues, rescatar mediante el pago de un precio.

2. La redención de que habla la Biblia es un acto de Dios, por el cual Dios mismo paga, como rescate, el precio que

exige su santidad debido al ultraje inferido por el pecado del hombre. Rescatar al hombre del pecado ha significado para Dios un costo elevadísimo: el costo de la vida y la muerte de Cristo.

La redención es el gran tema de toda la Revelación, por la cual el creyente ha sido rescatado de la culpa del pecado y de las consecuencias eternas de éste. La redención tiene que ver también con hechos futuros que incluyen la redención final de nuestros cuerpos. Pero abarca también una parte de la obra de Dios que ya ha comenzado en nosotros: comprende el rescate de la presencia del pecado en nuestra vida.

3. El significado de la redención se alcanza a percibir mejor cuando se tiene en cuenta lo que Cristo tuvo que venir a ser para constituirse en Redentor. La encarnación significó para Cristo un despojamiento divino. Cristo se despojó a sí mismo, y pasó de un estado de gloria a un estado de humillación. Con esto, Cristo vino a cumplir una de las condiciones que debía cumplir para poder ser Redentor, y era que el precio que debía pagar, la ofrenda que debía ofrecer, tenía que ser la de un ser libre.

Este despojamiento de Cristo no fue un despojamiento absoluto de los atributos divinos, porque está escrito que en Él habita toda la plenitud de la deidad corporalmente. En esto consistió la Encarnación: la deidad quedó íntegra en todas sus partes, pero subsistió en la forma humana. La vida de Jesucristo continuó siendo sobre la tierra la vida de Dios, pero fue un despojamiento divino. ¿Para qué? Para los fines de la redención.

Cristo se despojó a sí mismo para poder ser nuestro Redentor. Pudo tomar la forma humana porque la personalidad humana contiene algunos elementos esenciales de la personalidad divina. La conciencia de sí mismo que el hombre tiene, es semejante a la conciencia de sí mismo que Dios tiene. La inteligencia que Dios le dio, los sentimientos, la naturaleza moral del hombre y la voluntad del hombre, son

todos rasgos de su personalidad que, aun bajo el pecado, no ha perdido por completo, y por el hecho de que el hombre tenía y tiene ciertos elementos semejantes a la personalidad de Dios, la forma humana pudo albergar al ser eterno. Por este medio, Cristo cumplió la condición más importante que se requería para ser Redentor, que era la condición de que tenía que ser un pariente cercano de la víctima, de la persona que iba a ser redimida.

Cuando se trata del nacimiento virginal de Cristo, cuando la Palabra de Dios se refiere a este asunto sagrado y solemne, no estamos hablando de un asunto que esté meramente destinado a los niños cuando llega el tiempo de Navidad. El nacimiento del Hijo de Dios sobre la tierra, y su nacimiento virginal, tenía que tener lugar para que Él pudiera ser Redentor. La Encarnación fue un despojamiento divino, no para enternecer a nadie sino para los fines de la Redención. La Encarnación de Cristo revela entonces la capacidad de Dios para condescender a las condiciones humanas, y para poder redimir al hombre. Todos los pasos de su humillación fueron pasos que Él tuvo que dar para ser nuestro Redentor.

La Encarnación fue, además, un acto de pura gracia, que reveló hasta dónde puede llegar Dios en su amor sin límites. Cristo se apoderó de nuestra naturaleza en todas sus partes, con excepción del pecado. Entró y moró en la humanidad y, como dice uno de los escritores del Nuevo Testamento, «nosotros vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad». Cristo se identificó con la raza que vino a redimir; tomó la forma humana para poder morir y para poder asociarse con la raza pecadora. Pero, aunque fue uno con la humanidad, quedó separado de los pecadores. Como ser impecable, quedó separado; y, como ser impecable, pudo ser el Redentor, porque tenía que estar libre del mal del que intentaba redimir.

La Encarnación fue, pues, el camino que Dios eligió para entrar en una relación redentora con el hombre.

Lo que la Biblia destaca es la total suficiencia del sa-

crificio de Cristo para redimir. Este concepto tiene que ser subrayado. ¿Por qué? Porque gran parte del cristianismo no lo entiende así; gran parte de lo que, en general, se entiende en el mundo como Cristianismo enseña a la gente que hay que agregar algo al sacrificio de Cristo, como las obras del hombre, supuestamente meritorias. Una cantidad de cosas exigen del hombre las religiones, cuando en realidad, Cristo mismo advirtió contra esto, y dijo que había en su tiempo hombres religiosos que ponían sobre los demás, cargas que ellos, los hombres religiosos, no podían llevar. Toda la Palabra de Dios enseña que el único precio que podría ser pagado para redimimos del pecado ha sido pagado totalmente, y esto a satisfacción de Dios.

4. La redención no sólo abarca la victoria final sobre la muerte; abarca también la victoria sobre el pecado. Pablo señala que esta victoria que Dios ha logrado por medio de su Ungido, por medio de Cristo, se efectuó allí mismo donde Satanás pensaba que él reinaría para siempre, que era en la carne. Está escrito en la carta a los romanos que Cristo vino en semejanza de carne de pecado, para condenar al pecado en la carne (Rom. 8:3).

5. Hay que destacar que la redención se expresa en términos mercantiles y legales, pero no es meramente una transacción legal. La redención que Cristo nos ha procurado tiene que ver con una reconciliación espiritual. ¿Por qué? Porque en lo profundo de su alma, el pecador se vuelve hacia Dios y encuentra, cuando se acerca a Dios, que Dios se alegra precisamente porque él vuelve. De modo que, aunque la redención está expresada en términos mercantiles y en términos legales, está muy lejos de ser meramente una transacción legal. Se trata de una reconciliación espiritual.

6. La redención cumple los requisitos de la justicia divina, porque Cristo murió bajo el peso del juicio de Dios pero, al

mismo tiempo, es una fuerza que actúa para producir en el hombre redimido, y en la mujer redimida, un carácter santo. La redención une al hombre con Dios para siempre. La redención saca al hombre de la situación en que se encuentra, no para dejarlo librado a sus fuerzas, sino para colocarlo en relación con Dios. Todo esto es algo de lo que la redención significa para nosotros los pecadores.

II- Vocablos que expresan la redención.

1. En la Septuaginta aparecen vocablos que están relacionados con la redención, que reconocen como procedencia tres grupos de palabras hebreas,¹ a saber:

- a) La primera es la raíz hebrea *ga'al*, cuyo significado original era «proteger».² Tenía que ver con la redención en el ámbito familiar, y es un término amplio, que cubría todo aquello que ayuda a mejorar la vida de la familia. La idea básica era la de promover el interés y el bienestar de la familia.

Un uso interesante de esos vocablos aparece en el libro de Rut, cuando se trataba de una persona (el pariente más próximo) obligada a redimir a una viuda, cuando el marido muerto no había tenido hijos con ella. En ese caso, la obligación consistía en lo que la Ley dictaba, al proveer que el hermano del muerto se casaría con la viuda, y que el primer hijo de esa unión sería considerado como hijo del difunto.

Otro caso vinculado con la redención ocurría cuando una persona era asesinada. El pariente más cercano tenía que tomar la iniciativa para ejecutar al asesino y, en ese caso, venía a ser «el vengador de la sangre» (Nú. 35:19). El concepto se aplicaba aun a Dios en el A.T. Cuando Jehová era el que redimía, *ga'al* significaba la acción

1. Ver L. Morris, TA, págs. 110-119.

2. J. B. Bauer, DTB, pág. 879.

liberadora de Dios de un poder extraño. Él salva de las miserias, de los temores, pero también del pecado y de la culpa.

Con frecuencia, se encontraba la idea de la fuerza todopoderosa de Dios en la redención.

- b) El segundo grupo de palabras proviene de la raíz hebrea *padah*, que significa «libertar, dejar ir»;³ implicaba redimir en el sentido de rescatar, adquirir un bien extraño mediante el pago de un precio.

Aquí no había un elemento familiar que obligara a alguien a cumplir con cierto requisito, sino que cuando estos vocablos se utilizaban, indicaban que la persona podía o no redimir. «En otras palabras, había un elemento de gracia envuelto.»⁴ La persona o la cosa podía ser dejada en el estado de cautividad, pero los otros decidían si redimirían o no, es decir, si la rescatarían o no. Aquí también se verificaba la existencia de un poder supremo que Dios ponía en acción porque Él amaba a su pueblo. Asimismo, también aquí estaba presente la idea de un costo. Dios desarrollaba una fuerza todopoderosa para salvar a quienes amaba. El rescate tenía un costo.

Hay que subrayar, además, que en estos casos no aparece la noción de obligación por parte del que redimía.⁵ Dios salva porque Él es un Dios que ama. Cuando este grupo de palabras se utiliza, la gracia y la redención van juntas.

- c) El tercer grupo de palabras hebreas está conectado con la raíz *kpr*, en el que se encuentra la idea de rescate. *Ransom* en griego, que traduce el hebreo *kopher*, significaba la moneda que cualquiera pagaba para ser liberado. El significado fundamental de redimir mediante el

pago de un rescate aparece claramente en Éxodo 34:20 y en Levítico 19:20-25.

No se ve en esos pasajes la noción de un rescate material, sino la actividad redentora de Dios mismo, que ha liberado a Israel de Egipto, al poner su poder al servicio de su amor y de su fidelidad con las promesas hechas a ese pueblo.⁶

Se aprecia así, del estudio de los vocablos citados, que el uso de la terminología vinculada con la redención en el A.T. lleva a la conclusión de que existía un rescate fundado en el pago de un precio. No se trata de un simple rescate. La idea del pago de un precio (*ransom*) es básica en todos los vocablos vinculados con la redención.

Además es básica la noción de un costo. Esto hace concluir a un gran exegeta (L. Morris) que la redención siempre denota una liberación de un estado de cautividad (los prisioneros de guerra), de la esclavitud, o de una sentencia de muerte. Y siempre se trata de una liberación mediante el pago de un precio. «La idea de pago de un precio es fundamental en la redención.» El mismo Morris ha señalado que los primeros cristianos utilizaban, para expresar solamente la idea del rescate un vocablo distinto (*rhyomai*). En cambio, utilizaban el vocablo *apolutrosis*, porque este concepto indica que el rescate se realizaba mediante el pago de un precio.⁷

2. En cuanto al uso de los vocablos griegos que están relacionados con la redención en el N.T. podemos decir, siguiendo a Wuest,⁸ que la historia de la redención se puede resumir en las siguientes tres palabras griegas:

6. DTNT, Redención, pág. 57. En el N.T. el vocablo *rescate* que traduce el hebreo *kopher* alude al sentido expiatorio de la pasión de Cristo. Él murió por nuestros pecados como lo anunciaban las Escrituras.

7. L. Morris, TA, pág. 118 y NBD, Redemption, pág. 1079.

8. K. S. Wuest, Ephesians, pág. 40.

3. H. Lockyer, EDB, pág. 273.

4. L. Morris, TA, pág. 114.

5. L. Morris, TA, pág. 116.

- a) *Agorazo*, que significa comprar. En relación con nuestra salvación, la palabra significa pagar el precio que pide nuestro pecado para que podamos ser redimidos.⁹ Aparece en 1 Corintios 6:20; 7:23-30; en 2 Pedro 2:1 y en Apocalipsis 5:9. Es notable la expresión de 1 Corintios 6:20: «Porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios.»

Esto indica que Cristo nos compró en el mercado del pecado, siendo su sangre el precio de rescate. Conforme a Apocalipsis 5:9 esta redención nos introduce al cielo mismo, cuando el Redentor toma posesión de los que Él ha comprado.

- b) *Exagorazo*, que también significa comprar, comprar del mercado y comprar para uno mismo. Aparece en Gálatas 3:13 y 4:5, donde leemos: «Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición...» «Para que redimiese a los que estaban bajo la ley...» Por este uso, Pablo destaca la liberación otorgada a los judíos cristianos con respecto a la ley y a su maldición, por medio de la obra de Jesucristo.

Aquí aparece clara la idea de la libertad del hombre redimido por el Señor. El redimido es posesión del Señor y no volverá a ser puesto en venta en el mercado otra vez. Aquí se describe, pues, a un tribunal de justicia, y a Cristo que reclama lo que ha adquirido.¹⁰

- c) *Lutron*, que significa liberar mediante el pago de un rescate. Aparece en Tito 2:14 y en 1 Pedro 1:18, 19. En este último pasaje leemos: «... fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir... con la sangre preciosa de Cristo...»

El vocablo *lutron* aparece en el pasaje de Marcos 10:45, donde el Señor hace su enfática declaración de que Él

ha venido para dar su vida en rescate por muchos. «El vocablo derivado *apolutrosis* es una de las grandes palabras novotestamentarias.»¹¹ Significa redimir a uno mediante el pago de un precio, dejar a uno libre al recibir el precio.¹²

En Efesios 1:7 leemos, además: «En quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de su gracia.»

Allí se destaca la redención de la culpa y de la condenación del pecado, por la frase calificativa «la remisión de pecados». En Apocalipsis 5:9 se subraya que el precio de compra es la sangre del Hijo de Dios.¹³ Este vocablo indica que la persona redimida queda suelta y hecha libre.¹⁴

Se destaca, pues, en estos vocablos la gran idea de que Cristo nos ha redimido para darnos libertad; nunca volveremos a la esclavitud y a la pena del pecado. Es la idea de la seguridad que goza todo aquel que se ampara por la fe en el Redentor. Cristo no se ha limitado meramente a transferir de un amo a otro la esclavitud del pecador, sino que lo ha comprado para darle plena libertad. Le queda, al que así ha sido hecho libre, el privilegio de sujetarse totalmente a Aquel que lo redimió.¹⁵

III- La esclavitud del pecador y la maldición de la ley.

1. Ahora estamos en condiciones de considerar más adecuadamente la situación en que se encuentra el hombre, conforme a la enseñanza invariable de la Biblia.

La respuesta a la condición del hombre se encuentra en

9. Véase también Ch. C. Ryrie, *Equilibrio en la vida cristiana*, pág. 81.

10. H. Lockyer, *EDB*, pág. 274.

11. W. Barclay, *Palabras griegas*, pág. 148.

12. Thayer, citado por Wuest, *Ephesians*, pág. 39.

13. W. E. Vine, *DEPNT*, redimir, pág. 327.

14. L. S. Chafer, *TS*, I, pág. 902.

15. L. S. Chafer, *TS*, I, pág. 902.

los comienzos de la Sagrada Escritura. Ella enseña que todo hombre pertenece a Dios por derecho de creación. Fue hecho para pertenecer a Dios. «Podemos alejarnos de Dios, podemos vivir nuestras vidas en una preocupación egoísta para nuestros propios intereses, podemos, incluso, negar la existencia de Dios, pero no podemos alterar el hecho de que, dado que Él nos hizo, le pertenecemos.»¹⁶

En los albores de la creación todo era perfecto, pero en aquel cuadro luego se introdujo el pecado, y esto alteró todo. Entre otras cosas, esto significó que el hombre quedó hecho esclavo de su propio pecado. Perdió su libertad, en lugar de ganarla, como fue su intención. Y quedó, además, en una situación de «no retorno» a la situación inicial, por sus propios medios. De ahí, la necesidad de una redención; esto es, la intervención de una Persona de afuera que pagara el precio que el hombre no podía pagar. Esta intervención es la redención.¹⁷

Este punto es fundamental en toda la revelación bíblica. Dios ha venido a ayudar y a salvar a los cautivos, debido a la total incapacidad de ellos para salvarse a sí mismos por sus propios medios.¹⁸

A causa de su caída en el pecado, el hombre quedó hecho un transgresor de la Ley de Dios; el castigo consiguiente constituye la maldición de la ley. Toda la idea de la redención y rescate descansa sobre la tremenda realidad de la maldición de la ley», que pesa sobre el pecado.¹⁹

Esta maldición implica una amenaza divina contra el pecado; Cristo actúa como el mediador que paga el precio del rescate por todos.

La Sagrada Escritura destaca con caracteres dramáticos el precio que debió ser pagado para rescatar al hombre, la humillación y la muerte de Cristo en la cruz.

16. L. Morris, TA, pág. 119.

17. L. Morris, TAPC, pág. 61.

18. H. Lockyer, EDB, pág. 275.

19. H. Ridderboss, El pensamiento de Pablo, pág. 209.

La Carta a los Romanos enseña que todos los hombres están igualados en el pecado, aunque el grado de caída sea en unos mayor que en otros. El Espíritu Santo lo expresa así: «Dios sujetó a todos en desobediencia...» Esto puede traducirse «Dios sujetó a todos bajo pecado.»

Esta verdad corre paralela con la gran enseñanza que surge de Éxodo 30, en lo relativo a la redención, porque todos debían pagar la misma cantidad de dinero (plata). «Ni el rico aumentará, ni el pobre disminuirá del medio siclo, cuando dieren la ofrenda a Jehová para hacer expiación por vuestras personas» (Éx. 30:15). Todos son puestos en el mismo nivel con respecto al rescate de sus almas. El fundamento de su salvación es el mismo para todos.²⁰

IV- Un gran precio ha sido pagado por nuestras almas.

La noción de un precio que se paga para redimir al hombre, dada la importancia que la Escritura le asigna, debe ser considerada en detalle.

La gran enseñanza del Nuevo Testamento es que Dios ha pagado el precio. Para deshacer la obra del pecado, Cristo nos ha redimido, nos ha rescatado con su sangre. El texto de Pablo en 1 Timoteo 2:6, dice: «El cual se dio a sí mismo en rescate por todos...», puede también ser traducido como «se entregó como precio de la libertad de todos».²¹ En un pasaje que, en los capítulos 3 y 6, hemos considerado por su enseñanza trascendente (Ro. 3:24, 25), Pablo enseña que la justicia de Dios nos es otorgada gratuitamente, por su gracia. La recibimos porque Dios ha puesto a Jesucristo como víctima propiciatoria (*hilasterion*), mediante el derramamiento de su sangre; la redención se hace operante mediante la fe.²²

El vínculo de la redención con la muerte propiciatoria de

20. CHM, Éxodo, pág. 275.

21. DTNT, Redención, pág. 58.

22. En DTNT se traduce «víctima expiatoria» (ob. cit., pág. 59).

Cristo es algo sólidamente establecido. La explicación de la redención que proporcionan las cartas apostólicas es el desarrollo de lo que el propio Señor enseñó en el pasaje de Marcos 10:45: «Porque el Hijo del hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos.»

Ahora bien, no hay en todo el Nuevo Testamento ninguna mención acerca de a quién se pagó el precio de la redención de los pecadores. No puede haber sido pagado a Satanás, como se sostenía en la Edad Media, por cuanto Dios nunca ha sido deudor del Diablo. Además, en la cruz, Satanás recibe su condenación y no una retribución.

Son varios los autores que sostienen que no es pertinente preguntarse quién recibió el pago. Aunque coincidimos con la posición que afirma que es conveniente callar donde la Biblia guarda silencio, estimamos, como opinión personal, que el precio fue pagado a la justicia de Dios. Pero advertimos que no existe una referencia directa de la Escritura al respecto.

Lo que es fundamental, en cambio, es afirmar que el pago de un precio «es un componente necesario de la redención»;²³ que no se ha tratado de un costo cualquiera sino del gran precio que Cristo pagó con el propósito de que la gracia libre pudiera surgir para la justificación del impío.²⁴ Con ello se subraya que no es posible reducir la redención, como pretenden algunos autores, a la mera idea de un rescate. Por el contrario, la Escritura no deja dudas; ella se expresa en términos de un rescate sustitucionario y de la entrega de la vida de Cristo, lo cual, en el Nuevo Testamento, es lo mismo que el derramamiento de su sangre, el precio de la redención.²⁵ Y es fundamental subrayar la plena suficiencia del pago hecho por el Señor.²⁶

23. L. Morris, TAPC, pág. 61.

24. J. Murray, Romans, pág. 115.

25. J. Murray, Romans, pág. 116

26. ZEB, Redemption, pág. 50.

La posición que adoptan los autores liberales es errónea, en cuanto rechazan la enseñanza de la Escritura de que el precio de la redención constituye una satisfacción a las demandas de la ley, y en cuanto niegan el carácter sustitutivo del sacrificio de Cristo. La Escritura revela, sin ninguna duda, que Cristo ha satisfecho plenamente las demandas de la ley y, por tanto, ha quedado establecido su derecho a liberar de sus exigencias a todos aquellos que estaban sometidos a ella.²⁷

La Sagrada Escritura destaca que nuestra salvación ha sido adquirida a un gran costo personal, porque el Señor se dio a sí mismo para librarnos de nuestros pecados.²⁸

Fue una redención *por medio de su sangre*, una redención que implicó sustitución de la vida de uno en favor de otros. Y ello no debe separarse nunca del hecho de que se trató de un sacrificio voluntario, total, de la entrega de su vida, de su persona misma.²⁹ «Llevar a los hombres junto a Dios, costó la vida de Cristo.»³⁰

El precio de la redención, la preciosa sangre de Cristo, hace posible para Dios justo, justificar al pecador que cree, sobre la base de la justicia satisfecha.

El Señor no ha pagado tan elevado precio en vano. El pensamiento de la redención, aun en el A.T., envuelve con frecuencia la idea de una restauración a uno que posee un derecho o un interés fundamental en redimir.

«El corazón del mensaje bíblico de redención es la liberación del pueblo de Dios de la esclavitud del pecado, mediante el sacrificio sustitutivo de Cristo, y su consecuente restauración a Dios y a su reino celestial.»³¹

En el N.T., la idea también aparece, sobre todo en 1 Corintios 7:23: «Por precio fuisteis comprados...»

27. ZEB, Redemption, pág. 50.

28. E. F. Harrison, DT, Redención, pág. 445.

29. G. Hendriksen, Efesios, págs. 87 y 88.

30. W. Barclay, Palabras griegas, pág. 149.

31. ZEB, Redemption, pág.49.

La idea es clara; los cristianos son comprados por Cristo para ser propiedad de Dios.

Pablo expresa indirectamente, además, el mismo pensamiento cuando él se considera *doulos Christou*, esclavo de Cristo; y esto lo aplica a los demás creyentes. Él ha sido comprado por Cristo y ha pasado a ser su propiedad.³²

Lutroo, en voz media, significa «rescatar para sí», es decir, redimir o rescatar, pagando el precio estipulado.³³ Leemos en el cántico de Apocalipsis 5:9: «... tú fuiste inmolado, y con tu sangre nos has redimido para Dios...»

Esto nos recuerda, otra vez, que los redimidos pertenecen a Dios.³⁴ En el remoto pasado sin tiempo, el amor de Dios planeó nuestra redención: «Porque así dice Jehová: de balde fuisteis redimidos; por tanto, sin dinero seréis rescatados» (Is. 52:3).

En el presente, se nos revela que esta redención ha tenido lugar. «El infinito amor de Dios hacia los hombres perdidos, la satisfacción de ese santo deseo de redimir —que es común en las tres Personas de la bendita Trinidad— constituye la suprema razón del sacrificio de Cristo.»³⁵

V- Las definiciones sobre la redención.

Vale la pena tener en cuenta las diversas formulaciones que los autores han tratado de dar para definir el concepto bíblico de redención. Como veremos, ciertas características comunes en dichas definiciones, nos permiten tener un concepto más acabado de su significado.

Chafer³⁶ sostiene que «la redención es un acto de Dios por el cual Él mismo paga como rescate el precio del pecado humano por el ultraje inferido a la santidad y al gobierno que

Dios exige». Agrega este autor que la redención es llevada a cabo con sangre, que es el precio del rescate, y con poder.

Leon Morris, como hemos visto, señala que la idea de un precio es fundamental en el concepto de redención.

Por su parte, John Murray³⁷ subraya que el precio al cual la justificación ha sido procurada, no niega sino que, por el contrario, engrandece el carácter de gracia que ella contiene.

Wuest³⁸ destaca que el grado del perdón alcanzado es dominado por la riqueza, la abundancia, la plenitud de la gracia de Dios que la redención revela.

Hendriksen³⁹ destaca que en Efesios 1:7 la redención indica «liberación como resultado del pago de un rescate. No existía otra forma posible para salvar al pecador. La justicia de Dios tenía que ser satisfecha».

Es interesante, al respecto, la opinión autorizada de Ridderboss,⁴⁰ en cuanto destaca la noción de sustitución; señala que la expresión «hecho maldición por nosotros» no significa solamente «en nuestro favor» sino también «en nuestro lugar». Agrega que, aunque en los escritos de Pablo no se halla ninguna palabra para el concepto «satisfacción», la idea de una satisfacción sustitutiva se halla objetivamente presente.

Como se ve, diferentes definiciones convergen para subrayar la riqueza de este vocablo tan importante del Nuevo Testamento. No hay ninguna duda que se nos ha procurado una redención que es eterna en su naturaleza. Como leemos en Hebreos 9:12: «... por su propia sangre (Cristo), entró una vez para siempre en el Lugar Santísimo, habiendo obtenido eterna redención».

El Evangelio nos dice que nuestro Creador es ahora nuestro Redentor.⁴¹

32. W. Barclay, Palabras griegas, pág. 146.

33. W. Barclay, Palabras griegas, pág. 147.

34. L. Morris, Apocalipsis, pág. 116.

35. L. S. Chafer, TS, I, pág. 752.

36. TS, I, pág. 900.

37. Romans, pág. 115.

38. Ephesians, pág. 41.

39. Efesios, pág. 87.

40. El pensamiento de Pablo, pág. 210.

41. J. I. Packer, HCDD, pág. 216.

No hay duda, tampoco, de que la redención significa un cambio de dueño; significa, además, un cambio de estado y de situación, de Adán a Cristo, de la esfera de la carne al ámbito glorioso del Espíritu de Dios.⁴²

El Evangelio ofrece en la redención el grandioso poder de Dios, que salva de la ruina a todo el que cree. La voluntad salvífica de Dios es universal. Este poder alcanza a aquellos que, por medio de Cristo, se acercan a Dios; un autor traduce «a aquellos que avanzan hacia Dios a través de Él».⁴³

VI- Porque ha sido redimido al alto costo de la sangre de Cristo, el creyente es llamado a ser un hombre de Dios.

1. Para nosotros, como creyentes, el efecto de la redención es doble; la Palabra de Dios dice que hemos sido redimidos de ciertas cosas, y hemos sido redimidos *para* ciertas cosas.

Hemos sido redimidos de la deuda que teníamos con la ley de Dios, porque el pecado puede ser asimilado, en la ley de Dios y en toda la Escritura a una deuda del pecador con su Creador.

Hemos sido redimidos de vivir bajo la tutela de la ley, que imponía reglamentos precisos y cargas, una detrás de la otra, sobre el hombre. Hemos sido redimidos de Satanás y de su maldad. Sólo la eternidad revelará cuánto ha hecho Dios y cuánto hace Dios actualmente en nosotros, y por nosotros, para librarnos de la obra del enemigo. Cuando lleguemos allá, veremos que muchos accidentes, así considerados por nosotros, fueron la obra de la providencia de Dios para librarnos de Satanás y de su maldad.

Hemos sido redimidos de nuestra vana manera de vivir. Cuando la Palabra de Dios hace referencia a estas cosas no quiere decir que nada de la vida tenga valor; de hecho,

algunas cosas de la vida son valiosas. Lo que se está queriendo decir es que la manera de vivir del hombre lejos de Dios, lejos de Jesucristo, lejos del Evangelio, es una manera de vivir vana, principalmente porque no le conduce a Dios. De todo esto hemos sido redimidos.

2. Pero hemos sido redimidos *para* ciertas cosas.

Hemos sido redimidos para tener la capacidad de vivir libres del dominio del pecado. Si entramos profundamente en lo que el mundo piensa acerca del pecado, vamos a encontrar que mucha gente vive «liberada», así entre comillas; se habla con frecuencia de que mucha gente vive «liberada», ¿para qué? Para pecar más fuerte, más profundamente, para vivir sin sujeción a nada. Y el hombre pretende llamar a eso una liberación.

La Palabra de Dios enseña que el pecado, lejos de compararse con la libertad, se compara con la esclavitud. Hemos sido liberados para ciertas cosas, entre otras para capacitarnos para vivir libres del poder del pecado. Cualquier vida cristiana, por incipiente que sea, muestra esto en alguna medida.

Hemos sido redimidos para tener una cosa nueva, una relación con Dios, como experiencia personal, aquí sobre la tierra, en medio de las circunstancias difíciles en que todos tienen que vivir. Y hemos sido redimidos para desarrollar una nueva vida en Cristo, para vivir a la luz de la nueva relación que tenemos con Dios.

Todos estos efectos de la redención son del más alto valor, y debemos darles la estima que Dios les da. No es poca cosa haber sido redimidos del poder satánico, sobre todo cuando vemos a miles y millones que viven sometidos al enemigo de sus almas, y al enemigo de Dios. No es poca cosa haber sido redimidos del yugo de la ley, que nunca podía salvar. No es poca cosa haber sido redimidos para tener la capacidad para librarnos del pecado, ni lo es haber sido redimidos para tener una nueva relación con Dios. Y no es poca cosa haber recibido de Dios la nueva vida en Cristo.

42. H. Lockyer, EDB, pág. 275.

43. J. Schneider, en DTNT, Redención, págs. 62, 63. Véase también H. Lockyer, ob. cit., pág. 275.

3. Pero la redención tiene que ver con el cumplimiento de uno de los propósitos eternos de Dios. La redención ha venido a destruir un efecto fundamental del pecado. El pecado ha deshecho la relación entre el hombre y Dios, *en donde el hombre es una criatura subordinada*. Este es un aspecto poco comprendido. Cuando nos referimos con frecuencia a la situación en que estaba el primer hombre, Adán, cuando salió de la mano del Creador, siempre decimos, y decimos bien, que fue creado para tener comunión con Dios, pero omitimos uno de los más grandes propósitos que Dios tenía para su criatura, que era que el hombre viviera en dependencia de Dios.

Este es uno de los más importantes propósitos que la redención tiene que lograr en nosotros: el propósito de que vivamos en dependencia de Dios.

4. Dentro de las tensiones en que el creyente vive, se enfrenta con una de dos posibilidades: o cede ante la intención de su propia carne, o sigue detrás del propósito de Dios. De esta alternativa es imposible escapar. Todo cristiano enfrenta esta tensión en su vida. O sigue los dictados de su corazón y arruina su testimonio, o se dedica a vivir según el propósito de Dios.

La esencia del pecado es encarada aquí. ¿Por qué? Porque la esencia del pecado consiste, precisamente, en que el hombre trata de encontrar su vida fuera de Dios, aparte de Dios, lejos de Dios.

En la Carta a los Efesios en el capítulo 2, el Apóstol habla acerca de cómo estaban los efesios antes de haber venido a Cristo, y dice que en aquel entonces vivían lejos de Dios, separados de la vida de Dios; dice que vivían ajenos de la vida de Dios.

Se puede decir de un pecador todo tipo de cosas; toda la Biblia describe la situación de un pecador o de una pecadora como nosotros, pero esta descripción es una de las más tremendas; es una de las más simples y de las más horribles. Se puede vivir separado de la vida de Dios; se puede vivir

ajeno de la vida de Dios. Por esta razón, esta actitud de la dependencia del cristiano con respecto a Dios encara precisamente la raíz, la esencia del pecado, porque la esencia del pecado consiste en que el hombre quiere encontrar su vida, la plenitud de su vida, el propósito de su vida, fuera de Dios. Esta es la semilla terrible que el pecado ha dejado en el corazón humano.

La redención encara este problema fundamental, que afecta a la esencia del pecado. El cristiano que no se da cuenta de que éste es su verdadero conflicto, puede pasar la vida entera ignorando una revelación esencial de la Palabra de Dios. Y el cristiano que no se da cuenta de que éste es su verdadero conflicto, en el fondo no conoce su propio corazón. Pero el cristiano que aprende a enfrentar este problema, aprende que la cruz de Cristo ha sido y seguirá siendo el más poderoso móvil de la santidad, y la única verdadera fuente de paz.

5. Lo importante es reconocer los pasos que el creyente debe dar para vivir esta vida de dependencia. Un paso fundamental que debe dar es el hábito de juzgarse a sí mismo. ¿Por qué? Porque a menos que tome este hábito, y a menos que lo tome seriamente en la presencia de Dios, muchos de sus pecados pueden pasar desapercibidos para su propio corazón.

El creyente tiene que mirar su tendencia al pecado y aun los problemas de la vida diaria, a la luz de la redención. La redención revela que Dios ya es propicio; el corazón de Dios no tiene que ser movido. Aquella oración «Dios, sé propicio a mí, pecador», no puede ser la oración de un cristiano.

Dios ya es propicio a él. Que Dios sea propicio no quiere decir que lo es solamente cuando venimos como pecadores, la primera vez que venimos a Cristo para recibir la salvación, sino que también Dios es propicio hacia todo hijo suyo que ha pecado, y que ha sido comprado con sangre.

La sangre asegura el perdón; la sangre asegura la pureza, la limpieza del cristiano que quiere vivir junto a Dios. Es la

misma sangre la que asegura el acceso permanente ante Dios. La confesión del cristiano tiene que renovarse en todo el curso de su vida por la importantísima razón de que su comunión no debe ser interrumpida. La comunión del cristiano tiene que ser uno de los objetivos supremos de la vida, por la importante razón de que su comunión con Dios no debe ser interrumpida, y por la importante razón de que su paz no debe ser turbada.

Este es uno de los pasos más importantes que el creyente tiene que dar.

6. El creyente tiene que darse cuenta, además, que todo acto de redención se realiza con poder. Podemos mirar allí en el libro del Éxodo uno de los más grandes acontecimientos redentores de la Biblia, cuando Dios, con su poder, sacó a Israel de Egipto. Con mucha frecuencia, con reiteración tenaz, Dios le dice que lo ha sacado por su poder. Y le enseña más; le enseña que por esa razón, Israel puede depender en el desierto del mismo Dios. Sin entrar al detalle de este asunto, digamos que podemos depender de Cristo porque Él es Dios Todopoderoso.

VII- La redención es el acto por el cual Cristo nos ha hecho suyos.

1. Nosotros tenemos la tendencia, que nos parece natural, a pensar en los redimidos; sin embargo, el paso más importante es darnos cuenta de que la redención es el acto por el cual Cristo nos ha hecho suyos. Cristo nos ha comprado, y no para transferir nuestra esclavitud de un amo a otro.

En la antigüedad se podía comprar un esclavo en el mercado, sacarlo de un dueño y volver a ponerlo bajo la servidumbre de otro amo. Pero Cristo nos ha comprado para darnos libertad. Nos queda a nosotros el privilegio de hacerlos voluntariamente siervos de Cristo. Me temo que esta expresión «siervo de Cristo» me queda muy grande, a

menos que, voluntariamente, le entregue mi vida. Cristo nos ha comprado para darnos libertad, y nos queda a nosotros el privilegio, por un acto de decisión personal, de hacerlos siervos de Él.

2. Porque hemos sido comprados por precio debemos glorificar a Dios, y esto en nuestros cuerpos. La glorificación de Dios de que habla la Biblia, no es un asunto para después de la muerte solamente. Gracias a Dios está escrito que allí, en la eternidad, «sus siervos le servirán». Es de temer que para algunos de nosotros eso es lo único que se podrá decir: que allí le serviremos.

Pero cuando el Apóstol dice que hemos sido comprados al precio de la sangre de Cristo, agrega que tenemos que glorificar a Dios y esto en nuestros cuerpos. Esto significa, seguramente, usar nuestros cuerpos de tal modo que se verifique que también ellos, nuestros cuerpos, pertenecen a Dios. El gran hecho de la compra establece que nosotros ya no nos pertenecemos a nosotros mismos. Sí, la redención es la gran obra que Dios ha hecho para destruir los efectos del pecado.

La sangre derramada indica que el hecho de la cruz, ordenado por Dios, debe establecer los derechos de Dios sobre toda vida humana. La sangre derramada por Cristo restablece los derechos de Dios. El hecho de la cruz es un hecho que tiene alcances eternos. Nosotros podemos mirar a la cruz y ver lo que ha pasado con nuestros pecados. Cuando miramos para atrás, y podemos mirar a la cruz, nos podemos dar cuenta de qué es lo que Dios quiere para el futuro. Lo que Dios quiere para el futuro es que reconozcamos los derechos que Cristo ganó sobre nosotros.

El corazón del mensaje bíblico no es solamente destacar que hemos sido redimidos de la servidumbre del pecado; en el corazón del mensaje de la Biblia está también el concepto de que algo le ha sido restaurado al Redentor. Algo le ha sido restaurado a Dios. Dios ha pagado un precio y por el hecho

de que ha pagado un precio, Dios ha rescatado algo para sí, para Él mismo. De modo que Cristo no ha ido al mercado de esclavos para cambiar una esclavitud por otra.

Cristo no nos ha redimido del pecado para darnos otra esclavitud, sino para darnos libertad. Hay un himno precioso que cantamos en la Cena del Señor, que dice: «Redentor, Tú me diste libertad.» Es una palabra bellísima.

De modo que la razón suprema del sacrificio de Cristo ha sido el santo deseo de Dios de redimir. La Palabra de Dios subraya que el que redime tiene un derecho fundamental, tiene un interés especial en redimir. Y aquí nos estamos acercando a una cosa muy valiosa: los derechos del Redentor. Nosotros tenemos más bien la costumbre, cuando se habla de la redención, de pensar en nuestra libertad, quizás en nuestra propia vida egófica. La Palabra de Dios subraya que la Redención es el acto por el cual el Redentor se apropia de lo que le había sido quitado, y el hecho de que algo le ha sido restaurado a Dios no puede ser ignorado.

3. Notemos que la Palabra de Dios habla con frecuencia de que entreguemos nuestra vida, y dice que tenemos que presentar nuestros cuerpos. ¿Por qué? Porque, en cierta manera, Cristo no tiene otros labios más que los nuestros; en cierta manera, Cristo no tiene más testigos que los suyos aquí sobre la tierra. Cristo no tiene otras manos más que las nuestras; no tiene otros bolsillos más que los nuestros; no tiene otros pies más que los nuestros. De modo que el gran hecho de la compra establece que todo nuestro ser, incluyendo nuestro cuerpo, no nos pertenece más a nosotros mismos, porque ahora pertenece a Dios.

El hecho de la cruz, ordenado por Dios, está destinado a restaurar los derechos de Dios sobre la vida humana.

4. Separándose de Dios, el hombre vació de sentido su vida. Separándose de Dios el hombre ha quitado sentido a su vida sobre la tierra. Sólo por una comprensión clara de todo

lo que está involucrado en la redención, el cristiano, un pecador que antes estaba esclavizado, se da cuenta de que la verdadera libertad se encuentra dentro de la esfera de la voluntad de Dios.

Si de nuestro estudio de este gran tema sacáramos solamente la conclusión, que tiene fundamento bíblico, de que lo mejor para nuestra vida es la voluntad de Dios, habría valido la pena estudiarlo. Algunos tenemos que reconocer que muchas veces llegamos a esta conclusión después de muchos años de derrota, después de mucho tiempo de fracaso, después de habernos golpeado bastante queriendo hacer nuestra propia voluntad. Por esto, debemos subrayar que sólo por una comprensión clara de todo lo que está involucrado en la redención del cristiano se puede dar cuenta de que la verdadera libertad se encuentra en el ámbito de la voluntad de Dios. Paradójicamente, solamente comprendiendo todo lo que está involucrado en la redención el cristiano se da cuenta de que la única manera en que se puede ser libre es por medio de la sumisión a Dios.

Hemos sido rescatados de una vana manera de vivir. Hay una manera de vivir para un creyente que es vana; hay una manera de vivir que es vacía, que deja el corazón vacío, aunque el tal sea salvo así como por fuego. Hay una manera de vivir que es vana porque carece de realidad; porque está destinada a la ruina, a la corrupción.

Hay una vana manera de vivir que no deja ningún fruto, que promete el bien que no puede dar. La meditación en el precio inmenso al que hemos sido redimidos tiene que producir en nosotros un temor santificador de la vida; no un temor cobarde, no el temor que se arruga porque teme recibir un latigazo de Dios, sino un temor que santifica la vida, un temor que significa tener miedo de ofender a Dios y de vivir una vida lejos del propósito de Dios.

La redención nos coloca frente a la posibilidad de una manera fructífera de vivir para Dios. La redención ha puesto fundamento eterno al señorío de Cristo sobre nuestra vida.

El mensaje de la redención nos enfrenta, pues, con grandes demandas. Nos demanda una consagración del corazón a Dios. La redención requiere de nosotros que aceptemos las demandas de una vida que ya pertenece a Dios.

II LA EXPIACIÓN

Efesios 2:13
Hebreos 2:17

La teología liberal ataca a varias doctrinas fundamentales de la Biblia. No intentamos considerar todas ellas, sino sólo la doctrina sobre la sangre. Este ataque es una cosa real. Hemos sabido que en algunas iglesias (no de las asambleas) en nuestro país, se pone límite a maestros de niños. Se les pide que no pongan énfasis en la sangre porque, dicen, esa enseñanza puede traumatizar a los niños.

Dado que el ataque liberal tiende a socavar la importancia suprema de la sangre, nuestro trabajo tiene como propósito describir lo que las Escrituras enseñan sobre la sangre que el Salvador derramó en la cruz.

Para ello consideramos, en capítulos separados, tres grandes palabras bíblicas que nos ayudan a comprender el significado de la muerte de Cristo en la cruz, a saber: Expiación, Propiciación y Redención.¹

Hay otras palabras que no estudiamos, principalmente «salvación». Lo que parece desprenderse de esta riqueza de palabras es que la obra de la cruz es una sola, pero la inmensidad de su significado es tal que las Escrituras deben presentarla con diferentes expresiones.

Todos estos términos pueden parecer al lector corriente,

1. En otros capítulos se tratan «La justificación por la fe», «La gracia» y «La fe».

al hombre común, más o menos difíciles de entender. Pero, como ha dicho el gran maestro Trenchard, «es necesario aprender el vocabulario bíblico, aunque después se lo explique sencillamente».

I- La enseñanza del liberalismo teológico.

Algunos teólogos (entre ellos Dodd, Westcott, Hicks y V. Taylor) enseñan que, tanto en el A.T. como en el N.T., lo esencial en el sacrificio es la ofrenda de la vida. Este punto de vista ha sido rebatido por otros destacados teólogos, principalmente Denney, Moffat, Armitage Robinson y Leon Morris.

Aquellos que piensan que «la sangre» significa esencialmente «la vida» ponen mucho énfasis en Levítico 17:11 «Porque la vida de la carne está en la sangre: ...porque es la sangre la que hace expiación...»

Este texto, y otros, representan, ciertamente, una fuerte evidencia de que para los hebreos existía una estrecha relación entre la vida y la sangre. Pero ¿representa algo más? Dichos teólogos piensan que sí. Agregan que el hecho del degollamiento del animal, es decir, la entrega de la vida, es necesaria, pero sólo porque no hay otra manera de obtener la sangre, la vida.

La refutación a este punto de vista es que esta interpretación, que quita importancia a la idea de la muerte en los sacrificios, va más allá de lo que las palabras bíblicas enseñan, puesto que ninguna de ellas, cuando se refiere a la sangre, hace distinción entre la vida y la muerte.

Cuando Dios, en Génesis 9:5, requiere la vida o la sangre del hombre que ha matado a otro, lo que anuncia es que Él considerará responsable a ese hombre por destruir la vida de un ser a quien Dios ha creado. Aparece más claramente el paralelismo entre las palabras «alma» y «sangre» en el Salmo 72:14. Lo que se expresa por «preciosa será su sangre a su vista» se aprecia mejor si se mira una afirmación similar

en el Salmo 116:15 «mucho cuesta a los ojos de YAHVEH (BJ) la muerte de los que le aman», de tal modo que la redención del alma en la primera parte del versículo es una expresión que significa «liberar de la muerte» (ver Salmo 116:8)² A. M. Stibbs³ lo resume así: El derramamiento de sangre no indica la liberación de la vida de la carga de la carne, sino el poner fin a la vida en la carne. Es un testimonio de la muerte física.

Morris advierte también sobre interpretaciones que suelen darse a Juan 6:53 «Si no comieres la carne del Hijo del hombre, y bebiereis su sangre, no tendréis vida en vosotros.» Destaca que interpretar este pasaje como significando una participación en la vida de Cristo es ya definir el punto que está en discusión⁴ por cuanto ciertamente el texto bíblico no prueba esa afirmación. El pasaje apunta plenamente a la muerte de Cristo.

Otras varias escrituras podrían citarse para afirmar siempre la preponderancia de la idea de la muerte en el sacrificio del Señor Jesucristo. «La sangre de Cristo» es, como «la cruz», sólo otra, una más clara expresión de la muerte de Cristo en su significación salvadora. Gracias a Dios por los hombres del pasado y del presente que han puesto en claro, recurriendo a las propias Escrituras, la gran verdad que el liberalismo teológico pretende poner en duda.

Habiendo señalado brevemente lo relativo a la enseñanza errónea sobre este aspecto, pasemos a considerar la enseñanza positiva de las Sagradas Escrituras.

2. Morris, Leon. The Apostolic Preaching of the Cross, págs. 112 y 113.. The Tyndale Press.

3. Morris, L. ob. cit. pág.118. Stibbs es autor de una obra fundamental: «The Meaning of the Word Blood in Scripture» (El significado de la palabra «sangre» en la Escritura).

4. En el Glosario de la Versión Popular, la explicación que se da sobre la palabra «sangre» contiene conceptos que deben ser analizados a la luz de esta advertencia.

II- La expiación representa la obra de la cruz desde el punto de vista de la culpabilidad del pecador.

1. La expiación supone la existencia del pecado, y tiene como propósito destruirlo. Este es el primer propósito. La expiación tiene por objeto al pecado. La expiación es la obra por la cual el pecado es borrado. La raíz hebrea «Kaphar» es una palabra antigua, usada reiteradas veces en las Escrituras, que significa cubrir, significa «llevarse» el pecado.

Las Sagradas Escrituras presentan al hombre, y al mundo en que vivimos, no como salieron de la mano de Dios, sino como el hombre y como el mundo han quedado después de que el pecado los ha invadido. La Biblia nos enseña cómo el pecado ha invadido nuestro mundo, y subraya que, cuando el pecado invade el género humano, destruye la vida.

Las nociones humanas sobre el pecado suelen ser superficiales, pero la Biblia destaca su proyección universal y sus consecuencias eternas. El pecado no es un invento de los predicadores. El pecado priva al hombre de su vida. Lo priva de su vida al separarlo de Dios, porque la vida ha sido, y sigue siendo, el privilegio de Dios.

La idea que las Escrituras destacan al hablar de la expiación es la idea de remover la culpa, de quitar la culpa acumulada a causa del pecado.

2. Pero además la expiación tiene el gran propósito de *unir al hombre con Dios*. De modo que la expiación cubre el pecado, lo aparta, lo borra de la presencia de Dios. ¿Para qué? Para que ya no sea más una barrera a la comunión con Dios.

De modo que la cruz es un hecho ordenado por Dios, para destruir al pecado. Teniendo presente este hecho de la cruz, Dios proveía los sacrificios del Antiguo Testamento. El simbolismo tan variado del Antiguo Testamento no puede ser menospreciado, ni debe ser reducido a meras ilustraciones. Detrás de las sombras del Antiguo Testamento están los hechos y las verdades eternas de Dios.

3. Estos sacrificios del Antiguo Testamento destacan esas verdades de valor eterno:

- 1) Los sacrificios incluían la confesión del pecado. Toda gran doctrina bíblica parte de la base de que el pecado es una realidad, y no un asunto para ser discutido. El pecado es un asunto para ser confesado; el reconocimiento del pecado, la confesión del pecado, es esencial para volverse hacia Dios.
- 2) La expiación subraya que la ley de Dios tiene que ser cumplida y no puede ser dejada de lado. El perdón no significa que Dios pueda ser negligente con el pecado, como nosotros solemos ser, ni el perdón puede verse como debilidad en Dios. Dios nos perdona sobre la base de su justicia; su ley tiene que ser cumplida y no puede ser dejada de lado.
- 3) La expiación requería un sacrificio. Una víctima inocente tenía que ocupar el lugar del culpable. En el gran día de la expiación, del cual habla el libro de Levítico, el sumo sacerdote hacía traer un animal, ponía su mano sobre él y confesaba los pecados del pueblo.⁵ Este animalito tenía que ser sin tacha; no podía ser enfermo, no podía faltarle una parte de su cuerpo. Hay aquí una lección preciosa que nunca debemos dejar pasar inadvertidamente. Se dice de Cristo, en la carta a los hebreos, que Él se ofreció sin mancha, que Él ofreció su propio cuerpo y que esta era una ofrenda sin mancha. Esta es la gran lección. Pero además de esta, hay ciertamente otra lección para nosotros: Sólo lo mejor era digno de ser ofrecido a Dios.
- 4) En cuarto lugar, había derramamiento de sangre. La sangre era aplicada; el pecado era cubierto por la sangre.

5. En el día de la Expiación, esto se hacía sobre el animal que quedaba vivo, y que más tarde era enviado al desierto. Ver Matthew Henry, Pentateuco, pág. 543.

- 5) La culpa del pecador era transferida; había una víctima inocente que recibía la culpa del culpable. Todo esto nos conduce a encontrar consuelo y paz en el hecho de la cruz.⁶

III- El trasfondo de la expiación es fundamental para entender el significado del sacrificio de Cristo.

1. El sacrificio de Cristo en la cruz es primeramente la provisión del amor de Dios. Nunca podemos contemplar la cruz adecuadamente si olvidamos el gran amor de Dios. La cruz es la manifestación suprema del amor de Dios. «El que aun a su propio Hijo no perdonó, antes le entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también, con Él, todas las cosas?»

La cruz revela hasta dónde puede llegar el amor sin límite. El mundo religioso, tanto el que se llama a sí mismo cristiano, como el mundo pagano, ese mundo religioso inculca a los feligreses que algo tienen que llevar a Dios. Enseña que las personas tienen que dar a Dios para recibir, y más bien se habla de que el hombre tiene que hacer algo para «congraciarse» con Dios; sin decirlo abiertamente, enseñan que se puede comprar a Dios. Ignoran que, desde la eternidad Dios existe, no como el Dios que exige, sino como el Dios que da. Y la cruz es la provisión del Dios que da, que da lo mejor que tiene.

2. La obra de la Cruz es una obra expiatoria porque agota el pecado, extingue el pecado.

Notemos que aquí estamos entrando al significado más profundo, estamos acercándonos a la cumbre de la obra inmensa de Cristo en la cruz.

La obra de Cristo es expiatoria porque agota, extingue el pecado, y es expiatoria porque agota el juicio de Dios sobre

6. Ver Ch. Hodge, en su comentario a 2 Co. 5:21.

el pecado del hombre. Cristo absorbe el pecado; se hace responsable del pecado.

La obra de Cristo es una obra expiatoria porque extingue el pecado de manera vicaria. ¿Qué quiere decir esto?: Quiere decir de manera sustitutoria, representativa, de manera que reemplaza a otro. La obra de Cristo es expiatoria porque extingue el pecado en lugar de otro, porque Cristo reemplaza al que tenía que morir.⁷

La muerte de Cristo es expiatoria porque Él la sufrió en lugar del culpable, en el nombre del culpable.

Como ha señalado Walter Bevan, «No había nada accidental en la muerte de Cristo. Él siempre tuvo delante suyo ese momento supremo que llamó "Mi hora"». A la sombra de la cruz leemos allí en Juan, capítulo 17: «Padre, la hora ha llegado, glorifica a Tu Hijo como también Tu Hijo te ha glorificado a Ti.»

Cristo se movía hacia aquella hora, y antes de que aquella hora llegara nadie pudo hacerle ningún mal. Pero cuando esa hora llegó, entonces Dios mismo sumó el pecado, Dios mismo juntó el pecado con toda su fuerza, y habiéndolo medido como sólo Dios puede hacerlo, y en toda su pecaminosidad insondable, lo cargó sobre su Hijo.

Las palabras humanas son insuficientes; sólo la lectura del gran capítulo 53 de Isaías, de los Salmos mesiánicos y de otras Escrituras, pueden guiarnos: «Él llevó nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores; el castigo de nuestra paz fue sobre Él; «... Jehová cargó sobre Él el pecado de todos nosotros», «... puso su vida en expiación por el pecado».

3. Notemos que esto no significó una arbitraria imposición del castigo sobre uno que no peca, para dejar libre al pecador, sino que es más bien la consecuencia, moralmente inevitable, que se verifica porque Cristo se identificó con una raza pecadora. De modo que el castigo de la cruz no fue sufrido por-

7. Ver Lacy, TS, págs. 240-242.

que Él tuviera culpa, sino que se verificó porque el Dios Santo y el hombre pecador se reúnen en el Hijo de Dios encarnado cuando Él sube a la cruz.

Todo el Nuevo Testamento subraya que Cristo declaró su entrega voluntaria a la muerte; declaró una rendición de su vida, y señaló que sería por su muerte como Él atraería a los pecadores.

4. La obra de Cristo es expiatoria porque la ley de Dios ha sido honrada y no pasada por alto.

La ley de Dios es santa, justa, buena. La ley de Dios expresa el carácter de Dios. Esta ley de Dios establece una relación entre el pecado y la muerte, y esta ley ha mantenido su vigencia en la cruz.

Este principio que vincula al pecado con la muerte, es el principio que tenía al hombre bajo su dominio, y este poder ha sido quebrantado; este dominio de la muerte sobre el hombre ha sido quebrantado en la cruz.

5. La obra de Cristo es, además, expiatoria porque constituye la única ofrenda que Dios acepta por el pecado.

Los sacrificios del Antiguo Testamento eran figuras de este único, verdadero sacrificio por el pecado. Como ha dicho Mackintosh (C.H.M) Dios hoy no exige más que la obra de la cruz; pero tampoco acepta menos. El pecador que pretende venir a Cristo por otro camino, nunca puede llegar a Dios porque Dios no exige más que la cruz, pero tampoco acepta menos.

6. La obra de la cruz es una obra expiatoria porque la sangre de la cruz ha transformado lo que tendría que ser un tribunal de juicio, en un trono de gracia.⁸

Nosotros solemos vincular el trono de gracia solamente con la oración. Tenemos que aprender también que esta gran idea de un trono de gracia vale para el creyente que ha caído

8. ZEB, Atonement, págs. 408-412.

en el pecado, para el creyente que está apartado de Dios, para aquel cuya vida está alejada de Dios.

IV- Porque fue crucificado conforme a las Escrituras, podemos regocijarnos en el hecho de que ni aun en el Gólgota, Cristo pudo ser derrotado.

1. Que Cristo haya muerto conforme a las Escrituras es lo que nos permite regocijarnos en el triunfo final del Salvador. Ciertamente los sufrimientos de Cristo fueron terribles, pero de esto el Nuevo Testamento da un relato breve y solemne. No es un relato lacrimógeno; más bien las profecías y los salmos anticipan estos sufrimientos.

El sudor y la sangre, las súplicas en el huerto, el clamor de abandono en la cruz, sugieren la profundidad de los sufrimientos de Cristo. Debemos meditar en los sufrimientos del alma que, como ha dicho un santo de la antigüedad, son el alma de sus sufrimientos. Debemos meditar en los sufrimientos del alma del Salvador; pero hay que dejar que la Sagrada Escritura nos dé este material, el único que tenemos para penetrar en lo que Dios quiere que sepamos sobre esto.

2. ¿Qué enseñan las Escrituras acerca del sufrimiento del Salvador? ¿Cuál es la esencia del dolor de Cristo en la cruz? Posiblemente no se pueda dar una sola explicación. Pero parece que lo esencial es que Él iba a entrar en contacto con el pecado, y que por esta razón sufriría el abandono de Dios. Éste es el punto fundamental.

La doctrina bíblica sobre la cruz nos revela que nuestro mundo es un mundo caído, es un mundo irredimible por sí mismo, es un mundo condenado por Dios. Pero la doctrina bíblica sobre la cruz nos revela todavía algo más sorprendente; revela que Cristo se ha identificado con este mundo y con una raza de pecadores como nosotros.

La maldición del pecado representa el juicio de Dios, y aquel que se identifica con el hombre para la redención, comparte esa maldición.

Notemos que aquí hay ideas acumuladas, todas presentes sobre Cristo. Estas son las ideas acumuladas que la Biblia nos da, revelación tras revelación. Tenemos necesidad de juntar, de ordenar y meditar sobre ellas, porque la esencia del dolor de Cristo sobre la cruz es entrar en contacto con el pecado. De allí la cuarta palabra de la cruz: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» Él sintió el abandono de Dios, soportó la ira de Dios porque entró en el estado del hombre culpable, en el estado del hombre manchado, del hombre contaminado, condenado. Y en su muerte hubo, en un sentido verdadero, que está fuera de nuestra capacidad para sondearlo, un fenómeno que nubló en parte su conciencia de Dios; estuvo realmente separado de Dios, hecho pecado por nosotros; no hecho pecador, pero sí hecho pecado, separado de Dios.

A veces se utilizan términos o conceptos que no son bíblicos acerca de la sustitución de Cristo, acerca de cuánto sufrió Cristo por los pecadores; a veces se dice y esto viene de antiguo, que era necesario que Cristo sufriera todo lo que el pecador creyente hubiera sufrido si Cristo no hubiera muerto. Esto parece en principio no presentar objeción alguna, pero hay que tener cuidado con algunos puntos.

Uno de los sufrimientos de los no salvos será el remordimiento; Cristo no sufrió en este sentido, esto no forma parte de los sufrimientos del Señor. Cristo murió al pecado; el pecador muere en el pecado. Son preposiciones que parecen una misma cosa pero que no lo son; Cristo murió al pecado, pero no en pecado, ni como pecador. Cristo entró en la región de la sombra de muerte, pero no murió eternamente como sufre el inconverso por haberse quedado en la oscuridad, lejos de la vida que reside en Dios.

Todos estos puntos tienen valor cuando analizamos la muerte de Cristo, la crucifixión de Cristo, a la luz de las Escrituras. Podemos consolarnos en el hecho de que Cristo murió conforme a las Escrituras, pero son ellas y solamente ellas las que nos pueden decir todo lo que pasó allí.

3. ¿Qué más nos enseñan las Escrituras acerca del sacrificio de Cristo? Nos enseñan que se trata de una vida dada. En Juan, en el capítulo 6, y en otras partes del Evangelio, el Señor dice que Él va a dar su vida por el mundo; notemos que allí no indica que Cristo pierde la vida, sino que la da, la pone, como Él dice en el capítulo 10 otra vez.

Aquellos grandes pasajes acerca de la muerte de Cristo, como Juan 12:20-33, enseñan que Él declaró su entrega a la muerte. Leemos allí que «decía esto dando a entender de qué muerte iba a morir». Cristo proclama su entrega a la muerte, una rendición de su vida. Y agrega otro pensamiento sublime; que por esa muerte atraería a los hombres.

¿Qué más enseña la Escritura? Que su muerte es una copa amarga; no buscada, pero sí aceptada; prevista, pero no evadida. ¿Cómo sabemos que estaba prevista?, porque estaba decidida en el Concilio Eterno: «Heme aquí, envíame a mí.»

Cristo veía su muerte no como un accidente inevitable, no como una espada de Damocles que fatalmente, inevitablemente, iba a caer contra la voluntad de Él. De ninguna manera. Cristo veía su muerte como el hecho por el cual tendrían cumplimiento cabal y significado real las profecías del Antiguo Testamento, sobre todo los sacrificios del Antiguo Testamento. Cristo concebía su muerte no como un asunto de los romanos, sino como una ofrenda a Dios (Ef. 5:2).

La Palabra de Dios nos autoriza a decir así.

4. Cristo muere como el cordero de Dios, soportando el juicio de Dios sobre el pecado, agotando el juicio de Dios. Notemos que la cruz agota tres cosas, por lo menos. En primer lugar, en la cruz se agota el juicio de Dios; pudiéramos pensar que el juicio de Dios es como una cascada que cae, que cae hasta la última gota. La cruz agota el juicio de Dios; concepto fundamental, porque de no ser así no habría seguridad de salvación.

En segundo lugar, la cruz agota el poder de Satanás; está escrito que «con su muerte venció al que tenía el imperio de

la muerte». Esta es la segunda cosa que se agota, el poder de Satanás.

En tercer lugar, la cruz agota el reinado de la muerte. Él nos ha traído vida e inmortalidad. «Muerte, yo seré tu muerte», decía la profecía sobre el Mesías.

5. La Escritura también nos habla de un concepto que nosotros conocemos poco, tal vez porque lo vivimos poco. La primera carta de Pedro señala que Cristo murió rechazado por el mundo. Aquí hay una cuestión sutil: nuestro mundo es un mundo religioso, pero detrás de las cosas religiosas nuestro mundo es un mundo que rechaza la cruz. No tengamos ninguna duda cuando vayamos a predicar y nos encontremos con una persona muy religiosa; no esperemos siempre que vaya a aceptar la cruz, porque detrás de la religión está el rechazo de la cruz. El mundo se queda con la forma y rechaza la esencia de la cruz de Cristo. Es que la cruz demanda que el pecador venga como pecador; la cruz no deja lugar para la justicia propia.

En su muerte expiatoria, como sacrificio por el pecado, no podemos seguir a Cristo; pero en su rechazamiento somos llamados a seguirle, y esto es lo que conocemos poco.

6. Pero, por encima de todo, el sacrificio de Cristo en la cruz es la provisión del amor de Dios. Con este gran concepto bíblico habíamos comenzado. Ahora podemos volver a él: El sacrificio de Jesucristo en la cruz es la provisión del amor de Dios, es la manifestación suprema del amor de Dios. La cruz revela hasta dónde puede llegar el amor sin límites, el amor hasta lo sumo de Juan, capítulo 13.

Es el amor que se sacrifica ¿para qué?, para recibir el sufrimiento que yo merezco. Este es el concepto que debe ser subrayado sobre el amor de Cristo; no es un sentimentalismo barato, nada de esto; es un amor que se sacrifica para recibir el sufrimiento que otro merece. Decíamos antes que esto era moralmente inevitable por el hecho de la sustitución. Está

escrito en el Salmo que el Señor quitó la carga de debajo de los hombros de su pueblo, en Egipto. Podemos decir que esto es lo que ocurrió en la cruz. Cristo quitó la carga de nuestros hombros, y se puso Él debajo de la carga.

Era moralmente inevitable que el Señor sufriera por el hecho de la sustitución, porque él se identificaba con el pecador, y se identificaba con él representativamente, en lugar del pecador. La grandeza del amor de Cristo radica en que murió por nosotros, que murió por nosotros aunque somos impíos, desvalidos, delante de Él.

El amor de Cristo adquiere el carácter de gracia, porque es un amor para los que no tienen santidad, para los que no tienen amor, para los que son realmente pobres delante de Dios. Y adquiere el carácter de gracia por todo esto, porque se sacrifica por el que nada merece. Por eso es un amor que me alcanza, por eso es un amor que me llega, porque es un amor para el que nada merece.⁹

Pero toda explicación humana sobre la cruz apenas si puede rozar los límites de este hecho insondable, y de esta Persona Sublime. El punto esencial es que la cruz es un acto de Dios. La gran obra es la de Dios. El que mejor aprecia la cruz no es el pecador; el que mejor aprecia la cruz es Dios mismo. La cruz es una obra detrás de la cual está Dios.

Dicho sea de paso: mucho de lo que escuchamos como predicación no lo es. ¿Por qué? Porque no siempre se confía en las grandes ideas de la Biblia. Mucho de lo que se escucha indica que se confía a veces en las ilustraciones y en ideas aparentemente atractivas. Se piensa que la gente está cansada de escuchar sermones y se apela a lo que aparentemente le interesa. Cuando así se piensa se está ignorando que la Biblia es la única que tiene capacidad para captar el corazón humano. Notemos que esto es lo que el Señor enseña: que la

9. Leon Morris, citando a James Denney, destaca que al concepto de expiación le debemos el verdadero sentido del amor de Dios (TAPC, pág. 180). Véase además «The Atonement», de John Murray.

muerte suya sería la manera en que Él atraería a los hombres. Hay algo en la cruz que atrae. Yo no me atrevo a explicar qué es, y tal vez nadie puede explicarlo del todo. Pero algo sabemos. Sin duda sabemos lo que hay detrás de la cruz. Detrás de la cruz está el gran amor de Dios.

7. La doctrina de la sangre en el Nuevo Testamento no puede ser menospreciada. El modernismo lucha contra ella, pero debemos enfrentar su enseñanza falsa con la verdad de la Escritura.

La sangre de Cristo es el principio sobre el cual la justicia de Dios puede justificar a uno que es impío, pero que confía en el Hijo. Es el principio sobre el cual descansa la confianza del pecador para acercarse a un Dios Santo. Puede acercarse porque hay un camino. Hay sólo uno: es el camino rociado con sangre.

Queda planteada así la respuesta de las Escrituras al liberalismo teológico, que es denominado algunas veces «modernismo» o más propiamente «neomodernismo».¹⁰ Este movimiento parece haber comenzado con Schleiermacher y terminado con la publicación de la Epístola a los Romanos, por K. Barth.

Estaba basado en alguna forma del idealismo filosófico alemán; negaba las doctrinas de la revelación y la inspiración de las Escrituras; ponía a la ciencia en oposición a la Palabra revelada, y pretendía armonizar nuevas enseñanzas con la doctrina cristiana. El movimiento es modernista en cuanto a su preferencia por lo nuevo en oposición a lo tradicional, en tanto que es liberal porque se atribuye el derecho de criticar libremente los postulados teológicos.

El liberalismo teológico desarrolló una doctrina de la experiencia religiosa, reinterpretando las grandes doctrinas cristianas. Así, rechazó la doctrina de la Trinidad; la enseñanza sobre la ira de Dios fue reemplazada por un énfasis

exagerado sobre el amor. El Reino de Dios lo estimó como fundado ya no en la muerte y resurrección de Cristo sino sobre la cualidad ética y espiritual de la vida del Señor. La salvación no se interpretó ya como liberación de la muerte del pecado, sino de la sensualidad y el materialismo. Pero, sobre todo, desconoció la Encarnación del Señor Jesucristo y la importancia fundamental de su muerte expiatoria.

Cristo pasó a ser considerado por los liberales y modernistas como un ejemplo de piedad intachable, pero se comenzó a negar lo que la Santa Escritura le atribuye sin la menor duda: su deidad eterna, su gloria esencial como coigual con Dios.

El liberalismo teológico niega la división radical que las Escrituras hacen entre el hombre salvo y el perdido. Además, enseña que el propósito de la iglesia es el de reunir a todos los hombres sobre la base de la ética cristiana, y predica el así denominado evangelio social.

Importa destacar que el modernismo ataca con fuerza la doctrina bíblica sobre la sangre de Cristo. Este es, a nuestro entender, el punto más insidioso de esa enseñanza.

El autor considera que la mejor manera de corregir el error consiste en exponer claramente la doctrina bíblica sobre la sangre. De allí los tres primeros capítulos de este libro, que tratan sobre la Redención, la Expiación y la Propiciación. Considera asimismo que la cruz ocupa el lugar central en la revelación bíblica. De ahí, este libro.

10. B. Ramm, en DT, págs. 315, 316.

III

LA PROPICIACIÓN

I- La propiciación representa la obra de la cruz desde el punto de vista de la satisfacción que Dios ha de recibir, antes de que pueda extender su misericordia a los hombres.

1. La propiciación trata, lo mismo que la expiación, con la obra de la cruz de Cristo. Ambas se refieren a una sola y a la misma obra, pero la consideran desde puntos de vista distintos.¹

Estos dos conceptos aparecen con frecuencia, en la enseñanza bíblica, vinculados con la cruz de Cristo:

- a) La expiación tiene por objeto al pecado. Su propósito es destruirlo, borrarlo, extinguirlo.
- b) La propiciación tiene como sujeto a Dios. Su propósito es pacificarlo.

Dado que ambos términos, «propiciación» y «expiación» están estrechamente relacionados, vale la pena establecer su diferencia.

Una persona que está airada y ofendida es propiciada, o apaciguada. En cambio, el pecado que pesa sobre la conciencia del ofensor, es expiado, en el sentido de que es quitado, borrado, extinguido.

1. John Murray, «The Atonement».

La propiciación incluye a la expiación, pero abarca el concepto de la neutralización de la ira de Dios. Propiciar significa agotar, extinguir la ira, no ignorando esta ira sino atendiendo plenamente a sus demandas. Significa conjurar el furor de Dios mediante el sacrificio, significa quitar la ira de Dios mediante una ofrenda.

Este concepto de propiciación es fundamental; pone énfasis en la satisfacción que Dios debe recibir como gobernador moral del mundo, antes de que pueda extender su misericordia.

El asunto no carece de importancia, pues los autores no están de acuerdo en cuanto a si cabe pensar si la Biblia habla o no de que Dios pueda ser propiciado. Debido a esta diferencia de opiniones, un mismo pasaje de la Escritura es algunas veces traducido como «propiciación» y en otras como «expiación». Como veremos, el aspecto fundamental gira en torno del concepto «la ira de Dios».

Algunos autores, principalmente C. H. Dodd, señalan que cuando el grupo de palabras griegas que representan la propiciación aparecen en la Septuaginta y en el Nuevo Testamento denotan expiación (la cancelación del pecado) y no propiciación (volverse Dios de su ira).

2. En la propiciación hay cuatro elementos.

- 1) Hay una ofensa que tiene que ser quitada, que tiene que ser reparada.
- 2) Hay una persona ofendida, que tiene que ser reconciliada.
- 3) Hay una persona ofensora, que es culpable.
- 4) Tiene que haber un sacrificio para expiar la ofensa.

Todo esto puede verse en lo que acontecía el gran día de la expiación, en el Antiguo Testamento. Recordemos qué pasaba aquel gran día. El sumo sacerdote, en la antigüedad, entraba al lugar santísimo; lo hacía una vez por año, llevando los pecados de la nación. Entraba con sangre ajena, pues un animal había sido sacrificado. El sumo sacerdote tomaba esta

sangre, atravesaba el velo, y ofrecía esa sangre a Dios. Dios aceptaba esta ofrenda, y entonces el sumo sacerdote, ante la presencia de todo el pueblo, congregado por Dios, salía afuera, y el pueblo conocía que sus pecados habían sido expiados y cubiertos por otro año más.

3. La Escritura nos dice algo más sobre esto: dice que había dos querubines mirando hacia el propiciatorio; el propiciatorio era una cubierta, una tapa, una plancha de oro, la cubierta o cobertura que estaba sobre el Arca del Pacto. Debajo del propiciatorio estaba la Ley de Dios. Cuando el sumo sacerdote rociaba la sangre del sacrificio ¿qué anunciaba? Anunciaba que Dios estaba satisfecho con la ofrenda; anunciaba que la Ley de Dios había sido honrada, y anunciaba que el pueblo estaba perdonado.

La palabra hebrea «*kaphar*», que se emplea también para propiciación, expresa precisamente lo que tenía lugar; el pecado era cubierto, aun cuando no era quitado definitivamente, como más tarde lo sería en el Nuevo Testamento. La propiciación simbolizaba el perdón del pecado en la presencia de Dios.

Estos aspectos que el Antiguo Testamento señala son de la mayor importancia para nosotros. Pablo enseña que lo que Cristo hizo mediante su muerte en la cruz fue pacificar la ira de Dios. Cristo, cubierto con su propia sangre, desempeña ahora el papel del propiciatorio en el gran día de la expiación.

La muerte de Cristo fue propiciatoria, en el sentido de que, en su muerte, Cristo sufrió el justo juicio de Dios por el pecado del hombre.

II- La polémica planteada en torno al concepto mismo de propiciación.

1. En contra del uso de este vocablo se invocan dos tipos de argumentos. Se invocan, por una parte, razones lingüísticas.

Por otra parte, se discute la noción de la ira de Dios. Veremos ambos aspectos.

El pueblo de Dios no debe permanecer ajeno a la gran discusión teológica que se está librando, porque esta discusión afecta al texto revelado por Dios. No tiene que haber prejuicio en contra de los auténticos teólogos; todo lo contrario, necesitamos verdaderos enseñadores de la Palabra de Dios, que conozcan el hebreo antiguo y el griego antiguo en los cuales Dios ha dado, principalmente, su palabra al mundo. Necesitamos que se dé al pueblo de Dios la teología bíblica, es decir, las doctrinas fundamentales de la Palabra de Dios. Notemos que la teología bíblica tiene como único campo de su trabajo, y como única fuente de verdad, la Sagrada Escritura, la revelación que Dios ha hecho. Por no respetar este principio, muchas de nuestras predicaciones carecen de penetración en el alma humana.

2. La traducción del vocablo griego *hilasmos* como «propiciación», en el Nuevo Testamento, viene de la Vulgata, y algunos escritores modernos la consideran desafortunada. Ocurre que el uso en el mundo pagano del concepto *hilasmos* era el de apaciguar la ira de los dioses mediante una ofrenda o sacrificio que procuraba hacerles cambiar de actitud.² Es este aspecto del problema el que induce a escritores modernos a rechazar el concepto de «propiciación» porque, dicen, si se acepta que Dios puede ser así propiciado se estaría tomando al Dios de amor de la Biblia en una deidad caprichosa y vengativa, que infligiría castigos a quienes no le sobornaran con sus dones y ofrendas.

Ello lleva a Dodd y a Westcott a afirmar que el vocablo *hilasmos* no contiene la idea de una acción por la cual se propicia a Dios, sino por la cual el hombre es purificado, y su pecado «neutralizado».³ Agregan que el *hilasmos* cambia al hombre, no a Dios.

2. J. Stott, 1 Juan, pág. 92.

3. Stott, en ob. cit., pág. 94, refuta ese punto de vista.

Desde luego, los conceptos paganos no corresponden con la sublimidad del Dios que la Biblia revela. El propio Leon Morris⁴ se reconoce agradecido a Dodd y a otros que han aclarado que no es el burdo e indigno concepto de una deidad sobornable el que puede representar al Dios de Israel. Pero, después de hacer ese reconocimiento, Morris agrega que aquellos autores han ido más allá, cuando dicen que los traductores de la LXX usaron «propiciación» pero no quisieron significar «propiciación».

Este último autor ha sometido a un análisis lingüístico crítico y estricto los argumentos en los que se apoya esta reconstrucción. Muestra que el verbo compuesto *exilaskesthai* (más común en la LXX pero que *no* se halla en el Nuevo Testamento) ochenta y tres veces es traducción del hebreo *kipper* y que éste normalmente significa, o bien «evitar el castigo», especialmente la cólera divina, mediante el pago de un «*kofér*, un rescate» o, en su uso cúltico, «realizar la reconciliación entre Dios y el hombre» por medio del sacrificio y que significa «hacer propiciación concerniente a una persona». La conclusión de este estudio lingüístico de Morris es que «parecería imposible que alguien en el siglo I hubiera usado uno de los términos del grupo «*hilaskomai*» sin comunicar a sus lectores alguna idea de propiciación».⁵

Morris ha demostrado, en su extenso estudio lingüístico, que existe una estrecha relación entre los vocablos hebreos *kopher* y *kipper*⁶ (del cual se deriva *kapporeth*, el vocablo hebreo que designa la cubierta del Arca o «propiciatorio»). Por esta y otras razones concluye que la palabra *hilaskomai* y sus derivados retienen la idea de quitar el enojo divino, dado que significan que un rescate era pagado, rescate que puede precisamente ser considerado como una propiciación. Señala además que la Enciclopedia Hebrea dice: «Cada sacrificio

puede ser considerado como un *kofér* (rescate), en el sentido original de un don propiciatorio.»⁷

Asimismo subraya que la noción de volverse Dios de su ira está presente en el Antiguo Testamento, debido a dos grupos de ideas: a) por una parte, debido a la presencia, en la LXX, de esos vocablos, y b) debido a que hay una evidencia enorme de que la ira de Dios es un concepto que puede ser reconocido en todo el Antiguo Testamento.

Estas dos líneas de pensamiento se refuerzan una a la otra y llega a la conclusión de que, desde el punto de vista bíblico, un elemento de ira es inherente a la naturaleza divina pero que, mediante la propia provisión de Dios, esta ira puede ser evitada, apaciguada. Este apaciguamiento podemos entenderlo propiamente como propiciación, si este vocablo es entendido con la exclusión de la idea pagana de un proceso para procurar el favor de la deidad. El término «propiciación» debe pues ser utilizado con cuidado, pero no existe ninguna razón para rechazarlo en su totalidad.

3. Sí, no hay duda de que la ira es la obra «extraña» de Dios y que la misericordia es su propia obra. De todas maneras siempre hay que subrayar la conexión en que la Sagrada Escritura presenta estos conceptos. La ira procede de Él, pero Dios es «lento para la ira y grande en misericordia» (Sal. 103:8).

La conclusión, pues, es terminante. Entre los paganos, el concepto de propiciación era que mediante un sacrificio se inducía un cambio de mente en los dioses. «En lenguaje franco, el hombre sobornaba al dios para que le fuera favorable.»

Por ello, cuando estos vocablos fueron introducidos en la Biblia, esas ideas burdas e indignas fueron abandonadas y sólo fue retenida la verdad central, es decir, que la propiciación significa la extinción de la ira mediante una ofrenda.

4. TAPC, pág. 173.

5. Morris, TAPC, pág. 173.

6. Ver la exposición de J. Stott en 1 Juan, págs. 92-95.

7. Se cita aquí la monumental obra de Leon Morris «The Apostolic Preaching of the Cross» (TAPC), pág. 174. Ver asimismo Pop, Palabras griegas, pág. 301.

En ambos testamentos queda claro que la ofrenda, es decir, el don que asegura la propiciación, procede de Dios mismo.

III- La propiciación y la ira de Dios.

1. En este punto trataremos con algún detalle de refutar la argumentación que sostiene que no hay ira en Dios. La refutación que intentamos aportar consiste en la exposición de la doctrina bíblica sobre la ira de Dios.

2. Los que la rechazan lo hacen por varias razones: a) señalan que es una blasfemia pensar en ira en un Dios de amor; b) otros van aún más lejos y dicen que no es justo que uno padezca por otro; c) enseñan entonces que cuando aparece en la Escritura la expresión «la ira de Dios» debe entenderse que se trata de la consecuencia inevitable del pecado, o que la ira de Dios es un proceso externo a la voluntad de Dios. Tratemos estos aspectos en el orden indicado.

- a) Dicen algunos autores que es una blasfemia pensar en la ira de Dios, y entonces rechazan totalmente la idea de la propiciación. Estos autores no vacilan en decir que creen en el Dios que es todo amor, y que no creen en el Dios del Sinaí, el Dios que ha dado su palabra al mundo. Lo que hace falta, según ellos, es que el hombre vea la necesidad de la expiación, pero dicen que nada era necesario que fuera hecho desde el punto de vista de Dios; según estos hombres no era necesaria la propiciación.
- b) Se pretende enseñar que no es justo que uno padezca por otro. Pero si se argumenta que uno no puede llevar la culpa de otro, se estaría aceptando que el amor sería impotente para servir allí donde es más necesario. El amor es necesario en la esfera moral y espiritual, a causa de la caída del hombre. Decimos pues enfáticamente que si no se acepta la idea de que uno pueda sufrir por otro, entonces el amor de Dios no podría ayudarnos. El conocido autor

C. H. M. dice en un libro (*Miscellaneous Writings*) que algunos tienen la idea de que el amor es ciego; señala que, aunque esta frase tenga gran popularidad, eso no se podría decir jamás del amor de Dios. Lo que el hombre necesita, lo que el pecador necesita, es un amor superior a nuestra imperfección; y lo que encontramos en la palabra de Dios, es un amor que nos libra de lo que Dios ve en nosotros. Ciertamente, el amor en Dios no es ciego.

- c) Se dice además que más bien la ira es la consecuencia inevitable del pecado. Dicen, además, que la ira de Dios es un proceso externo a la voluntad de Dios.

Estos autores que niegan la doctrina de la propiciación subrayan además que, después de todo, el perdón no se debe finalmente a ninguna eficacia que pudiera tener el sacrificio de Cristo; vemos, entonces, a qué extremos peligrosos llegan ciertas tendencias modernistas, pues niegan la necesidad de la muerte de Cristo como una propiciación. Esta es una de las críticas más severas que debemos hacer al modernismo.

Para refutar esos errores, debemos analizar entonces qué cosa es la ira de Dios, y debemos tratar de explicar qué cosa no es esta ira.

La ira de Dios, según la vemos en las Escrituras, es una cualidad personal, sin la cual Dios dejaría de ser plenamente justo, y su amor degeneraría hasta transformarse en sentimentalismo. Como dice Lloyd-Jones, lo que hay que subrayar es que la ira de Dios es su deliberada oposición a toda maldad, y que esto surge de la propia naturaleza del ser divino.⁸

La ira de Dios no es una pasión irritada, la ira de Dios no es una venganza exagerada; no está manchada, como lo está a veces la ira del hombre. Permítasenos un ejemplo. A veces los padres ven la necesidad de reprender a sus hijos, y más de una vez el castigo excede a la necesidad de la corrección; un hombre airado puede llegar a ejecutar un

8. M. D. Lloyd-Jones, *Romans* 3:25.

castigo exageradamente severo. Otras veces la ira que se desata en nosotros excede los límites de la defensa y agrede, tal vez, a un inocente, o equivoca la intención ajena y atribuye a otros lo que no existe. En estos casos nuestra ira está manchada, está manchada por lo que somos, por la debilidad del hombre, por el pecado del hombre. La ira en Dios es una ira que no está manchada; es una reacción natural, transparente, de la santidad de Dios.

¿Qué es entonces la ira de Dios? Es su resistencia contra el pecado. Es su reacción contra el pecado. Es la reacción invariable de su santidad.

Notamos todavía más; conforme a Romanos 1:18 esta ira procede del cielo. Es activa, ¿contra qué? «Contra toda impiedad e injusticia de los hombres que detienen con injusticia la verdad.»

No se puede jugar con el pecado. Allí donde se manifiestan la impiedad y la injusticia, allí está el hombre sujeto al furor activo de Dios. Notemos que no necesitamos una teología que pretenda liberar el carácter de Dios de una suelta mancha de ira. Lo que necesitamos es una enseñanza bíblica equilibrada, que no enfatice exageradamente una de las faces del carácter de Dios. El amor de Dios no está en oposición con su justicia, porque el amor de Dios es santo, es un amor que está en franca oposición al pecado. El amor de Dios no puede ser desligado de los demás atributos del carácter de Dios, es un amor que está en oposición inmortal contra el pecado.

3. Dodd, al comentar Romanos 1:18, piensa que el concepto de la ira divina se utiliza para describir un proceso inevitable de causa y efecto en un universo moral. Son varios los autores que ven en esta ira nada más que una ley impersonal, que haría imposible pecar en la impunidad, es decir, sin recibir castigo.

Pero cuando uno vuelve al Nuevo Testamento se da cuenta de que los escritores inspirados no piensan en términos de

una ley impersonal, sino en una actividad divina. Es Dios quien entrega a los hombres a la impureza, a pasiones deshonradas, a una mente depravada. Ésta es la manera en que Dios revela su ira desde los cielos (Ro. 3:28).

Es verdad que el pecado tiene sus consecuencias, pero para Pablo esto no tiene lugar aparte de Dios. Esta ira de Dios «no es el trabajo ciego y automático de una ley abstracta... la ira de Dios es la ira de una personalidad divina».⁹

Buena parte de las dificultades para entender este punto es que se piensa en una falsa oposición entre la ira divina y el amor divino. Lo que se opondría al amor divino sería el odio. Pero la ira de Dios no significa odio, y por tanto, la ira en Dios no se opone al amor en Dios. Tenemos que utilizar estos términos que tienen su propio uso en las relaciones humanas, pero cuando se habla, en las Escrituras, de la ira divina, no se está pensando en sentimientos irracionales o en una pasión descontrolada.

La propiciación que aplaca su ira surge del corazón de Dios, que ama al pecador. Cuando la propiciación que está envuelta en la muerte de Cristo es separada del amor de Dios se le está quitando parte del significado que los apóstoles dieron a aquella muerte. Los escritores inspirados del Nuevo Testamento no conocen nada de un amor que no reaccione de la manera más enérgica contra toda forma de maldad.

Es la combinación del más profundo amor de Dios por el pecador, junto con su invariable reacción contra el pecado, aquello que clarifica lo que la Biblia llama «propiciación».¹⁰

4. Hay que ver el pecado no como una cosa, sino como un problema de la relación personal entre el hombre y Dios. El pecado no es una cosa, el pecado no es una sustancia; el pecado es la condición esencial de un ser humano; es la condición de un alma ante Dios, y el pecado no puede ser sepa-

9. W. Robinson, citado por Morris, en TAPC, pág. 184.

10. L. Morris, TAPC, pág. 210.

rado de las personas. Cuando Dios trata con personas tiene que tratar necesariamente con el pecado. Así, la Biblia enseña claramente que Dios se opone al pecado y que Dios se opone al pecador. El punto de vista de la Biblia es que el pecado separa al hombre de Dios y le priva de la vida. La vida es el privilegio de Dios; de modo que el pecado no es una cosa, sino una relación que ha sido quebrantada, una relación que ha sido degradada por el hombre.

5. La ira de Dios es siempre judicial. La ira en Dios es la ira del juez cuando administra justicia; vemos pues que desde el comienzo de la Carta a los Romanos, Pablo, el Apóstol, prepara la escena para declarar el Evangelio, y habla largamente sobre la ira de Dios. Enseña que ella es dinámicamente operativa en el mundo. Enseña que la ira, en Dios, no es una actitud pasiva, es efectivamente operativa en el mundo, y por cuanto procede del cielo, del trono de Dios, es por lo que resulta así de activa. Que la ira de Dios es activa se ve en la propia obra de la cruz. Toda la obra de la cruz es una acción contra el pecado, pero en bien del pecador.

Si Dios tolerase el pecado, si Dios no castigase el pecado ¿qué pasaría? Pronto Dios perdería su trono, y el pecado ocuparía ese lugar. Pero las normas de Dios no pueden degradarse. Dios no pasa por alto el pecado. Dios no transige con el pecado.

Dice el Apóstol en Romanos 1:24-28 que Dios en su ira entregó al hombre; lo entregó a la concupiscencia de su corazón (v. 24); lo entregó a pasiones desenfrenadas (v. 26) y lo entregó a una mente reprobada (v. 28). Pero también dice por qué esto es así; el hombre ha elegido este camino, cuando eligió no tener en cuenta a Dios (v. 28), no tener en sus caminos a Dios, cuando eligió rechazar la verdad (v. 25) y cuando eligió sustituir al Creador por la criatura (v. 23). Cuando miramos aún hoy la degradación en que han caído muchas religiones, algunas de ellas denominadas cristianas, nos damos cuenta de lo que han hecho: han sustituido la

gloria del Dios Creador y la han reemplazado por la gloria de la criatura.

6. En Romanos, Pablo va más allá todavía con el argumento, y subraya que todo hombre, por estar bajo pecado, está expuesto a la ira de Dios. De modo que la Biblia declara que todo hombre en su estado natural, sin el Evangelio, enfrenta la realidad definitiva de su vida; sea que él esté consciente o no, se encuentra bajo el furor activo de Dios.

IV- Con esta escena de fondo sobre la ira, Pablo presenta el Evangelio de la gracia de Dios.

1. Gracias a Dios, el mensaje del Evangelio no termina aquí, y nos dice la gloriosa verdad de que, a aquellos que estaban sujetos a su ira, Dios los ha hecho objeto de su gracia.

En la Carta a los Romanos aprendemos la gloriosa verdad que Dios «sujetó a todos bajo pecado». ¿Para qué? «Para tener misericordia de todos» (11:32).

¡Qué maravillosa es la revelación de Dios! ¡Qué grande es la Escritura cuando le dejamos decir lo que dice! Todo creyente tiene que meditar seriamente en este asunto, y no debe atemorizarse de conceptos que parecen graves porque parecen no corresponder a Dios. La ira en Dios es un concepto bíblico; no está manchada; es la santa reacción de Dios contra el pecado.

2. Las buenas nuevas del Evangelio son que una propiciación ha sido provista. Algo ha ocurrido. Algo ha sido hecho por Dios. Ese algo es la gran obra de la cruz. Y como resultado, la honra de Dios ha sido vindicada. La ira de Dios ha sido extinguida. Como ha dicho el gran teólogo Monod: «Salva la santa ley de mi Dios, y después podrás salvarme a mí.» Algunos críticos dirán que estamos diciendo que Cristo ha cambiado la mente de Dios.¹¹ Pablo no dice esto.

11. Lloyd-Jones refuta esta crítica en su comentario a Ro. 3:25.

Lo que Pablo dice es que Dios mismo, el Padre mismo, ha hecho esto. En la cruz vemos a Dios obrando, junto con el Hijo. Vemos a Dios mismo proveyendo la propiciación en su propio Hijo, mediante su sangre. El escritor a los hebreos señala que la Trinidad estaba envuelta en la obra de la cruz: «Cristo... por el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios» (He. 9:14).

3. La idea de la propiciación comprende, pues, más que la expiación, porque abarca también la reconciliación del hombre con Dios.

Cristo amó a los hombres como nunca nadie pudo amarlos. Sin embargo, habló de ellos como perdidos, condenados bajo la ira divina.¹²

Notemos que la propiciación no significa que Cristo tuviera que morir para que Dios se volviera misericordioso. Dios ya lo era. «Con amor eterno te he amado...» (pudo decir Dios a un pueblo rebelde y contradictorio), «... por tanto, te soporté con misericordia». Pero en la relación que existe entre un Dios Santo y el pecado, hay algo que hace moralmente imposible que Dios pase por alto el pecado, como si no existiera. Por lo tanto, era necesario que el pecado fuera juzgado, expiado, y era necesario que el carácter de Dios fuera vindicado.

Cristo soportó la ira de Dios, y no contra Él como persona, sino porque fue el sustituto del pecador. Él entró, en la cruz, en el estado del hombre culpable. Allí fue hecho pecado por nosotros. Allí soportó la muerte, que es la paga por el pecado y la expresión de la ira de Dios.

La diferencia pues entre expiación y propiciación es que la propiciación lleva esta noción: 1) Hay alguien que ha sido ofendido. 2) Hay alguien que es ofensor. 3) Hay algo que debía ser hecho y que ha sido hecho por ambos lados.

Y esta grande y gloriosa doctrina nos enseña que Dios a

quien hemos ofendido ha provisto, Él mismo, el medio del perdón. Él mismo tomó la carga; se puso debajo de la carga.

Su enojo, su ira, ha sido satisfecha, pacificada. Por esto Él puede ahora reconciliar al hombre consigo mismo. Cuando Pablo dice en Romanos 3:25 que Dios puso a Jesucristo «como propiciación, por medio de la fe, en su sangre», lo que quiere decir es que apagó la ira de Dios, y con ello nos redimió de la muerte. No fue la vida pura de Jesucristo ni su enseñanza, ni su santidad, *como tales*, sino el derramamiento de su sangre al morir, lo que nos ha traído vida.

V. Análisis de los vocablos relacionados con la propiciación en el Antiguo Testamento, en la LXX y en el Nuevo Testamento.

Como resultado de la obra de Jesucristo se puede ahora llamar a los hombres, se les puede *rogar* que se reconcilien con Dios. Dios ha sido hecho propicio. Sobre esta base el pecador es reconciliado con Dios, es decir, es introducido a una posición de amistad con Dios. Esta posición es definitiva, eterna.

1. La propiciación en el Antiguo Testamento.

Hay que distinguir entre el verbo y el sustantivo que se utilizan en este concepto:

- a) Como verbo, el hebreo es «*kaphar*», que puede significar cubrir, expiar, propiciar, pacificar. En diferentes formas verbales aparece unas cien veces en la Biblia Hebrea; la expresión más conocida es el término *Yom Kippur*, o día del perdón, día de la expiación.

El concepto puede implicar la idea de esconder el pecado de la vista de Dios, o bien que el pecado es totalmente borrado, frecuentemente como consecuencia de la sangre de un sacrificio.

En Levítico 4:20 se utiliza esta vocablo con referencia al ritual de la ofrenda por el pecado: «así hará el sacerdote

12. Walter Bevan.

expiación (kaphar) por ellos, y obtendrán *perdón*». En el capítulo 16 de Levítico el término «expiación» aparece 16 veces.

- b) Como sustantivo, el vocablo *kapporeth* señala al propiciatorio como el lugar, o el objeto, como mueble del Lugar Santísimo. Es «propiciatorio; trono de misericordia». ¹³ Se trataba de una plancha de oro, que representaba el Trono de Dios, y que simbolizaba su presencia real en el Santuario. El Señor prometió estar presente sobre él y declararse a Moisés «de entre los dos querubines que están sobre el arca del testimonio» ¹⁴ (Éx. 25:22).

En el día de la expiación el sumo sacerdote rociaba la sangre sobre el propiciatorio, y esto seguramente simbolizaba la aceptación de la sangre por parte de Dios.

De este modo, el propiciatorio era el lugar central al cual Israel mediante Aarón, podía entrar a la presencia de Dios.

2. En la LXX.

En la versión de los Setenta aparecen varios vocablos:

- a) *Ex-hilaskomai*, que es la traducción al griego del verbo hebreo *Kipper*.

En el mundo griego esta palabra correspondía a la idea pagana de propiciación de los dioses mediante un soborno. Es evidente que la idea del hebreo *Kipper* era que Jehová estuviera en una disposición favorable hacia el transgresor, pero en el trasfondo de *Kipper* no está la idea de mover a Dios mediante el sacrificio, ¹⁵ sino que el hecho de que el Señor aceptara una ofrenda era una muestra de su misericordia. El sacrificio no lo convierte en un Dios de gracia, sino por el contrario, porque es un Dios de gracia, Él acepta el sacrificio y permite que el transgresor siga viviendo.

13. La LXX utiliza para «propiciatorio» el vocablo griego *hilasterion*.

14. Vine, W. E., DEPNT, Propiciatorio, pág. 259.

15. Vine, DEPNT, Propicio, pág. 259.

Jehová no se deja comprar, ni siquiera por medio del culto que Él mismo ha establecido. Este principio debe ser subrayado, aún en el día de hoy, cuando tantas personas buscan congraciarse con Dios mediante sacrificios que Él no ha pedido.

El pagano ofrecía sacrificios para que su dios le fuera favorable; el israelita, enseñado por la Sagrada Escritura, ofrecía sacrificios de expiación porque Jehová es un Dios de gracia, y no para que lo fuera. El creyente ofrece hoy sacrificios espirituales, *no* para pedir su salvación, sino para regocijarse en la salvación que tiene, porque Dios se la ha concedido.

- b) *Hilasterion* es traducción de *Kapporeth*, y está esencialmente relacionado con propiciación. ¹⁶
- c) *Allagma* es la traducción al griego del vocablo hebreo *koper*, y representa la cosa que se da en lugar de otra.
- d) *Lutron* es también traducción griega de *koper*, para ciertos pasajes (Éx. 21:30, 30:12 y otros). En el griego común, *lutron* era el precio de rescate para un cautivo o un esclavo.

3. En el Nuevo Testamento.

Veamos los vocablos griegos que con frecuencia son traducidos como propiciación o sus conceptos derivados.

- a) *El sustantivo hilasmós*. Este sustantivo significa «LO QUE PROPICIA, UN SACRIFICIO PROPICIATORIO»; ¹⁷ se trata de una expiación, un medio por el cual el pecado es cubierto y remitido; aparece dos veces en el Nuevo Testamento, ambos en la primera carta de Juan. ¹⁸ **1 Jn. 2:2:** «Y él es la propiciación por nuestros pecados, y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo.»

16. Vine, DEPNT, Propiciatorio, pág. 259.

17. Scofield, en Ro. 3:25.

18. J. Stott, 1 Juan, pág. 92.

1 Jn. 4:10: «En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados.»

Como vemos, en ambos casos se ha traducido, en la versión de 1960, como *propiciación*. Se refiere a Cristo como «la propiciación», significando entonces que Él mismo, mediante el sacrificio expiatorio de su muerte, es el medio personal mediante el cual Dios muestra misericordia al pecador que confía en Cristo como aquel que ha sido así provisto.¹⁹

Él ha sido provisto no sólo por nuestros pecados sino también «por los de todo el mundo». Por tanto, ninguna persona, mediante una predeterminación divina ha quedado excluida de la amplitud de la misericordia de Dios; sin embargo, hay que destacar que la propiciación es sólo eficaz para aquellos que creen.

Si para mantener la comunión con Dios el cristiano creyente necesita un «abogado», esto significa que Cristo hace más que purgar la culpa; Él se presenta entre el pecador y Dios, y esto sugiere la noción de propiciación.²⁰

Pero hay también que notar la expresión de 1 Juan. 4:10: «Dios nos amó... y envió a su Hijo en propiciación.» Este aspecto es fundamental. Revela la verdad básica de que esta propiciación en Cristo no se origina, como sí se originaba en el pagano, en aquel que trae el sacrificio, sino en Dios mismo.

Dios, movido por su amor, provee un sacrificio como un don libre y gratuito para el hombre que nada merece.

Esta es la cumbre. No hay nada más elevado en toda la revelación bíblica.

Dios ha de ser adorado, su gran nombre ha de ser bendecido por los siglos, porque «Él nos amó a nosotros y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados.»

«No fue por nuestro amor a ti
del Hijo tuyo el don:

19. Vine, DEPNT, Propiciatorio, pág. 258.

20. Zeb, Propitiation, pág. 904.

de amor la prueba hela aquí:
tu corazón.»

Esta enseñanza apostólica es del más alto valor doctrinal, porque preserva la severidad de la reacción divina contra el pecado y al mismo tiempo subraya la profundidad del amor divino por el pecador.

«Oh, profundo amor de Cristo
vasto, inmerecido don;
cual océano infinito
ya me inunda el corazón.»

b) *El verbo hilaskesthai*. También aparece dos veces en el Nuevo Testamento, en Lucas 18:13:

«... Dios, sé *propicio* a mí, pecador».

Y en Hebreos 2:17:

«Por lo cual debía ser en todo semejante a sus hermanos, para venir a ser misericordioso y fiel sumo sacerdote en lo que a Dios se refiere, para *expiar* los pecados del pueblo.»²¹

A través del sacrificio propiciatorio de Cristo, aquel que cree en Él es librado, mediante un acto propio de Dios, de la ira que en justicia merecía, y pasa así a ser colocado bajo el pacto de gracia.

Dios puede actuar en gracia hacia aquellos que vienen a Él por la fe, y solamente sobre la base del sacrificio propiciatorio de Cristo.

Esto es así no porque Dios haya cambiado de actitud en virtud del sacrificio, sino porque Él siempre actúa en conformidad con su incambiable justicia. Por tanto, es la obra expiatoria de Cristo el medio por el cual la barrera que el pecado interpone entre Dios y el hombre ha sido derribada. Mediante la entrega sacrificial de su cuerpo sin mancha, Cristo anula el poder del pecado que separaba a Dios del pecador ahora creyente.

21. Vine, *Propicio*, pág. 259.

Dios ahora puede decir, como en Hebreos 8:12: «Porque seré propicio (*ileos*) a sus injusticias.» «Es Dios quien ha sido propiciado por la vindicación de su carácter santo y justo» (Vine).

c) *El vocablo Hilasterion*. Este vocablo aparece dos veces en el Nuevo Testamento:

En Hebreos 9:5: «Y sobre ella los querubines de gloria que cubrían el *propiciatorio*.»

Y en Romanos 3:25: «A quien Dios puso como *propiciación*, por medio de la fe, en su sangre, para manifestar su justicia, a causa de haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados.»

En el primer caso se habla del propiciatorio o «asiento de la misericordia»,²² o «sede de la misericordia». «Y sobre ella los querubines de gloria que cubrían el propiciatorio» (He. 9:5).

En Ro. 3:25 tiene un sentido similar,²³ y seguramente con el significado de un medio de propiciación. Aquí también sin duda el concepto se refiere a Cristo mismo, «a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre...» La frase «en su sangre» debe ser tomada en conexión inmediata con «propiciación».

Este gran verso de la Escritura es uno de aquellos que presenta «todo el canon en un texto», pues enseña que Cristo, mediante su muerte expiatoria, es el medio Personal mediante el cual Dios muestra la misericordia de su gracia justificadora al pecador que cree.²⁴ Su sangre se refiere indudablemente a la rendición voluntaria de su vida, me-

dante el derramamiento de su sangre en sacrificio expiatorio, bajo el justo juicio divino, que estaba destinado a nosotros como pecadores. «Así como el Sumo Sacerdote una vez al año, en el día de la expiación, tomaba la sangre de la ofrenda por el pecado y la rociaba sobre el propiciatorio en el Lugar Santísimo, así Cristo como nuestro gran Sumo Sacerdote tomó la sangre de su propio sacrificio y la ofrendó como propiciación por nuestros pecados.»²⁵

Como lo destaca la reciente traducción de la obra de Vine (Propicio, pág. 260) es incorrecto traducir en Hebreos 2:17: «Para obtener el perdón de los pecados», porque lo que allí se destaca es que, mediante el sacrificio de Cristo, no sólo se ha logrado el perdón, sino que se asentaron las bases para poder otorgarlo con justicia», vindicándose de esta manera el carácter de Dios, «a fin de que Él sea el justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús».

Algunos enseñan que no se debe hablar de la sangre porque, según ellos, esto puede tener efectos traumatizantes sobre la gente. Rechazamos tamaña conclusión, a la que llegan erróneamente algunos modernistas; lo que es traumatizante es el mal que da origen a las desdichas del hombre, y no la mención del remedio que Dios ha provisto.

El uso del vocablo «sangre» es una metonimia²⁶ que en este caso implica «muerte», o una vida que termina de un modo violento. Queda claro, según Levítico 17:11 que, cuando la sangre es entregada, la muerte tiene lugar. El principio fundamental sobre cuya base Dios trata con los pecadores es el que expresa Hebreos 9:22: «sin derramamiento de sangre no se hace remisión». Es decir, que a menos que haya derramamiento de sangre, a menos que una muerte tenga lugar, no hay remisión de los pecados.

Hogg y Vine han señalado que en el Nuevo Testamento

22. Stott, 1 Jn., pág. 92.

23. Algunas versiones bíblicas no utilizan la palabra «propiciación en Ro. 3:25. Dios llega al hombre: «Instrumento de perdón.» Dios habla hoy (VP): «instrumento de perdón». La Biblia al día: «Extinguiera el enojo de Dios contra nosotros.» En cambio, la Biblia de las Américas traduce bien «propiciación» (al margen: «sacrificio propiciatorio»). Las versiones de 1909 y 1960 incluyen «propiciación», así como la de 1977.

24. Vine, *Propiciación*, pág. 258.

25. Earle, R., *Romans*, pág. 83.

26. Notes on Thessalonians, Vine, pág. 168. Ver también Vine, *Propiciación*, pág. 258.

la expresión «la sangre» nunca aparece aislada sino que Aquel cuya sangre ha sido derramada es invariablemente mencionado, porque es el mérito infinito de su Persona lo que da valor a su obra. La eficacia salvadora de su muerte depende enteramente del hecho de que el Ser que murió era y es el Hijo de Dios.

Sí, Cristo es el medio de propiciación que Dios puso para manifestar su postergada justicia. En su muerte se revela la justicia de Dios, en el sentido exigente y condenatorio del vocablo. Su sangre como sangre expiatoria cubre el pecado que hasta ese momento Dios había pasado por alto al retener su juicio.²⁷ Cristo ha venido a ser el propiciatorio para su pueblo.²⁸ «Cristo, mediante la entrega de su vida sin pecado, anula el poder del pecado para separar a Dios del creyente, mediante un sacrificio análogo a aquellos ofrecidos por los sacerdotes judíos, pero infinitamente más eficaz.»²⁹

Es en su sangre que Cristo ha sido investido con capacidad propiciatoria; y la Escritura no conoce ningún poder propiciatorio en la sangre, a menos que sea la sangre de un sacrificio.³⁰

VI- La propiciación es el sacrificio que restablece la relación perdida entre el hombre y Dios.

1. El sacrificio de Cristo abre el camino hacia Dios. El sacrificio de Cristo abre el camino hacia Dios porque era necesario que el pecado fuera expiado, extinguido, quitado. ¿Por qué? Porque el carácter de Dios tenía que ser vindicado, tenía que ser respetado. Notemos que no se trata de una transacción con el pecado; no se trata de avenirse, de transigir con el mal, de negociar con el mal, porque esto no sería salvar al hombre.

27. Ridderboss, El pensamiento de Pablo, pág. 202.

28. Vine, Propiciatorio, pág. 259.

29. Samuel Driver, citado por Earle, en Romans, pág. 83.

30. James Denney, citado por Earle, ob. cit., pág. 81.

Hay una manera de predicar que a veces nos engaña; tenemos a veces una manera de presentar el Evangelio que ignora el carácter esencialmente pecaminoso del pecado. La cruz muestra que Dios no transige con el pecado, y no transige con el pecado porque Él se ha propuesto salvar al hombre del pecado. Negociar con el pecado no sería salvar al hombre, sería fomentar el pecado. El pecado tenía que ser juzgado según su verdadera esencia de pecado.

La cruz juzga entonces al pecado, pero lo juzga para salvar al hombre, lo juzga para la salvación. La cruz, entonces, es el lugar en que el Dios Santo entra en contacto con el pecado de la raza caída; pero no meramente para castigarlo, sino para redimir, para conquistar al pecador.

2. El sacrificio de Cristo, además, abre el camino hacia Dios por otra razón. Abre el camino hacia Dios porque provee lo que necesita una conciencia atormentada, una conciencia acusadora; provee lo que necesita una conciencia despertada por Dios.

Es el Espíritu de Dios el que convence de pecado, y convence de pecado cuando nos convence de nuestra necesidad.

El pecador tiene que llegar a la cruz en medio de una crisis espiritual, no livianamente, y el perdón le es ofrecido porque el perdón es una necesidad de su conciencia. El perdón libra la mente de toda duda, en cuanto a nuestro estado delante de Dios.

Sólo podemos asombrarnos ante la majestad de la revelación: «Porque Dios sujetó a todos en desobediencia, para tener misericordia de todos. ¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios e inescrutables sus caminos!» (Romanos 11:32, 33).

3. La cruz abre el camino hacia Dios, además, porque Cristo ha entrado por su propia sangre en el mismo cielo. ¿Por quiénes? Por los pecadores como nosotros. ¿Qué significa? Significa que yo he entrado con Cristo, significa que tú has

entrado con Él. La sangre de Cristo habla. La sangre de Cristo responde a toda acusación. «¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica.»

4. La sangre de Cristo abre el camino hacia Dios, además, porque asegura el acceso del cristiano a Dios. Este gran concepto del acceso a Dios se vincula con la obra de Cristo; incluye la idea de acceder a un descanso, incluye la idea de acceder a un puerto, a un fondeadero.

Un autor³¹ dice acerca de la obra de Cristo traduciendo el pasaje de Romanos 5:2: «Cristo nos abrió un camino en el fondeadero de la gracia de Dios.» Tener acceso a Dios es encontrar un fondeadero permanente para el alma. De modo que la idea que nos da la Escritura es que en nuestra vida como creyentes resultamos a veces violentamente zaran- deados por el pecado, por el mal, por el enemigo, y el creyente está llamado a vivir en medio de una gran tormenta. Está llamado a vivir a veces en angustia, en tentación, en aflicción. Cristo nos ofrece el camino, el único, hacia el puerto, hacia el fondeadero, hacia el resguardo de la gracia de Dios; allí nuestras almas están seguras.

VII- La exégesis de Romanos 3:25.

En el capítulo VI, titulado «La justificación por la fe», se incluye un punto sobre la exégesis del pasaje de Ro. 3:21-26; aquí, en cambio, sólo se anticipan algunas reflexiones, pero el lector podrá apreciar allí el contexto más amplio en que Pablo presenta la propiciación.

1. La *propiciación* contempla nuestra deuda con la ira de Dios y es la provisión de gracia por la cual podemos ser librados de ella.³²

Dios *puso* como propiciación públicamente, abiertamente,

31. K. S. Wuest, comentando Ro. 5:2.

32. J. Murray, Romans, pág. 116.

a Cristo (Bengel). Lo puso delante de los ojos de todos, no como ocurría con el arca, que quedaba velada y a la cual se acercaba sólo el sumo sacerdote. Dios lo ha presentado, lo ha expuesto públicamente, lo ha puesto al frente como propi- ciación.³³ Es interesante notar que la Biblia de Jerusalén traduce: «A quien exhibió Dios como instrumento de propi- ciación...»

«Cristo se ofreció a sí mismo, se dio a sí mismo, con el valor total de su vida de Dios-Hombre..., la totalidad de su ser fue ofrendada, así que Dios proveyó ampliamente lo que su justicia exigió.» Esto es lo que significa el v. 25: «Dios le colocó y le exhibió como propiciatorio por el hecho de su sangre, que es la vida de valor infinito derramada sobre el altar de sacrificio.»³⁴

Vine señala que en consecuencia con el carácter santo de Dios, y con vistas a la manifestación de dicho carácter, Él es, por medio de Cristo, como propiciación por medio de (*en instrumental*)... Su sangre (3:25) «el que justifica al que es de la fe de Jesús» (v. 26), siendo la justificación la absolución legal y formal de toda culpa por parte de Dios como juez. Esta propiciación se fundamenta en el derramamiento de la sangre de Cristo. Dios puso a Cristo Jesús *como propicia- ción*, por medio de la fe, en su sangre. Dios puso a Cristo Jesús como propiciación para que sea recibido por medio de la fe.

Leon Morris ha destacado³⁵ que la sangre señala, en las Escrituras, una vida entregada a la muerte.

La justicia de Dios nos es otorgada gratuitamente, por su gracia. La recibimos porque Dios ha puesto a su Hijo como víctima propiciatoria mediante el derramamiento de su sangre.³⁶

33. J. Denney sugiere «a quien Dios manifestó en poder propiciatorio» (Earle, Romans, pág. 81).

34. E. Trenchard, Romanos, pág. 125.

35. Ver DT, Sangre, pág. 482 y L. Morris, TAPC, cap. 3.

36. W. Mundle, en DTNT, Redención, pág. 59, habla de víctima expiatoria.

La mención de la sangre de Cristo muestra que el vínculo entre la redención y la muerte propiciatoria de Cristo es algo sólidamente establecido.

El vocablo «sangre» hace referencia a la muerte violenta que padecían los animales sacrificados según el Antiguo Testamento. Lo que Pablo quiere, pues, subrayar es que lo que apaciguó la ira de Dios no es la vida inmaculada de Cristo sobre la tierra, sino el derramamiento de su sangre al morir. Esto explica la expiación en términos de sustitución representativa,³⁷ pues el inocente recibe el castigo judicial correspondiente al pecado, en nombre del culpable, y en lugar del culpable.

Esta noción es fundamental en la Sagrada Escritura, y aparece prefigurada en el ceremonial del sacrificio por el pecado, en Levítico 4:4-24. Allí el pecador oferente ponía su mano sobre la cabeza del animal, la víctima inocente, que se constituía así en su representante; así identificado con el culpable, aquel animal moría en sustitución, en reemplazo del hombre pecaminoso.

Esta enseñanza fundamental aparece, pues, en un pasaje que subraya el efecto del pecado sobre el hombre.

De modo que, lejos de que la predicación de la sangre perturbe o traumatice a los hombres, es el propósito de Dios que el pecador vea la necesidad de la sangre, porque ella provee a una necesidad de la conciencia del hombre.

Para que la gran obra de la cruz no quede en cierto sentido incompleta, debe ser aplicada por medio de una obra de Dios en el corazón del pecador. Cuando un hombre lo comprende así, la muerte de Cristo alcanza su objetivo. Pero, como señala Lloyd-Jones, para todo esto no basta decir que Dios es amor. La sangre debe ser aplicada.

El vocablo propiciación se vincula, pues, con Jesucristo de dos maneras:

a) Según Romanos 3:25, el Señor Jesucristo hizo un sacrificio propiciatorio.

37. Packer, HCDD, pág. 211.

b) Pero además significa también que Cristo mismo es el propiciatorio, es decir, el lugar donde pueden encontrarse Dios en toda su santidad y el pecador en toda su culpabilidad.

VIII- Dios ha enviado a Cristo en propiciación por nuestros pecados, y esto proviene de su grande, infinito, amor.

1. Dios tiene todos sus atributos de manera gloriosa, y la obra expiatoria de Cristo muestra en plenitud los atributos de su carácter. La expiación del Calvario revela al Dios santo como un Dios que ama y, sin duda, como ha señalado Denney, es a la obra de la cruz a la que debemos las ideas más sublimes sobre qué significa que Dios es amor. ¿Por qué? Porque en su amor Él desea llevar el sufrimiento que el pecado del hombre ha producido. Por esta razón, lejos de negar la verdad fundamental del amor de Dios, la muerte de Cristo constituye un despliegue de ese amor.³⁸

La muerte de Cristo revela que la última realidad en Dios está más allá del pecado del hombre. Es un amor que en el lenguaje de la Escritura carga con el pecado, que recibe al pecador³⁹ y lo regenera. Los pecadores se acercaron a oírle a él, y le oyeron. Los jueces humanos, cuando aplican justicia, procuran restablecer el orden jurídico allí donde haya sido quebrantado. Al aplicar justicia, Dios debe mantener la inviolabilidad de su ley moral. Por esta razón, Dios debe justificarse a sí mismo manteniendo el rigor de sus demandas, en correspondencia con su naturaleza santa. El pecado del hombre constituyó un agravio. Aunque los hombres consideran el pecado como una cosa trivial, la Escritura subraya que el pecado es un desafío a la majestad de Dios, y por tanto, es un agravio infinito.

Una satisfacción tenía que ser ofrecida; pero una afrenta

38. Vernon C. Grounds, en Baker's Dict. Atonement, pág. 75.

39. L. Morris, Luke, pág. 238.

infinita exige una satisfacción infinita. Este punto de vista es esencial allí donde la Escritura es aceptada como la autoritativa Palabra de Dios.⁴⁰

Dios hace lo que el Juez supremo debe hacer. Él rehúsa atenuar las demandas de la ley. Más bien, en amor Él mismo armoniza las demandas de su ley a través del sacrificio vicario, representativo, de Cristo. Así, en lugar de hacer nula su ley, Dios la establece (Ro. 3:31).

No hay una antítesis irreconciliable entre el amor y la ira en Dios. La ira de Dios y el amor de Dios son actitudes personales que hacen que Dios esté preocupado, apasionadamente preocupado, por establecer con el hombre una relación genuina.

Para que esta relación sea genuina, Dios ha tenido que destruir el pecado. Esta es la tarea que fue asignada a Cristo como Sumo Sacerdote de su pueblo. Esa es la gran tarea de la cruz. Esta tarea está terminada. Todo está consumado.

2. En última instancia, la explicación de la cruz se encuentra en la naturaleza misma de Dios. Es el carácter santo de Dios, y es el amor eterno en Dios, el que lo ha impulsado a concebir, desde antes de la fundación del mundo, la obra de su Hijo en la cruz.

En 1 Jn. 4:10 se revela la verdad fundamental de que Dios ha enviado a su Hijo en propiciación por nuestros pecados, y que esto proviene de su grande, infinito amor. Es Dios mismo, movido por su amor, el que provee la propiciación como un don libre. En esta enseñanza la Biblia se explaya, porque despliega la noción clara de la reacción divina contra el pecado, junto con el énfasis de toda la Escritura sobre la profundidad del amor de Dios al pecador.

Puede, por tanto, insistirse en que el término «propiciación» debe, pues, ser utilizado explicando su significado, pero no existe ninguna razón para rechazarlo en su totalidad.

40. L. Morris, en DT, Expiación.

Conforme a las Escrituras, un elemento de ira es inherente a la naturaleza divina; mediante la propia provisión de Dios esta ira pudo ser agotada, extinguida. Este apaciguamiento es la propiciación, si este vocablo es entendido con la exclusión de la idea pagana de un proceso de soborno a la deidad.

Sí, Cristo es el medio de propiciación que Dios puso para manifestar su postergada justicia. En la muerte de Cristo se revela la justicia de Dios, en el sentido exigente y condenatorio del vocablo. Su sangre como sangre expiatoria ha cubierto el pecado que hasta ese momento Dios había pasado por alto al retener su juicio.

Es fundamental seguir el pensamiento de Juan sobre el amor de Dios: «Dios... nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados...» (1 Jn. 4:10).

El pasaje de 1 Juan 4:8-10 se abre con la frase «Dios es amor.» Ésta es una de las tres grandes expresiones de Juan acerca de la naturaleza de Dios. Las otras son «Dios es luz», y «Dios es Espíritu.» Ésta es una de las más sublimes y completas afirmaciones bíblicas sobre Dios.⁴¹

Enseguida notamos que Juan no trata del amor en un sentido teórico o abstracto, sino que él ve al amor en acción. Enfatiza que este amor se ha demostrado, se ha manifestado, en un hecho histórico; este hecho es la venida de Cristo.⁴²

«En esto se mostró el amor de Dios para con nosotros, en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por Él» (1 Jn. 4:9). La venida de Cristo es la indicación visible, en nuestra experiencia, del amor escondido de Dios.

El amor emana de Dios, surge de Él.⁴³

Notemos la importancia de esta afirmación apostólica. Significa que el amor pertenece a la esencia misma de la naturaleza de Dios. Dios ama, no porque encuentre seres dignos de su amor, sino porque el amar pertenece a su naturaleza.⁴⁴

41. J. Stott, 1 Jn., pág. 174.

42. H. Marshall, 1 John, pág. 213.

43. Zeb, Love, pág. 989.

44. L. Morris, NCB, pág. 941.

Notemos además que existe un abismo entre el amor como nosotros lo practicamos y el amor en Dios. La clase de amor que Juan tiene en mente no existe entre los hombres.

Pero enseguida dice:

«En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados» (1 Jn. 4:10).

¿Cuál es la conclusión aquí? Muy grande. Consiste en que la cruz de Cristo es la aparición visible en este mundo de un amor que va mucho más allá de nuestra visión, porque penetra en las profundidades de la eternidad.⁴⁵

Aquí vemos dos factores que determinan la naturaleza del amor de Dios:

- a) Uno es que este amor se sacrifica.
- b) El segundo es que este sacrificio se hace para la bendición del hombre. Esto es fundamental, porque el hombre se orienta por el amor.⁴⁶

Dios quiere que el pecado sea castigado, pero no quiere esto sin querer, al mismo tiempo, que el castigo caiga sobre Él (Schlatter).

Cristo ha realizado la obra de la cruz siguiendo un plan divino. Este plan divino envuelve un sacrificio supremo y manifiesta que hay poder en el amor de Dios.

El Evangelio es un mensaje para hombres derrotados por el pecado, pero que pueden ser rescatados por el poder de un amor infinito.

Juan utiliza un vocablo que es favorito en él, cuando dice que Dios *envió* a su Hijo. Esto enfatiza el camino por el cual el Hijo vino de la esfera celestial hacia este mundo, pecaminoso y rebelde.

Notemos que Juan no se limita a describir el amor de Dios. Él va más allá, porque enseña que si queremos entender algo del amor no podemos seguir el camino de considerar nuestro amor, sino que el amor es visto en el acto previo de Dios,

45. H. Marshall, 1 John, pág. 214.

46. Lacueva, EC, pág. 147.

que se ha expresado al enviar a su Hijo para que fuera la propiciación por nuestros pecados.

Toda la actitud de Dios está presidida por su amor; por lo tanto, si Dios juzga el pecado, lo juzga en amor⁴⁷ porque lo juzga cargando Él mismo con la culpa.

En 1 Jn. 2:2 se indica que Cristo es la propiciación. No se dice que *ha hecho* propiciación, sino que Él mismo lo es. ¿Por qué habla así? Porque el escritor quiere subrayar que el Salvador no ha llevado a cabo nuestra reconciliación con Dios por ningún medio externo, sino que Él mismo es la propiciación.⁴⁸

En esta frase de Juan encontramos el más profundo significado del amor; el amor significa el perdón de los pecados del ser amado, y esto incluye el hecho de no recordarlos más.⁴⁹

La cruz de Cristo manifiesta claramente el amor de Dios. La gracia «barata» no existe en la Biblia. La cruz de Cristo manifiesta claramente que el perdón no significa que haya debilidad en Dios, sino que este perdón procede de la fuerza que vence a la muerte.⁵⁰

Esto es lo que Dios ha hecho para una humanidad en rebeldía, el perdón.

Pero más todavía, Juan revela que Dios perdona al costo de sí mismo. Vemos entonces la grandeza del amor de Dios:

- 1º) En los medios de que se vale: la encarnación fue el gran paso.
- 2º) En el grado de este amor: dio el objeto supremo de su afecto. No escatimó a su propio Hijo.
- 3º) En su capacidad para el sacrificio. Esto coloca a Dios muy cerca de nosotros.⁵¹

¡El amor nos ha traído a Dios cerca!

47. Dodd, citado por Stott, ob. cit., pág. 174.

48. Bonnet, 1 Jn., pág. 310.

49. H. Marshall, 1 John, pág. 215.

50. DTNT, Amor, pág. 121.

51. Mullins, RCDE, pág. 243.

El origen del amor está en Dios, en la naturaleza de Dios. Es un amor eterno. La manifestación de este amor se encuentra en la venida de Cristo al mundo. Es un amor universal. Y la culminación de este amor inmenso está en la muerte de Cristo como propiciación. Es un amor sacrificial. Pablo dice en Romanos 5:5 que «el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones...»; un exegeta⁵² agrega que «continúa inundando nuestros corazones».

Vemos pues que en Romanos 3, Pablo toma la propiciación como demostrativa de la justicia de Dios. Y aquí Juan la considera como demostrativa del amor de Dios.⁵³

El mundo jamás ha conocido un acto más grande de la justicia de Dios que la muerte de Cristo en la cruz. La principal preocupación de Cristo no ha sido solamente desplegar el amor perdonador de Dios, sino que Él ha subrayado la santidad de tal amor.⁵⁴ Pero el mundo jamás ha conocido un acto más grande del amor de Dios que la muerte de su Hijo en la cruz.

La cruz es un acto de Dios. Es un drama que ilumina todos los demás dramas de la vida.⁵⁵

Vemos, pues, cómo ha obrado la sabiduría de Dios en el Evangelio.

«Lejos de encontrar alguna forma de contraste entre el amor y la propiciación, el apóstol no puede transmitir la idea de amor a nadie, excepto señalando a la propiciación.»⁵⁶

¿Cómo podemos ver ahora el pasaje de Romanos 3:21-26? Dios puso a Cristo como propiciación. Esto significa dos cosas:

- 1) Por un lado, que Dios puso esta propiciación delante de sí mismo, como un propósito suyo.
- 2) Por otro lado, Dios puso esta propiciación delante del mundo entero.

52. Blackwedell, LGNT, pág. 129.

53. Stott, TCOC, pág. 213.

54. Stott, TCOC, pág. 131, citando a Forsyth.

55. Stott, TCOC, pág. 173.

56. J. Denney, TDOC, pág. 152.

«El Cristo crucificado es el regalo inmortal del amor divino para la salvación de los hombres.»⁵⁷

En ninguna parte Pablo ha expuesto más agudamente el problema de Dios que en lo de justificar al impío. En el pensamiento de Pablo, el hombre está separado, alienado de Dios, a causa del pecado.

Y Dios está separado del hombre a causa de su ira; en la muerte sustitucionaria de Cristo el pecado es destruido y la ira ha sido desviada.

Lejos de ignorar el pecado, el amor de Dios ha encontrado la manera de exponer el pecado ante su vista, para destruir al pecado y salvar así al pecador.

La única vía para salvar al hombre fue la ofrenda propiciatoria de Cristo. Ahora Dios puede llamar a cada uno para que acepte esta ofrenda por medio de la fe.⁵⁸

Vemos, pues, cómo esta doctrina sobre la propiciación se entronca con las verdades fundamentales del Evangelio. La propiciación ha sido necesaria porque el pecado provoca la ira de Dios.⁵⁹ Pero al mismo tiempo, la propiciación subraya la ofensa del pecado, que ha impuesto el costo del sacrificio de Cristo.

Nosotros estábamos bajo la santa ira de Dios. Dios ha ejecutado su juicio, pero la gracia ha desviado el castigo. Esto es lo que los querubines veían en el Tabernáculo. Miraban al propiciatorio. Miraban cómo la sangre cubría las transgresiones del pueblo.

¿Qué es la propiciación? Es un sacrificio que conjura la ira por medio de la expiación del pecado, y por medio de la anulación de la culpa.⁶⁰ La propiciación nos revela que el verdadero significado del amor, del amor que necesitamos, se descubre únicamente en la cruz.⁶¹

57. A. T. R., Romans, pág. 347.

58. Stott, TCOC, pág. 174.

59. Stott, TCOC, pág. 173.

60. J. I. Packer, HCDD, pág. 178.

61. L. Morris, NCB, pág. 141.

Nunca encontraremos el amor de Dios si lo buscamos en otro lado.

El sentido más elevado del amor de Dios es que Él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo. Dios ha dado a su Hijo. Lo ha dado para que muriera. Lo ha dado para que muriera por nosotros. Dios envió a su Hijo al mundo. Su propiciación alcanza hasta donde alcance el pecado.⁶²

El amor es la cualidad del carácter de Dios que más nos conmueve, porque es aquella cualidad que cubre nuestras faltas.

Para entender este amor tenemos que vernos como somos, como Dios nos ve, como pecadores, objetos de la ira de Dios. Pero también tenemos que vernos como el Evangelio nos anuncia, como los destinatarios del amor de Dios, expresado supremamente en la muerte de su Hijo.

IX- El propiciatorio era un lugar de aceptación, y era también un lugar de revelación de Dios como el Señor Soberano.

1. En 1 Samuel 4:4 leemos que Jehová de los ejércitos «moraba entre los querubines», y en el Salmo 99:1 que: «Él está sentado entre los querubines.» Este propiciatorio es por tanto el Trono de Dios, y Jerónimo y Lutero⁶³ lo identifican con el Trono de Gracia, no sin razón, pues se trata en realidad del asiento o la sede de la misericordia.

En Éxodo 25:22 vemos que se trata del lugar de revelación de la persona y de la Palabra de Dios: «Y de allí *me declararé a ti*, y hablaré contigo de sobre el propiciatorio, de entre los dos querubines que están sobre el arca del testimonio, todo lo que yo te mandare para los hijos de Israel.» Y en Números 7:89 vemos que «... cuando entraba Moisés en el tabernáculo de reunión para hablar con Dios, oía la voz que le hablaba

62. F y B, 1 Jn., pág. 730.

63. Bauer, DTB, pág. 385.

de encima del propiciatorio que estaba sobre el arca del testimonio, de entre los dos querubines; y hablaba con él».

Dios declara aquí en Éxodo 25 y en Números 7 el designio de descender del lugar de juicio para tomar un lugar encima del propiciatorio. Éste es un lugar de revelación. El estudio del tabernáculo debe conducir a esto. Dios puede sentarse en el Trono de gracia porque este trono está fundado sobre la justicia divina. La base de toda obra de gracia es la persona y la obra de Cristo, porque Él ha venido a ser, por su muerte, una propiciación, un propiciatorio (Ro. 3:25), para todos los que confían. Cuando el hombre toma el lugar que le corresponde como pecador, Dios puede tomar el suyo como Salvador;⁶⁴ cuando el hombre acepta el lugar que la verdad de Dios le asigna, entonces puede experimentar el perdón, un perdón que lo purifica porque destruye el pecado y porque le comunica la vida de Dios (1 Jn. 4:9). «Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por Él.» Cuando el hombre acepta escucharle, Dios puede tomar el lugar de maestro.

2. Algunos autores expresan la opinión que compartimos, de que en Números 7:89, en ocasión de la dedicación del Tabernáculo, hay una promesa especial hecha por el Ángel del Pacto, el mismo Señor Cristo, en su estado preencarnado, de hablar a su pueblo. De manera semejante, a todos aquellos que le aman y guardan sus mandamientos, Él se manifestará (Jn. 14:21).

La figura del Antiguo Testamento, que representa a Dios hablando en medio de los querubines de gloria, sobre el propiciatorio, nos ayuda a entender el lugar de toda autoridad que Cristo ocupa hoy para su pueblo. En el pasado, Dios ha hablado muchas veces, de muchas maneras. Hoy habla por el Hijo. En medio de tantas voces disonantes que el mundo pretende arrojar sobre la Iglesia de Cristo para hacerle tomar

64. CHM, Éx., pág. 241.

criterios y señoríos mundanos, la voz de Dios, que proviene del trono de gracia, parece repetimos: «Éste es mi Hijo amado; a Él oíd.»

El creyente, y la Iglesia entera, tienen hoy un sacerdote entronizado. Este Sumo Sacerdote entronizado se deleita en hablar a su pueblo con una voz autoritaria, definitiva. Es el privilegio de cada creyente reconocer esta voz y obedecerla, cuando Él habla por medio de la Sagrada Escritura.

El mismo Señor crucificado que ha llevado el pecado sobre la cruz es el Sumo Sacerdote entronizado. Hay en el cielo un Sacerdote que, al mismo tiempo, es Rey. Así lo presenta la carta a los Hebreos en 1:1-3. Él ha terminado su tarea sacrificial como *Sacerdote* («... habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de sí mismo»); ocupa ahora su lugar como *rey* («... se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas»); en Él, Dios ha enviado a un *profeta*, el revelador de todo el designio de Dios. «En estos postreros días Dios nos ha hablado por el Hijo.»

Lo que hemos visto en estos tres capítulos, al tratar la redención, la expiación y la propiciación, revela algo de la riqueza de la doctrina bíblica sobre la sangre. Estos vocablos bíblicos son fundamentales, porque la doctrina bíblica sobre la sangre es una de las que dan unidad a toda la revelación bíblica.

IV LA RECONCILIACIÓN

I- La reconciliación representa la obra de la cruz desde el punto de vista de la enemistad del hombre contra Dios, y de la necesidad de que esa alienación sea cambiada.

Hemos dicho que ningún vocablo bíblico por sí solo puede explicar la gran obra de la cruz. Hacen falta todos ellos para disponer de un cuadro completo, a la luz de las Escrituras, sobre esa obra. El vocablo «reconciliación» es uno de los más expresivos para acercarnos al más pleno entendimiento de la cruz de Cristo.

1. Los vocablos bíblicos.

El verbo griego que expresa este concepto es *katalasso*, con su sustantivo correspondiente, *Katallage*¹; significa reconciliación en el sentido de que considera las relaciones entre los hombres entre sí, o entre los hombres y Dios. El uso del término presupone un estado de enemistad entre ambas partes.

El vocablo *katalasso* aparece seis veces en el N.T.;² en tres ocasiones se refiere a la reconciliación entre Dios y el hombre, y una a la reconciliación del mundo, a través del rechazo del pueblo que era beneficiario del pacto antiguo, es decir, los judíos.

1. E. Trenchard, MTB, pág. 121.

2. R. Earle, Romans, pág. 102.

Esencialmente, la reconciliación consiste en poner punto final a la enemistad entre Dios y los hombres.³

Earle define *katallage* (reconciliación) en sentido cristiano, como un cambio en la relación entre Dios y el hombre, llevada a cabo mediante el sacrificio expiatorio de Cristo, a través del cual la ira de Dios ha sido cambiada, su justicia ha sido satisfecha y el hombre es reunido con Dios como el Padre amante y reconciliado.⁴

La alienación tiene su origen en el pecado humano, que da lugar a una aversión justa de parte de Dios.⁵

Vine define la reconciliación como un cambio en una de las partes, inducida por la acción de la otra; en el N.T., denota la reconciliación de los hombres con Dios por su gracia y amor en Cristo. La causa desencadenadora es la proclamación universal de la reconciliación por medio del Evangelio por el desechamiento (temporal) de Israel. Se ofrece a los gentiles, mediante el Evangelio, una nueva relación con Dios.⁶

La reconciliación es un cambio operado en las relaciones entre Dios y los hombres, basado en la satisfacción que Cristo presentó por su muerte en favor de ellos. Más que el establecimiento de buenas relaciones en general, es la eliminación de un profundo desacuerdo.⁷ Tal como las palabras se usan en las Escrituras, es un cambio de estado de enemistad a uno de reconciliación y amistad.⁸ Lutero habla por ello de un «cambio feliz» entre Cristo y los creyentes.⁹

Los embajadores de Cristo han de dirigirse a los hombres con el ruego «reconciliaos con Dios», pero este ruego presupone una obra anterior de Dios: la propiciación por medio de la cruz.¹⁰

3. DTNT, Reconciliación, pág. 43.

4. R. Earle, Romans, pág. 105.

5. ZEB, Reconciliation, pág. 44.

6. Vine, DEPNT, Reconciliación, pág. 318.

7. H. E. T., Diccionario Caribe, pág. 542.

8. Wiley, T. S., pág. 258.

9. DTNT, Reconciliación, pág. 46.

10. E. Trenchard, EDB, pág. 122.

Como señala Wickham,¹¹ cada generación es depositaria, en cierto modo, de esta «fe una vez para siempre dada a los santos» (VHA).

Reconciliar es dar término a un estado de enemistad y sustituirlo por uno de paz y buena voluntad entre dos o más personas. El tiempo aoristo del verbo «reconcilió» indica una obra efectuada una vez por todas, y señala claramente al sacrificio expiatorio del Calvario, y a su apropiación por cada uno de los creyentes.¹²

Sanday y Headlam señalan que la reconciliación significa un cambio en la actitud del hombre hacia Dios o en la de Dios hacia el hombre; estos autores objetan que sólo pueda significar lo primero. Este doble cambio de actitudes se considera más adelante, en el punto IV de este capítulo.

Otro autor, W. C. Robinson¹³ señala que se trata de relaciones entre seres humanos o entre Dios y el hombre. Por este cambio se reemplaza un estado de enemistad y alejamiento por uno de paz y armonía.

Fausset¹⁴ recuerda que «reconciliación» significa «un cambio de lugares», pasar de un lado a otro. Aplicado a los pecadores que confían en Cristo, el término implica un cambio de estado judicial, desde el estado de extrañamiento y condenación al de aceptación y justificación. Cuando Pablo dice que «Dios nos reconcilió consigo mismo por Cristo», quiere decir que Dios nos ha restaurado a su favor de una vez por todas.

Por su parte, Scofield dice que la reconciliación se refiere al efecto de la muerte de Cristo sobre el pecador, de manera que la propiciación se refiere al efecto producido en Dios, y es el resultado de la muerte de Cristo sobre el pecador que cree y que produce en él, por el poder divino, un «cambio

11. Segunda Corintios, pág. 131.

12. Barret, citado por P. Wickham, Segunda Corintios, pág. 126.

13. En DT, pág. 443.

14. En Lockyer, EDB, pág. 279.

completo» hacia Dios. Dios es propiciado, el pecador reconciliado.¹⁵

Es interesante notar la definición de John Murray.¹⁶ «Así como el sacrificio tiene en cuenta la exigencia creada por nuestra culpa y la propiciación tiene en cuenta la exigencia que emerge de la ira de Dios, así la reconciliación tiene que ver con nuestra alienación de Dios y la necesidad de que esa alienación sea cambiada.»

2. La base de la reconciliación.

Primeramente, la reconciliación es lo que Dios lleva a cabo, ejercitando su gracia hacia el hombre pecador sobre la base de la muerte de Cristo en sacrificio de propiciación bajo el juicio debido al pecado.¹⁷

No conocemos todo cuanto aconteció en la cruz, pero sí sabemos que Cristo ha llevado la maldición del pecado; del pecado tal como lo ha medido el Santo Juez.¹⁸

En la base de la reconciliación está el hecho fundamental de que Cristo «ofrendó su vida de valor infinito por medio de su muerte expiatoria en la cruz». Dios, sobre esta base, ruega a los hombres que depongan su actitud de rebeldía para trazar relaciones de paz con Él.¹⁹

Así queda subrayada la iniciativa divina en esta obra de reconciliación; como dice el apóstol: «... y todo esto proviene de Dios, quien nos reconcilió consigo mismo por Cristo, y nos dio el ministerio de la reconciliación; que Dios estaba en Cristo reconciliando consigo mismo al mundo, no tomándose en cuenta a los hombres sus pecados, y nos encargó a nosotros la palabra de la reconciliación» (2 Co. 5:18, 19).

La parte de Dios ha sido ya realizada, y ahora el mensaje que proclaman los predicadores —que tienen «rango de em-

bajadores»— subraya que la sumisión y la fe de parte del rebelde puede procurarle la paz.²⁰

Pablo declara que Dios hizo al Único sin pecado, pecado por nosotros. Es importante destacar que la Escritura no dice que Dios hizo a Cristo pecador, sino pecado. Esto equivale a decir que Dios hizo a su inocente Hijo encarnado el objeto de su ira y de su juicio, por nuestra causa, con el resultado de que, en Cristo sobre la cruz, el pecado del mundo ha sido juzgado y ha sido quitado.

Queda claro entonces que la reconciliación es el resultado de la expiación. El perdón sigue a la satisfacción. La restauración se alcanza a través del sufrimiento vicario. La cruz, por lo tanto, es una exhibición no de que todo anda bien, sino la prueba de que no todo está bien, y el lugar donde Dios en gracia y misericordia, trata con el misterio del pecado de una manera adecuada a la propia santidad y justicia.²¹

A causa de la depravación, el súbdito no puede ofrecer nada que facilite la reconciliación. Pero la muerte del Hijo de Dios ha efectuado la propiciación que satisface la justicia de Dios en un representante de la raza rebelde.²²

En todo esto la obra de la propiciación, que hemos considerado en el capítulo III, es fundamental, puesto que por ella Dios ha provisto el medio que perdona el pecado y, al mismo tiempo, vindica su carácter glorioso y su Ser esencial.

Como hemos visto, lo fundamental es la transferencia de responsabilidad y de culpa desde los pecadores hacia Cristo como sustituto.

Un autor²³ señala que es Él quien nos reconcilia, y que lo hace con respecto a sí mismo. «La reconciliación procede de Dios y retorna a Dios. Así todo comienza y termina en Dios.»

15. Biblia de Scofield.

16. En *The Atonement*, pág. 16.

17. Vine, *DEPNT*, Reconciliación, pág. 318.

18. Walter Bevan.

19. E. Trenchard, *Primera Corintios*, pág. 122.

20. E. Trenchard, *EDB*, pág. 125.

21. Hughes, *Second Corinthians*, págs. 213-215.

22. Trenchard y Martínez, (*Escogidos en Cristo*, págs. 48-51) tratan el concepto de la depravación total del hombre.

23. Hughes, en *Second Corinthians*, págs. 204 y 205.

Y todo esto es llevado a cabo mediante Cristo, quien es el único mediador entre Dios y los hombres (1 Ti. 2:5), con el resultado de que es mediante Él *solamente* como pueden venir al Padre (Jn. 14:6) y solamente en su nombre donde hay seguridad de salvación (Hch. 4:12). Éstos son elementos esenciales de la reconciliación.»

Vale la pena detenerse aquí un momento para analizar el concepto de *imputación*.

El vocablo griego *logizomai* significa, en el griego clásico, «contar, calcular, computar, poner en una cuenta». El vocablo es usado en papiros antiguos como un término de contabilidad: se pone algo en la cuenta de uno.

Como vemos en otro capítulo de este libro, Abraham creyó a Dios, y su acto de fe fue colocado en su cuenta con valor de justicia.

Él creyó a Dios, y ese acto de fe fue computado como un valor, y fue colocado a su cuenta como justicia.²⁴

Hay que tener en cuenta que esta fe no es considerada de ninguna manera como un acto meritorio, pues el mérito de la salvación de los pecadores es siempre la obra de Cristo en la cruz, y esto con carácter excluyente de todo otro supuesto mérito.

El vocablo se utiliza en varios lugares de las Escrituras para señalar, como en 2 Corintios 5:19 que, en la cruz, el pecado del hombre fue cargado a la cuenta de Jesucristo. Esto también es imputación, el costo de poner algo en la cuenta de uno; en este caso, en un sentido negativo, como es el de cargar al Señor con el pecado del mundo.

Cuando la imputación tiene un sentido positivo, como es el caso de Abraham o de cada creyente, es más propio hablar de atribución que de imputación. En el caso del pecador que cree en Jesucristo, le es contada por justicia, es decir, le es acreditada en su cuenta, como justicia, la justificación, la

justicia de Dios, que es Cristo mismo. Es notable la traducción de 2 Corintios 5:19 que hacen Cantera-Iglesias: «... que Dios estaba reconciliando al mundo consigo en Cristo, *no anotándoles* sus ofensas».

Para que existiera reconciliación hubo pues necesidad de una doble imputación, una en sentido negativo y otra en sentido positivo. En el primer caso, cuando el pecado del mundo entero fue cargado sobre Cristo; en el segundo caso, cuando la justicia de uno solo fue acreditada, o atribuida, a todo aquel que cree en Jesucristo.

En la reconciliación tratamos pues con el acto supremo de la gracia de Dios, por la cual, sobre la base de la propiciación, recibe, en Cristo, a los hombres que antes eran incrédulos y rebeldes, estableciendo una relación personal y estrecha consigo mismo, siempre que se atengan a los términos de la proclamación de la reconciliación.²⁵

II- Análisis de los principales pasajes.

1. *La reconciliación en la enseñanza de Cristo.*

El tema que venimos tratando ha sido materia de una de las parábolas del Señor, la del hijo pródigo, en Lucas 15:11-32, probablemente la más conocida y la que más detalles contiene como figura de la misericordia de Dios. Todo parece centrarse no tanto en el hijo, sino en el padre y en el regocijo que siente cuando su hijo regresa.

La parábola es precedida por otras dos, también muy conocidas, la de la oveja perdida y la de la moneda perdida. «Las dos primeras presentan el amor de Dios que busca; la última, el amor que recibe» (Trench).²⁶

Algunos autores²⁷ consideran que la parábola es esencialmente apologética, pronunciada en contra de los críticos de

25. E. Trenchard, EDB, pág. 180.

26. Citado por F. y B., Lucas, pág. 157.

27. Jeremías, citado por Guthrie, NTT, pág. 606.

24. Wuest, *Studies in the Vocabulary of the Greek New Testament*, imputed, reckoned, pág. 84.

Cristo, pues él hablaba del ilimitado amor de Dios hacia los pecadores arrepentidos.

Aun cuando no intentaremos mirar todos los detalles, destaquemos que el pródigo es descrito para mostrarnos su pecado y su insensatez, y para suscitar un sentimiento de piedad por su miseria.²⁸

La carrera de este hijo menor es desplegada en cuatro escenas sucesivas, en la primera de las cuales vemos su voluntad egófica (Lc. 15:12: «dame la parte de los bienes que me corresponde»); en la segunda apreciamos su insensatez (v. 13: «allí desperdició su hacienda, viviendo perdidamente»); en la tercera vemos su miseria (v. 14, 15: «... y comenzó a faltarle y fue y se arrimó a uno de los ciudadanos de aquella tierra, el cual lo envió a su hacienda para que apacentase cerdos»); en la cuarta vemos su arrepentimiento (v. 17, 18: «y volviendo en sí dijo: ¡Cuántos jornaleros en la casa de mi padre tienen abundancia de pan, y yo aquí perezco de hambre! Me levantaré e iré a mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti»).

La clasificación precedente pertenece a Bruce.²⁹ Hay otra más detallada aún que pertenece a Thompson,³⁰ quien señala siete pasos descendentes del pródigo: voluntad propia, egóismo, separación, sensualidad, destitución espiritual, abatimiento y hambre, y siete pasos ascendentes en el pecador reconciliado, según Romanos 5:1-18: darse cuenta, resolución, arrepentimiento, retorno, reconciliación, revestirse y regocijo.

Lo que es destacable es que el pródigo está impaciente por liberarse de la tutela paterna y quiere irse a un lugar donde pueda seguir sus inclinaciones sin límite alguno. Ello porque en esa condición no piensa siquiera en la pena que va a causar a su padre.³¹

Éste es un cuadro del hombre de siempre, deseando ser independiente de Dios, en aquel «pecado de pecados, en el cual se incluye a todos los pecados subsiguientes como en su germen, porque éstos no son más que el desarrollo de aquél.» (Trench).³²

La parábola describe con caracteres nítidos, a través de circunstancias externas negativas, su estado moral. Se combina la carencia de bienes en la región que ha elegido con el agotamiento de su propio dinero. Aquí asistimos a la primera crisis que experimenta el muchacho; es un tipo del pecador que se da cuenta que en el pecado no hay verdadera satisfacción. Pero todavía probará otros recursos,³³ que lo conducirán a otra crisis.

Ante la gravedad de su situación viene pronto la degradación; queda sometido a una persona que seguramente lo recibe con renuencia, y que no encuentra para él ningún trabajo mejor que el más aborrecible para un judío, el de apacentar puercos, y esto para un gentil.

Este joven representa bien la naturaleza humana, porque sigue solamente las inclinaciones de su corazón.³⁴ En medio de su desesperación, llega al punto de retorno, cuando «vuelve en sí». Algunos comentaristas destacan³⁵ que el sentido de la expresión es claramente el de un arrepentimiento. Vuelve en sí, como quien despierta de una pesadilla.³⁶ Le queda un solo recurso, pero es el más apropiado; irá de vuelta a la casa de su padre.

Morris destaca que el muchacho habla de levantarse e ir a su padre y no tanto a su ciudad o a la casa de su padre.³⁷ Por primera vez en muchos días comienza a pensar. El pen-

28. Bruce, *The parabolic Teaching of Christ*, pág. 281.

29. En ob. cit., pág. 282.

30. En *The Thompson Chain-Reference Bible*, pág. 297.

31. Bonnet, Lucas, pág. 621.

32. Citado por Bonnet, ob. cit., pág. 157.

33. Bliss, Lucas, pág. 406.

34. Ryle, Lucas, pág. 400.

35. M. Lam, citado por H. Marshall, Luke, pág. 609.

36. Beacon, Lucas, pág. 565.

37. L. Morris, Luke, pág. 242.

samiento engendra un propósito, y sugiere un plan.³⁸ J. Jermías destaca³⁹ que según el original el muchacho dice: «...iré de inmediato a mi padre».

Este cuadro del pródigo que se levanta del chiquero para dirigirse a su padre es típico del Evangelio; el hombre se levanta del pecado y se dirige hacia Cristo. Estas dos faces forman en realidad un solo hecho, en toda verdadera conversión a Cristo.

El relato del Señor parece insinuar que el padre no había olvidado a su hijo, y que con frecuencia miraba al camino, para ver si el hijo aparecía un día volviendo a la casa.

El cuadro que sigue es el más conmovedor de la parábola; la descripción que el Señor hace aquí es patética: «... y cuando aún estaba lejos, lo vio el padre, y fue movido a misericordia, y corrió, y se echó sobre su cuello, y le besó» (Lc. 15:20).

La vena de la compasión surgió instantáneamente, borrando cualquier otro sentimiento anterior. No hubo por parte del padre ninguna palabra de reproche. El texto original indica no sólo que lo besó, sino que lo hizo una y otra vez, o que lo hizo cariñosamente.⁴⁰ Apenas si quedó lugar para la confesión del hijo, porque el padre lo interrumpió. La confesión premeditada del hijo era una confesión de temor; su confesión real fue una confesión de amor.⁴¹

El beso es visto por algunos autores⁴² como el signo de la reconciliación, que borra para siempre todo el pasado y otorga al hijo la certidumbre del amor inalterado del padre. ¿No es esto una figura preciosa de las palabras de Dios?: «Con amor eterno te he amado» (Je. 31:3).

Pero más todavía, ningún tiempo debe perderse, porque

el padre de inmediato introduce al hijo a su hogar, y ordena vestirlo⁴³ con ropas dignas (no un vestido, sino «el mejor»); lo distingue colocándole un anillo en su mano,⁴⁴ un símbolo de autoridad, y pone calzado en sus pies. Ésta era la marca de los hombres libres, porque los esclavos iban descalzos.⁴⁵

Estas instrucciones del padre significan el pleno restablecimiento a una posición filial y de privilegio.⁴⁶ Nada más, pero nada menos.

El hecho de vestir al muchacho, de darle el anillo y de calzarle son un símbolo de la libertad y del honor de hijo, «como fruto de una reconciliación perfecta».⁴⁷

Aquel joven confesaba que no era ya digno de ser tratado como hijo, pero es considerado no como esclavo, sino como un digno hijo de tal padre. El padre no espera para mostrar su misericordia. No pone al muchacho bajo un período de prueba, sino que lo restablece de inmediato a sus privilegios como hijo.⁴⁸

Aquí hay un anticipo de la enseñanza de Pablo, cuando dice en Romanos 8:15 que los creyentes han recibido «el Espíritu de adopción», es decir, el Espíritu Santo, quien produce en ellos la conciencia de la filiación y la actitud que corresponde a los hijos.

Todo es grande aquí. El hijo recibe la adopción, y así la reconciliación queda plenamente manifestada por la actitud del padre. «Este aspecto de la parábola es de gran importancia con respecto a su significado espiritual. Tiene por finalidad sugerir la doctrina de que Dios trata a pecadores arrepentidos como el padre trata a su hijo que ha vuelto.»⁴⁹

43. ATHGL, A Translator Handbook on the Gospel of Luke, J. Reiling and J. Sewllengrebel, pág. 551.

44. Wolff destaca que los anillos de oro eran para los hijos, en tanto que los de hierro eran para los esclavos (EGNT, Luke, pág. 582).

45. ATR, Luke, pág. 221.

46. Bruce, ob. cit., pág. 287.

47. F. y B. Lucas, pág. 158.

48. Sanday and Headlam, Romans, pág. 56.

49. Bruce, ob. cit., pág. 287.

38. Bruce, ob. cit., pág. 285.

39. Citado por H. Marshall, ob. cit., pág. 609.

40. L. Morris, ob. cit., pág. 242. Cf. ATR, Luke, pág. 210.

41. «El descubrimiento de la diferencia produjo la Reforma» (Godet, citado por Bruce, ob. cit., pág. 286).

42. Bonnet y Schroeder, Lucas, pág. 622.

Así la Sagrada Escritura presenta la gloriosa recepción que el Padre Dios da a aquellos que vienen a Cristo en arrepentimiento y en fe. Ellos reconocen que el pecado les ha degradado y que nada merecen. «Pero Dios es su Padre a pesar de todo; los considera sus hijos, y de allí Su regocijo ante su retorno.»⁵⁰

Es sobre todo en este punto que la enseñanza apostólica sobre la reconciliación muestra sus más importantes puntos de contacto con la parábola del hijo pródigo.⁵¹

En Lucas 15 hay en verdad tres parábolas, en las que se destaca el hecho de que se trata de cosas o de seres perdidos. Aquello que estaba perdido, e irremediablemente perdido,⁵² ha sido encontrado. Lucas ha producido un cuadro gráfico del amor de Dios hacia los perdidos, «que justifica por siempre la venida de Cristo al mundo para buscarlos y para salvarlos».⁵³ «El Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido» (Lc. 19:10).

La aplicación de la parábola es universal, porque no quedan dudas de que el Nuevo Testamento y, particularmente, el propio Señor, consideran a la humanidad toda, aunque perdida, como susceptible de ser buscada y salvada.

El hombre, visto como el objeto de la solicitud del Salvador, está perdido como la errante oveja está perdida; como la pieza de moneda que se ha perdido para su uso, y como el hijo pródigo está perdido, debido a la soberbia en que vive, debido a su voluntad propia exaltada.

El hombre vive atolondrado como la oveja; vive en vano, como la moneda perdida, y vive sin Dios en el mundo, alienado de Dios, como el hijo perdido,⁵⁴ haciendo todo lo

50. Bruce, ob. cit., pág. 288.

51. J. Denney, en *The Death of Christ*, pág. 251, comenta que esta parábola ilustra lo libre que es el perdón, pero no trata, como lo hace la expiación, con el costo del perdón.

52. Bruce destaca que ese es el sentido de «no perezca» en Jn. 3:16 (Ob. cit., pág. 293).

53. ATR, Luke, pág. 214.

54. Bruce, ob. cit., pág. 294.

posible para esconderse de Dios. Sin embargo, pese a todo, el hombre sigue siendo el objeto de la actividad redentora de Cristo.

Ese cuadro del Padre, con su mirada aguzada por el amor que no ha muerto en él, con su misericordia a flor de piel, con su correr agitado por la impaciencia de su corazón, con su besar al hijo repetidamente;⁵⁵ ese cuadro del padre quitando cuanto antes los harapos del pasado, y vistiendo, calzando y dando al muchacho su plena dignidad de hijo; el cuadro final del padre no queriendo interrumpir la fiesta, porque es su fiesta, la fiesta del padre, todo, todo es una figura que Cristo ha querido dar acerca del carácter de Dios.

Dios ha decidido, en su soberanía, respetar la voluntad del hombre,⁵⁶ aquello que lo constituye en un ser responsable; pero también está decidido a hacer cualquier cosa para recuperar al hombre perdido.

No es extraño que el incrédulo Renán haya dicho que el Evangelio según Lucas es el más hermoso libro del mundo.⁵⁷ No es extraño que esta parábola haya sido tan utilizada por Dios para atraer a sí mismo a los perdidos.

2. Análisis de Romanos 5:8-10.

«Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aun pecadores, Cristo murió por nosotros.

Pues mucho más, estando ya justificados en su sangre, por él seremos salvos de la ira.

Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más estando reconciliados, seremos salvos por su vida.»

Este pasaje debe ser considerado detenidamente. Ridderboss señala que la eliminación de la enemistad por

55. Bruce, ob. cit., pág. 581.

56. Bonnet, Lucas, pág. 620.

57. ZPE, Gospel, pág. 787.

la reconciliación significa lo mismo que ser librado de la ira de Dios, ser absuelto de pecado y culpa.⁵⁸

El contenido del versículo 10 es paralelo al del que lo precede.

La expresión «estando reconciliados» del v. 10, es paralela a la de «estando ya justificados» del versículo anterior; la frase «por la muerte de su Hijo» del v. 10 es paralela a «en su sangre», del v. 9.

El cuadro que presenta este pasaje es aquel de los hombres en rebeldía contra Dios, su rey, y finalmente traídos a relaciones pacíficas con Él.⁵⁹ El hombre se ha ido demasiado lejos de su creador hasta llegar a ser un rebelde contra Él, y por tanto ha venido a ser un enemigo de Dios.⁶⁰

Pablo utiliza el mismo vocablo en 1 Co. 7:11 para describir la reconciliación que tiene lugar entre un esposo y una esposa, después que han estado separados.

Una palabra de aclaración se impone cuando se aplica la expresión «enemigo de Dios» a todo hombre. Esta hostilidad contra Dios está siempre latente, pero no siempre es evidenciada. De hecho, muchas acciones de los hombres no parecen estar guiadas por esta hostilidad. Pero en la práctica, cuando el hombre es llamado a elegir entre su propia voluntad y la voluntad de Dios, siempre se inclina por la suya propia, y así la enemistad contra Dios que estaba latente pasa a quedar evidenciada en los hechos. Es que el ser pecador consiste también en sentirse cómodo en el pecado, y en no sentir necesidad de Dios. Se puede decir sin vacilar que todo hombre sin Cristo es un pecador porque ha fallado en alcanzar el propósito que Dios tiene para cada uno como ser humano.⁶¹ No se trata solamente de una falta, sino del hecho de rehusar

hacer la voluntad de Dios. Sólo cuando se aprecia la seriedad del pecado, pueden entenderse las consecuencias que ha traído sobre toda la raza humana.

El resultado de la reconciliación es que seremos salvos por su vida, expresión que en algunos idiomas, también puede ser expresada así: «Nos salvará porque Él vive.»⁶²

J. Denney destaca que el pasaje enseña que si cuando estábamos bajo la condenación divina, la obra de nuestra reconciliación con Dios fue lograda mediante la muerte de su Hijo, mucho más hará el amor que ha obrado tan increíblemente por nosotros en nuestra necesidad extrema, y llevará nuestra salvación hasta su consumación.⁶³

Como lo destaca William R. Newell, «enemigos» es una palabra mucho peor que «débil» o «pecadores», que el apóstol ha utilizado antes en este contexto, puesto que «enemigos» implica el desvarío personal y la animosidad contra Dios. Pero el mensaje de la reconciliación anuncia que «¡mientras estábamos pecando, Cristo murió por nosotros!» «Así se comprobó que Dios de hecho amó a sus enemigos.»⁶⁴

El pasaje de Romanos contiene en 5:8, otra declaración extraordinaria:

«Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aun pecadores, Cristo murió por nosotros.»

Lo extraordinario es que nos «encomendó» su tierno amor «porque nos amó como fracasados ocupados en el pecado, incapaces e indeseosos de pagarle y obedecerle. Ésta es gracia absoluta».⁶⁵

El verbo «muestra», referido al amor de Dios, aparece en el tiempo presente, con lo cual se subraya que el amor de Dios por nosotros no se limita al pasado sino que tiene también su importancia para el presente.⁶⁶ Éste es uno de los mensajes

58. El citado autor agrega que ello describe no sólo la relación en que se encuentra el hombre ante Dios, sino la de Dios frente al hombre (Ob. cit., pág. 198).

59. Newman and Nida, HFTR, pág. 100.

60. R. Earle, Romans, pág. 101.

61. R. Earle, Romans, pág. 101.

62. Newman and Nida, ob. cit., pág. 101.

63. EGNT, Romans, pág. 626.

64. Pop, Reconciliación, pág. 306.

65. Newell, Romanos, pág. 132.

66. Newman and Nida, ob. cit., pág. 98.

más consoladores de la Sagrada Escritura. El amor de Dios no tiene origen en nada que haya en nosotros. El amor en Dios constituye el ejercicio de la voluntad divina en una elección deliberada, hecha sin otra causa que aquella que proviene de la naturaleza del mismo Dios.⁶⁷

3. *Análisis de 2 Corintios 5:18-21.*

«Y todo esto proviene de Dios, quien nos reconcilió consigo mismo por Cristo y nos dio el ministerio de la reconciliación. Que Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados, y nos encargó a nosotros la palabra de la reconciliación. ... al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él.»

En primer lugar cabe mencionar una vieja cuestión acerca de la frase «... Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo.» Lo que se discute es si el verbo «estaba» está vinculado con la expresión «en Cristo» o si, en cambio, «estaba» debe ser vinculado con lo que sigue, es decir, con «reconciliando al mundo».

Si se adopta el primero de los puntos de vista, «se subraya la solidaridad del Padre y del Hijo en la obra expiatoria: que el Padre se hallaba *en el Hijo* a efectos de la reconciliación». En cambio, si el verbo se vincula con «reconciliando», se enfatiza el momento histórico en que la obra fue llevada a cabo por ambas personas de la Santa Trinidad.

Como lo señala Wickham, pueden aceptarse ambos sentidos, pues no son excluyentes. Lo fundamental es destacar aquello que los dos puntos de vista tienen en común: «el hecho de que la reconciliación procede sola y exclusivamente de Dios».⁶⁸

A los fines de nuestro estudio, el pasaje de 2 Corintios 5:18-21 merece una consideración detenida, principalmente cuando se afirma que Dios ha obrado «no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados».

Como bien lo subraya Wickham⁶⁹ estas palabras no significan que Dios pasó por alto los pecados como si no existieran sino que indican que Dios «pudo reconciliar a los hombres consigo imputando sus pecados no a ellos, sino a Cristo; o sea, justificándoles el pecado en la persona del sustituto». «Hubo una transferencia de responsabilidad, tanto de culpabilidad como de pena.» Dios cargó en Él el pecado de todos nosotros (Is. 53:6).

Hughes destaca que la reconciliación significa «que Dios ya no *imputa* más al pecador sus ofensas, es decir, ya no cuenta más sus pecados contra él (el pecador)».⁷⁰ Señala que Dios efectúa la reconciliación no pasando por alto las ofensas de los hombres, porque su misericordia no puede ser vindicada mediante la injusticia, sino no imputándoles sus pecados a ellos pero imputándoselos a Cristo como sustituto de los pecadores.⁷¹

Cuando Pablo habla de reconciliación, él tiene siempre presente el hecho del pecado, que es el que da origen a la enemistad con Dios, es decir, lo que da origen a que seamos declarados enemigos de Dios. Y en esos casos es cuando Pablo indica claramente que el remedio es la cruz.

La idea básica de la reconciliación es aquella de hacer la paz después de un conflicto, o la de salvar la enemistad. El medio para salvar el abismo que separa al hombre de Dios ha consistido en «tratar con la raíz que es la causa de la hostilidad».⁷²

La obra de Cristo ha borrado para siempre la enemistad,

67. Vine, DEPNT, Amor, pág. 87.

68. P. Wickham, Segunda Corintios, pág. 127. Véase la opinión de Vine en DEPNT, Reconciliación, pág. 319.

69. Segunda Corintios, pág. 134.

70. Hughes, ob.cit., pág. 89.

71. Hughes, ob. cit., pág. 209.

72. L. Morris, TCNT, pág. 250.

y el modo de hacerlo consistió en tratar con el pecado. En la cruz Dios ha juzgado al pecado. Cristo ha satisfecho las demandas de un Dios santo con relación al pecado.

Otro aspecto que surge de este pasaje es la reiteración, en los vv. 18 y 19, en que Dios «nos reconcilió consigo mismo por Cristo» y que «Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo mismo.» Ambas declaraciones nos dicen que Dios tomó la iniciativa para reconciliarnos. Además se subraya que lo hizo «por Cristo», es decir, mediante su obra de la cruz. En ello se enfatiza que no nos salva a distancia, sino que Dios estaba realmente presente en Cristo cuando Él llevó a cabo su obra redentora.⁷³

Vale la pena, además, citar la opinión de Denney en cuanto destaca que el tiempo verbal (*aoristo*) para la expresión «reconcilió» indica que Dios, ciertamente hizo algo en Cristo: «La obra de reconciliación, en el sentido del Nuevo Testamento, es una obra que está terminada, y la cual debemos concebir como terminada, antes de que el Evangelio sea predicado... La reconciliación no es algo que está siendo hecho; es algo que ha sido hecho... es en virtud de algo ya consumado en la cruz que Cristo está capacitado para llamarnos a nosotros, y para conseguir una respuesta en la cual recibimos la reconciliación.⁷⁴

La afirmación de que la obra de Cristo está terminada es rotunda, pero debe ser acompañada por la no menos enfática declaración de que se requiere de los pecadores que se arrepientan y crean, y sean así reconciliados, pero siempre debemos destacar que, por el lado de Dios, la obra de reconciliación ya ha sido hecha.⁷⁵

En 2 Corintios 5:20, dice: «Así que somos embajadores en nombre de Cristo, como si Dios exhortase por medio de nosotros; os rogamos en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios.»

73. J. Stott, TCOC, págs. 85 y 86.

74. J. Denney, TDOC, pág. 104 y 105.

75. J. Stott, TCOC, pág. 201.

El pronombre «os» no figura en el original;⁷⁶ Pablo no tenía que exhortar a los corintios creyentes a que se reconciliaran con Dios por cuanto esto ya lo habían hecho. Su propósito era mostrarles más bien la naturaleza de su misión. Con esta importante salvedad, el texto leería así: «... como si Dios rogara por medio de nosotros, rogamos en nombre de Cristo: ¡Reconciliaos con Dios!», y en este caso queda subrayado el carácter universal de la invitación, del ruego de Dios.

Es importante insistir aquí que el sacrificio no convierte a un Dios injustamente vengativo en el Dios de gracia, sino que la Biblia recuerda que porque Él es el Dios de gracia, provee el sacrificio.⁷⁷ Esto fue posible debido a la bendita sustitución de uno en lugar de muchos. Dios rechazó a su propio Hijo y nos aceptó como sus hijos. Este rechazo de su propio Hijo es el precio que debía pagarse para aceptarnos como sus hijos.⁷⁸

Es asimismo importante destacar otra vez que Dios el Padre, al tratar a Cristo como pecado, no por eso ha ejercido una compulsión sobre el Amado Hijo; ambas Personas de la bendita Trinidad eran de una opinión y propósito en esta divina redención⁷⁹ y esto coincide con el testimonio profético, por lo que leemos en Isaías 53:4, 5: «Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores; y nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido. Mas él, herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados.»

Como ha dicho muy bien Calvino en su «respuesta al Cardenal Sadolet: «El único lugar de seguridad se encuentra en

76. E. Trenchard, pág. 125. Véase también Wickham, Segunda Corintios, pág. 132 y 133 y Hughes, ob. cit., pág. 196.

77. POP, Reconciliación, pág. 305.

78. POP, ob. cit., pág. 307.

79. Hughes, ob. cit., pág. 91

la misericordia de Dios, como aparece manifestada en Cristo...; como todos los seres humanos son, a la vista de Dios, pecadores perdidos, sostenemos que Cristo es su sola justificación puesto que mediante su obediencia, Él ha barrido nuestras transgresiones; mediante su sacrificio ha pacificado la ira divina; mediante su sangre ha limpiado nuestras manchas; mediante su cruz llevó nuestra maldición y mediante su muerte hizo satisfacción por nosotros. Mantenemos que por este camino el hombre es reconciliado en Cristo con Dios el Padre, mediante ningún mérito de su parte, mediante ningún valor de sus obras, sino sólo mediante la misericordia libre y gratuita.»

Por su parte ha dicho Bengel: «Él solo, quien no conoció el pecado, no tenía necesidad de reconciliación, mientras que nosotros, que no conocíamos la justicia, estábamos destinados a la condenación, a menos que se encontrara un medio de reconciliación.»⁸⁰

Con grandes palabras Pablo expresa su pensamiento sobre el gran misterio del evangelio de la reconciliación: «(Dios) lo hizo pecado» (2 Co. 5:21). No existe misterio más profundo en toda la Escritura.⁸¹

No hay duda pues que la reconciliación es efectuada no por la superación de nuestra enemistad sino por la falta de imputación de nuestras transgresiones⁸² y su imputación a Cristo como sustituto nuestro.

Que Dios haya reconciliado al mundo consigo mismo significa que él ha eliminado todo aquello de su parte que pudiera impedir la paz con el hombre.⁸³

Los siervos de Dios reciben como encomendación divina el ser embajadores de Cristo.

El término «embajadores» es *presbeuo*, que se aplicaba a los que hablaban en nombre del Emperador. El vocablo

claramente se refiere en las Escrituras al servicio imperial de Cristo, en el cual los santos están ocupados.⁸⁴

La reconciliación del Nuevo Testamento es vertical entre el hombre pecador y el Dios de justicia que «hizo pecado a Cristo» para que el hombre pudiera ser reconciliado. Si falta el ministerio espiritual de la reconciliación (2 Co. 5:20), cualquier ministerio social tiene poco valor. El ministerio de la evangelización tiene prioridad entre todos los ministerios al mundo.⁸⁵

Cuando Pablo dice «Al que no conoció pecado lo hizo pecado», él quiere decir que en Cristo sobre la cruz, por disposición divina, los extremos opuestos se han tocado y vinieron a ser uno la justicia encarnada y el pecado del mundo.⁸⁶

Uno puede reconocer la aparente contradicción de este texto, que es el secreto de la expiación; uno siente que la obra de reconciliación necesariamente ha envuelto una identificación entre el Ser impecable y el pecado. Y llega a conocer que la salvación que necesita debe ser una en la cual la misericordia de Dios viene a través del juicio divino y no a pesar de él.

Buechsel dice del verbo *katallasein*, que aparece en el pasaje de 2 Corintios 5:18-20: «Mediante la reconciliación nuestro pecaminoso autocentrismo es superado y la comunión con Dios es creada, en la cual aquel autocentrismo es reemplazado por el vivir para Cristo.»⁸⁷

4. Análisis de Efesios 2:14-18. El acceso a Dios.

En este pasaje leemos:

«Porque él es nuestra paz, que de ambos pueblos hizo uno, derribando la pared intermedia de separación, aboliendo en su carne las enemistades, la ley de los mandamientos expresados en ordenanzas, para crear en sí mis-

80. Hughes, ob. cit., pág. 213, (traducción no literal).

81. Hughes, ob. cit., pág. 211.

82. Wiley, pág. 252.

83. J. Denney, *Second Corinthians*, pág. 214.

84. Wuest, *Bypaths*, pág. 30.

85. *Diccionario Caribe*, Ministerio, pág. 425.

86. J. Denney, *Second Corinthians*, pág. 159.

87. TDNT, 1:258, citado por Earle, en *Romans*, pág. 130.

mo de los dos un solo y nuevo hombre, haciendo la paz, y mediante la cruz reconciliar con Dios a ambos en un solo cuerpo, matando en ella las enemistades. Y vino y anunció las buenas nuevas de paz a vosotros que estabais lejos, y a los que estaban cerca; porque por medio de él los unos y los otros tenemos entrada por un mismo Espíritu al Padre.»

Lo primero que se destaca es que Cristo mismo es nuestra paz, y nos ha traído paz. Además, el escritor inspirado enseña que la reconciliación implica la abolición de la enemistad entre judíos y gentiles. Esta paz aquí consiste en unir aquello que estaba separado, esto es, que por un acto de Dios judíos y gentiles, que antes estaban enemistados, ahora aparecen unidos a la vista de Dios.

Ha sido derribada «la pared intermedia de separación»; esta pared era la Ley Mosaica. Aunque también es posible que el autor haya tenido en mente la pared que había en el templo, que separaba la corte de los gentiles de los lugares a que sólo tenían acceso los judíos,⁸⁸ no hay duda de que la principal pared era la constituida por la Ley.⁸⁹ Sobre esta barrera del templo estaba escrita una terrible advertencia de castigar con la muerte al extranjero que la atravesara.⁹⁰

La barrera ha sido abolida, derribada, de modo que la salvación y la paz con Dios alcanzan ahora también a los gentiles, a todas las naciones no judías.

Se habla en el v. 15 de «las enemistades», que han sido derribadas. La enemistad ha sido quebrada. La Ley fue abolida; este vocablo «aboliendo» del v. 15 es *katargeo*, que significa hacer inoperativo; es decir, que Nuestro Señor abolió la Ley mediante su muerte sobre la cruz.

Una idea nueva aparece y es que, conforme a los vv. 15b

y 16a, la reconciliación tiene dos faces: a) «crear en sí mismo de los dos un solo y nuevo hombre», y b) «reconciliar con Dios a ambos en un solo cuerpo».

Lo que Pablo describe es no sólo la reconciliación entre judíos y gentiles, sino también la reconciliación entre ambos, considerados ahora como un cuerpo, y Dios.⁹¹ Esta última reconciliación es la que recibe mayor énfasis en el pasaje de Pablo.

Hay que destacar que este «nuevo hombre» no se forma transformando a los gentiles en judíos, o viceversa; ambos son recreados en un nuevo pueblo, que no es ni judío ni gentil, sino cristiano.⁹² «Así como la piedra principal del ángulo mantenía juntas a dos paredes, así Cristo junta a los cristianos en un cuerpo dedicado a Dios, aquellos que antes eran judíos o gentiles.»⁹³

Los efesios destinatarios de la carta estaban antes alejados de las promesas, pero ahora, quienes estaban lejos han sido «hechos cercanos» por la sangre de Cristo.

«La nueva creación y la nueva unión tienen un fundamento y principio en Cristo.»⁹⁴ El vocablo *nuevo* hombre (v. 15) es *kainon*, que equivale a no nuevo en el tiempo solamente, sino nuevo en calidad. Por su parte, la palabra *hombre* allí (*anthropos*) no se refiere al individuo masculino sino que es un término genérico, porque se refiere a la Iglesia, el cuerpo místico de Cristo, concebida como una nueva creación.

Es entonces que el concepto «reconciliación» es introducido en el v. 16, para hacer referencia a la nueva unidad, cumpliendo así el propósito de Dios de unir lo que por largo tiempo habían sido partes antagónicas, como eran ciertamente judíos y gentiles, en un grande y único cuerpo, la Iglesia, el único que Dios reconoce, que ahora está en relación con Dios, mediante la cruz.

88. Bratcher and Nida, THLH, pág. 55.

89. Hendriksen, Efesios, pág. 146.

90. Wuest, Ephesians, pág. 75. Ver también Hendriksen, Efesios, pág. 147.

91. Hendriksen, Efesios, págs. 148 y 149.

92. Bratcher and Nida, ob. cit., pág. 57.

93. Thayer, citado por Earle, WMNT, Ephesians, pág. 279.

94. Wuest, Ephesians, pág. 76.

El v. 18 trae otra gran revelación, y es que por este medio «los unos y los otros» tenemos entrada por un mismo Espíritu al Padre. Éste es el resultado del Calvario.

Hendriksen ha destacado que la lección es válida para todos los tiempos. La razón por la cual existen tantas rivalidades entre familias, entre grupos y naciones, reside en que las partes que están en conflicto «no se han encontrado el uno con el otro al pie del Calvario». Ciertamente, cuando se contempla el alto costo que ha implicado la reconciliación, y cuando se aprende que también por otros Cristo murió, la consecuente actitud no puede ser otra que la de ser pacificadores, para que cada uno viva en la paz de Dios.

El apóstol destaca en el v. 18 que «por medio de él ambos tenemos nuestro acceso en un Espíritu al Padre».

El término acceso es uno de los más preciosos del N. T. Podría ser definido como «la libertad para acercarse al Padre en la confianza que nosotros, judíos y gentiles, hemos hallado favor para con Él».⁹⁵

Este concepto incluye aquel estado del alma que, en forma resuelta y confiada, se acerca al Padre reconociendo su indignidad para acercarse por sí mismo, pero al mismo tiempo en la plena conciencia de la obra aproximadora que Cristo ha cumplido en favor de todo el que cree. Así concebido, el acceso es «la condición del alma que reposa en el Señor, rindiéndose totalmente a Él, confiando que Él llenará toda necesidad en contestación a la oración».⁹⁶ Naturalmente, el acceso al Padre incluye el importantísimo hecho de acercarse a Él para la adoración.

El vocablo entrada o acceso es *prosago*, que significa «abrir un camino de acceso». Era utilizado para indicar la entrevista con un soberano. Notemos que es por medio del Espíritu Santo que los santos del N. T. tienen entrada a la presencia de Dios el Padre.

95. Hendriksen, Efesios, pág. 150.

96. Hendriksen, Efesios, pág. 151.

Aquí aparece la Trinidad.⁹⁷ Dios el Hijo provee el camino de entrada a la presencia de Dios el Padre a través de la sangre de la cruz. Dios el Espíritu Santo conduce al santo y lo presenta, y Dios el Padre es Aquel delante de cuya presencia el creyente es traído. Sólo una reverente adoración debe ser nuestra reacción ante la magnitud de la obra reconciliadora de Dios, por la cual nuestras almas son así traídas ante la majestad y santidad de la presencia divina.

III- Distinción entre justificación y reconciliación.

Es necesario distinguir estos dos conceptos bíblicos. Ridderboss⁹⁸ destaca que en lugar de hacer delimitaciones agudas, es necesario distinguir que se trata de dos conceptos que proceden de dos esferas distintas de pensamiento. Mientras que justificar es un concepto forense —religioso, la reconciliación tiene un significado más general, menos específico teológicamente. Proviene del ambiente social; habla del restablecimiento de la buena relación entre dos hombres. Dios es el autor y el iniciador de la reconciliación. La reconciliación es la obra redentora de Dios en Cristo, dirigida al mundo, para hacer desaparecer la enemistad, para establecer la paz.⁹⁹

«Se podría decir tal vez que la reconciliación, como paz con Dios, es la consecuencia de la justificación»¹⁰⁰ (Ro. 5:1).

Por su parte, Wickham señala que hay una relación estrecha en el Nuevo Testamento entre la justificación y la reconciliación. El punto de contacto consiste en que tanto la reconciliación como la justificación «son el resultado de una

97. Wuest, Ephesians, pág. 78.

98. H. Ridderboss, El Pensamiento de Pablo, pág. 195.

99. Dado que la liberación de la condenación envuelve también el hecho de ser liberado de la esclavitud mediante el pago de un precio, la reconciliación tiene también una conexión con la redención. (ZEB, Rec., pág. 45).

100. H. Ridderboss, P. Pablo, pág. 195.

obra previa de satisfacción frente a las exigencias de la santa Ley (de Dios) contra el pecado». En la base de ellas, así como en los conceptos de redención y salvación, «subyacen los conceptos de la propiciación, que se dirige hacia el Trono de Dios, y la expiación, que no sólo borra sino que quita de en medio la fea mancha del pecado, por la muerte de Cristo.¹⁰¹

Dicho autor cita de la Epístola a Diogneto, de autor anónimo:

«¡Oh, qué transacción más bienaventurada, qué beneficios más increíbles! ¡Que así la iniquidad de los muchos fuese escondida en Uno justo, y la justicia del Uno justificara a muchos inicuos!»

La enseñanza bíblica sobre el tema muestra una estrecha conexión con aquella vinculada con la justificación y con la muerte expiatoria de Cristo. «Lo que efectúa la reconciliación es el sacrificio de Cristo, por medio del cual el pecador es liberado de la culpa y de la condenación del pecado, y recibe la justificación de Cristo que le es imputada.»¹⁰²

«La justificación es nuestro estado legal delante de nuestro juez en la corte; la reconciliación indica nuestra relación personal con nuestro Padre en el hogar. Ciertamente, lo segundo es consecuencia de lo primero. Es sólo cuando hemos sido justificados mediante la fe que tenemos paz para con Dios, que es la reconciliación.»¹⁰³

IV- Alcance de la reconciliación.

1. ¿Ha sido Dios reconciliado?

A estas alturas de nuestro estudio cabe plantear la cuestión que aparece reiteradamente en la literatura sobre el tema, de si la reconciliación significa solamente un cambio de actitud

101. Wickham, ob, cit., pág. 138.

102. El tema de la justificación por la fe se trata en el capítulo VI de este libro.

103. J. Stott, TCOC, pág. 193.

por parte del hombre hacia Dios, o si también significa un cambio de actitud de Dios hacia el hombre.

Varios autores, entre ellos Stagg y Barclay, señalan que sólo representa lo primero. Stagg indica que la doctrina de la reconciliación puede ser denominada más simplemente por «justificación».¹⁰⁴ Agrega que Dios no es aplacado; es Él quien toma la iniciativa para destruir la separación del hombre.

A su vez, Barclay dice que no era Dios quien necesitaba ser apaciguado; era el hombre quien necesitaba ser movido a la entrega, a la penitencia y al amor.¹⁰⁵ Agrega que el efecto de la cruz recae sobre el hombre y no sobre Dios. «Era el hombre quien necesitaba ser reconciliado con Dios y no al revés.» Señala asimismo que la rebeldía fue convertida en rendición; la enemistad, en amor, por el amor sacrificial de Jesucristo en la cruz. La cruz fue el precio para operar este cambio en los corazones de los hombres.

En cierta medida, la opinión de varios autores está influida por el hecho de que nunca se dice en la Escritura que Dios haya sido reconciliado.

Por nuestra parte, hemos considerado la refutación a este punto de vista al tratar la Propiciación, en el capítulo III de este libro. Como hemos visto allí, algo debía haber sido hecho, y algo ha sido hecho por parte de Dios, para que fuera posible para Dios santo conceder el perdón y recibir a quienes no lo merecen, de manera que quedaran a salvo los reclamos de la santidad y de la justicia divina.

Además, cabe añadir, como lo hace L. Morris, que siempre hay que tratar con cautela los argumentos que se basan en el silencio de la Escritura.¹⁰⁶

Morris ha destacado que existe, desde el punto de vista

104. F. Stagg, TS, pág. 109.

105. Palabras griegas, pág. 127.

106. Leon Morris, TAPC, pág. 247 y TCNT, pág. 250. Por su parte, J. Stott presenta una advertencia similar en TCOC, pág. 197.

escritural, una hostilidad definida de parte de Dios hacia todo lo que es malvado. Así, hay una enseñanza firme y constante en cuanto a que Dios es un ser activo en su oposición a toda maldad.¹⁰⁷ Por un lado, muchos insisten¹⁰⁸ en que la reconciliación tiene lugar cuando el hombre reconoce su pecaminosidad y la grandeza del amor de Dios. Por otro lado, están aquellos que insisten sobre el carácter objetivo de la expiación, y subrayan las demandas de la santidad de Dios y de su justicia, y por tanto, rechazan disminuir la importancia de que la ira de Dios deba ser aplacada para que exista reconciliación.

La pared o barrera entre Dios y nosotros estaba constituida tanto por nuestra rebelión contra Él como por su ira contra nosotros, dada nuestra rebelión.¹⁰⁹

En este tema es fundamental también la opinión de Lloyd-Jones. Él argumenta que una reconciliación subjetiva no tiene fundamento bíblico, en cuanto pondría el acento sobre nosotros y no sobre Dios. Agrega que Pablo dice que Dios nos ha reconciliado consigo mismo mediante el hecho de no habernos imputado nuestros pecados. «Éste es el primer paso. El siguiente es que Él ha imputado nuestros pecados al Señor Jesucristo. Al que no conoció pecado lo hizo pecado... ¿Qué hizo, entonces? Dios entonces nos imputó a nosotros la justicia de Cristo, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él (2 Co. 5:21). De modo que hay no sólo una obra sobre el hombre sino que en la cruz se ha realizado una obra que ha tenido en cuenta el asunto desde el lado de Dios. La reacción del hombre es una consecuencia de la acción de Dios.»

Es sólo después de ver lo que Dios ha hecho, cuando el hombre capta esa obra, que manifiesta un cambio de su acti-

tud hacia Dios. Esto tiene lugar cuando el hombre viene al conocimiento de lo que Dios ha hecho por nosotros. Éste es el mensaje de la reconciliación.¹¹⁰

Lloyd-Jones cita además a Romanos 5:10:

«Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida.»

Lo hace para subrayar que este texto debe leerse así: «seremos salvos *en* su vida»,¹¹¹ con lo cual se significa «el estado o condición en el cual algo es hecho, o el estado o condición de algo que existe o sufre».

La refutación a aquellos puntos de vista (que piensan en la necesidad de que la reconciliación abarque sólo al hombre) aparece, como hemos visto, en autores como Morris y Lloyd-Jones. También aparece en James Denney. El primero señala que la reconciliación tiene que ver con Dios así como con el hombre, y como dice Denney, «su voluntad para bendecirnos es cumplida, como no había sido cumplida antes».¹¹² Citando a Forsyth destaca que «los sentimientos de Dios hacia nosotros nunca necesitaron ser cambiados. Pero el tratamiento de nosotros por parte de Dios, es decir, la relación concreta de Dios hacia nosotros, sí tenía que cambiar». Esta distinción, señala Morris, es fundamental. El amor de Dios nunca cambió. Pero la expiación obrada mediante Cristo significa que los hombres no son ya más tratados como enemigos (como ellos merecían) sino como amigos. Dios se ha reconciliado consigo mismo. Dios mira ahora al hombre no ya como el objeto de su ira santa y justa, sino como el objeto de su amor y de su bendición.

James Denney, por su parte, ha destacado que es claro que la reconciliación que Pablo presenta no conlleva la idea de

107. L. Morris, TAPC, pág. 196. Citado por J. Stott, en TCOC, pág. 198.

108. En TAPC, pág. 244 y siguientes.

109. J. Stott, TCOC, págs. 197 y 198.

110. Lloyd-Jones, Romans 5, págs. 145-147.

111. Lloyd-Jones, Romans 5, págs. 145-147. La BAA habilita también para entenderlo así.

112. L. Morris, TAPC, pág. 246.

que fue ganada frente a la oposición de Dios. Más bien, viene desde Él y es enteramente debida a su deseo de bendecirnos.¹¹³ Denney señala que *katallage* no es un cambio de actitud nuestra hacia Dios sino de Él hacia nosotros. La recibimos mediante nuestra fe en Cristo.¹¹⁴ Y en esto siempre es necesario tener presente que el hombre no agrega nada a la obra de Cristo.

Como ha dicho W. Temple «todo es de Dios; la única cosa de mí mismo con la cual yo contribuyo a mi redención es el pecado del cual necesito ser redimido».¹¹⁵

Es importante citar la opinión de Trenchard¹¹⁶: «Potencialmente, Dios está reconciliado con el hombre por medio de la propia obra de su gracia... Al contrario, es Dios quien manda a sus embajadores, y éstos ofrecen el perdón y la paz a los rebeldes por medio del ruego: reconciliaos con Dios.» Trenchard destaca asimismo que hay dos facetas en la reconciliación, por cuanto «no habría resonado mensaje alguno de paz si Dios no hubiera provisto la obra de propiciación». Una vez que esto es entendido, cabe subrayar, como lo hace la predicación, el enfoque de que la reconciliación destaca la sumisión del rebelde. La muerte de Cristo terminó con la muerte por haber quitado de en medio el pecado,¹¹⁷ y esto como un acto que se origina en Dios. «Dios nos ha reconciliado por medio de la muerte aproximadora de su Hijo.»¹¹⁸ «Desde el comienzo hasta el final esto ha sido la obra de Dios.»¹¹⁹

Del hecho de que la iniciativa es de Dios «no se sigue que el hombre tenga en ella una actitud meramente pasiva...; la acción divina no ejerce su eficacia sino para los que están

dispuestos a aceptarla por la fe»; de ahí el grito apremiante de Pablo: «... deaos reconciliar con Dios.»¹²⁰

Es interesante destacar aquí la opinión de Vine¹²¹: «La expiación es la ofrenda misma de Cristo bajo el juicio divino sobre el pecado. No recibimos la expiación. Lo que sí recibimos es el resultado de la expiación, esto es, la «reconciliación». Coincidimos con esta reflexión que, como vimos, ha sido presentada también por otros autores.

El misterio de nuestra reconciliación empalma así con el de la cruz y con el gran amor con que hemos sido amados.¹²² Éste es un pensamiento altamente consolador, porque otra vez se nos recuerda que nuestras almas han sido compradas a gran precio.

Nada puede mostrarse más inequívocamente fundado, señala Denney, que el hecho de que la reconciliación no es el cambio en nuestra disposición ante Dios sino un cambio en la actitud de Dios hacia nosotros. En el pasaje de Romanos 5, Pablo está demostrando el amor de Dios, y sólo puede hacerlo señalando a lo que Dios ha hecho y no a lo que nosotros hemos hecho.¹²³ Los que niegan la propiciación dicen: «Dios es amor, y por tanto, no se requiere una propiciación.» «Dios es amor», dicen los apóstoles, «por tanto él provee una propiciación» (Denney).¹²⁴

A una conclusión semejante llega R. D. Knudseg,¹²⁵ pues señala que aunque la Biblia no sugiere explícitamente que Dios haya sido reconciliado, la enseñanza escritural no nos habilita para decir que la reconciliación ocurre sólo desde el lado del hombre. «La reconciliación es tanto de Dios hacia el hombre como del hombre hacia Dios.»

113. L. Morris, TAPC, pág. 245 y 246.

114. L. Morris, TAPC, pag. 126.

115. J. Stott, TCOC, pág. 197.

116. Trenchard, ob. cit., pág. 126.

117. E. Trenchard, pág. 150.

118. E. B. Garriga, Reconciliación, pág. 128.

119. J. Stott, TCOC, pág. 197.

120. L. Dufour, pág. 757.

121. DEPNT, Reconciliación, pág. 319.

122. Leon Dufour, Reconciliación, pág. 756.

123. EGNT, Romans, pág. 626.

124. J. Denney, Second Corinthians, pág. 221.

125. ZEB, Reconciliation, pág. 45.

2. El alcance cósmico de la reconciliación.

En Colosenses 1:15-20 leemos:

«Él es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación. Porque en él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra; visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de él y para él.

Y él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en él subsisten; y él es la cabeza del cuerpo que es la Iglesia, él que es el principio, el primogénito de entre los muertos, para que en todo tenga la preeminencia; por cuanto agradó al Padre que en él habitase toda plenitud, y por medio de él reconciliar consigo todas las cosas, así las que están en la tierra como las que están en los cielos, haciendo la paz mediante la sangre de su cruz.»

Aquí el apóstol añade una dimensión cósmica a la reconciliación obrada por Cristo.

El apóstol es enfático en su uso de la expresión «todas las cosas», que normalmente significa «el cosmos», pero allí evidentemente incluye «los principados y potestades». Es probable que los principados y poderes hayan sido reconciliados en el sentido de que hayan sido «desarmados» por Cristo, conforme al v. 15 que destaca que Él les despojó, les exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz.¹²⁶

F. F. Bruce afirma que se trata de una «pacificación» de seres cósmicos, sometiendo esos poderes a un poder superior, el de Cristo, que aquellos no pueden resistir.¹²⁷

Hay que tener presente que Pablo escribió la carta a la Iglesia de Colosas, que debió hacer frente a una enseñanza de que Cristo había efectuado una reconciliación parcial entre Dios y el hombre, y que hacía falta una mediación angelical. Como ha destacado Lightfoot, el apóstol habla de una recon-

ciliación absoluta, completa, entre el universo entero y Dios, efectuada a través de la mediación de la Palabra Encarnada. Aquellos supuestos mediadores angelicales eran incapaces, pues no eran ni humanos ni divinos. Fue necesario que en Cristo habitara toda la plenitud de Dios. Fue además necesario que Él debiera nacer en el mundo y que debiera sufrir como hombre en la cruz.¹²⁸

Señala asimismo Lightfoot que el universo entero de cosas, tanto materiales como espirituales, fueron restaurados a la armonía con Dios.

Una palabra de advertencia debe ser incluida aquí, porque cuando Pablo enseña que «todas las cosas» han sido reconciliadas «no está queriendo decir que aun los hombres no regenerados han de ser beneficiarios de la reconciliación». Como lo señala muy bien Wuest,¹²⁹ una porción de la Escritura debe ser considerada a la luz de lo que el resto de la Escritura enseña.

Una advertencia similar formula acertadamente Trenchard contra una interpretación que pretendiera afirmar doctrinas «universalistas», que conciben un final feliz para toda la raza humana, aun para aquellos que han mostrado hostilidad contra Dios durante su vida.

El citado autor advierte que el texto de Colosenses 1:20 ha de ser interpretado según las reglas normales de la exégesis, que ha de tomar su testimonio general de las Sagradas Escrituras. «No es posible suprimir de la Biblia las muchas referencias al infierno, la separación de las almas perdidas de Dios, como Fuente de la vida verdadera.» «Hemos de rechazar todo universalismo que postule el perdón de los pecados de todos sin discriminación, pese a que la virtud de la obra de la cruz es universal en potencia, porque tal doctrina no se halla en la revelación escrita.»¹³⁰ Agrega que la reconciliación

126. J. Stott, TCOC, pág. 196.

127. E. K. Simpson y F. F. Bruce, Ephesians and Colossians, pág. 210.

128. Lightfoot, citado por Wuest, Colossians, pág. 187.

129. Wuest, Colossians, pág. 188.

130. E. Trenchard, Estudios de doctrina bíblica, pág. 129.

universal de cosas en el cielo y en la tierra, según los términos de Corintios 1:20 se refiere a la eliminación de toda suerte de obstáculos al cumplimiento de la voluntad de Dios. «Los salvos estarán en Cristo, siendo Él su paz. Los rebeldes, ya juzgados, se someterán a lo que Dios ha sentenciado, y en cada caso resplandecerá la justicia de Dios» (Ro. 2:15, 16).¹³¹

V LA REGENERACIÓN

El estudio de los principales vocablos que explican la obra de la cruz de Cristo quedaría incompleto si no abarcara el concepto de *regeneración*. Este concepto define al más importante acontecimiento que debe registrarse en la vida espiritual de todo hombre, si desea recibir las bendiciones que surgen de la obra del Calvario.

Como veremos detalladamente al considerar varios pasajes bíblicos, la regeneración implica un nuevo nacimiento para el hombre. El asunto es sorprendente, como sorprendente fue para el primer hombre, Nicodemo, que lo escuchó de labios del mismo Señor.

I- Doctrina bíblica de la depravación total del hombre.

La primera mención que la Biblia hace de este concepto se encuentra en Génesis 6:5: «Y vio Jehová que la maldad de los hombres era *mucha* en la tierra; y que *todo* designio de los pensamientos del corazón de ellos era de *continuo solamente* el mal.»

La regeneración ha venido a ser absolutamente necesaria en razón de la depravación total del hombre.¹ Que el hombre sea totalmente depravado no significa que todos los hombres lleguen al colmo de la maldad en todos sus actos. Tampoco implica desconocer que muchos hombres realizan ciertas

131. E. Trenchard, ob. cit., pág. 129.

1. Pendleton, CTC, pág. 254.

obras que benefician a los semejantes. Por vía de ejemplo, no se puede desconocer que muchos gobernantes y legisladores en varios países desean el mejor bien para sus gobernados.

La doctrina de la depravación total del hombre no significa que en el 100% de los casos, todos los hombres estén obrando el mal; que estén como muertos no «significa que en sus corazones y vidas el proceso de corrupción moral y espiritual se hubiese ya completado»² Aun la persona no regenerada está en condiciones de realizar el bien natural.

Pero cuando la Biblia enseña que el corazón humano está depravado totalmente, lo que quiere decir es que ninguna parte del complejo ser interior del hombre ha quedado libre de la influencia del pecado. En el pasaje de Génesis 6:5 se destacan palabras absolutas que pronuncia Dios: «mucha», «todo», «de continuo», «solamente el mal», indicando la inclinación del hombre hacia el mal.

Cuanto más entienda el hombre la verdadera dimensión de su tragedia como pecador, mejor estará en condiciones de apreciar la maravillosa liberación que la gracia ha logrado. Si el hombre no entiende claramente su posición en el pecado, no podrá entender su posición en Cristo.

Un autor³ ha expresado muy bien que nada hay tan perjudicial como la costumbre de alimentar falsas esperanzas. «La naturaleza humana jamás cambia.» Por eso, la regeneración, como una obra de Dios, es la única alternativa para el hombre. La gravedad de la caída del hombre, tal como la presenta la Biblia, es la que explica que el mundo esté como está. No debemos sorprendernos de que los hombres pecadores actúen como lo hacen, ni Dios demanda del hombre lo que el hombre no puede dar.

La caída del hombre ha creado una crisis perpetua⁴ y esta

2. Hendriksen, Efesios, pág. 121.

3. Ryle, Juan, pág. 317.

4. Tozer, Gems, Christians Publications, Harrisburg, PA, EE.UU., 1969, pág. 71

crisis es insoluble si el pecador no nace, espiritualmente, de Dios.

En ocasiones se escuchan mensajes de predicación en los que se apela «a lo bueno» del hombre. Este método no da resultado y, además, no es el método de Dios. Es inútil apelar a lo que el hombre debe hacer.

El método de la Biblia consiste precisamente en lo opuesto; consiste en que el hombre se enfrente a los hechos. El hombre es colocado frente a los hechos, y frente a la luz de las Escrituras. Se lo pone allí para que aprenda a verse como Dios lo ve. Nuestra predicación no puede eludir este punto.

Pero al mismo tiempo, nuestra predicación tiene que conducir a que el hombre aprecie lo que Dios ha hecho. Esto es lo grande del Evangelio. Dios se ha colocado, literalmente, en el lugar del hombre. Cristo se ha identificado con él, para llevar su pecado, para sufrir por ellos, para morir por el pecado y por el pecador, y esto es bien distinto de poner el énfasis en el hombre, cuando es predicado el Evangelio de gracia.

«Los que predicamos el Evangelio no debemos pensar que somos agentes de relaciones públicas... No somos diplomáticos sino profetas, y nuestro mensaje no es un compromiso sino un ultimátum.»⁵ Para ser salvo por la gracia de Dios el hombre debe no solamente abandonar sus pecados; debe también renunciar a su propia bondad.⁶

El estado del hombre sin Cristo es un estado de ruina. Un comentarista lo expresa así: «El estado de ruina se aprecia en que todo hombre debería llevar en su frente esta inscripción: Aquí una vez habitaba Dios.»⁷

La ausencia del Espíritu que el hombre, originalmente formado, tenía, y que tenía como capacidades para la iluminación de su entendimiento, ha dejado a la mente impotente espiritual y moralmente.⁸

5. Tozer, The Best of Tozer, pág. 177.

6. Conner, LFNT, pág. 350.

7. Smeaton, The doctrine of the Holy Spirit, pág. 179.

8. Hodge, Ephesians, pág. 94.

El estado del hombre antes de su conversión, y el estado natural del hombre universal, es uno de muerte espiritual. Esto significa un estado de pecado, de sujeción a Sataná y a sus propios deseos corruptos, y un estado de condenación.

El resultado es que el hombre no convertido no conoce las cosas que son del Espíritu de Dios (1 Co. 2:14); en cuanto a su voluntad, no se puede sujetar a la ley de Dios (Ro. 8:7); en cuanto a la adoración, no puede llamar a Jesús Señor (1 Co. 12:3); en la práctica, no puede agradar a Dios (Ro. 8:8). Pablo es bien claro, así como lo ha sido para expresar el estado del hombre natural, cuando explica cómo está ahora el hombre regenerado por la obra del Evangelio. El estado que el creyente en Cristo ha experimentado es nada menos que un estado de resurrección. De este estado Dios es su autor, Dios ha hecho esto mediante un trabajo de amor y de gracia, y lo ha hecho a través de Cristo o, como debe ser dicho con mayor precisión escritural, en virtud de la unión con Cristo. Esto envuelve toda bendición espiritual en Cristo, incluso una asociación con Cristo en su gloria. Pablo lo expresa así: «Aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos), y juntamente con Él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús» (Ef. 2:5, 6).

La Escritura, por todas partes y en diversas formas, enseña que el hombre ha quedado vacío. En el fondo del ser humano hay un santuario, pero es un santuario vacío, vacío de Dios; es la muerte espiritual. La más trágica de las pérdidas sufridas por la caída fue que el santuario interior del hombre quedó vacío del Espíritu de Dios.⁹

Ella, la Escritura, en términos muy expresivos y dolorosos enseña que al hombre le es ahora negada la capacidad de pensar correctamente (2 Co. 3:5), o la de recibir las cosas del Espíritu de Dios, y declara que la naturaleza humana se ha alejado totalmente de Dios, y se ha transformado en enemiga

9. Tozer, *The Best of Tozer*, pág. 162.

de Dios. Este estado del corazón tiene una influencia determinante sobre la voluntad, en todo juicio religioso o moral.¹⁰

Pablo describe al hombre antes de su conversión a Cristo, como muerto. Y en la carta a los efesios enseña que a éstos Dios les ha dado vida.

En las Escrituras el vocablo vida es un término que expresa un estado de unión con Dios y la muerte se expresa como un estado de alienación de Él. La muerte incluye corrupción e indefensión. La vida, en cambio, incluye santidad, actividad.¹¹

El apóstol Pablo se encontraba profundamente embargado por una sensación de gratitud al contrastar la anterior miseria de los efesios con su actual riqueza en Cristo.¹²

La enseñanza de las Escrituras es que el hombre fue creado a la imagen de Dios, y que en la prístina bondad le fue dada la tarea de dominar al mundo para glorificar al Creador Dios; el hombre pecó, cayó de ese estado inicial y se corrompieron todas sus facultades; sus afectos quedaron desviados, su intelecto quedó oscurecido y su voluntad quedó debilitada. Toda la más profunda interioridad del hombre quedó afectada, y mortalmente afectada por su caída en el pecado. Esta caída es un desastre espiritual de inmensas proporciones.

La depravación total del hombre implica que, no obstante las obras de bien que ocasionalmente el hombre pueda hacer, lo cierto es que el pecado ha invadido todo su ser, en el sentido de que ninguna esfera de la interioridad del ser humano ha quedado libre de la influencia del pecado. Como consecuencia, el hombre es un ser que carece del esplendor que al principio fue impreso en su alma, como imagen de su gran Creador. Ahora es un ser necesitado, y en ese carácter es el destinatario del Evangelio.

La regeneración atiende a esta necesidad fundamental del hombre, porque comprende la iluminación del entendimien-

10. Smeaton, ob. cit., pág. 179.

11. Hodge, *Ephesians*, pág. 96.

12. Hendriksen, *Efesios*, pág. 121.

to, la purificación de los afectos y el fortalecimiento de la voluntad.¹³

Debido a esta situación, el hombre necesita desesperadamente una nueva creación de su personalidad espiritual. Esta creación debe ser tal que afecte, positivamente, la razón misma de su existencia y que opere en él para que pueda volverse a su Dios Creador de todo su corazón, su alma y su mente. La regeneración es la renovación del hombre en su corazón, es decir, en el más profundo centro de su existencia.¹⁴

La necesidad de la justificación del pecador se encuentra en el hecho de la culpabilidad; la necesidad de la regeneración se encuentra en el hecho de la depravación.¹⁵ La regeneración encuentra la necesidad creada por la presencia de la muerte espiritual.¹⁶

El pecado mantiene al hombre distanciado de Dios, pero Cristo ha tenido que tratar con el pecado en beneficio del hombre para que esa fuerza separativa fuera anulada.¹⁷

II- Análisis de Tito 3, 5.

«Nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia, por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo.»

Allí aparece la frase «de la regeneración»; «regeneración» es en el original *palingenesia* (*palin*, de nuevo, y *genesis*, nacimiento),¹⁸ que significa nuevo nacimiento. Involucra la comunicación de una nueva vida. Regenerar consiste en dar vida. El mismo vocablo aparece también en Mateo 19:28: «...

13. Pendleton, ob. cit., pág. 253.

14. ZEB. Regeneration, pág. 56.

15. O. Wiley, ITC, pág. 322.

16. Walvoord, en Chafer, TS, II, pág. 949.

17. J. Denney, The Death of Christ, pág. 62.

18. Vine, DEPNT, Regeneración, pág. 334.

en la regeneración, cuando el Hijo del hombre se sienta en el Trono de su Gloria...»

Allí aparece relacionado con «la restauración de todas las cosas de que habló Dios por boca de sus santos profetas...» (Hch. 3:21), cuando como consecuencia de la segunda venida de Cristo, Jehová «pondrá su voz sobre Sión su santo monte» (Sal. 2:6). Se producirá entonces el verdadero renacimiento de la nación de Israel, que involucrará paz y prosperidad para los gentiles.¹⁹

Aun cuando el vocablo griego citado no aparece más que en los dos pasajes mencionados, la idea de la regeneración o del nuevo nacimiento se encuentra en muchos otros pasajes (Jn. 1:13; 3:3, 5-8; 1 Pe. 1:23; 2 Co. 5:17; Ef. 2:5).²⁰

El pasaje de Tito 3:5 que comentamos habla de un nacimiento y de una renovación en el individuo,²¹ porque la persona que ha experimentado la corrupción de todos sus poderes es recreada en Cristo Jesús.²²

Hay que notar aquí que esta enseñanza de Pablo coincide con las profecías del Antiguo Testamento, donde la regeneración se describe «como la obra de Dios que renueva, circuncida y ablanda los corazones de los israelitas, escribiendo en ellos sus leyes, haciendo que sus poseedores le conozcan, lo amen y lo obedezcan como nunca antes lo hicieron».²³

Los dos conceptos de Tito 3:5, de regeneración y de renovación «se refieren a experiencias espirituales, en las que se une el lavamiento de pecados con el don de vida para generar una nueva creación».²⁴

El Antiguo Testamento ya había hablado del lavamiento

19. Vine, DEPNT, Regeneración, pág. 335. Ver también Trenchard, EDB, pág. 242.

20. Hendriksen, Tito, pág. 444.

21. Packer, en DT, pág. 446.

22. ZEB, Regeneration, pág. 53.

23. Packer, ob. cit., pág. 446.

24. A. W. Robertson, Fe y obras en la Epístola a Tito, Esfuerzo Literario Evangélico, Buenos Aires, Argentina, 1978, pág. 84.

y la regeneración en las palabras de Zacarías 13:1: «En aquel tiempo habrá un manantial abierto para la casa de David y para los habitantes de Jerusalén, para la purificación del pecado y de la inmundicia.»

El llamamiento y la nueva creación por el don de vida son inseparables.²⁵

Asimismo, el profeta Ezequiel une las ideas de lavamiento y regeneración espiritual, tal como Pablo lo hace en el pasaje de Tito: «Esparciré sobre vosotros agua limpia, y seréis limpiados de todas vuestras inmundicias y de todos vuestros ídolos os limpiaré. Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne. Y pondré dentro de vosotros mi Espíritu, y haré que andéis en mis estatutos, y guardéis mis preceptos, y los pongáis por obra» (Ez. 36:25-27).

Trench ha destacado²⁶ que *palingenesia* es una de las varias palabras que el Evangelio ha incorporado y, por así decirlo, ha glorificado, ampliando los límites de su significado, levantándola a una nueva esfera, haciéndole expresar un pensamiento mucho más profundo y más maravillosas verdades que las que contenía anteriormente. El vocablo expresa claramente la noción de «nacer de nuevo».

Aun cuando más adelante consideremos en detalle el pasaje de Juan 3, vale la pena señalar aquí que el Señor, en su conversación con Nicodemo, habla del nuevo nacimiento: «de cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios» (Jn. 3:3).

Allí tanto el verbo como el adverbio son diferentes. El verbo es *gennaō*, que en la voz pasiva significa «nacer»; el adverbio es *anothen* que significa «de arriba», u «otra vez». Ahora bien, *palin* y *anothen* son sinónimos²⁷ porque se refieren a la repetición de un acto, pero el segundo vocablo incluye

en ese acto una referencia al comienzo, y la idea de un retorno al punto de partida. Cuando esta palabra *anothen* es utilizada, el énfasis está en el retorno al verdadero comienzo.

Así somos llevados al notable pensamiento de que el segundo nacimiento del cual el Señor habla con Nicodemo es no un segundo nacimiento físico sino que se refiere al acto de Dios impartiendo vida espiritual, como lo hizo originariamente con Adán, según está registrado en Génesis 2:7: «Entonces Jehová Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un ser viviente.»

La raza humana es concebida en la Biblia como habiendo perdido, en la caída de Adán, lo que el Creador le había otorgado, y como necesitando una segunda impartición de vida divina mediante la *palingenesia*, el nuevo nacimiento. La regeneración consiste en eso, en la impartición de la vida eterna de Dios a un pecador que está espiritualmente muerto.²⁸

En Tito 3:5 la regeneración es descrita como un baño (*lutron*); este vocablo aparece explicado por su uso en otro pasaje (Ef. 5:26), lo que haremos en otro punto. Pero sí destacamos que la regeneración es mencionada como un baño en Tito 3:5, «en tanto se trata de la impartición de la naturaleza divina; esto resulta en la limpieza de la vida mediante la Palabra de Dios, que provee al creyente tanto del deseo como del poder para hacer la voluntad divina y para rechazar los malos deseos de la naturaleza malvada porque el poder de esta última ha sido quebrado a través de la identificación del creyente con la muerte del Señor en la cruz».²⁹

Hay que notar, como lo hace Hendriksen³⁰ que el lavamiento a que se refiere Pablo en Tito 3 es completamente espiritual; es el lavamiento de la regeneración y renovación, consideradas como un solo concepto.

«El hombre interior se renueva de día en día» (2 Co. 4:16).

25. A. W. Robertson, ob. cit., pág. 85.

26. Citado por Wuest, Vocabulary, pág. 89.

27. Wuest, Vocabulary, pág. 91.

28. Wuest, ob. cit., pág. 91.

29. Wuest, Vocabulary, ob. cit., pág. 92.

30. Tito, pág. 444.

En Colosenses 3:10 se describe al nuevo hombre como el que «conforme a la imagen del que lo creó se va renovando hasta el conocimiento pleno». La renovación tiene su origen en un acto inicial y en un acto continuado de Dios como dador y sustentador de la vida eterna.³¹ El propósito de Dios en nuestras vidas quedaría frustrado si la primera obra (la regeneración) no fuera seguida por la obra renovadora y santificadora del Espíritu Santo.³²

«El nuevo nacimiento es un acto instantáneo por parte de Dios... El Espíritu Santo usa la palabra del Evangelio para convencer al mundo de pecado, de justicia y de juicio (Jn. 16:8). El pecador es llevado al arrepentimiento, y a la fe por medio del Espíritu de Dios y la palabra del Evangelio y, en un momento, nace la nueva criatura espiritual.»... «Mientras que la regeneración sólo puede ocurrir una vez, la renovación que procede del Espíritu Santo es una obra que prosigue en la experiencia del cristiano.»³³ Esta operación espiritual que tuvo su comienzo en el nuevo nacimiento, luego continúa.

En nuestro texto de Tito 3:5 se aprecia pues que el Apóstol considera el nuevo nacimiento como ya habiendo ocurrido, una vez para siempre, en tanto que la renovación es algo de cada día, porque se trata «de una gradual restauración de la imagen divina»³⁴ en el creyente que, a través del nuevo nacimiento, ha venido «bajo el poder transformador del mundo venidero». Esta renovación es denominada «la renovación en el Espíritu Santo», porque la tercera Persona de la Divinidad es la sola causa eficiente por la cual el creyente puede desvestirse del viejo hombre y vestirse del nuevo (Ef. 4:22-24).

Hay que notar que, en el caso de la regeneración, se trata del acto libre de misericordia y del poder de Dios, que traslada al pecador creyente del reino de las tinieblas al reino de la luz.

31. Stagg, TNT, pág. 124.

32. A. W. Robertson, ob. cit., pág. 87.

33. A. W. Robertson, ob. cit., págs. 85 y 86.

34. Trench, citado por Wuest, ob. cit., pág. 93.

Por otra parte, en cuanto al concepto de renovación (*anakainosis*) se trata de la conformidad gradual, constante, a ese mundo espiritual al cual ha sido introducido. Esta renovación hacia la imagen de Dios requiere el concurso activo del creyente; en esta tarea él es un colaborador, junto con Dios.

«La experiencia cristiana da testimonio de que la salvación se atribuye únicamente a Dios. Aquel que experimenta la regeneración sabe tan bien como sabe distinguir el día de la noche que él mismo no obró el cambio. Se sometió a Dios, y Dios le cambió.»³⁵ Es que la actitud de fe siempre implica abrir el corazón a Cristo; es la apertura de la mente, corazón y vida a Dios para recibir lo que él tiene para dar y para entregarle lo que él reclama.³⁶

Esta entrega a Dios es esencial en la regeneración. Es verdad que hay un elemento de misterio en la experiencia, que no podemos profundizar,³⁷ sin embargo, se trata de una transacción entre el alma y Dios, en la cual el hombre tiene que hacer uso de sus facultades. Primeramente, en la conversión, el hombre se entrega enteramente a Cristo como Salvador y Señor, porque reconoce que no puede hacer nada de su parte para su salvación. En esta situación se opera la regeneración. Más adelante, el Señor, mediante su Palabra leída o predicada, mediante los muchos medios de gracia que utiliza, va haciendo día tras día nuevos y nuevos reclamos para que, en la experiencia práctica, el creyente vaya experimentando la renovación que transforma su vida.

III- El agente y el instrumento de la regeneración.

1. El concepto de hijos de Dios.

«... a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios;»³⁸

35. Conner, EER, pág. 209.

36. Stagg, TNT, pág. 125.

37. Conner, ob. cit., pág. 213.

38. El vocablo «potestad» indica «derecho», y así es traducido en Hebreos 13:10. Morris aclara en Juan 1:12, pág. 98, que indica «status».

los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios» (Jn. 1:12, 13).

El estudio de este pasaje permite apreciar características fundamentales de la regeneración espiritual, aquí mencionada con la expresión «hechos hijos de Dios».

Una de estas características es que la regeneración no se produce por herencia, no se transmite de padres a hijos. Es interesante la observación de Lacueva en el sentido de que la expresión «a todos los que le recibieron», o «a todos cuantos» (*hósoi*) implica que «uno a uno», los hombres reciben a Cristo, pues ésa es la fuerza distributiva del pronombre griego *hósoi*.

Al mismo tiempo, los creyentes son salvos por gracia, no por naturaleza. La regeneración no es producto de la voluntad carnal, ni siquiera de la religión, considerada ésta como un conjunto de preceptos o de verdades acerca de Dios, «las cuales pueden ser aceptadas teóricamente sin haber nacido de nuevo».³⁹ Tampoco es la regeneración el producto del esfuerzo humano. La causa eficiente, el agente de la regeneración es el Espíritu Santo.

Es interesante notar que la expresión *hijos de Dios* en Juan 1:12 es el original *tekna theou* (que significa «niños de Dios») y no *huioi* (que se traduce «hijos»)⁴⁰ En el Evangelio según Juan sólo a Jesucristo se adjudica el vocablo Hijo.⁴¹

Hay que destacar, además, que no todos los hombres son hijos de Dios, pues las Escrituras solamente asignan ese título a los que han confiado en Jesucristo;⁴² es más preciso decir que todos los hombres son *criaturas* de Dios, pero no todos ellos son hijos, en el sentido del Nuevo Testamento.⁴³

Sobre Juan 1:12: «a todos los que le recibieron, a los que

creen en su nombre, les *dio* potestad de ser hechos hijos de Dios».

Leon Morris destaca que hay allí tres palabras importantes:⁴⁴

- a) «Dio». A los hombres les es concedido recibir por la fe el don de Dios.
- b) «Potestad». No se habla aquí de «poder» sino de «status», de condición. Y no sólo de «status» sino de cambio de status, porque los que confían en Jesucristo pasan de muerte a vida.
- c) «Hijos». Los hombres son hijos en un sentido pleno solamente cuando responden en fe a lo que Dios ha hecho por ellos en Cristo.

Hay que subrayar otra vez la precisión de la Escritura, pues los dos verbos «recibieron» y «dio», aparecen simultáneamente en aoristo,⁴⁵ lo que significa que cuando alguien recibe a Cristo, en ese mismo instante recibe el don de la filiación, es decir, de ser hecho un hijo de Dios.

«Amados, ahora somos hijos de Dios» (1 Jn. 3:2).

En otras palabras, el momento de la recepción de Cristo por la fe es el momento de la regeneración. Ésta es la conclusión a que conduce la exégesis.

Para entender el concepto de regeneración debe tenerse en cuenta qué es lo que realmente produce la regeneración. La regeneración se aplica a seres degradados por el pecado, pero produce hijos de Dios. El texto ya citado de Juan 1:12 lo establece así y ello es corroborado por la enseñanza de Pablo en Romanos, a saber: «Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos (*huioi*) de Dios» (Ro. 8:14).

«El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos (*tekna*) de Dios» (Ro. 8:16).

Como se ha hecho notar se trata de dos vocablos griegos distintos, *huioi*, del v. 14 y *tekna*, del v. 17. Ambos términos

39. F. Lacueva, ob. cit., pág. 79.

40. Earle, WMNT, John, pág. 14.

41. Newman and Nida, THGJ, pág. 19.

42. L. Morris, John, pág. 98.

43. Anderson, Redemption Truths, pág. 126.

44. L. Morris, John, pág. 98. Véase la «Additional Note E: Believing», en ob. cit., pág. 335-337.

45. Ver Lenski, John, pág. 61.

describen la relación natural que existe entre padre y niño.⁴⁶ Varios exegetas, entre ellos Bruce, destacan que estos términos son utilizables en forma intercambiable. Bruce señala que en ningún pasaje del Nuevo Testamento puede encontrarse que esos vocablos tengan significado distinto.⁴⁷ Pablo los utiliza con igual sentido, de modo que la diferencia es sólo de estilo. En los escritos joaninos la relación de hijos se expresa utilizando siempre el vocablo *tekna*, pues la palabra *huioi* se reserva para Cristo como Hijo de Dios.

Es importante destacar que el resultado de la regeneración es, pues, que Dios constituye como hijos a seres que antes estaban destituidos por causa del pecado, destituidos de toda relación con Dios que no fuera una relación quebrantada. Los creyentes son adoptados hijos, y así lo dice Pablo en Romanos 8:15: «... habéis recibido el Espíritu de adopción».

Esto equivale a decir que los creyentes han recibido un espíritu propio de aquellos que han sido trasladados de una relación servil a una filial. Tienen no sólo el «status», sino el corazón de hijos.⁴⁸

Pablo ha tomado seguramente la figura del derecho romano, ya que en Israel la adopción no estaba legislada. En aquel derecho la figura principal en una familia era el varón de la casa, el *pater familias*, que gozaba legalmente de plenos derechos, de autoridad suprema.

La esposa, denominada también *matrona* tenía una posición subordinada. Luego venían los hijos naturales (*tekna*); añadidos a la familia estaban finalmente los hijos adoptados; éstos podían ser incorporados a la familia por decisión del *pater familias*, y en ese caso gozaban de derechos similares a los de los hijos legítimos; podían heredar plenamente al titular, y podían representarlo; perpetuaban el nombre del nuevo padre, y no tenían en manera alguna una categoría inferior al hijo nacido de su esposa. Ésta es la figura legal que

46. Newman and Nida, THLR, pág. 153.

47. Bruce, Romans, pág. 167.

48. J. Denney, EGNT, Romans, pág. 648.

Pablo toma para ejemplificar la incorporación del creyente a la familia de Dios. Los creyentes han recibido al Espíritu como las primicias de todo lo que les pertenece, que produce en ellos la conciencia de su filiación.⁴⁹

En el pasaje de 1 Juan 3:1 leemos: «Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios.»

Wuest⁵⁰ señala que el sentido del texto original permitiría también traducir «mirad de qué región extraña nos ha venido este amor». El pensamiento del apóstol llega allí a la altura sublime del amor en Dios, un amor eterno, que ha deseado tener hijos y no esclavos. El texto allí es enfático y, como traduce la BAA, puede leerse: «Mirad cuán *gran* amor nos ha otorgado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios; y *eso somos*.»

Dos aspectos tienen que ser subrayados aquí. El primero es que Dios nos ha dado no solamente el nombre sino también el carácter de hijos («y eso somos»). El segundo es no menos importante, porque la expresión «nos ha dado» está en un tiempo verbal que indica que el don viene a ser una posesión permanente del que lo recibe. La consecuencia es enorme. Los santos han venido a ser el objeto permanente del amor de Dios.⁵¹

«A nosotros nos corresponde la meditación tranquila en este hecho revelado —sublime maravilla de la gracia de Dios— con el fin de que adoremos y sirvamos movidos por la profunda convicción de que Dios es nuestro Padre en Cristo Jesús.»⁵²

Vale la pena destacar, como lo hace Trenchard,⁵³ que algunos comentaristas han querido ver en la distinción entre los vocablos *huioi* y *tekna* una especie de categorización de los creyentes; en ese enfoque los primeros serían conside-

49. Vine, DEPNT, Adopción, pág. 46.

50. In these last days, pág. 142.

51. Wuest, ob. cit., págs. 142 y 143.

52. Trenchard, Romanos, pág. 207.

53. Romanos, pág. 205.

rados como hijos maduros, espiritualmente desarrollados, con privilegios que los otros no tendrían.⁵⁴

Corresponde, como lo hace el citado autor, desechar de plano esa diferenciación, porque no tiene ningún asidero en la Escritura. Todo lo contrario. Hay que subrayar que Dios ha igualado a todos los hombres en el punto de partida: «Todos están bajo pecado» (Gá. 3:22). «Dios sujetó a todos en desobediencia» (Ro. 11:32).

Dios hizo esto «para tener misericordia de todos». Los que están igualados en el punto de partida lo están también en cuanto a las bendiciones que surgen del pacto de gracia. No hay diferencia alguna entre los hijos de Dios. Ninguno ocupa un lugar de privilegio por causa de su comportamiento o de su conocimiento, ni por ninguna otra causa. Todos son igualmente hijos en la casa de Dios, si han entrado por la única puerta de la sumisión de la fe. Ésta es una de las glorias del Evangelio, que no puede ser oscurecida.

La obra de Cristo por cada uno, y la obra del Espíritu al regenerarnos, es plena. Desde luego, la vida espiritual llega a su plenitud en aquellos que se rinden a la influencia transformadora del Espíritu, pero esto es una cosa distinta de la posición que por gracia cada uno tiene delante de Dios.⁵⁵ Queda por señalar otro aspecto que hace a la esencia de la regeneración, y es el hecho fundamental de que el hombre regenerado se caracteriza por la recepción del Espíritu Santo. Éste es otro de los hechos gloriosos de nuestra redención.

No existe lenguaje humano que pueda expresar cabalmente la grandeza de la obra de Dios en seres tan destruidos como nosotros. Pero ésta es su obra, el creyente en Jesucristo recibe el Espíritu Santo. Este hecho es tan importante que constituye a todo creyente en templo de Dios. No tratamos este aspecto en detalle, pero no podemos menos que desta-

54. Vine, en DPNT, Adopción, pág. 47, establece una leve distinción para destacar que el primer término indica la adopción, el ser situado en la posición de hijo.

55. Trenchard, ob. cit., pág. 205.

carlo a la consideración del lector, por su enorme trascendencia para su propia vida personal y para la vida de la iglesia.

En un sentido especial sólo son «hijos de Dios» aquellos que son guiados por el Espíritu de Dios, aquellos que han nacido de nuevo (el segundo nacimiento), tanto judíos como gentiles. Ellos son «los hijos de Abraham» (*huioi Abraam*, Gá. 3:7), los hijos de la fe.⁵⁶

El concepto de ser «guiados por el Espíritu» se refiere en general al control ejercido por el bendito Espíritu en aquellos nacidos de Él. «El Espíritu es su esfera de acción, su modo de ser y su sello para el día de la redención.»⁵⁷ El Espíritu produce en ellos el carácter de hijos, y así es la prenda de la seguridad de su filiación y de su salvación final. Ya no están más ansiosos, temiendo ser castigados. Son conscientes de una relación que no es en nada inferior a la relación de hijos, que implica una conexión vital con la vida de un Padre divino.⁵⁸

Aquellos que están en Cristo mediante la fe y mediante la morada del Espíritu Santo en ellos, son hijos, plenamente hijos, a causa de estos hechos espirituales que reconocen su autoría a Dios; así, sienten como propia esta condición de hijos, que es una condición eterna. Los sentimientos filiales de afecto, de reverencia y de confianza los capacitan para invocar a Dios como «Padre» en la plenitud de sus corazones redimidos.⁵⁹

2. Análisis de Juan 3:5.

El pasaje de Juan 3:1-21 está reconocido como la base principal de la doctrina del nuevo nacimiento.

El énfasis más intenso del Nuevo Testamento sobre la alegoría del nuevo nacimiento aparece en Juan 3:3, que puede

56. A. T. Robertson, WPNT, Romans, pág. 374.

57. Newell, Romanos, pág. 246.

58. Moule, Romanos, pág. 187.

59. Hodge, Romanos, pág. 266.

traducirse también: «salvo que uno sea engendrado *de lo alto*, no puede ver el reino de Dios».⁶⁰

La vida que Nicodemo buscaba sólo viene de lo alto, del Espíritu y no de la carne. Uno debe ser engendrado por Dios para ver y para entrar al reino de Dios; y debe confiar para recibir la vida eterna.⁶¹

El griego *anóthen* significa «de lo alto» y no simplemente «otra vez». «El hombre necesita más que mejoramiento; un nuevo destino requiere un nuevo origen y un nuevo origen debe ser Dios.» La mejor expresión parece ser pues «engendrado de lo alto». Esto es lo que el pecador necesita. Ésta es la enseñanza clara del Señor. Los apóstoles Pedro, Juan y Santiago han desarrollado la doctrina que primeramente el Señor dio en su ministerio público.

Hay que citar dos autores que señalan que ambos sentidos caben, es decir, que se puede entender «engendrado de nuevo» y «engendrado de lo alto». Estas opiniones son:

- a) Earle,⁶² que coincide con Arndt y Gingrich en el sentido de que la expresión es deliberadamente ambigua y significa tanto uno como otro sentido. Earle destaca que el nuevo nacimiento es «desde arriba, mediante el Espíritu Santo».
- b) Newman and Nida⁶³ también aceptan el doble sentido; señalan que este doble significado de ciertas expresiones es característico del Evangelio según Juan.⁶⁴

Pero el pasaje que más interesa analizar es el de Juan 3:5: «Respondió Jesús: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere del agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios.»

Ha habido una extensa discusión acerca de qué significa

60. Stagg, ob. cit., pág. 121.

61. Stagg, ob. cit., pág. 122.

62. En WMNT, John, págs. 20 y 21.

63. En THGJ, pág. 78.

64. L. Morris señala también que ambos sentidos son válidos (John, pág. 213).

la expresión «del agua». Existen varios puntos de vista, pero el fondo de la cuestión consiste en analizar si aquí el Señor ha querido enseñar una supuesta doctrina de la regeneración mediante el bautismo, la regeneración bautismal. Todo gira alrededor del vocablo «agua».

Leon Morris destaca que las explicaciones que se han intentado son muchas, pero señala que la que intenta vincular el agua con el bautismo cristiano es débil.⁶⁵ Indica que también se habla de considerar al agua, junto con el Espíritu Santo, como «siente espiritual», «agua espiritual».⁶⁶

El propio Morris destaca que en cualquier caso, dado que el propósito del Señor fue el de iluminar y no el de mistificar, el pasaje pone énfasis sobre la actividad del Espíritu y no en un rito de la iglesia. Agrega que, a su juicio, debe pensarse en un nacimiento de «agua espiritual», y considerar esto como otra manera de referirse a nacer «del Espíritu». Jesucristo se estaba refiriendo al milagro que tiene lugar cuando la actividad divina rehace a un hombre. «Nace realmente de nuevo por el propio Espíritu de Dios.» Señala asimismo este autor que el Señor ha subrayado que la regeneración debe ser espiritual para que pueda ser de Dios.⁶⁷

Lacueva señala que el agua simboliza: a) a la Palabra de Dios que, aplicada al alma, la purifica; y b) al don del Espíritu Santo, que santifica.⁶⁸ Strong⁶⁹ observa que, al utilizar la Palabra, el Espíritu Santo no ilumina la verdad divina que tiene su propia luz, sino al corazón humano para que pueda ver la verdad que la Palabra revela.

El pasaje de Juan 3 hace referencia asimismo al acto de fe en Cristo que es esencial para la salvación. Esto se ilustra por la manera en que Moisés levantó la serpiente en el desierto, que indicaba que era necesario que el Hijo del Hombre

65. L. Morris, John, págs. 215-219.

66. Coincide Bullinger, Word Studies on the Holy Spirit, pág. 68.

67. Morris, ob. cit., pág. 218.

68. Lacueva, ob. cit., pág. 81.

69. T. S., pág. 819.

fuera levantado como ofrenda por el pecado. Los israelitas se salvaban de las mordeduras de las serpientes por «la mirada de fe»; así ocurre con todo aquel que «viendo al Hijo, cree en él, tiene la vida eterna».⁷⁰

3. Análisis de 1ª Pedro 1:3, 23.

A nuestro entender, debe tenerse presente la enseñanza de otros pasajes, y de otros apóstoles. Así, lo hacemos seguidamente. «Bendito el Dios y Padre de Nuestro Señor Jesucristo, que según su grande misericordia nos hizo renacer para una esperanza viva...» (1 Pe. 1:3)

«Siendo renacidos, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la Palabra de Dios que vive y permanece para siempre (1 Pe. 1:23).

Con respecto al primero de estos pasajes Stibbs and Walls destacan que «sólo en tal actitud de adoración puede expresarse la plenitud de verdad que viene a continuación». Dios, el Autor de nuestra salvación, es aquí descrito en una manera distintivamente cristiana.⁷¹ Los israelitas bendecían a Dios como el Creador del mundo y como Su Redentor de Egipto. Los cristianos bendicen a Dios como el Padre del Hijo encarnado, como Aquel que levantó a Jesús de la muerte.

Este mismo Hijo encarnado es también descrito como «nuestro Señor Jesucristo», es decir, como el Mesías prometido por Dios, como el divinamente exaltado Señor del Universo. La principalísima significación de su resurrección, por lo tanto, es aquí enfatizada. Es allí donde surge nuestra esperanza, esperanza que así como el Señor mismo, es «viva». Nosotros también compartimos esa esperanza «viva»; ella viene a ser nuestra propia vida, porque a través de la resurrección de Cristo nosotros mismos nacemos, o renacemos otra vez, y así venimos a compartir la vida inmortal de Cristo.⁷²

El verbo *anagennan* (renacer, renacidos), que figura en

ambos versículos, no aparece en ninguna otra parte del N. T. ni en la LXX. Stibbs y Walls señalan⁷³ que el uso bien pudo haber sido sugerido por las palabras del Señor en Juan 3:3. Allí el original expresa dos aspectos: a) un cambio decisivo en la situación del hombre, debido totalmente a la fundamental obra de Cristo por nosotros; y b) adicionalmente implica una participación real en una nueva vida impartida por Dios, es decir, un nuevo nacimiento del Espíritu.

Escritores cristianos posteriores al tiempo apostólico utilizaron el verbo *anagennan* con el sentido de bautismo, y algunos comentaristas podrían indicar que este sentido estaría implícito aquí. Pero es peligroso desviarse de las realidades divinamente obradas hacia los signos externos, cuya verdadera razón de ser es dirigir la atención y la fe a la causa real de la regeneración, es decir, no al agua del bautismo sino a la muerte y a la resurrección de Cristo y a la respuesta de fe del individuo en el resucitado Señor.⁷⁴

Con respecto al v. 23 Stibbs y Walls señalan que también aquí algunos querrían ver una alusión al bautismo, pero destacan que en contra de tal suposición, el texto mismo no hace ninguna referencia en absoluto al bautismo, pero sí hace una referencia explícita a la verdad o a la «palabra de Dios», que es el instrumento que Dios utiliza a los efectos de limpiar y despertar. Lo que la ordenanza del bautismo sí hace es ilustrar la verdad y la eficacia de la Palabra que se dirige al individuo quien, en respuesta, la recibe y confiesa su fe en el Señor.⁷⁵

Esta vida nueva que viene de Dios es comunicada a los hombres mediante la Palabra misma, que es la simiente de que habla Lucas 8:11. La simiente o la Palabra de Dios comparte el carácter de su Autor; es incorruptible, vive y permanece.⁷⁶ Coincidimos plenamente.

73. Stibbs and Walls, ob. cit., pág. 74.

74. Stibbs and Walls, ob. cit., pág. 93.

75. Ver en Alvah Hovey, Juan, el apéndice «El bautismo en su relación con la regeneración y el perdón», págs. 506-510.

76. Stibbs and Walls, ob. cit., pág. 93.

70. F. y B., pág. 190.

71. Stibbs and Walls, First Peter, pág. 74.

72. Bullinger, ob. cit., pág. 14.

Se puede citar también la opinión de otro exegeta acerca del significado del vocablo «agua». Se trata de Ridout.⁷⁷ Este autor analiza la palabra según aparece en diversos pasajes. Así, señala que en 1 Pedro 1:22, 23 es mencionado el instrumento utilizado para el nuevo nacimiento: «siendo renacidos... *por la Palabra de Dios*».

La Palabra de Dios es entonces el instrumento utilizado; ella trae convicción al pecador y lo dirige hacia Cristo. Agrega Ridout que la misma verdad es reiterada en Santiago 1:18, en ese caso para subrayar la operación de la soberanía de Dios en la regeneración.

La limpieza con agua es mencionada en 1 Corintios 6:9-11, con relación a una lista horrible de pecados. Entonces el apóstol continúa para decir: «Y esto érais algunos; mas ya habéis sido lavados, ya habéis sido santificados, ya habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesús, y por el Espíritu de nuestro Dios.»

En el pasaje, señala el autor, aparecen indisolublemente ligadas la santificación y la justificación, que ocurren en el nombre del Señor Jesús. Los corintios habían experimentado el nuevo nacimiento, producido por el Espíritu Santo, utilizando la Palabra de Dios.

Por último, el citado exegeta cita Efesios 5:25-27 (pasaje que estudiaremos en otro acápite), que enseña que Cristo se dio a sí mismo por la iglesia, para santificarla. Es notable que no se dice que esta limpieza se hiciera mediante la sangre sino que se habla del «lavamiento del agua por la palabra». Otra vez, la Palabra aparece como el instrumento utilizado por el Señor para dar vida espiritual.

Ridout resume su pensamiento así:

- a) Primero, en Juan 3 se ve que el nuevo nacimiento es una necesidad.
- b) Segundo, en Tito 3 se aprecia que el nuevo nacimiento es

mediante el lavamiento de la regeneración y de la renovación por el Espíritu Santo.

- c) Tercero, en 1 Pedro 1 es por la palabra como instrumento.
- d) Cuarto, en Santiago 1 la misma verdad es reiterada, en conexión con la voluntad soberana de Dios.
- e) En quinto lugar, en 1 Corintios 6 se ve que aquellos corintios fueron limpiados y santificados por el Espíritu Santo en conexión con la justificación, a través del nombre del Señor Jesús.
- f) Por último, nuestro bendito Salvador murió por este propósito, para santificar y limpiar la iglesia mediante el agua de la Palabra. Por lo tanto, no quedan dudas. Todo esto habla de Cristo como el Santificador de su pueblo a través de la Palabra y de la acción del Espíritu Santo.

Vemos, pues, también al analizar Juan 3, que todas las evidencias del Nuevo Testamento presentan al bautismo como un acto posterior al perdón de los pecados, pues el bautismo debe practicarse como resultado de la salvación. Es el resultado y no la causa de la salvación.⁷⁸ Así leemos en Hechos 2:41: «Los que recibieron su Palabra fueron bautizados.»

La regeneración se efectúa a través de la instrumentalidad de la Palabra de Dios.⁷⁹ El Espíritu Santo puede valerse de muchos medios para conducir a un alma hacia Cristo; de hecho, en la experiencia de conversión el Espíritu suele usar el testimonio personal de algún creyente, y esto puede constituir el primer contacto con un alma. En otras ocasiones, el Señor utiliza el mensaje escrito, la predicación del Evangelio en las congregaciones, o mediante audiciones radiales y televisivas. No todas las experiencias son iguales, pues el Espíritu de Dios no siempre se repite, pero hay un medio que siempre, invariablemente, utiliza, y es la Palabra de Dios.

Tiene que haber «un momento en que la disposición radical de nuestro corazón, antes hostil a Dios y a su Palabra, se

77. Samuel Ridout, en «Lectures on the Tabernacle», Loiseaux Brothers, Neptune, New Jersey, EE.UU., págs. 458 y ss.

78. Lacy, T.S., pág. 273.

79. Wiley, ITC, pág. 323.

cambia en favorable y amorosa, bajo la influencia del Espíritu Santo». ⁸⁰ La semilla de la Palabra, al ser recibida por la fe, se vivifica por el Espíritu Santo, dando lugar a la nueva naturaleza del que es «engendrado de Dios». ⁸¹

Hemos considerado con algún detalle varios pasajes bíblicos porque en ellos se encuentra un argumento decisivo en cuanto al significado del vocablo «agua» en Jn. 3:5. El argumento es que el Espíritu Santo no se contradice. La enseñanza que figura en el Evangelio según Juan es coincidente con la que proporcionan Pedro y Santiago; ellos coinciden en destacar, unánimemente, que el instrumento que, junto con el Espíritu Santo, engendra la nueva vida no es otro que la Palabra de Dios. Por lo tanto, para interpretar el sentido pleno de las palabras del Señor a Nicodemo en Juan 3:5 hemos podido recurrir a la enseñanza complementaria que el Espíritu Santo ha querido impartir al inspirar a otros siervos de Dios. No se trata del Espíritu de Dios obrando sin la Palabra, ni la Palabra sin el Espíritu, sino la Palabra predicada en el poder del Espíritu. ⁸²

4. *Análisis de Santiago 1:18.*

«Él, de su voluntad, nos hizo renacer por la palabra de verdad, para que seamos primicias de sus criaturas.»

El pasaje enseña claramente que es la voluntad de Dios que los creyentes nazcan de nuevo. ⁸³ El precioso don de vida en Cristo tienen su origen en un acto de la voluntad divina. ⁸⁴ Esta intención divina nos alcanza y se hace efectiva en nosotros a través de la proclamación que otros hacen de la verdad de Dios.

Además, una función maternal es atribuida a Dios en la

80. Lacueva, DDGG, pág. 74.

81. Trenchard y Martínez, EEC, pág. 37.

82. Anderson, ob. cit., pág. 137.

83. Ward, NCB, Santiago, pág. 909.

84. Carballosa, Santiago, Una fe en acción, pág. 111.

expresión «nos hizo renacer», ⁸⁵ «dar a luz». ⁸⁶ El verbo en aoristo apunta al momento de la conversión.

El medio, el instrumento para generar la vida divina es la Palabra de Dios, la semilla por la cual Dios regenera las almas. ⁸⁷ «Por la palabra de verdad», sin duda hace referencia a la instrumentalidad de que se vale Dios para hacer llegar Su salvación al hombre. ⁸⁸ El nuevo nacimiento es asociado con la actividad de la Palabra de Dios. ⁸⁹

Los creyentes son, con respecto a la regeneración, las «primicias», seguramente en el sentido de este vocablo (*aparchen*) en el A.T., cuando se indicaba así a la consagración del hombre, del ganado y de los frutos (Lv. 19); ⁹⁰ ellos son las primicias de las criaturas regeneradas de Dios, y las arras de la regeneración final (Ro. 8:19, 23). ⁹¹ La idea es también que los creyentes así regenerados ocupan el primer lugar entre todas las criaturas de Dios. ⁹² Carballosa subraya que el apóstol aplica esta verdad antiguotestamentaria para recordar que toda persona regenerada es algo muy especial para Dios. Somos primicias de sus criaturas. «El creyente es posesión especial de Dios porque ha sido creado en Cristo». ⁹³

Es interesante la opinión de Moffatt, quien señala que, en cuanto a los creyentes, se destaca «el honor supremo de su posición, el rango superlativo de su relación para con Dios, y no una primicia de orden de sucesión». ⁹⁴

85. Bratcher, TGLFJ, pág. 14.

86. Lacueva, DDGG, pág. 73.

87. Bonett, Santiago, pág. 177.

88. Carballosa, ob. cit., pág. 112.

89. C. L. Mitton, *The Epistle of James*, W. M. B. Eerdmans Publishing Co., Grand Rapids, Michigan, EE.UU., 1966, pág. 57.

90. Mitton, ob. cit., pág. 58, destaca que el ofrecimiento de la primera parte era un reconocimiento de que la totalidad de la cosecha pertenecía a Dios.

91. F. y B., Santiago, pág. 672.

92. Bratcher, ob.cit., pág. 15.

93. Ob. cit., pág. 113.

94. Citado por Rudd, *Las Epístolas generales*, pág. 27.

La Palabra de Dios y el Espíritu Santo actúan conjuntamente para conducir a una persona hacia el Salvador. En realidad, el agente fundamental es el Espíritu Santo que, como hemos dicho, ilumina el corazón y la mente del pecador para que aprecie el significado espiritual de la Persona y la Obra de Cristo. El gran enseñador, el gran maestro de la iglesia es el Espíritu Santo, a través de la Palabra. El Espíritu Santo ha sido enviado para hacer conocer, más y más, el significado infinito de Jesucristo, de su sacrificio y de su sacerdocio.

La regeneración no puede ser efectuada por el hombre, pues se trata de una obra enteramente de Dios. De esto no hay duda alguna. Pero surge la pregunta de si el hombre, en este caso, viene a desempeñar un papel totalmente pasivo.

Vale la pena citar otra vez a Trenchard y Martínez,⁹⁵ quienes destacan enfáticamente la imposibilidad de que el hombre pueda salvarse por sí mismo. «Efectivamente, las consecuencias del pecado afectan de tal modo a la inteligencia, los sentimientos y la voluntad del hombre que ningún ser humano puede ni dar un solo paso en el camino de la conversión si antes no es iluminado, convencido y atraído por el Espíritu Santo. Pero nótese bien la diferencia entre iluminación, convicción y atracción —todo obra del Espíritu de Dios conducente al arrepentimiento y la fe— y la regeneración que se nos presenta en el Nuevo Testamento como una obra que Dios hace en quienes reciben a Cristo por la fe.»

¿Cómo obra el Espíritu Santo? Toma la palabra de Dios, impresiona la mente y la conciencia del pecador, y así la verdad de Dios va quedando grabada en el corazón. Por lo general, en la experiencia que lleva a la conversión, el hombre sentirá convicción de pecado, o un cierto remordimiento por su vida lejos de Dios. Incluso no hay que descartar que, al escuchar el Evangelio, la conciencia de pecado se haga más intensa y la persona se sienta triste o desorientada. Pero al mismo tiempo, el Espíritu de Dios presentará la gracia de

95. Ob. cit., pág. 118.

Cristo; presentará a un Cristo perdonador, que ha cargado con nuestros pecados, que ha sufrido por ellos, que ha muerto pagando el precio, que ha resucitado para rescatarnos para Dios.

El Espíritu Santo hablará al alma así despertada para conducirla a que reciba a Cristo por la fe.

Si el hombre así iluminado por la palabra y guiado hacia Cristo mediante la obra del Espíritu Santo, «cede a su maravillosa influencia, se vuelve a Dios, se convierte; a la vez Dios infunde en él una naturaleza y una vida nuevas, es decir, lo regenera».⁹⁶

No siempre podemos distinguir cuál ha sido el momento preciso en que un alma ha sido regenerada, porque ésta es una obra de Dios que está fuera de la percepción de nuestros sentidos naturales, pero sí se puede afirmar que la regeneración ocurre al momento en que se ejerce la fe en Jesucristo.⁹⁷ «La Palabra de Dios no solamente lo ha convencido de pecado sino que ha asegurado el perdón.»⁹⁸

Toda esta tarea de iluminación, de convicción y de atracción hacia Cristo está más allá de la capacidad humana, y sólo puede efectuarla el Espíritu Santo. En el sentido más estricto, se trata de una obra enteramente de Dios.

Pero si, como dicen Trenchard y Martínez, se relaciona esta obra con las condiciones que Dios mismo impone para efectuarla —que son recibir a Cristo, creer en Él— puede afirmarse que el nuevo nacimiento se produce cuando concurren la acción de Dios y la aceptación del hombre. En las Escrituras se nos manda buscar, pedir, arrepentimos, abrir el corazón y recibir a Cristo.⁹⁹

En la regeneración, el hombre es hecho «participante de la naturaleza divina» (2 Pe. 1:4); esto significa que la persona

96. Trenchard y Martínez, EEC, pág. 120.

97. Walvoord, en Chafer, T.S., II, pág. 952. Un pensamiento semejante expresa A. W. Robertson, ob. cit., pág. 85.

98. Packer, HCD, pág. 131.

99. O. Wiley, ob. cit., pág. 320.

que ha sido bendecida de este modo ha nacido de Dios. Dios ha llegado a ser su legítimo Padre y él, hijo legítimo del Padre». ¹⁰⁰ La vida de Dios ha sido impartida. Nada menos que esto está incluido en este gran concepto de la regeneración de que habla la Biblia.

5. Análisis de Efesios 5:26.

«... para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento (*lutron*) del agua por la palabra».

La enseñanza clara es que el lavamiento de que se habla, limpia la vida del creyente y de la iglesia. Adviértase que no hay aquí la menor idea de una «regeneración bautismal» o por el bautismo, como enseñan algunas teorías.

La mención del agua no hace referencia al agua del bautismo sino a la Palabra de Dios. «La Palabra de Dios es concebida como un baño de agua que limpia mediante el desplazamiento del pecado, e introduciendo al creyente en la esfera de lo que es justo.» ¹⁰¹

Es interesante la opinión de Foulkes, ¹⁰² de que cualquier pensamiento de que el rito externo pueda implicar automáticamente la recepción de la gracia espiritual interior, queda excluido por la adición del concepto «por la palabra». Agrega que esta frase probablemente se refiere a la palabra del Evangelio. ¹⁰³

Otra opinión que estimamos oportuno citar es la Eadie, ¹⁰⁴ quien al comentar Efesios 5:26 señala que el sentido es que Cristo se ha consagrado a la iglesia, o la ha separado para Sí mismo como Su propia peculiar y redimida posesión, es decir, para que fuera de Él y sólo de Él, Suya mediante un lazo de tierna devoción; la iglesia ha sido el objeto de su muerte. El significado es, pues, que habiendo purificado a la

iglesia la pudiera consagrar a Sí mismo. Cita también la opinión de otros de que se trataría de la regeneración bautismal, pero destaca que tal idea sacramental no aparece en el pasaje.

También menciona otra noción, a la cual adhiere, que consiste en tomar la frase en su conjunto, concluyendo su estudio exegético diciendo que el lavamiento de agua *simboliza* el perdón del pecado y la regeneración del corazón. «En tanto que este lavamiento tiene su símbolo sacramental en el lavado con agua, tiene su especial instrumento en la palabra.» ¹⁰⁵

La Palabra es el medio que el Espíritu Santo utiliza para efectuar un cambio radical y bendito que guía, orienta, impulsa el corazón en el cual la nueva vida ha sido infundida.

Buena parte de los comentaristas se inclina a pensar que la frase tiene un carácter general, para referirse a la operación limpiadora efectuada por la Palabra predicada, cuando es recibida por la fe. Está en la naturaleza de la verdad de Dios limpiar el corazón. ¹⁰⁶

Hodge, ¹⁰⁷ destaca que somos salvos por la verdad, que somos engendrados por la verdad, santificados por la verdad y que Pablo no enseña aquí que haya ninguna virtud inherente en el bautismo, o en la persona que lo administra, para producir aquellos efectos. Señala también que de hecho multitudes de los bautizados no han nacido de nuevo y por lo tanto no son salvos, en tanto que, por otra parte, muchos que no han sido bautizados son realmente salvos.

Hodge concluye que la doctrina de la regeneración bautismal, esto es, la doctrina errónea de que la renovación espiritual interior siempre se verifica cuando el bautismo es correctamente administrado y acompañado de ciertas palabras y que, además, la regeneración no es nunca efectuada sin dicho acto bautismal, es contraria a las Escrituras, subversiva con respecto a la enseñanza evangélica y opuesta a

100. Chafer, T. S., pág. 939.

101. Wuest, ob. cit., pág. 91.

102. Ephesians, pág. 158.

103. Véase la explicación de Conner, LFNT, pág. 390-392.

104. Ephesians, pág. 416 y 417.

105. Eadie, ob. cit., pág. 91.

106. Lenski, Efesios, pág. 466.

107. Ephesians, pág. 321.

la experiencia universal.¹⁰⁸ Coincidimos, y plenamente. Por su parte, Hendriksen subraya que no es el rito del bautismo con agua el que salva. «Es el lavamiento del agua *en conexión con la palabra hablada* (subrayado de Hendriksen) lo que se utiliza como medio de santificación y purificación.»¹⁰⁹ «Fuera de la Palabra aplicada por el Espíritu al corazón, (el bautismo) no tiene eficacia para salvar.»

Es que para Pablo lo que importa es «la nueva criatura», el «nuevo hombre, creado según Dios, *en la justicia y santidad de la verdad*» (Ef. 4:24).

Esto es categórico. Nada es más contrario a la Escritura que desvalorizar la verdad divina, y relegar las doctrinas, como perteneciendo meramente al ámbito del entendimiento especulativo. La justicia y la santidad no existen separadas de la verdad, sino que son el producto de la verdad.¹¹⁰

Otro conocido expositor opina que la expresión «el lavamiento del agua por la palabra» puede ser legítimamente traducida así: «el lavamiento con agua, acompañado por una palabra hablada».¹¹¹

La Biblia de las Américas traduce «... habiéndola purificado por el lavamiento del agua con la palabra».¹¹²

En su comentario sobre Efesios, Wickham¹¹³ considera algunas alternativas, y se adhiere más bien a la inmensa mayoría de los exegetas de todos los tiempos, que aceptan el sentido más general de una operación purificadora de la Palabra predicada, cuando es recibida por la fe.¹¹⁴

108. Ob. cit., pág. 324.

109. Efesios, pág. 274.

110. Hodge, Ephesians, pág. 266, explica este concepto claramente.

111. F. F. Bruce, Ephesians, pág. 116.

112. Bratcher and Nida, en THLE, pág. 143, señalan que la BJ en inglés traduce «acompañada de una palabra», y al margen añade que se trata de la palabra del oficiante y de la profesión de fe del bautizado.

113. Efesios, pág. 173 y 174.

114. La traducción de Cantera-Iglesias comenta que el bautismo se practicaba por inmersión, y que la expresión «la palabra» puede referirse a la fórmula bautismal o a la profesión de fe del bautizado.

Nos queda por citar en esta conexión, la opinión de otro autor contemporáneo,¹¹⁵ que señala, comentando Tito 3:5, que los apóstoles Pablo y Pedro (en 2 Co. 5:17 y 1 Pe. 1:3, 23) señalan a la mediación de Jesucristo y la obra que efectúa la Palabra de Dios como instrumento para el renacimiento espiritual. Como hemos citado ya «El pecador es llevado al arrepentimiento y a la fe por medio del Espíritu de Dios y la palabra del Evangelio y, en un momento, nace la nueva criatura espiritual.»

A nuestro entender, habiendo analizado la evidencia precedente, concluimos que el pasaje de Efesios 5:26 corrobora la enseñanza que la Escritura proporciona en otras partes, subrayando el rol decisivo que la propia Palabra de Dios, predicada y enseñada, desempeña en la regeneración del pecador que cree, cuando es aplicada por el Espíritu Santo a su corazón.

El autor ha estudiado en otra obra,¹¹⁶ con cierta extensión, el concepto del bautismo en Cristo, que Pablo presenta en Romanos 6. Entre el material allí analizado figuran dos importantes definiciones; una pertenece a Wuest: «El bautismo por agua es la proclamación pública de la relación interior con Cristo, que el creyente ha obtenido antes de dicho bautismo, mediante una obra del Espíritu de Dios.» La otra definición pertenece a Walter Bevan¹¹⁷: «El verdadero bautismo es el del Espíritu Santo por medio del cual el creyente es bautizado en Cristo Jesús y así pertenece al cuerpo del cual Cristo es la cabeza. El bautismo por las aguas es figura de aquel otro y enseña, en figura, nuestra unión con Cristo en su muerte, sepultura y resurrección.»¹¹⁸

115. A. W. Robertson, en ob. cit., pág. 84.

116. La identificación con Cristo, Hebrón.

117. H. Alonso, ob. cit., págs. 23 y 24.

118. Ver también Conner, ob. cit., pág. 392.

IV- El Nuevo Pacto.

1. Las profecías.

Varios autores¹¹⁹ señalan que las referencias del Antiguo Testamento sobre un nuevo nacimiento de Israel podrían muy bien haber preparado a Nicodemo para entender las palabras del Señor, e incluso para comprender una aplicación a los individuos. Así leemos en Ezequiel 36:24, 25 y 37:14:

«Y yo os tomaré de las naciones, y os recogeré de todas las tierras, y os traeré a vuestro país. Esparciré sobre vosotros agua limpia, y seréis limpiados de todas vuestras inmundicias y de todos vuestros ídolos os limpiaré (Ez. 36:24, 25).

Y pondré mi Espíritu en vosotros, y viviréis, y os haré reposar sobre vuestra tierra...» (Ez. 37:14).

Allí se veía que estaba prometido que Dios limpiaría a su pueblo. En esta conexión, el agua es mencionada.

Más aún, En Ezequiel 36:27 quedaba claro que el nuevo espíritu que era prometido sería el Espíritu de Dios. «Y pondré dentro de vosotros *mi* Espíritu...»

Es evidente que según Ezequiel 37 «una nación muerta vuelve a vivir». Y aún es más claro que si bien la profecía de Ezequiel tenía una primera referencia a Israel como nación, hablando de un nuevo nacimiento nacional, una aplicación secundaria a los individuos no era desconocida, porque la purificación con agua de Ezequiel 36:24 era invocada como una autoridad escritural para el bautismo de los prosélitos.¹²⁰ Como veremos, los elementos que caracterizan al nuevo nacimiento aparecen vinculados con el Nuevo Pacto.

Juan el Bautista había llamado al pueblo preparado por el Señor (Lc. 3:1-16) a un bautismo de arrepentimiento, pero había dejado claro que, en tanto que él bautizaba con agua, vendría Otro que los bautizaría con Espíritu Santo.

Tanto el ministerio de Juan el Bautista como el del que habría de venir eran necesarios para cumplir la promesa.

119. Entre ellos Trenchard, EDB, pág. 246 y Bruce, John, pág. 84.

120. Bruce, John, pág. 84.

Ahora, en Juan 3, vemos Aquel que había venido, enseñando a Nicodemo a que aceptara la promesa en su plenitud, el nuevo nacimiento «con agua y con Espíritu».

Como señala Bruce,¹²¹ al momento en que Juan escribió el Evangelio, el bautismo de los cristianos simbolizaba muy enfáticamente el nuevo comienzo para todo aquel que, mediante la fe que le unía a Cristo, compartía su muerte y su sepultura en un sentido espiritual; también simbolizaba que se había levantado con él a una vida nueva.

Otro vínculo importante con el Antiguo Testamento se encuentra en el pasaje de Jeremías 31:31, que era también una promesa: «He aquí que vienen días, dice Jehová, en los cuales haré nuevo pacto con la casa de Israel y con la casa de Judá.»

El autor a los hebreos habla de «un mejor pacto» (He. 7:22; 8:6).¹²² «... Jesús es hecho fiador de un mejor pacto». El autor continúa señalando que si el primer pacto «hubiera sido sin defecto, ciertamente no se hubiera procurado lugar para el segundo». Entonces cita a Jeremías diciendo:

«... estableceré con la casa de Israel y la casa de Judá *un nuevo pacto...*» (He. 8:8). «Porque seré propicio a sus injusticias, y nunca más me acordaré de sus pecados y de sus iniquidades» (He. 8:12).

El autor a los hebreos cierra este punto así: «Al decir: Nuevo Pacto, ha dado por viejo al primero; y lo que se da por viejo y se envejece, está próximo a desaparecer» (He. 8:13).

No queda duda. Desde los días de Jeremías el primer pacto tenía que ser reconocido como «viejo». El escritor a los hebreos está pues mostrando que en las propias Escrituras judías del Antiguo Testamento había indicaciones claras de que el antiguo pacto era temporario¹²³ y habría de ser reemplazado por uno nuevo.

121. Bruce, John, pág. 84.

122. En este punto seguimos a L. Morris, *The Apostolic Preaching of the Cross (TAPC)*, págs.100-111, así como a Bruce, John, págs. 83-85. Véase también Trenchard, *Gálatas*, págs. 85-87.

123. Stibbs, NCB, *Hebreos*, pág. 895.

2. Concepto de Pacto.

El concepto de «pacto» tiene que ser analizado; ha sido considerado «el más importante concepto teológico del Antiguo Testamento».¹²⁴

El vocablo griego utilizado en Hebreos 7:22 es *diatheke*, que en general, es traducido como «pacto» y, en ocasiones como «testamento». Una larga discusión se ha desarrollado sobre esta alternativa de traducción. La mayor parte de los exegetas, entre ellos Earle¹²⁵ y Wescott,¹²⁶ concluye en que la versión correcta debe ser «pacto», con sola excepción de Hebreos 9:15 y siguientes, en que debe ser «testamento». En el griego existía otro vocablo para «convenio», que era *syntheke*, pero hubo dos razones para no utilizarlo: a) una es que este término fue correctamente evitado por los traductores de la Septuaginta porque sugería un rango igual entre las dos partes contratantes; en cambio, en el Antiguo Testamento, el hebreo *berith* era utilizado para indicar «una relación entre Dios y el hombre creada por la gracia de Dios, y solamente aceptada por el hombre». Aquí se subraya pues, ya en el A. T., que la relación de pacto entre Dios y Abraham es tal que solamente Dios se compromete; b) la otra razón para utilizar *diatheke* y no *syntheke* era que en el pacto de Dios con la humanidad se trata de un acuerdo unilateral, en el que Dios dicta los términos.¹²⁷

Es de la mayor importancia evitar todo vocablo que pueda sugerir una especie de «compromiso» o de «regateo», cuando una de las partes que actúa es Dios. Él se ha obligado, ciertamente, pero no en razón de un regateo sino que se ha obligado de su propia iniciativa, y en uso de su gracia soberana.

Adviértase que no se trata de una cuestión de mera semántica sino de un punto que hace al carácter mismo de Dios.

124. Ellingworth and Nida, ob. cit., pág. 343.

125. WMNT, Galatians, pág. 198.

126. Earle, WMNT, Hebrews, pág. 27.

127. Ellingworth and Nida, ob. cit., pág. 155.

El pacto de gracia surge de Dios, de su voluntad libre y no condicionada en absoluto por la voluntad o la necesidad del hombre; no se trata de un pacto entre iguales. Dios ofrece un pacto al hombre, y en ese pacto todas las obligaciones recaen sobre Él¹²⁸ (Gén. 9:8-17; 17:1, 4, 10; Éx. 19:24). Esto es gracia y gracia soberana.

3. El Pacto del Sinaí y el Pacto de gracia.

No hay duda de que el autor a los hebreos concibió el pacto antiguo como habiendo servido su propósito y, habiendo quedado ahora en desuso, había sido reemplazado por la nueva relación hecha posible por la obra de Cristo.¹²⁹

Pablo expresa un pensamiento semejante cuando dice que él es ministro de «un nuevo pacto»: «... nos hizo ministros competentes de un nuevo pacto, no de la letra, sino del Espíritu...» (2 Co. 3:6).

Aquí, otra vez, está el contraste entre el viejo y el nuevo pacto, para destacar la superioridad del nuevo.

En Gálatas 3 el apóstol vuelve al mismo pensamiento, otra vez para enfatizar el hecho de que antes de Cristo los hombres se fatigaban para venir a Dios siguiendo el camino de la Ley, pero que ahora ha sido revelado un nuevo camino de acercamiento a Dios, que es el de la gracia.

Hay que destacar otro énfasis de Pablo, y es su afirmación categórica de que Dios siempre, aun en el Antiguo Testamento, ha aceptado a los hombres sólo por gracia, puesto que «el camino de acercamiento por medio de la ley nunca fue válido».¹³⁰ Este elemento de gracia es, como hemos visto, característico de la regeneración.

Aquí debemos detenernos para reflexionar sobre los pactos. El Antiguo Testamento indica que hay varios pactos de gracia; son de pura gracia porque en ellos es Dios el que todo lo promete y el único que en realidad se obliga. El más

128. Tomado de la traducción al lenguaje común alemán.

129. L. Morris, TAPC, pág. 100.

130. L. Morris, TAPC, pág. 101.

importante de estos pactos es el de Dios con Abraham, aun cuando no carecen de importancia el davídico y el noético (Génesis 9). Todos estos pactos revelan que, a través de circunstancias históricas distintas, Dios actúa teniendo en vista como objetivo supremo el cumplimiento de un propósito de gracia ya determinado en Cristo desde antes de la fundación del mundo.¹³¹

La ley que es introducida con posterioridad al pacto abrahámico, no fue algo añadido al pacto, sino que tuvo un carácter subordinado. La ley, con sus demandas de cumplimiento riguroso, no tuvo como propósito constituir un camino de salvación sino el de conducir hacia Cristo. El pacto del Sinaí presenta precisamente un agudo contraste con los pactos de gracia, puesto que Dios exige condiciones y el hombre se obliga a cumplirlas. Los israelitas aceptan las condiciones, cuando dicen temerariamente, en Éxodo 19:8 y 24:3: «Y todo el pueblo respondió a una y dijeron: todo lo que Jehová ha dicho, haremos» (Éx. 19:8). «Y Moisés vino y contó al pueblo todas las Palabras de Jehová, y todas las leyes; y todo el pueblo respondió a una voz, y dijo: haremos todas las Palabras que Jehová ha dicho» (Éx. 24:3).

El pacto legal estaba basado en las obras, y el nuevo pacto encuentra su fundamento en la gracia. No tratamos aquí en detalle la antítesis entre la fe y las obras,¹³² pero el punto tiene que ser señalado, porque es fundamental.

Pablo enseña reiteradamente que la ley tenía una finalidad disciplinaria y docente. Ponía al descubierto el pecado y revelaba así la incapacidad total del hombre para cumplir con la exigencia divina. La ley no desplazaba ni complementaba al pacto de gracia; cumplió su misión al señalar hacia Uno que cumpliría en su Persona y en su Obra el gran propósito eterno de Dios para el hombre.

Los israelitas atribuyeron a la ley un propósito que no tenía, y como consecuencia, se sintieron con privilegios en relación con los demás pueblos, y procuraron establecer «su propia justicia».

Cupo a los apóstoles y discípulos mostrar al mundo judío y gentil que el Evangelio traía a todos una nueva justicia, la justicia de Dios en el Evangelio; esta justicia tiene su fundamento en la gracia que ha provisto un sacrificio expiatorio en Cristo, y puede ser recibida por la fe. Éstos son puntos que corresponde distinguir si se desea entender la relación entre el pacto de gracia y la ley.

4. *La verdadera simiente de Abraham.*

En Gálatas 3:16-18 leemos:

«Ahora bien, a Abraham fueron hechas las promesas, y a su simiente. No dice: y a las simientes, como si hablase de muchos, sino de Uno: y a tu simiente, la cual es Cristo. Esto pues, digo: el pacto previamente ratificado por Dios para con Cristo, la ley que vino cuatrocientos treinta años después, no lo abroga como para invalidar la promesa. Porque si la herencia es por la ley, ya no es por la promesa; pero Dios la concedió a Abraham mediante la promesa.»

Pablo llama la atención al hecho de que la promesa Dios la dio en realidad a una Persona, pero habría de incluir a toda una raza de creyentes.¹³³

Abraham había tenido varios hijos, pero la promesa era: «En Isaac te será llamada descendencia» (Gé. 21:12). Isaac, el hijo de la promesa y no de la carne era el «uno» en quien, potencialmente, se encontraban todos los descendientes. Abraham comprendió que Isaac sólo preparaba el camino para la venida del Mesías, la simiente genuina, aquél a través del cual Dios bendeciría a todas las naciones.¹³⁴

131. Trenchard, Gálatas, pág. 87.

132. Ver «Fe y Obras en la Epístola a Tito», de A. W. Robertson, Esfuerzo Literario Evangélico, Buenos Aires, Argentina, 1978, pág. 84.

133. Trenchard, Gálatas, pág. 107.

134. Hendriksen, Gálatas, pág. 144.

Pablo pasa enseguida del pensamiento de Isaac a otro Uno, Cristo, quien había de llevar toda la iniquidad de la raza de pecadores y luego «reunir en sí mismo toda la raza redimida».¹³⁵ La simiente llega así a ser un título mesiánico de Cristo.

Notemos que el apóstol ya había dicho (Gá. 3:6-9) que fue la fe de Abraham, y no la circuncisión, la que fue acreditada a él como fundamento de su aceptación por Dios. Ésta es la base misma del pacto con Abraham.¹³⁶

El apóstol había presentado con claridad que la bendición de Abraham era la justificación por la fe.¹³⁷ En Gálatas 3:14 señala un resultado adicional de la redención, que es que por la fe recibiríamos al Espíritu Santo que había sido prometido.¹³⁸

La reflexión es fundamental. El pacto abrahámico no es anulado sino que es hecho eterno en el Nuevo Pacto sellado con la sangre de Cristo.

Notemos el pasaje de Gálatas 3:16: «Ahora bien, a Abraham fueron hechas las promesas, y a su simiente. No dice, "Y a las simientes", como (refiriéndose) a muchos sino como (refiriéndose) a uno, "Y a tu simiente" la cual es Cristo.»

Éste es un caso típico de exégesis, es decir, de estudio detallado del texto, practicado por un autor del Nuevo Testamento. Pablo distingue entre una línea de progenie y más de una¹³⁹ (Gn. 15:5; 16:10; 22:17).¹⁴⁰

El argumento de Pablo es que Dios prometió la salvación no a la descendencia física de Abraham sino a los verdaderos creyentes. Como lo señala Hendriksen, la promesa incluye a *todos* los creyentes, y *sólo* a ellos.¹⁴¹ Además, Pablo enseña

135. Trenchard, Gálatas, pág. 107.

136. Mikolaski, NCB, Gálatas, pág. 813.

137. La fe como medio de salvación existía antes de la ley (Wuest, Galatians, pág. 101).

138. Earle, Beacon, Gálatas, pág. 66.

139. HGKSB, pág. 1729.

140. Ver Wuest, Galatians, pág. 101.

141. Gálatas, pág. 143.

claramente que toda esta gran bendición está concentrada en Cristo. La frase «en Cristo Jesús» del v. 14 no limita la bendición sino que la universaliza, porque la extiende a todos los hombres, de todos los tiempos.¹⁴² Es que, en verdad, el único gran heredero de la patria celestial es Cristo, pero los «muchos» son bendecidos en el «Uno». El Señor Jesucristo, el Mesías, la simiente verdadera, la simiente de la mujer, es Aquél a través del cual Dios bendice a las naciones todas.

En Hebreos 1:2 leemos que Dios ha constituido a su amado Hijo «heredero de todas las cosas». Allí estamos frente a un abismo insondable de riqueza, porque no podemos expresar cuál es cabalmente la herencia del Hijo. Pero el mensaje del Evangelio que nos anuncia el ingreso del hombre ruin y mortal en la familia de Dios, es el mensaje que además nos dice que Cristo es Heredero universal, y que los creyentes llegamos a ser herederos a través de nuestra relación con Él.¹⁴³ Por gracia, los creyentes son adoptados como hijos de Dios y hechos coherederos con Cristo (Ro. 8:17).

La única manera de participar de la herencia de la promesa es la unión de fe con Cristo.¹⁴⁴ Éste es otro de los efectos de la regeneración, participar de esa herencia; el medio de apropiación es la fe. Queda claro que tanto «para Pablo, como para el escritor a los Hebreos y, ciertamente para todos los escritores del Nuevo Testamento, el nuevo camino lo transforma todo. Es infinitamente mejor que el viejo.»

En la Segunda Carta a los Corintios, Pablo declara que a él le ha sido encomendado el ministerio del Nuevo Pacto. El apóstol coloca los dos pactos el uno frente al otro (2 Co. 3:6-11) para demostrar lo inadecuado del pacto antiguo frente a la plenitud del nuevo.

Como lo destaca Wickham¹⁴⁵ hay que señalar que no se

142. Trenchard, Gálatas, pág. 102.

143. Trenchard, ob. cit., pág. 208.

144. S. Mikolaski, NCB, Gálatas, pág. 814.

145. P. Wickham, El Nuevo Pacto, pág. 19. Ver del mismo autor Segunda Corintios, págs. 76 y ss.

trata de que el pacto antiguo en sí mismo fuera inadecuado, dado que la ley refleja el carácter de su Dador, sino que lo que resulta insuficiente es el camino de tomar a la ley de Dios como régimen de vida espiritual. Y ello es así porque lo que lo impide todo es la naturaleza caída del hombre. La ley en sí misma no fallaba, pero lo que era y es absolutamente débil era el material humano sobre el cual la ley debía regir.

La ley no fue dada al hombre como medio de salvación ni de santificación. Pero ahora, en el Evangelio, lo que era imposible en el Pacto Antiguo es posible en el Nuevo Pacto. Éste no se basa en los esfuerzos ni en los méritos del hombre sino en los recursos infinitos de la gracia, que ha provisto en Cristo al Mediador del Nuevo Pacto.

5. Las bendiciones del Nuevo Pacto.

Dos pasajes del Nuevo Testamento destacan el contraste entre los dos pactos. Uno es el de 2 Corintios 3:6-18¹⁴⁶ y el otro el de Gálatas 4:21-31, que representa la alegoría de Sara y Agar.¹⁴⁷

¿En qué consiste la superioridad del nuevo pacto? Básicamente en que «la letra mata, mas el espíritu vivifica» (2 Co. 3:6).

Aquí hallamos un punto de contacto con la enseñanza del mismo Señor, porque leemos en Juan 10:10:¹⁴⁸ «Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia.»

El escritor a los hebreos asigna un carácter subordinado a los sacrificios del Antiguo Testamento, «Porque la ley, ...nunca puede, por los mismos sacrificios que se ofrecen continuamente cada año, hacer perfectos a los que se acercan. De otra manera cesarían de ofrecerse, pues los que tributan este culto, limpios una vez, no tendrían ya más conciencia de pecado. Pero en estos sacrificios cada año se hace memoria de los pecados» (He. 10:1-3).

146. Wickham, Segunda Corintios, págs. 77-89.

147. Ver Trenchard, Gálatas, págs. 151-159.

148. L. Morris, TAPC, pág. 101.

La enseñanza es que aquellos sacrificios tenían un carácter docente y preliminar. Las instituciones del pacto antiguo no vinieron para dar a los hombres la verdadera liberación del pecado, ni el acceso a la presencia de Dios.¹⁴⁹

Las bendiciones que fluyen del pacto de gracia son múltiples; aquí señalaremos algunas.

a) El perdón de los pecados.

Es de fundamental importancia el argumento de que aquello que la sangre de los toros y los machos cabríos no podían hacer, la sangre de Cristo sí ha podido. El acto fundamental de la misericordia divina, sobre lo cual se fundamenta todo, ha sido la obra sacerdotal de quitar los pecados. EL Sumo Sacerdote que ha hecho esto es el Mediador del Nuevo Pacto (He. 8:6).¹⁵⁰

La profecía de Jeremías, conforme lo recuerda L. Morris¹⁵¹ incluía la provisión para el perdón de los pecados.¹⁵² «... perdonaré la maldad de ellos, y no me acordaré más de su pecado» (Je. 31:34).

La Ley no podía hacer esto. «No había nada malo en la Ley. Fue dada por Dios por mano de Moisés. Pero había una cosa que la ley era incapaz de realizar: perdonar al transgresor. Podía señalar los pecados pero no podía quitarlos.»¹⁵³

Este punto aparece destacado en varios pasajes del Nuevo Testamento. La carta a los hebreos dice: «Éste es el pacto que haré con ellos... Y nunca más me acordaré de sus pecados y transgresiones. Pues donde hay remisión de éstos no hay más ofrenda por el pecado» (He. 10:16-18).

Un reconocido exegeta¹⁵⁴ ha destacado que en lugar de decir «en la casa de Israel» dice «con ellos», porque así el

149. Stibbs, en NCB, Hebreos, pág. 904.

150. Stibbs, NCB, Hebreos, pág. 894.

151. Ob. cit., pág. 102.

152. Ver Herbert Lockyer, All the Messianic Prophecies of the Bible, pág. 95.

153. Hendriksen, Gálatas, pág. 149.

154. Vine, Hebrews, pág. 111.

Espíritu Santo está ampliando la bendición que, de estar limitada a una nación, pasa a ser universal.

Bruce señala que el hecho de que la perfección de que habla Hebreos está ligada con el nuevo pacto resulta claro por esta repetición de la cita de Jeremías y por la aplicación que hace de ella al efecto del sacrificio de Cristo.

Las conclusiones implícitas del autor a los Hebreos son de enorme importancia:

- a) Por un lado, el nuevo pacto, según la profecía de Jeremías, implica la implantación de las leyes de Dios en los corazones de su pueblo; esto lleva implícito la concesión de la voluntad y de la capacidad para cumplirlas.
- b) Por otro lado, implica la seguridad de que los pecados del pasado han sido borrados, y borrados eternamente, «de los registros de Dios». ¹⁵⁵ «Nunca más me acordaré», dice Dios. La conclusión es tremenda. «(Cristo) ha obtenido eterna redención» (He. 9:12). «No hay más ofrenda por el pecado» (He. 10:18).

Notemos la precisión de la Escritura. No hay necesidad de que el sacrificio de Cristo sea repetido. «Cualquier idea de que Él tenga que repetir su obra o continuar haciendo ofrendas... está completamente fuera de lugar. La redención es eterna y ha sido obtenida finalmente y para siempre.» ¹⁵⁶ El sacrificio de Cristo ha terminado, pero es de mérito infinito.

En el capítulo 8 de Hebreos la profecía de Jeremías fue citada para demostrar que el régimen antiguo había caducado; ahora en el capítulo 10, se la cita otra vez para establecer el carácter imperecedero de la «perfección» inaugurada bajo el nuevo pacto. El sacrificio de Cristo ha alcanzado su finalidad. No hay, después de la de su cuerpo, más ofrenda por el pecado. Dios nos ha hablado por el Hijo; «y no tiene ninguna otra palabra para decir más allá de Él». ¹⁵⁷

155. Bruce, Hebreos, pág. 245.

156. Stibbs, NCB, Hebreos, pág. 896.

157. Bruce, ob. cit., pág. 245.

Vemos pues que los escritores del Nuevo Testamento han asociado estrechamente el nuevo pacto con el perdón de los pecados. Pablo lo hace también en Romanos 11:26 y siguientes. ¹⁵⁸ Para el escritor a los hebreos los pecados cometidos bajo el antiguo pacto no eran definitivamente perdonados. Los pecados eran en realidad remitidos, hasta que Cristo los cargó en la cruz. Un nuevo pacto fue necesario para que esto aconteciera.

b) *El acceso a la presencia de Dios. El conocimiento de Dios.*

El propósito de Dios al establecer el nuevo pacto ha sido cumplido. El pecado ha sido quitado; la transgresión ha sido perdonada, no sobre la base de tolerar indefinidamente el mal sino mediante la condenación más rigurosa, que ha caído sobre el Sustituto de los pecadores.

Ahora el velo está rasgado, y el camino de acceso a Dios está libre. Ahora puede tener cumplimiento la promesa de Jeremías 31:33, 34 que había sido citada en Hebreos 10:10, 11: «Pondré mis leyes en las mentes de ellos, y sobre sus corazones las escribiré; y seré a ellos por Dios, y ellos me serán a mí por pueblo; y ninguno enseñará a su prójimo, ni ninguno a su hermano, diciendo: Conoce al Señor, porque todos me conocerán.»

La referencia aquí a la regeneración es amplia. Dios haría una obra profunda en las mentes y en los corazones. Colocaría un espíritu de obediencia en los corazones de los hombres, de tal manera que ellos también puedan decir, en razón de su regeneración, lo que el Mesías pudo decir en razón de su pureza inmaculada: «El hacer tu voluntad, Dios mío, me ha agradado, y tu ley está en medio de mi corazón» (Sal. 10:8).

Esto implica un conocimiento directo y personal de Dios. «No se necesitaría ninguna clase intermedia privilegiada, ni de sacerdotes ni de profetas, para enseñarlos con respecto a

158. L. Morris, TAPC, pág. 103.

Dios, porque todos le conocieran personalmente.»¹⁵⁹ Éstos son algunos de los privilegios más elevados que puedan imaginarse. El hecho de conocer a Dios y el de ser enseñados por Él personalmente. Éste es uno de los rasgos distintivos de un hijo de Dios, y es uno de los efectos más elevados de la regeneración.

El nuevo pacto es mejor pacto, y está establecido sobre mejores promesas. Ha quitado el pecado «por la sangre del pacto eterno», y así hace posible, para el creyente, el acceso pleno a la presencia de Dios.¹⁶⁰ Como dice Gooding¹⁶¹ «El camino queda abierto de par en par, directo al corazón y a la misma presencia de Dios. Ahora podemos entrar en espíritu; después entraremos corporalmente también.»

c) *La Palabra de Dios en los corazones.*

Hay que destacar, como lo hace Morris, que la cita de Jeremías 31 incluye un aspecto sumamente importante para todo creyente en Jesucristo: «Pondré mis leyes en sus corazones, y en sus mentes las escribiré.»

Esto se refiere a una actividad divina dentro del pueblo de Dios. «Los primeros cristianos encontraron el cumplimiento de esto en la actividad del Espíritu Santo en sus corazones.»¹⁶²

«Los dos pactos representan dos actitudes o modos de vivir espirituales del hombre hacia Dios.»¹⁶³ En el primero, el hombre depende de sí mismo, de sus recursos, que no existen. En el segundo, depende de los recursos de la gracia de Dios. En el primer caso, el fracaso es seguro. En el segundo, el hombre se asocia con una fuente de energía espiritual, porque aprende a depender del Espíritu Santo.¹⁶⁴

159. Stibbs, ob. cit., pág. 894.

160. Ver Bruce, Hebreos, pág. 243.

161. D. Gooding, Un Reino Inconmovible, pág. 154.

162. L. Morris, The Apostolic Preaching of the Cross (TAPC), pág. 106.

163. Wickham, El Nuevo Pacto, pág. 19. El autor desarrolla estos puntos en Segunda Corintios, págs. 76 y siguientes.

164. Wuest, Romans, págs. 96 y siguientes.

d) *El don del Espíritu Santo.*

La bendición que proviene de la gracia es múltiple. El don del Espíritu estaba incluido en la promesa original, pues leemos en Gálatas 3:14:¹⁶⁵ «Para que en Cristo Jesús la bendición de Abraham alcanzase a los gentiles, a fin de que por la fe recibiésemos la promesa del Espíritu.»

El poder regenerador y capacitante del Espíritu de Dios es un elemento integral del nuevo pacto, de modo que, en tanto las exigencias divinas no se han disminuido en nada, el Espíritu que regenera también mora en los corazones, para rehabilitar a los creyentes de hoy, del nuevo pacto, para que experimenten una victoria continua contra las fuerzas de maldad.

Hemos llegado a la cumbre. Dios ha de ser alabado por la eternidad porque, al establecer un nuevo pacto, la sangre que ha conseguido un perdón eterno y el nuevo nacimiento, es la sangre que santifica y que consagra al hombre para Dios.

e) *Amplitud y universalidad de las bendiciones del Nuevo Pacto.*

Hemos citado, en los puntos precedentes, algunas de las bendiciones del Pacto de gracia. Ahora mencionaremos otros aspectos adicionales. Es notable el énfasis de Pablo en Efesios 2 cuando recuerda a los efesios que antes de venir a Cristo ellos estaban «excluidos de las abundantes bendiciones que eran pertenencia de la teocracia judía. No tenían ciudadanía entre el pueblo elegido.»¹⁶⁶ Ellos habían sido extranjeros, también en cuanto se les habían negado los derechos y privilegios de ciudadanos. Entre estos privilegios estaban «los pactos de la promesa» (Efesios 2:12).

El gran anuncio que Pablo tiene que hacerles, sobre todo en el capítulo 3 de Efesios, es que ahora, a causa de la obra de Cristo, ha sido quitada la pared que separaba a judíos y gentiles, y Dios ha abierto, también para los extraviados

165. Trenchard, Gálatas, pág. 110.

166. Hendriksen, Efesios, pág. 142.

gentiles, las puertas de la bendición plena. Ha abierto, y plenamente, las puertas de privilegios y bendiciones del pacto de gracia, que ahora tiene un alcance universal.

Notemos que hay un sentido en que el pacto es «bilateral», es decir, las dos partes quedan obligadas, pues el hombre, para hacerlo realmente efectivo, debe ejercer fe. Pero en pureza de concepto la fe no puede ser considerada una obra del hombre, ni tampoco constituye un mérito. Hecha esta aclaración debemos entonces concluir sobre el carácter unilateral del pacto de gracia. Esto significa que Dios es el único que se compromete. Este pacto no puede fallar, como falló el del Sinaí, porque Dios es el único que se compromete. Este pacto no puede fallar porque está sellado con la sangre de Jesucristo, que es el fiador del Nuevo Pacto (He. 7:22).

Sólo la reverente inclinación del corazón, en gratitud y adoración, cabe aquí, ante la magnitud de la obra de Dios, y ante la sublimidad de su pacto de gracia. Dios ha de lograr finalmente su objetivo. Dios no puede fracasar. La seguridad eterna de la salvación de todo aquel que confía en Jesucristo está asegurada por Dios, que no puede mentir. Éste es el fundamento de «la sólida y firmemente anclada seguridad de la salvación».¹⁶⁷

6. La sangre del pacto eterno.

En Hebreos 13:20 leemos: «Y el Dios de paz, que resucitó de los muertos a nuestro Señor Jesucristo, el gran pastor de las ovejas, por la sangre del pacto eterno...»

Todo es grande aquí. La referencia al Dios de paz, que «volvió a traer de los muertos al Señor» nos hace ver «la calma de la eternidad»,¹⁶⁸ de la que Dios disfruta perpetuamente. El vocablo «resucitó» es *anago*, que significa «levantar»;¹⁶⁹ lleva el pensamiento a la poderosa actividad de Dios,

167. Hendriksen, Efesios, pág. 143.

168. Trenchard, Hebreos, pág. 225.

169. Vine, Hebrews, pág. 165. Cf. Wuest, Hebrews, pág. 242, pues en griego se trata de un locativo de esfera.

vista supremamente en la resurrección de Cristo.¹⁷⁰ Ésta es la primera mención de la resurrección de Cristo, en una carta que más bien habla de su exaltación. Quizá el autor deseó recordar a los atribulados destinatarios de la carta, para animarlos y consolarlos, que la cruz ha resumido toda pena y todo dolor, «pero todo quedó en el sepulcro» (Trenchard). Con la resurrección de Cristo el reinado de la muerte ha llegado a su fin.

El que se ha levantado es el «Gran Pastor de las ovejas», y ésta es una nota de ternura «que nunca ha fallado para conmover fuertemente a la gente de todas las edades» y que además revela, a nuestro entender, que Cristo sigue siendo Pastor aun en su estado resucitado y ascendido. Pero antes se nos habla de nuestro «Señor Jesucristo», porque el Señorío, en Él, se une con la humanidad, y aquí para asignar al Señor un nuevo título, el de Gran Pastor de las ovejas, que trae consolación a todo creyente, en toda circunstancia. Nos recuerda sin duda sus palabras inmortales: «el buen pastor su vida da por las ovejas» (Jn. 10:11), pero al mismo tiempo mostrando el cumplimiento de la profecía que Él hizo de sí mismo: «yo pongo mi vida, para volverla a tomar» (Jn. 10:17).

«Por la sangre del pacto eterno» es otra expresión preñada de significado. Éste es el único lugar en el Nuevo Testamento donde el «Pacto» se llama «eterno». El pacto de gracia era inmutable y, por tanto, eterno.

Su sangre, su preciosa sangre, es la energía vital mediante la cual Él consumó su obra. Así, cuando fue levantado de los muertos, el poder de su vida ofrecida por el mundo fue, por decirlo así, la atmósfera que lo rodeó cuando se levantó triunfalmente.¹⁷¹

La mención de su sangre en relación con el pacto eterno subraya que su resurrección es la demostración de que no

170. D. Guthrie, Hebrews, pág. 278.

171. Westcott, Hebrews, pág. 448.

murió como un pecador condenado sino que el sacrificio que hizo de sí mismo fue aceptado, y que «el nuevo pacto ha sido establecido sobre la base de su sacrificio».¹⁷²

Fue dentro de la esfera del eterno consejo de Dios que el Padre dio al Hijo para morir por el mundo; fue dentro de la esfera del pacto eterno que el Mesías, habiendo muerto por el hombre culpable, ha sido levantado de entre los muertos. El hombre pecador necesita un sacerdote viviente que dé vida al pecador creyente.¹⁷³

7. El Fiador y Mediador del Nuevo Pacto.

Otra vez tenemos que detenemos para analizar un concepto fundamental, que aparece en Hebreos 7:22: «Por tanto, Jesús es hecho fiador de un mejor pacto.»

En el original, el nombre «Jesús» es la última palabra de la frase, para que el peso del argumento recaiga sobre ella.¹⁷⁴ Esto tiene una significación especial, porque introduce un aspecto del sacerdocio de Cristo: el rol de Jesús como garante y mediador del nuevo pacto. El tierno nombre humano del Señor nos recuerda que el que administra toda la Obra de Dios es el mismo «que nació de madre humana en Belén».¹⁷⁵

Éste es el primer uso del vocablo «pacto» en la carta a los hebreos y es una prueba del cuidado con que ella fue escrita.¹⁷⁶ En efecto: «en los capítulos anteriores fue preparado el camino por una serie de comparaciones entre el Señor, por un lado, y los ángeles, Moisés y los sumos sacerdotes, por otro. Entonces vienen las declaraciones, al comienzo del capítulo 7, acerca del nuevo sacerdocio, que supone una nueva ley. Estas declaraciones significan que el fundamento básico de la relación especial de Israel con Dios ha sido cambiado. Israel había sido «el pueblo del pacto», pero

172. Bruce, Hebreos, pág. 416.

173. Wuest, Hebrews, pág. 242.

174. Bruce, Hebreos, pág. 153.

175. Trenchard, Gálatas, pág. 92.

176. Ellingworth and Nida, THLH, págs. 154 y 155.

ahora ese pacto ha sido reemplazado por uno nuevo. Hasta aquí el autor no ha estado dispuesto a sugerir esto, y aun ahora sólo lo menciona al pasar. La discusión plena del concepto vendrá en el capítulo 9.¹⁷⁷

El vocablo para «fiador» debe ser analizado. Se trata de *enguos*, fiador, garantía¹⁷⁸ uno que responde por otro, sea con su vida o con su patrimonio. El vocablo «describe a quien da garantía al pacto que ahora se establece en su sacrificio y mediante su sacerdocio».¹⁷⁹ Esta palabra utilizada para fiador debe ser distinguida de *mesites*, que se usa para «Mediador».

Para este último término hay que distinguir dos usos: a) se trata de uno que media entre dos partes con vistas a conseguir la paz. Cristo ha podido cumplir este aspecto, por el hecho de que su Mediación requería que «poseyera la naturaleza y atributos de Aquél ante quien Él actúa, y que asimismo participara de la naturaleza de aquellos en favor de los que actúa, excepto el pecado»;¹⁸⁰ b) es uno que actúa como garante, a fin de conseguir algo que de otra manera no podría ser obtenido. Así aparece el Señor en Hebreos 8:6, 9:15 y 12:24. En su carácter de Mediador el Señor es presentado también en 1 Timoteo 2:5, 6: «Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre, el cual se dio a sí mismo en rescate por todos...»

El Señor es Mediador en cuanto se interpuso Él mismo mediante su muerte, e hizo posible la restauración de la armonía entre Dios y el hombre, que había sido quebrada por el pecado.¹⁸¹

Leon Morris señala que, aunque la palabra «Mediador» es rara en la Biblia, la idea es dominante en ella.¹⁸²

177. Ellingworth and Nida, THLH, pág. 154.

178. Gillis, Hebreos, pág. 102.

179. P. Hamilton, Hebreos, pág. 70.

180. Vine, DTPNT, Mediador, pág. 384.

181. Wuest, First Timothy, pág. 41.

182. DT, Mediador, pág. 336.

Destaca que la incapacidad del hombre para presentarse delante de Dios hace necesaria la mediación. Este principio aparece evidenciado en el hecho de que la Ley fue dada a través de Moisés como Mediador, y en el hecho de que tanto los sacerdotes como los profetas, y aun los reyes, actuaban en Israel en ese carácter.

El ministerio de Cristo como Mediador es único, en el sentido de hacer posible el acercamiento entre Dios y el hombre. Para ello, Él debió morir, porque se interpuso en la situación creada por el pecado del hombre y la condenación de Dios. Morris agrega la interesante noción de que, además, Cristo aparece como mediador en su naturaleza misma, pues participa plenamente de la Deidad y de la humanidad. Y este aspecto se aprecia también en el hecho de que el hombre es totalmente incapaz de regenerarse a sí mismo; esto hace al tema que nos ocupa, y vale la pena señalarlo.¹⁸³

Ahora que hemos incursionado sobre el significado de los vocablos, podemos volver a leer Hebreos 7:22: «Jesús es hecho fiador de un mejor pacto.»

La idea puede ser expresada diciendo que Cristo es «el que nos asegura permanentemente relaciones cercanas con Dios».

Como ha dicho Trenchard: «Lo que Dios garantiza por medio del juramento, Cristo Jesús lo asegura como Fiador del Nuevo Pacto.»¹⁸⁴ Subraya también el concepto de que en su pacto de gracia es Dios quien lo otorga todo, para agregar la importante noción de que la parte humana se limita a recibir en fe sumisa lo que Dios ha provisto por su propia iniciativa y su poder infinito.

No podemos menos que coincidir, y plenamente, con esta manera de referirse a la fe, que destaca uno de sus elementos característicos.¹⁸⁵

183. Morris, ob. cit., pág. 337.

184. Gálatas, pág. 92.

185. En el capítulo final de este libro se trata lo relativo a la fe, y se destaca que el objeto de la fe consiste en recibir (Jn. 1:12; Gá. 3:14).

Hay que notar, como lo hace Bruce¹⁸⁶ que Cristo, como Mediador atiende al interés de las dos partes para las cuales actúa como tal. Con intenso celo ha asegurado en la cruz que la honra de Dios recibiera plena satisfacción y ahora, habiendo asegurado ese objetivo supremo, con igual celo busca el rescate y la regeneración del ofensor.

El Nuevo Pacto es «mejor» precisamente porque queda descartado todo esfuerzo humano para su cumplimiento y descansa todo sobre la Obra de la Cruz. En esta conexión, Guthrie¹⁸⁷ señala que el Nuevo Pacto ofrece una mejor esperanza (He. 7:19), y sin ninguna duda tiene un mejor Sumo Sacerdote.

Hay aún otro punto que distinguir. El antiguo pacto tenía un mediador (Gá. 3:19), que era Moisés, pero no tenía un fiador;¹⁸⁸ no había nadie que pudiera garantizar aquello que los judíos prometieron: «Haremos todas las cosas que Jehová ha dicho y obedeceremos» (Éx. 24:7).

En cambio, ahora, en el Nuevo Pacto, el Señor Jesucristo «garantiza el cumplimiento del pacto del que es Mediador, tanto del lado del hombre como del lado de Dios».¹⁸⁹ Como representante de los hombres redimidos, satisface todo requerimiento y recibe plena aceptación delante de Dios. Jesucristo, habiendo entrado en la presencia de Dios por los hombres es la prenda segura de la validez del Nuevo Pacto.¹⁹⁰ Como Hijo de Dios, Él representa nuestra garantía, y confirma que el pacto eterno tiene cumplimiento pleno.

Por nuestra parte, respetamos los puntos de vista de Bruce y de Westcott, pero opinamos que el segundo aspecto es el que recibe énfasis en Hebreos 7:22.

La designación del Hijo como Sacerdote se ha hecho mediante juramento (He. 7:21). «Los otros ciertamente sin jura-

186. Hebreos, pág. 171.

187. Guthrie, Hebrews, pág. 166.

188. Bruce, Hebreos, pág. 153.

189. Bruce, Hebreos, pág. 154.

190. Westcott, Hebrews, pág. 189.

mento fueron hechos sacerdotes; pero éste, con el juramento del que le dijo: «Juró el Señor, y no se arrepentirá: Tú eres sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec.»

Este argumento del juramento de Dios sirve de plataforma al escritor para decir en Hebreos 7:22: «Por tanto, Jesús es hecho fiador de un mejor pacto.» El nombre humano de nuestro Señor aparece aquí. «Jesús» ha sido exaltado a la diestra de Dios, donde ha sido establecido como Rey y Sacerdote.

Dos aspectos deben señalarse:

- 1) Un fiador es uno que garantiza que algo será hecho. Pero aquí el Cristo Ascendido, como fiador, da testimonio de que algo es. Garantiza algo que ya está presente, aunque aún no se vea.¹⁹¹
- 2) No se dice aquí, a nuestro entender, que Cristo sea un fiador de los hombres hacia Dios, sino que el énfasis se pone en que es fiador de un pacto de Dios con el hombre. Este pacto no puede fracasar, porque no depende, como el pacto del Sinaí, de que el hombre cumpla su parte. En este pacto el único que se compromete es Dios.¹⁹²

Lo fundamental ¿qué es? *Lo fundamental es que este juramento compromete a Dios.* Sólo con reverencia podemos hablar así. Pero el Señor ha querido comprometerse para que no vacilemos, sino que confiemos. Esto significa que el destino eterno del alma, y el acceso del creyente al Trono están asegurados, no por lo que somos, ni por lo que hacemos, *sino por el compromiso irrevocable de Dios.*

V- Una nueva creación tiene que provenir de Dios. Análisis de 2 Corintios 5:17.

«De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron, he aquí todas son hechas nuevas.»

191. Westcott, Hebrews, pág. 189.

192. Newell, Romanos, pág. 269.

La forma condicional de esta frase es retórica, es decir, se trata de una manera de hacer una afirmación.¹⁹³ El texto debe leerse así:¹⁹⁴ «de modo que, si alguno está en Cristo ¡hay una nueva creación!»

Pablo está haciendo referencia a una de las consecuencias de la identificación del creyente con Cristo.

La expresión «en Cristo» resume, tan profundamente como es posible, el inextinguible significado de la redención del hombre. Habla de la seguridad en Aquél que ha llevado sobre sí mismo el juicio de Dios sobre nuestro pecado; habla de la aceptación en Él, en el solo Señor en quien el Padre encuentra complacencia; habla de la seguridad por el futuro en Él que es la imperecedora Palabra; habla de conocer la verdad, y de ser libre en esa verdad, en Él, que es en sí mismo la verdad...¹⁹⁵

Sí, no es fácil describir en pocas palabras lo que significa esta expresión gloriosa de la Escritura: «estar en Cristo». Estar en Él es la frase habitual de la Escritura para expresar la conexión salvífica, o la unión del creyente con Cristo. Los creyentes están en Él mediante el Pacto; están en Él como miembros de su cuerpo, mediante la morada del Espíritu; y están en Él por medio de la fe, que se apoya en Él y que se lo apropia como la vida y la porción del alma.¹⁹⁶

La regeneración en Cristo no es un concepto abstracto, teórico. De ninguna manera; esta regeneración obra profundamente en el hombre que cree. «Cambia la disposición de egocentrismo sin ley y sin Dios que domina al hombre en Adán» y coloca en su lugar una nueva disposición que se caracteriza por un confiado descanso en Dios y por un sentimiento de gratitud en la gracia que lo ha rescatado. El nuevo creyente va experimentando, a medida que deja obrar a Dios

193. Bratcher, TGSLC, Segunda Corintios, pág. 59.

194. Wickham, Segunda Corintios, pág. 124.

195. Huges, Second Corinthians, págs. 201 y 202.

196. Hodge, Second Corinthians, pág. 140.

en su vida, una conformidad voluntaria y progresiva con la voluntad divina.

El hombre regenerado deja para siempre de ser el hombre que era; su vida antigua ha terminado y ha comenzado una nueva vida. Es una nueva criatura en Cristo, sepultado juntamente con Él, fuera del alcance de la condenación y ha resucitado con Él a una nueva vida.¹⁹⁷ Éste es el resultado del gran sacrificio del Calvario, donde el amor de Dios fluyó libremente, para salvar al pecador.¹⁹⁸

La regeneración implica el lado divino del cambio que se efectúa en nuestro corazón y que, visto desde el punto de vista humano, se denomina la conversión.¹⁹⁹ Es un cambio que afecta principalmente la esfera del carácter.²⁰⁰ En este cambio se renueva la disposición moral fundamental. Regenerar es dar vida; consiste en impartir el don de vida.

Es fundamental dar al concepto regeneración el sentido profundo que la Escritura le asigna. La regeneración no consiste en el mejoramiento de la vieja naturaleza, sino en la implantación de una nueva. Es una obra creadora de Dios. Así lo expresa el Nuevo Testamento en varias ocasiones, entre ellas en Efesios 2:10: «Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas.»²⁰¹

Como señala MacArthur²⁰² Pablo no está allí mostrando a los efesios cómo ser salvos, sino cómo *fueron salvados*, para convencerles de que el poder que los salvó es el mismo poder que los sostiene.

Esta obra divina produce nueva vida, una vida inex-

197. Packer, ob. cit., pág. 446.

198. Earle, WMNT, Romans, pág. 168.

199. A. H. Strong, ST, pág. 809.

200. Conner, EER, pág. 207.

201. Véase «His Workmanship», Lloyd-Jones, God's Way of Reconciliation, págs. 140-151.

202. John MacArthur, Ephesians, pág. 63, Moody Press, Chicago, EE.UU., 1986.

tinguible, porque es la vida de Dios. Se puede afirmar que el pecador que viene a Cristo recibe la eterna vida de Dios. En la regeneración, Dios crea de nuevo nuestra personalidad espiritual.

La transición del estado natural al de regenerado, no se efectúa apelando a recursos morales que el hombre pueda tener, porque el pecador, según la enseñanza invariable de las Escrituras, está muerto espiritualmente. El cambio que se requiere es radical. Se requiere la entrada de un nuevo poder espiritual en la conciencia del hombre que lo vivifique, que lo levante del pecado y que le dé la vida de Dios.²⁰³

La regeneración del pecador es espiritual porque significa la recepción del Espíritu Santo, que impulsa a nuestro espíritu en un sentido contrario al anterior. «El hombre tenía poder de amar, pero lo dirigía hacia sí mismo; ahora lo dirige hacia Dios y hacia su prójimo.»²⁰⁴

Hay que destacar que la creación de una naturaleza divina en la persona regenerada no implica la erradicación de la vieja naturaleza, con la capacidad que ésta tiene para pecar, y con la propensión constante hacia el pecado. Pero la nueva naturaleza tiene en sí el anhelo por Dios y por su voluntad.

Como señala muy bien Walvoord,²⁰⁵ la nueva naturaleza da el deseo de hacer la voluntad de Dios, y el poder de Dios provee la capacidad para cumplir ese propósito, a pesar de la innata pecaminosidad de la naturaleza caída. Esto no se realiza sin lucha, pues la carne y el Espíritu «se oponen entre sí» (Gá. 5:17). Este aspecto es fundamental. Vale la pena subrayar que Dios no abandona al ser que ha regenerado, sino que comienza una obra de instrucción y de capacitación para hacerlo gradual y crecientemente un discípulo de Cristo.

El concepto «estar en Cristo» es tanto individual como colectivo; es participar juntos (*koinonia*) en Cristo (1 Co. 1:9).²⁰⁶

203. Mullins, RCED, pág. 65.

204. Lacueva, ob. cit., pág. 76.

205. Chafer, ob. cit., II, pág. 953.

206. Beacon, 2 Corintios, pág. 579.

Pablo habla de una «nueva creación». De la muerte de Cristo ha surgido una vida, la nueva vida que el creyente vive para el Señor, «una nueva vida en un nuevo contexto».²⁰⁷ En unión con Cristo, en comunión personal con el Cristo resucitado es como se realiza la salvación de Dios.

Estar en Cristo es lo opuesto de estar en el pecado, de estar en la ley, de estar en el mundo. Pablo se refiere claramente a una nueva situación, resultado de la operación regeneradora del Espíritu divino en el Nuevo Pacto.²⁰⁸

Como dice Denney, el creyente «es otro hombre, y vive en otro mundo». Los exegetas aclaran que la expresión original indica que el apóstol se llena de júbilo al expresar este pensamiento.

Cuando Pablo dice que «las cosas viejas pasaron», utiliza un tiempo verbal que apunta a un momento definitivo. Y cuando agrega «He aquí, que todas son hechas nuevas» otra vez utiliza un tiempo determinado que indica que las cosas viejas han venido a ser nuevas y continúan siendo nuevas. El tiempo no las va a marchitar; es una novedad de vida que es por siempre nueva.²⁰⁹

La idea del original permite, en algunos casos, traducir así: «hay un nuevo pacto de creación», o «hay un nuevo mundo»,²¹⁰ o «Lo que es viejo ha pasado, ¡ved!, un mundo nuevo ha venido.»²¹¹

Es que se trata del nuevo mundo creado en la resurrección de Jesucristo. El hombre en Cristo comparte la vida resucitada del Señor (Gá. 2:20).²¹² Ha experimentado un nuevo nacimiento y anticipa por la fe «los nuevos cielos y la nueva tierra» de que habló Isafas 65:17 y 66:22. Lo notable es que

207. Beacon, 2 Corintios, pág. 578.

208. Wickham, ob. cit., pág. 124.

209. Hugues, ob. cit., pág. 203. Ver también Earle, WMNT, 2 Corinthians, pág. 129.

210. Bratcher, TGSLC, pág. 59.

211. Menzies, citado por Hugues, ob. cit., pág. 88.

212. Tasker, Second Corinthians, pág. 209.

cuando el presente orden pase, «las cosas que son invisibles» permanecerán. El apóstol claramente enseña que si un hombre está en Cristo, entonces experimenta un cambio análogo al que estaba predicho por el profeta.

A este nuevo mundo el creyente es introducido por su unión con Cristo, concepto que, como hemos considerado, es recurrente en las Escrituras del Nuevo Testamento. Todo en la vida espiritual del creyente se fundamenta en esta fe que une, que se apropia del Salvador y de su salvación.

Es una nueva creación. Esto destaca no solamente la grandeza de la obra y la naturaleza radical del cambio que ha ocurrido, sino que además señala a su origen divino.²¹³ Así lo agrega, jubilosamente, el gran apóstol: «Y todo esto proviene de Dios...» (2 Co. 5:18).

La regeneración consiste en la impartición de la vida de Dios, la vida eterna, a un pecador que está espiritualmente muerto;²¹⁴ nada menos que esto es lo que se requiere para producir un cristiano. Una nueva creación tiene que provenir de Dios, y sólo de Dios.

La Biblia concibe la salvación como la renovación redentiva del hombre sobre la base de una relación restaurada con Dios en Cristo, y la presenta como que involucra «una transformación radical y completa obrada en el alma por Dios el Espíritu Santo, en virtud de lo cual llegamos a ser *hombres nuevos*, ya no conformados a este mundo sino creados según la imagen de Dios, en conocimiento y santidad de la verdad.»²¹⁵

La Sagrada Escritura no deja ninguna duda. El que pone su confianza en el Salvador de los pecadores pasa de un estado de muerte a un estado de vida eterna. Antes estaba en sus pecados, muerto «en delitos y pecados» (Ef. 2:1); ahora está «en Cristo».

213. Hodge, ob. cit., pág. 140.

214. Wuest, Vocabulary, pág. 91.

215. B. B. Warfield, Biblical and Theological Studies, Presbyterian and Reformed Publishing Company, Filadelfia, EE.UU., 1952, pág. 351.

La reflexión del apóstol es directa: si alguno está en Cristo, nueva criatura es. Ha sido transferido de su estado anterior en el pecado a su nueva situación *en Cristo*. Ha sido transformado de «enemigo de Dios» en «hijo de Dios», y esto con plenos derechos. Ha sido transferido de las tinieblas a la luz, de la muerte a la vida, por un milagro de la gracia de Dios. Está en Cristo; es una nueva criatura. Ésta es otra manera, y otra manera categórica, en que un escritor inspirado del Nuevo Testamento expresa el concepto bíblico de la regeneración.

Sí, la regeneración solamente puede provenir de Dios. Consecuentemente, toda la gloria de la salvación le corresponde a Él, y solamente a Él.

VI LA JUSTIFICACIÓN POR LA FE

I- La justicia que despliega el Evangelio es más que la descripción de un atributo divino. La justicia de Dios es la que se ha desplegado para la salvación del hombre culpable.

El estudio de la doctrina bíblica de la justificación por la fe es absolutamente necesario en el día de hoy, tanto porque se trata de una doctrina fundamental como por el hecho de que «no ocupa el lugar que le corresponde en nuestra alabanza a Dios y en la predicación».¹

El Doctor H. R. Mackintosh escribió que «la doctrina de la justificación por medio de la fe recurre en cada período de avivamiento con nuevo poder y majestad». Y el propio apóstol Pablo enseña que prefería la pérdida de todas las cosas para ganar a Cristo y ser hallado en Él, sin tener en cuenta para nada su propia justicia, que es por la ley, para conseguir aquella que se obtiene por medio de la fe en Cristo.

1. Una característica fundamental de la justicia de Dios es que es revelada en el Evangelio. En Romanos 1:16 se dice: «El Evangelio es poder de Dios para salvación.» En el v. 17

1. A. M. Stibbs, *La justificación por medio de la fe. La necesidad que existe de consolidar esta doctrina*, Pensamiento Cristiano, Septiembre, 1955, pág. 173.

se da la razón: la razón es que en el Evangelio es revelada la justicia de Dios.

Reiteradas veces se habla en el Antiguo Testamento de una justicia así: en Isaias 56:1 «Cercana está mi salvación para venir, y mi justicia para manifestarse.» El término «manifestarse» tiene aquí una significación especial; significa más que el hecho de que sería desplegada para que el hombre la comprendiera; significaba, además, que iba a ser revelada en acción, actuando. La justicia de Dios tenía que ser manifestada en su efecto salvador.

Cuando el apóstol dice: «La justicia de Dios se revela», lo que quiere decir es que, en el Evangelio, la justicia de Dios es activamente, es dinámicamente ejecutada, para la salvación del pecador.

Por lo tanto, tiene importancia para todos. ¿Por qué? Porque el pecado tiene a la muerte como su inseparable compañera; porque todo hombre es visto, en Romanos, como estando frente a un tribunal. Romanos describe a un hombre en juicio delante de Dios. Y esto es así porque el pecado es una perversión de la naturaleza humana. Todos han sido «constituidos pecadores». Esto implica que todos han sido puestos bajo el dominio del pecado y de la muerte.

2. Esta justicia es «revelada» porque el Evangelio había sido prometido, primeramente, por los profetas.

La Biblia enseña que la justicia de Dios puede ser vista en tres tiempos:

1º) En el período cuando Dios la propuso.

2º) En el período cuando Dios la prometió.

3º) En el período cuando Dios la reveló.

Él propuso esta justicia en sus designios eternos. La prometió después de la caída. La ha revelado ahora, realmente, en el Evangelio.

Notemos que Pablo no dice que esta justicia sólo comenzó bajo el Evangelio a desarrollar su eficacia, o que no había justicia bajo la dispensación mosaica. Todo lo contrario; Pa-

blo va a explicar que el profeta Habacuc se había referido a ella, y más tarde en el capítulo 4 de esta Carta él enseña que Abraham fue justificado por medio de la imputación de la misma justicia.

Lo que Pablo declara aquí es que «Esta justicia ha sido completamente, plenamente, revelada por el Evangelio.» Es «la justicia de Dios según el principio de la fe, revelada a todo el que tiene fe».² Así que el profeta anunció en su tiempo que la justicia pronto iba a ser revelada, y el apóstol afirma que ahora ha sido revelada.

¿Qué es entonces, esta justicia de Dios? Es más que la justicia como atributo de Dios. Es más que este atributo el que efectúa la salvación; la justicia de Dios que el Evangelio proclama es la que se ha desplegado, y ha actuado, para la justificación del impío. El término «la justicia de Dios» de Romanos 1:17 no se refiere a un atributo de Dios sino a la actividad de Dios para salvar al hombre.³

3. Es que una característica fundamental de esta justicia se aprecia cuando vemos que alcanza al hombre que nada merece. Notemos que en Romanos Pablo presenta primero el valor de la persona del Hijo; luego, desde la mitad del capítulo 1 presenta a toda la humanidad, por su propia elección, culpable delante de Dios por haber elegido rechazar a Dios. Más tarde, en los capítulos 3 al 5, muestra que este hombre, así arruinado y destruido por el pecado, este hombre es el destinatario del Evangelio.

Aquí ya vamos entrando en el corazón del asunto; la creación del mundo fue como nada para el Creador, pero el pecado planteó un problema a Dios.

Hay quienes niegan toda idea de Dios como juez, pero en la Carta a los Romanos el hombre es visto como situado frente a un tribunal. Dios es designado en muchos lugares de las

2. Newell, Romanos, pág. 73.

3. ZEB, Justification, pág. 766.

Escrituras como Juez; «su relación con toda la tierra puede ser expresada en categorías legales».⁴

Hay quienes tienen poca consideración para los elementos legales en cuanto a la justificación; creen que basta decir que somos justificados debido a que, mediante la fe, entramos al mundo de la gracia de Dios; ellos dicen que estamos en un mundo en el cual el cuidador de la casa es nuestro Padre, donde reina el orden, el poder, y donde la última realidad es la del amor y que esto no tiene nada que ver con la ley.⁵

Pero cuando vamos al Antiguo Testamento vemos que la cuestión de la justificación se presenta de otra manera. La justificación es una condición que se encuentra enraizada en las Escrituras; ellas dan testimonio de la importancia de la ley en el manejo divino del mundo. Dios no ha renunciado a ser, finalmente, el gobernador moral del mundo. La justificación es esencialmente un concepto legal;⁶ es posible que haya otras esferas más importantes para el cristianismo que ésta de la ley, pero esto no nos da base para usar la terminología jurídica para describir otros aspectos, otras esferas como la del amor de Dios. La justificación está esencialmente relacionada con el *status* legal del creyente y tenemos que entender que, en las Escrituras, las descripciones acerca de la nueva vida pertenecen a otras doctrinas y a otras categorías. «Nunca repetiremos demasiado que si el elemento de una ley universal fuera eliminado de las relaciones personales, entonces nada inteligible queda: nada de razonamiento, nada de moralidad, nada de pecado o justicia, de perdón, nada que apele a la mente o a la conciencia.»⁷

El veredicto pronunciado sobre todo hombre, desde la corte universal de Dios es éste: «que toda boca será cerrada, y que todo el mundo se sujete a Dios»;⁸ «ninguno será jus-

tificado ante su vista mediante las obras de la ley». «No hay justo, ni aun uno.» «Ninguno hay bueno, sino sólo Dios.»

II- Los elementos que constituyen la justificación.

La justificación incluye tres elementos:⁹

1. La imputación o atribución al pecador de la justicia de Cristo.
2. La remisión del pecado.
3. La restauración al favor divino.

Estos tres elementos aparecen claramente en Romanos 5:1, 2: «Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo; por quien también tenemos entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios.»

Allí se manifiestan las bendiciones de la justificación en términos notables:

La condición: «Justificados, pues, por la fe.»

La base: «Por medio de nuestro Señor Jesucristo.» *Ésta es la imputación o atribución de la justicia de Cristo.*

El resultado: «Tenemos paz para con Dios.» *Ésta es la remisión del pecado.* El estado de guerra con Dios ha terminado. Ya no hay la amenaza de una ley quebrantada.

Otro resultado: «Por quien también tenemos entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes.» *Ésta es la restauración al favor divino.*

Veamos aquellos tres elementos con algún detalle:

1. La atribución o imputación al pecador de la justicia de Cristo.

Sobre la base de la obediencia de Cristo, Dios no imputa

9. Ch. Hodge, Romanos, pág. 108. Véase asimismo Augustus H. Strong, ST, págs. 854-859.

4. L. Morris, TAPC, pág. 253.

5. L. Morris, TAPC, pág. 290.

6. ZEB, Justification, pág. 765.

7. James Denney, citado por L. Morris, TAPC, pág. 293.

8. ZEB, Justification, pág. 766.

el pecado, sino que atribuye justicia a los pecadores que creen.¹⁰

Éste es el pensamiento expresado en la clásica teología protestante. Es decir, que los pecadores son justos delante de Dios por ninguna otra razón más que porque Cristo, su cabeza, fue justo delante de Dios, y los pecadores son ahora uno con Él.¹¹ Tiene que quedar en claro que la justificación consiste en que Dios pone algo a nuestra cuenta, y de esa manera cancela la deuda; Él declara que todo reclamo contra nosotros está satisfecho; somos declarados justos porque la justicia de Cristo es puesta a nuestra cuenta.

Se trata de la justicia que Dios asigna, que Dios atribuye. Es la justicia que pasa a la cuenta del que se ha identificado con Cristo.

La justificación por la fe depende de la perfecta propiciación —la satisfacción de las justas demandas de Dios— que Cristo efectuó en la cruz.¹²

Por eso la expresión de Pablo en Romanos 4:3 en cuanto a la atribución de justicia; en este caso Pablo deriva la expresión «atribuir» o «contar» en primer lugar de las palabras de Génesis 15:6, donde leemos que Abraham «creyó a Dios y le fue contado por justicia».

La vergüenza del pecado ha sido eliminada, porque nos presentamos, ante Dios, vestidos de la justicia de Cristo.¹³ La base de la justificación se encuentra en la justicia perfecta de Cristo que se atribuye al pecador en la justificación. La base para el perdón de los pecados se encuentra en la cruz de Cristo, Cristo que fue hecho maldición por nosotros.

Por un solo acto, este sacrificio brinda satisfacción a Dios y, al mismo tiempo, perdona al pecador; solamente en Cristo Dios puede justificar al pecador, atribuyendo la justicia de Cristo al pecador que no tiene ninguna justicia por sí mismo.

Esta justicia atribuida al creyente *no es una ficción*. Es una justicia real. El hombre a quien Dios no imputa el pecado es justo, y lo es ante Dios, que es lo que importa. Es un pecador perdonado, realmente perdonado y, por tanto, realmente justo.¹⁴

Dios declara que considera justo al impío que deja todas sus obras y cree en Él como el Dios que, a base de la sangre derramada de Cristo, justifica al impío; lo declara justo, es decir, le computa, pone en su cuenta todo el valor absoluto, infinito de la obra de Cristo, de su muerte expiatoria y de su resurrección. El pecador deja de confiar en sus méritos, que son nulos, y se entrega a la gracia de Dios.¹⁵

Éste es el pensamiento expresado por la teología protestante mediante la frase «la imputación de la justicia de Cristo». La frase en sí misma no está en Pablo, pero su significado sí está; el punto es que los creyentes son declarados justos delante de Dios; comparten el «status», el estado de aceptación de que Cristo goza en la presencia de Dios, ahora.

2. La remisión de la pena del pecado.

La justificación no es solamente un acto judicial declarativo, sino que es al mismo tiempo, un acto de remisión por el cual Dios realmente perdona el pecado del hombre.¹⁶ Las demandas de la ley y de la condenación que conduce a la pena, son también satisfechas en Cristo.

La justificación es el perdón del pecador quien, a pesar de ser culpable, encuentra que su pecado ha sido remitido en Cristo. Que el pecado ha sido «remitido» quiere decir «ha sido alejado de él, ha sido enviado a otro lado».

10. Hay que advertir que la imputación tiene un sentido negativo, como cuando al Señor Jesucristo le fue imputado el pecado del mundo. Y tiene un sentido positivo, pero en este caso sería preferible no decir que Dios *imputa* justicia, sino que *atribuye* justicia al pecador que cree. Sin embargo, en nuestro texto utilizamos ambos términos, por el hecho de que parte de la literatura lo utiliza.

11. J. I. Packer, DT, Justificación, pág. 308.

12. E. Trenchard, Romanos, pág. 42.

13. Gálatas 3:27.

14. Von Allmen, Vocabulario bíblico, pág. 175.

15. POP, Palabras griegas, págs. 215-217.

16. ZEB, Justification, pág. 767.

Es despachar lejos nuestros pecados, tratándolos como si nunca hubieran existido «no recordándolos más».¹⁷

Los pecados eran remitidos hasta que Cristo los quitó, definitivamente, en la cruz. Hasta el momento de la cruz, hasta ese gran momento de la cruz, Dios no había castigado, como se merecían, los pecados de los hombres, sino que más bien los había pasado por alto. Había estado postergando el juicio.

En Efesios 1:7 leemos que en el Amado tenemos redención por su sangre, la remisión de pecados por las riquezas de su gracia. Dos palabras muy importantes entran allí en relación: «redención», es decir, el rescate efectuado mediante el pago de un precio; y «remisión», que consiste en «despachar lejos» nuestras transgresiones.

La palabra «pecados» allí usada no se refiere al pecado en un sentido general, sino a aquellos pecados de los cuales nosotros mismos somos los más conscientes. En el pasaje queda subrayado el carácter vicario, sustitucionario, del sacrificio del Señor, pero no menos importante es que esto de no recordar más los pecados, este enviar lejos, como si nunca hubieran existido, era necesario para la reconciliación entre Dios y el pecador que cree.

3. La restauración al favor y a la bendición de Dios.

En su esencia, la justificación es una declaración objetiva, pero es también un acto trascendente, que pasa a la conciencia del creyente. La sentencia divina de la liberación llega hasta el pecador y despierta en su alma una conciencia de alegría por el perdón de los pecados y un sentido de gratitud por la indulgencia que ha encontrado en Dios. Esta conciencia del perdón, y de una renovada relación filial, con frecuencia se oscurece y se altera por causa del pecado; esto requiere la confesión. La confesión del corazón quebrantado restablece, restaura, la comunión con Dios. La historia del pecador que

cree terminó en la cruz, porque sus pecados han sido expiados, han sido agotados por la justicia de Cristo.¹⁸

III- La justificación representa la obra de la cruz desde el punto de vista de las demandas que han debido ser satisfechas para que Dios, sin abrogar su ley, pueda absolver a un culpable.

Las palabras «justicia» o «justificación» son utilizadas para referirse al hombre en su relación con Dios. Tienen una base legal, una base judicial; Dios es el Juez, y el hombre está visto, siempre, frente a Dios.

El concepto «la justicia de Dios» representa tres cosas: 1) lo justo que Dios es. 2) La justicia que Dios demanda a todo hombre que quiera acercarse a Él. 3) La justicia que Dios provee en Jesucristo. Dios ha mostrado su justicia poniendo a Cristo como propiciación por nuestros pecados. Dos ideas están implícitas aquí: 1) el concepto de propiciación y 2) el concepto de sustitución.

1. La propiciación.

La cruz es un acto de la justicia de Dios, porque en la cruz el hombre es juzgado como pecador, pero este juicio, en lugar de caer sobre el hombre, cae sobre Cristo, la víctima propiciatoria.

La obra de Cristo responde a la pregunta de cómo puede un Dios justo absolver a un pecador, es decir, a uno que continúa siendo pecador, después que es justificado.¹⁹ La justificación no significa que Dios deja de mirar al pecado o que lo menosprecia, o que Dios actúe como si el hombre no fuera un pecador. El punto de vista que concibe a Dios sentimentalmente como un generoso abuelito que se ríe de los pecados de sus nietos, niega la integridad del verdadero Dios y destruye todo concepto de justificación.

17. A. Hovey, Comentario sobre Efesios, pág. 282.

18. ZEB, Justification, pág. 765.

19. ZEB, Justification, pág. 766.

La justicia de Dios y la santidad de Dios demandan un pago por el pecado; esta penalidad Cristo la pagó en la cruz. Sí, Dios ha concebido un plan en el cual han recibido plena satisfacción tanto sus atributos de justicia como su amor manifestado en gracia.

Dios aborrece el pecado y es impelido por su propia naturaleza a arrojar furia e ira sobre aquellos que están en pecado. Pero el Evangelio trae la sorprendente noticia de que a estos que merecen su ira, Dios les ha hecho objeto de su gracia. La declaración de Romanos 3:25 es enfática, y el punto es crucial. Pablo está diciendo que el Evangelio que proclama, en aparente violación de la justicia de Dios es, en realidad, una revelación de esa justicia. Lo que Pablo está diciendo es que el Evangelio revela un camino en el cual los pecadores pueden ser justificados, sin afrontar la justicia divina, que condena todo pecado, y que abarca a todo hombre.

La base de todo es la propiciación, la muerte de Cristo. La propiciación significa aquello que pacifica la ira de Dios contra el pecado, y obtiene su favor; la propiciación fue tipificada por medio de los sacrificios del Antiguo Testamento, en los cuales la sangre era derramada. La propiciación contempla nuestra deuda con la ira de Dios y es la provisión de gracia por medio de la cual podemos ser liberados de esa ira.²⁰

Esta propiciación fue hecha mediante sangre, lo cual hace referencia a los sufrimientos de Cristo en la cruz y, por encima de todo, su muerte.²¹ Esta muerte ha venido a ser una propiciación por medio de la fe en su sangre; y es efectiva cuando creemos que su muerte es un sacrificio que hace expiación por el pecado y cuando descansamos sobre esto.

La propiciación es, por encima de todo, una satisfacción a la justicia de Dios. Lo que ha sido satisfecho es el principio eterno de que ningún pecado puede quedar sin castigo. El pecador puede encontrar paz en la misma obra que ha dado satisfacción a Dios.

20. J. Murray, *Romans*, pág. 116.

21. Haldane, *Romans*, pág. 150.

El pecador está en el tribunal, frente a Dios;²² si reconoce que sólo puede encontrar la vida en el sacrificio de Cristo, hay esperanza para él; Dios da a este pecador lo que desea darle, la reconciliación, la vida; Dios lo justifica. El pecador que entra al tribunal como un reo de muerte, poder salir como alguien que entra a la vida; Dios lo perdona porque su deuda ha sido pagada por Cristo, por el Mesías. Dios muestra su justicia en esta absolución; el pecador recibe lo que le corresponde por la obra de Cristo, y ahora este hombre es, ante Dios, como un justo, es decir, alguien que ya no tiene culpa. Este pecador no es justo en sí mismo. debido a sus propios esfuerzos; solamente es justo en Jesucristo, gracias a su sacrificio de la cruz. Aquella obra de Jesucristo es la respuesta suficiente para toda acusación de la Ley de Dios.

Pablo agrega que todo esto se debe a la gran paciencia de Dios, que ha pasado por alto los pecados de su pueblo, antes de la muerte de Cristo. Hubo un tiempo cuando la ley no era honrada, y cuando su justicia no había recibido satisfacción. Ninguna expiación definitiva era hecha para aquellos pecados y, mediante su paciencia, Dios no procedió inmediatamente a castigarlos; pero Dios tenía en cuenta la justicia de siempre, la que sería traída a través del tiempo, conforme a Daniel 9:24, por medio del sacrificio expiatorio de su Hijo. Como dice el profeta: «Setenta semanas están determinadas sobre tu pueblo y sobre tu ciudad para acabar la prevaricación y concluir el pecado y expiar la iniquidad, y *para traer la justicia de los siglos* y sellar la visión y la profecía y ungir al Santo de los Santos.» Dice más adelante Daniel, para que no tengamos dudas de a quién se refiere: «Y después de setenta y dos semanas se quitará la vida al Mesías, y no por sí.» Este precioso verso del Antiguo Testamento indica la base sobre la cual los santos del Antiguo Testamento fueron admitidos en el cielo, en la presencia de Dios, antes de la muerte de Cristo.

22. Leon Morris destaca que la principal metáfora que el Nuevo Testamento proporciona sobre la expiación es una corte de justicia. (*The Cross in The New Testament*, pág. 395).

Lo que es de importancia suprema es que la justificación se fundamenta en lo que es la justicia de Cristo. Dios ha hecho de Cristo un medio de propiciación en su muerte y aplicó así su justicia, en su muerte.

- a) Esto no puede entenderse de otra manera que ésta; Dios ejecutó en Cristo el poder enjuiciatorio y condenatorio de su justicia, al entregarlo como propiciación por otros, en su muerte.
- b) A esto se añade la importante idea de que hasta entonces Dios había pasado por alto, en su paciencia, aquellos pecados.
- c) Pero ahora, «en este tiempo», Dios ha abandonado su actitud de espera y ha manifestado su justicia vindicatoria, por la muerte de Cristo. Vemos que entonces el apóstol explica que el juicio divino por el pecado se ha concentrado en la muerte de Cristo.
- d) Así como la resurrección de Cristo es la irrupción de la nueva creación, en su muerte se reveló el juicio de Dios. Dios se justificó así, en Cristo, ante el mundo y, además, dio a conocer, reveló, a los que son de la fe de Jesús, la justicia necesaria para poder prevalecer ante el juicio de Dios.
- e) Así como la entrega de Cristo en la muerte tuvo lugar a causa de nuestros pecados, su resurrección aconteció para nuestra justificación.
- f) Pero así como la muerte de Cristo fue una demostración de la justicia condenatoria de Dios sobre el pecado del mundo, así también su resurrección ha sido una demostración, una prueba de la justicia absolutoria de Dios. La propiciación significa eso. Dios ha ejecutado, en Cristo, la capacidad de enjuiciar y de condenar de su justicia, y ha entregado, ha puesto a su Hijo como propiciación por otros, en la cruz.

2. La sustitución.

La justificación incluye el concepto de sustitución. Que la muerte de Cristo es sustitucionaria se prueba: 1) por el uso

de la preposiciones; 2) pero, además, es inseparable de los hechos.

La necesidad de la sustitución se puede expresar así: si la ira de Dios visita a un hombre pecador, o el hombre muere, o Cristo muere;²³ la absolución del pecador consiste en que la culpa que nos hace sujetos a castigo fue transferida al Hijo de Dios. Ésta es la doctrina bíblica de la sustitución.

Las Sagradas Escrituras no enseñan en ninguna parte que el pecado sea cosa fácil de perdonar.²⁴ Una obra sustitucionaria era necesaria. Pablo dice enfáticamente en Romanos 5:8: «Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aun pecadores, Cristo murió por nosotros.» Es ésta la idea de la sustitución de uno por otro; haciendo a Cristo un sustituto del hombre, Dios preserva su propia justicia, y logra el perdón para el culpable.

Los clásicos protestantes siempre han sostenido el hecho de que la justificación está unida a la idea de sustitución. Calvino puede decir: «Nuestra absolución consiste en esto: que la culpa que nos hace sujetos a pena, fue transferida al Hijo de Dios.»²⁵ Hablar de sustitución es hablar de justicia conmutativa, que cambia a uno por otro.

Sí, exactamente en la profundidad de nuestra miseria, Él se interpone por nosotros y se sustituye Él mismo por nosotros; recibe el justo salario, debido a nosotros por el pecado. Él nos sustituye porque sufre aquello que nosotros no podíamos sufrir. Restituye aquello que nosotros no podíamos restituir. El inocente tomó el lugar del culpable, en nombre del culpable, para el bien del culpable.

El salario de nuestro pecado ha sido alejado mediante la sustitución de Cristo, y Él ha sufrido lo que nosotros no podríamos sufrir.²⁶ Hay, pues, un elemento realista en el sacrificio del Calvario. Ésta es otra manera de decir que el método

23. ZEB, Justification, pág. 767.

24. A. M. Stibbs, ob. cit., pág. 178.

25. L. Morris, TAPC, pág. 296.

26. L. Morris, TAPC, pág. 297.

cristiano de la justificación es uno que es sustitucionario. No es posible librarse de la idea de sustitución, o de una penalidad vicaria, en cualquier presentación fiel de la doctrina de Pablo.

Este concepto de sustitución se expresa en toda su crudeza si decimos, como expresa un gran autor (Schlatter) acerca de 2 Corintios 5:21: «Él sufre lo que Dios hace al pecado; y queda evidenciado en su sufrimiento lo que pasa cuando el hombre tiene a Dios contra él.»

Cuando Pablo dice: «No hay condenación ahora para los que están en Cristo Jesús» quiere decir que Cristo llevó nuestra condenación de manera que no pesa más sobre nosotros; «y esto es nada menos que decir que hemos sido justificados por un proceso sustitucionario».²⁷

Si nos preguntamos ¿por qué la cruz?, ¿para qué la cruz?, la palabra de Dios solamente nos da una respuesta, y es que la Segunda Persona de la Deidad, como Cordero de Dios, es la ofrenda sustitutiva por el mundo perdido. Como esta transacción se basa en la muerte de Cristo, es legal, pues, aunque tenga que perdonar al peor de todos los pecadores, Dios no queda complicado de ninguna manera, ni está dejando de lado la justicia. Por esta razón, esta transacción es justa.

Para comprender la cruz hay que estar persuadidos de que nuestro mundo es un mundo caído, y que la condición del hombre es una condición culpable y no irresponsable.

La insistencia sobre el pecado nunca es agradable, pero las buenas nuevas de Jesucristo son proclamadas en la Sagrada Escritura sobre el fondo del pecado del hombre y sobre el fondo de la hostilidad del hombre natural contra Dios. La enemistad contra Dios no siempre es activa, si bien está latente; cuando él es llamado a elegir entre su propia voluntad y la voluntad de Dios, siempre se inclina contra Dios. Pero decimos que la cruz defiende la justicia de Dios; ¿por qué? La cruz revela que Dios ama al pecador, pero también revela que Dios lo ama conforme a su justicia.

27. L. Morris, TAPC, pág. 297.

Porque Dios no puede pasar por alto el pecado es necesario que el pecado sea juzgado y condenado. Si un hombre no ha confiado en Cristo como impío, todavía tiene que ser declarado justo, porque Él es el Dios que declara justo al impío que cree. El que no tiene en claro su estado en el pecado nunca tendrá claro su estado en Cristo.

Si queremos entender la cruz debemos tener presente que la pena de muerte es la reacción de Dios contra el pecado; Cristo llegó a estar tan identificado con los pecadores que sufrió la muerte, y soportó en sí mismo las consecuencias del pecado de ellos. Sólo Jesucristo ha podido atravesar las infinidades del juicio de Dios y después volver.

La condición del hombre se caracteriza por la maldición que pesa sobre el pecado. Esta maldición del pecado representa el juicio de Dios, y aquel que se identifica con el hombre para la redención comparte esta maldición.

Ya vamos viendo algo más de esta justicia; el Evangelio nos anuncia que esta maldición está al servicio del propósito de Dios. Este propósito encontró su plena realización en la cruz. Sus dolores no fueron personales, fueron vicarios, y le fueron transferidos.

Como sustituto, Cristo llevó nuestra maldición. Cuando Cristo murió, Él no sólo murió personalmente. La Biblia lo dice así: «Nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con Él.» La justicia de Dios pide un sacrificio infinito; la cruz lo provee. Ahora podemos redefinir la justificación: la justificación es un acto judicial de Dios; es el acto por el cual es cambiada la relación espiritual del hombre con Dios.

Stibbs ha destacado que en el tiempo de la Reforma del siglo XVI se diera énfasis a la doctrina sustitucionaria, junto con la revalorización de la doctrina de la justificación por la fe. «Ambas doctrinas son interdependientes y se complementan.» «Es Cristo quien fue entregado por nuestras ofensas, y luego resucitado para nuestra justificación» (Ro. 4:25).²⁸

28. A. M. Stibbs, ob. cit., pág. 177.

IV- La exégesis de Romanos 3:21-26

«Exégesis» significa el estudio detallado del texto. La predicación expositiva, que tanto se extraña hoy, toma como punto de partida, y como punto de llegada, el estudio detallado del texto, es decir, la exégesis. Comencemos por el versículo 23.

1. *Primero está el concepto de que todos pecaron* (v. 23).

Se trata de la declaración más definitiva de la Biblia sobre este asunto. En el original aparece en una forma verbal que indica que la acción ocurrió en el pasado pero tiene efectos permanentes; presenta una visión de la raza humana como no haciendo otra cosa excepto cometer pecado.¹⁹ Pecar es *hamartía*, no alcanzar, carecer.

Porque pecaron «están destituidos de la gloria de Dios». Los exegetas están de acuerdo en que la expresión «están destituidos» no es una traducción correcta, porque lo que Pablo quiere decir es que el hombre está ahora en una condición en que no alcanza a la gloria de Dios. Está corriendo una carrera pero no alcanza a llegar a la gloria de Dios.²⁰ Carece de algo que posea antes de la caída.

Pablo se refiere a aquella gloria de la cual Adán fue originariamente investido. Se trata de un fracaso universal, porque todos pecaron. «Gloria» en este pasaje puede referirse no a la presencia salvadora de Dios, sino a la semejanza con Dios que cada hombre debía llevar en la intención original de Dios, pero que ha sido perdida debido al pecado.²¹

No han alcanzado su destino, como Dios lo había plan-

teado. El sentido original de «están destituidos» es el de «no han alcanzado» la gloria de Dios,²² están «privados de la gloria de Dios» (Biblia de Jerusalén).

A causa del pecado, el hombre está destituido, no tiene, carece de aquella sublime pureza que al principio fue impresa en su alma, como imagen de su Gran Creador.²³ Carecen de aquella sabiduría y justicia que conoce y que glorifica a Dios.²⁴

En el Antiguo Testamento la gloria de Dios «es usada para designar el agregado de los atributos divinos, y coincide con la revelación de sí mismo». Vincent destaca que la frase significa «el honor o la aprobación que Dios concede».²⁵

El hombre fue privado de aquella perfección que es el reflejo de la gloria de Dios. Todos están lejos de aquella gloria, que es el brillo y es el esplendor que emanan del carácter de Dios. Están privados, «les falta el esplendor de Dios» (Traducción de Cantera-Iglesias).

2. *Éstos que pecaron son los destinatarios de la gracia.*

Éstos que pecaron son «justificados gratuitamente por su gracia».

- a) *Gracia* es «charis». Esto en los autores clásicos era un favor que se otorgaba a los amigos, nunca a un enemigo.
- b) «Gratuitamente». Esto equivale a decir que, para su salvación, el pecador no contribuye con nada. Ni con sus méritos, ni con sus sacrificios, ni con su religión.

En el Evangelio no hay nada que condicione a la gracia. Es dada gratuitamente; el sentido es que todo el costo recae sobre Dios, que ha provisto el remedio; el pecador no contribuye con nada.²⁶ La gracia que salva:

29. Este concepto puede parecer muy severo, pero no hay que olvidar que «la carne» (lo que el hombre es después de su caída) significa el Ego entronizado.

30. Newman and Nida, «A Translator handbook on Paul's letter to the Romans», pág. 66

31. El significado es «caer detrás», «ser inferior», «padecer necesidad», (NCB, Ro. 3:23, pág. 708).

32. Traducción de Pablo Besson.

33. C. Wesley, Sermones, pág. 14.

34. Melancthon, Justificación por la fe, pág. 26.

35. Earle, WMNT, Romans, pág. 79.

36. EGNT, J. Denney, Ro. 6:10.

- 1) lo traslada del pecado a servir al Dios vivo, para que viva una vida santa.
- 2) La gracia incluye no sólo la concesión de la justificación sino además una transformación interior, consistente en quebrantar el poder del pecado y en implantar la naturaleza divina; la vida eterna es la eterna vida de Dios.

3. La justificación de los pecadores se alcanza únicamente mediante la redención.

El tema «La redención» se analiza en un capítulo separado de esta obra; aquí sólo se mencionan algunos aspectos.

Hay tres vocablos que integran el concepto *redención*:

- 1) *Agorazo*, que aparece en 1 Corintios 6:20; 7:23 y 2 Pedro 2:1. «Habéis sido *comprados* por precio...» (1 Co. 6:20). Significa *comprar*.
- 2) *Exagorazo*, que figura en Gálatas 3:13 y 4:5. «Cristo nos *redimió* de la maldición de la ley...» (Gá. 3:13). Equivale a *comprar del mercado*. Es la idea de la libertad del hombre.
- 3) *Lutron* (Apolutroseos, de apolutroo) en Tito 2:14, en 1 Pedro 1:18 y en Romanos 3:24. «Habéis sido *rescatados*...» (1 Pe. 1:18). Significa liberar mediante el pago de un precio, purificar para sí.

El concepto de redención en el Nuevo Testamento no es sólo el de liberación. El mismo Señor lo explica en términos de un rescate sustitutivo, y en la dación de su vida, que, en el Nuevo Testamento, es lo mismo que el derramamiento de su sangre, el precio de nuestra redención. Además, el concepto de redención se integra con la gran idea de que en la redención algo le ha sido restaurado a Dios; ha sido restaurado el derecho que Dios tiene sobre toda vida humana.

¿Qué enseña Pablo en Romanos 3? Que este precio de redención, la preciosa sangre de Cristo, hace posible para Dios justificar al pecador que cree sobre la base de la justicia satisfecha. Esto es lo que Pablo pasa a explicar enseñada.

4. En el v. 25 Pablo pasa a otra categoría de pensamiento, que es la idea de propiciación, que hemos visto brevemente ya, mediante la redención que es en Cristo Jesús, «el Señor del mérito»,³⁷ a quien Dios puso como propiciación.

Delante del arca se presentaba el sumo sacerdote, representando al pueblo. Cuando la sangre del sacrificio era derramada sobre esta cubierta dejaba de ser un lugar de juicio y venía a ser un lugar de misericordia.

La *redención* atiende a nuestra esclavitud, y es la provisión de gracia para rescatarnos de esa esclavitud. La *propiciación* contempla nuestra deuda con la ira de Dios y es la provisión de gracia por la cual podemos ser librados de ella.³⁸

Dios ha presentado a Cristo, lo ha propuesto, lo puso públicamente, lo ha puesto al frente, como propiciación.³⁹

«Cristo se ofreció a sí mismo, se dio a sí mismo, con el valor total de su vida de Dios-Hombre. ...la totalidad de su ser fue ofrendada, así que Dios proveyó ampliamente lo que su justicia exigió.» Esto es lo que significa el versículo 25. «Dios le colocó y le exhibió como propiciatorio por el hecho de su sangre, que es la vida de valor infinito derramada sobre el altar de sacrificio.»⁴⁰

Vine señala que en consecuencia con el carácter santo de Dios, y con vistas a la manifestación de dicho carácter, Él es, por medio de Cristo, como propiciación por medio de (*en instrumental*) ...Su sangre (3:25), «el que justifica al que es de la fe de Jesús» (v. 26), siendo la justificación la absolución legal y formal de toda culpa por parte de Dios como juez.

En Romanos 5:1, «justificados» está en aoristo, o tiempo puntual, lo que indica el tiempo definido en el que cada persona, al ejercitar la fe, fue justificada.⁴¹

37. Moule, Ro.84.

38. J. Murray, Romans, pág. 116.

39. J. Denney sugiere «a quien Dios manifestó en poder propiciatorio» (Earle, Romans, pág. 81).

40. E. Trenchard, Romanos, pág. 125.

41. Vine, DEPNT, Justificación, págs. 288, 289.

5. *Todo esto es independientemente de la ley pero es «atestiguado (testificado) por la ley y los profetas»* (v. 21). Aquí la Escritura nos introduce al gran pensamiento de que en todo esto nada es accidental, sino que todo, todo, y principalmente la cruz, es parte esencial del enorme y «pacientemente proyectado plan de Dios»;⁴² la cruz no es un accidente de la historia; la cruz estaba en el horizonte de Dios.

6. «Para manifestar su justicia» (v. 25).

Los vocablos «justicia», «justificación» y «justo» aparecen siete veces en seis versículos. Es que el apóstol está haciendo referencia a la gracia, a la redención, a la propiciación, como elementos vinculados todos al gran propósito de Dios de desplegar su justicia en el Evangelio. Éste es el gran tema de la Carta, «el Evangelio de Dios», y éste es el concepto fundamental que desarrolla «la Justicia de Dios» en el Evangelio.

Todo esto Dios lo ha hecho para explicar, para poner en claro, para desplegar su justicia, «para desplegar su modo de aceptación».⁴³ «Mas ahora, aparte de la ley, se ha manifestado la justicia de Dios... la justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo para todos los que creen en Él...». Miremos este concepto fundamental, «La justicia de Dios».

Siempre que encontramos esta expresión, puede significar alguna de estas tres cosas:

- 1) Un atributo de Dios.
- 2) Aquella justicia que es aceptable delante de Él, porque satisface las demandas de su ley.⁴⁴
- 3) La justicia del Evangelio. Ésta es la justicia a que se refiere Romanos 3:25. Es la justicia inherente de Dios desplegada en el Evangelio (J. Murray).

42. Moule, Romanos 85. Pocas lecturas son tan inspiradoras como las páginas de este escritor, que fundamenta su estilo devocional en una rigurosa exégesis.

43. EGNT, Denney, Romanos, pág. 612.

44. Véase la exposición de Hodge sobre 2 Corintios 5:21.

Esta justicia es de Dios por que viene *de Dios, desde Dios*. Ésta es una maravilla del Evangelio. Esto es aquello que los ángeles desean mirar.

«Ahora», dice Pablo (v. 21). Es el «ahora» después de la cruz; «ahora», en este momento estratégico de la historia; «ahora», en la plenitud de los tiempos (Gá. 4:4); «ahora», una justicia que viene de Dios, ha sido revelada.

Más precisamente ¿por qué se dice «se ha manifestado la justicia de Dios»? (v. 21). Veamos qué abarca este concepto.

a) Cristo exhibió públicamente la justicia de Dios porque Dios no perdonó a su Hijo cuando el pecado fue puesto sobre Él. Como la víctima ofrecida en la cruz, Cristo muestra la justicia de Dios satisfecha. Cuando la ira de Dios visita la impiedad del hombre, el juicio se torna inevitable. La cruz es la expresión de este juicio.⁴⁵ Esto es tremendo; la justicia se manifiesta porque en Cristo crucificado esa justicia ejerce todo su poder condenatorio. Aún hoy, en el Nuevo Testamento no hay salvación, ni gracia, aparte de la justicia de Dios satisfecha.

b) Además, la idea de la justicia de Dios está vinculada con la resurrección de Cristo. La justicia se manifiesta en la tumba vacía, porque la resurrección es la demostración de que el sacrificio fue aceptado. Fue un acto de justicia de Dios levantar a su Hijo. Cristo ha resucitado para nuestra justificación (Ro. 4:25). Esto equivale a decir que la resurrección del Hijo de Dios se consumó con el propósito de justificarnos. En su muerte, Cristo pagó nuestra deuda; en su resurrección; recogió el recibo.⁴⁶ Jesucristo murió como nuestro representante, y resucitó como nuestro representante y cabeza.

En la base de la justificación por la fe hay un gran acto

44. Véase la exposición de Hodge sobre 2 Corintios 5:21.

45. Sanday and Headlan (Romans, pág. 89) expresan: «¿En qué sentido puede decirse que la muerte de Cristo demuestra la justicia de Dios? La demuestra destacando la imposibilidad de ignorar el pecado.»

46. Matthew Henry, citado por Newell, Romanos, pág. 120.

de Dios. Es el hecho de que Cristo vivió y murió victoriosamente, teniendo capacidad para ofrecer su vida humana, sin mancha, a Dios. La muerte y la resurrección de Cristo constituyen dos facetas del mismo hecho redentor. La muerte es la base de la justificación, porque es la que dio satisfacción a Dios. La demostración de este hecho es la resurrección.⁴⁷ Dios juzgará al mundo con justicia «por aquel varón a quien designó, dando fe a todos con haberle levantado de los muertos» (Hch. 17:31).

Como cabeza de la humanidad, Cristo anunció su responsabilidad, como representante de los pecadores. Como cabeza de la humanidad redimida, Él no se levantó solo sino como cabeza de la iglesia.

Ésta es la doctrina bíblica de la justificación por la fe que Pablo desarrolla extensamente en los capítulos 4 y 5 de Romanos. En la justificación Dios atribuye todo el glorioso beneficio de la muerte y de la resurrección de Cristo al pecador que confía en Él. La justificación consiste en una declaración de que la justicia de Dios está satisfecha. En la cruz se ha hecho una plena satisfacción, infinitamente meritoria, por nuestros pecados y por tanto podemos ir a Dios con la seguridad de ser aceptados. Dios declara justo al impío que cree porque computa en favor del que cree todo el mérito infinito de la obra de Cristo en la cruz. Esto es lo que ha logrado, para todos los hombres, la propiciación. El perdón de Cristo no se concede ignorando la justicia ni violentando la justicia, ni trabajando contra ella. Todo lo contrario. Ahora, sobre el fundamento eterno establecido por la cruz, «*la gracia reina*, por medio de la Justicia» (Ro. 5:21).

c) La justicia de Dios confiere a los que creen en Cristo la misma aceptación que Cristo tiene delante de Dios, por cuanto Él llevó sus pecados. Somos justificados en Cristo

después de que Él ha cargado nuestros pecados y después de que Él se ha levantado de entre los muertos. La justicia se simboliza en las Escrituras mediante un vestido. El mensaje del Evangelio proclama que el pecador creyente está «vestido de Cristo» (Col. 3:10).

d) La justicia del creyente es Cristo mismo. La justicia no es mencionada para aterrarnos sino para afirmarnos. ¿Qué es entonces la justicia del Evangelio? La justicia de la cruz es el modo sublime que Dios tiene para recibir a los pecadores, por amor de su Hijo. Esto siempre viene primero, profundamente primero.⁴⁸

7. «*A causa de haber pasado por alto... los pecados pasados.*» (Mientras Él contenía su ira).

No hubo ninguna diferencia en cuanto a cómo Dios perdonó a los pecadores, antes o después del Calvario.

La cruz es un hecho de repercusiones eternas, que Dios reconoce. El pecador que cree es salvo, no sólo por la misericordia de Dios, sino también por la justicia de Dios. La salvación se fundamenta sobre el hecho de que se ha pagado un precio y la justicia ha sido mantenida.

Pablo está pues, aquí, vindicando la justicia divina. ¿Por qué? Porque el hecho de la paciencia de Dios, es decir, su tardanza en aplicar su justicia, oscureció y oscurece en muchos hombres el concepto de la inviolabilidad de la ley de Dios. En otras palabras, la paciencia, la demora, puede ser confundida con indiferencia de Dios hacia el pecado.⁴⁹

Este agravio al carácter santo de Dios es lo que Pablo rechaza, y entonces subraya que ahora, el tiempo ha llegado para vindicar el carácter divino. Y subraya que un elemento esencial en la propiciación es que vindicaría, es decir, restablecería la justicia de Dios. La justicia es la consistencia mo-

46. Matthew Henry, citado por Newell, Romanos, pág. 120.

47. E. Trenchard, Romanos, pág. 139.

48. Moule, Romanos 84.

49. Este punto es tratado admirablemente por James Denney, en EGNT, en Romanos 3:21-26.

ral de Dios consigo mismo. La justicia es la consistencia de Dios con su propio carácter.

No se trata, pues, de que no hubiera penalidad por el pecado durante el período del Antiguo Testamento; lo que ocurrió fue que Dios no trató plena y adecuadamente con el pecado hasta el Calvario.⁵⁰

Enseguida Pablo aclara cómo esto ha sido hecho:

- a) Si Dios hubiera ejecutado el juicio contra el pecado haciéndolo caer sobre el culpable, la justicia de Dios hubiera quedado vindicada, y se hubiera cumplido el primer propósito que Pablo declara en el v. 26 «Que Dios sea el justo.»
- b) Pero había un segundo propósito en Dios, el que aparece en Romanos 4:5, que era el de «justificar al impío», bajo ciertas condiciones.

Para lograr ambos propósitos, es decir, vindicar su justicia plenamente sin comprometerse con el mal y al mismo tiempo poner su justicia al alcance del hombre pecador, fue necesario que Dios, en lugar de ejecutar el juicio directamente, proveyese una propiciación. Es el amor de Dios el que provee esta propiciación. Ésta ha sido puesta a nuestro alcance a un gran costo, la sangre de Cristo.

8. Esta propiciación se fundamenta en el derramamiento de la sangre de Cristo.

Dios puso a Cristo Jesús como propiciación, por medio de la fe en su sangre. Dios puso a Cristo Jesús como propiciación para que sea recibido por medio de la fe.

Leon Morris ha destacado⁵¹ que la sangre señala en las Escrituras, a una vida entregada a la muerte.

La justicia de Dios nos es otorgada gratuitamente, por su gracia. La recibimos porque Dios ha puesto a su Hijo como

víctima propiciatoria mediante el derramamiento de su sangre.⁵²

La mención de la sangre de Cristo muestra que el vínculo entre la redención y la muerte propiciatoria de Cristo es algo sólidamente establecido.

La propiciación es «por medio de la fe en su sangre». Para el autor a los Hebreos (9:22) lo decisivo en la realización del sacrificio es el derramamiento de la sangre de la víctima. La entrega de la vida es la condición indispensable para la concesión del perdón. La sangre de Cristo justifica ante Dios a todo el que reivindica para sí, de un modo personal, el sacrificio de Cristo, a través de la fe.⁵³

Se habla de la fe en su sangre, porque es la sangre la que ha quitado de en medio el pecado. La sangre simboliza la muerte violenta; por lo tanto, hablar de la sangre de Cristo que quita el pecado equivale a decir que la muerte de Cristo lo quita. La «fe en su sangre» significa pues la fe en la muerte de Cristo como el fundamento único, eterno, de la salvación del pecador que cree.⁵⁴

El vocablo «sangre» hace referencia a la muerte violenta que padecían los animales sacrificados según el Antiguo Testamento. Lo que Pablo quiere pues subrayar en este pasaje de Romanos 3:23-26 es que lo que apaciguó la ira de Dios no es la vida inmaculada de Cristo sobre la tierra sino el derramamiento de su sangre al morir. Esto explica la expiación en términos de sustitución representativa,⁵⁵ pues el ino-

52. W. Mundle, en DTNT, Redención, pág. 59, habla de víctima expiatoria.

53. F. Laubach en DTNT, Sangre, pág. 146.

54. Vine destaca que la fe descansa en la persona viviente del Salvador, indicando que Romanos 3:25 enseña que Cristo vino a ser una propiciación mediante su sangre. Por su parte, J. Denney señala que Romanos 3:25 debe traducirse: «a quien Dios puso como poder propiciatorio» y agrega «es en su sangre que Cristo ha sido investido con poder propiciatorio», y que no hay capacidad propiciatoria en las Escrituras, excepto que la sangre sea la de un sacrificio (Earle, Romans, pág. 82).

55. Packer, HCDD, pág. 211.

50. Earle, R. Romans, pág. 85.

51. Ver DT, Sangre, pág. 482 y L. Morris, TAPC, capítulo 3.

cente recibe el castigo judicial correspondiente al pecado, el nombre del culpable, y en lugar del culpable.

El vocablo propiciación se vincula con Jesucristo de dos maneras:

- a) Según Romanos 3:25, el Señor Jesucristo hizo un sacrificio propiciatorio.
- b) Pero además significa también que Cristo mismo es el propiciatorio, es decir, el lugar donde pueden encontrarse Dios en toda su santidad y el pecador en toda su culpabilidad.

Newell afirma también esto último⁵⁶ en razón de que la sangre era rociada sobre el propiciatorio (Lv. 16, 14), y esto significa que el sacrificio proveía una base justa a la reconciliación. Señala que al mismo tiempo el pasaje de Romanos 3:25 manifiesta la justicia de Dios, por lo que bien pudiera leerse que «Dios manifestó al Cristo propiciatorio», manifestándose así justo, «leal a su eterna ley»,⁵⁷ a la vez que justificador de los pecadores, por su gracia.

La carta a los Hebreos alude frecuentemente a la aspersión de la sangre de la víctima sacrificada en el Antiguo Testamento para mostrar cuán grande es la virtud purificadora de la sangre de Cristo.⁵⁸

Vemos en el vocablo «propiciación» un sacrificio propiciatorio que ha expiado la culpa; la cruz es el propiciatorio, porque es el lugar en donde Dios, permaneciendo en toda su santidad, puede aceptar a los pecadores culpables a su santa presencia.

El punto de vista consistente de la Escritura es que el pecado del hombre ha dado lugar a la ira de Dios. Esta ira es apaciguada o desviada solamente por la ofrenda expiatoria de Cristo. «Desde este punto de vista su obra salvífica es llamada apropiadamente propiciación.»⁵⁹ La propiciación no

altera la naturaleza de Dios, pero sí altera la relación de Dios con la criatura pecaminosa.

La función del propiciatorio era evitar que la ley de Dios puesta en su interior estuviese en contacto directo con el ambiente del pueblo pecador porque lo hubiese consumido. De manera que el propiciatorio con la sangre puesta encima apagaba las demandas de esa ley. Por lo cual la justicia de Dios satisfacía lo que las tablas de la ley representaban; podía morar en medio de un pueblo transgresor sin darle muerte; antes, por el contrario, permitía el acceso a la misma presencia de Dios para tener comunión con Él.

El pecado del hombre recibe su debido castigo no en razón de alguna retribución impersonal, como si se tratara de seguir el curso natural de las cosas, sino debido a que la ira de Dios está dirigida contra él (Ro. 1:18-28).

Por esta razón, cuando Pablo habla de la salvación, piensa de la muerte de Cristo como *hilasterion* (Ro. 3:25), el medio de reconocer o quitar la ira de Dios; éste es el vocablo que, como se ha visto, es utilizado en la LXX para indicar el «lugar de la propiciación», puesto que ese vocablo designaba a la cobertura del arca. Cristo, cubierto con su propia sangre, representa ahora el papel que desempeñaba el propiciatorio en el ceremonial del Antiguo Testamento.

El arca era una caja que no tenía tapa, en tanto que el propiciatorio o cubierta era una plancha de oro que servía de tapa para el arca. A los dos extremos de esta plancha había dos querubines, labrados a martillo; esto formaba parte de la cubierta. Esta cubierta estaba entonces encima de las tablas del pacto, la ley de Dios. Con esto se daba a entender que la propiciación descansaba sobre el pacto de Dios con su pueblo. La función del «propiciatorio» no es sólo la de tapar el arca sino que su sentido doctrinal es el de «cubrir el pecado», en el sentido de que ya no constituya una barrera entre el hombre y Dios. La sangre cubre nuestras transgresiones.

No queda duda de lo que este pasaje revela: que Cristo ha sido investido con una capacidad propiciatoria, en virtud

56. Newell, Romanos, pág. 93.

57. Moule, Rom. 84.

58. G. R. Beasley - Murray, en DTNT, Sangre, pág. 148.

59. L. Morris, DT, Propiciación, pág. 432.

de su muerte. Es su sangre la que cubre el pecado. En la mente de Pablo la idea de sangre con capacidad propiciatoria y la de sangre sacrificial son la misma cosa, porque la Escritura no atribuye aquella capacidad más que a la sangre del sacrificio.

9. La propiación se hace eficaz por medio de la fe.

El apóstol corona este pensamiento subrayando que Dios ha desplegado así, maravillosamente, sus atributos de justicia y de misericordia, «a fin de que Él sea el justo y el que justifica al que es de la fe de Jesús» (Ro. 3:26).

La salvación del pecador es «por medio de la fe en su sangre». No se trata de fe en general, aquella creencia de que Dios existe, o que la Sagrada Escritura es la verdad. Es más que eso. Es aquella fe de la cual Cristo es el objeto.

Se trata entonces de la fe como aquel acto que se requiere del pecador para hacerlo participante de la justificación. Este acto consiste en creer en Cristo; consiste en recibirle a Él como es revelado en el Evangelio, como el eterno Hijo de Dios, que se vistió de nuestra naturaleza, excepto el pecado, que nos amó hasta lo sumo y se entregó como una propiación por nuestros pecados.

Es la fe «en su sangre». La sangre de Cristo está utilizada como una referencia indudable al carácter sacrificial de su muerte. No es su muerte como un ejemplo sino su muerte como un sacrificio, la que expía el pecado.

Dios declara justo al impío que cree. Dios no declara justo al impío que permanece en la impiedad, sino que declara justo al impío que deja sus obras, que no confía en sus propios méritos.

Dios no declara justo al hombre piadoso, hecho bueno, ni hecho religioso, ni hecho cristiano, sino al impío que cree. La justicia de Dios sólo alcanza al pecador que cree.

Se puede afirmar categóricamente que lo que Dios ha dado al mundo en Cristo, tan infinitamente grande, y tan absolutamente libre como es, carece totalmente de valor si no es

aceptado. La fe tiene un lugar, y un lugar decisivo, porque por medio de la fe, el hombre recibe.

Romanos 3:25 subraya, pues, cuál es el único medio de propiación de la obra de Jesucristo, la única condición dejada al hombre, la fe. Es por la fe que el pecador encuentra descanso y paz en su Salvador y Señor.

Lo ha señalado muy bien J. Murray (ob. cit., pág. 120) cuando destaca que la justicia inherente de Dios es demostrada. El pasaje indica que la vindicación y la satisfacción de los dictados de la justicia yacen en el corazón de la doctrina de Pablo de la redención y de la propiación como la provisión de la gracia de Dios con el propósito de la justificación de los pecadores.

V- La cruz defiende la justicia de Dios en nuestra salvación, porque condena al pecado, pero lo condena para salvar al pecador.

1. El concepto que la Biblia proporciona sobre la justicia de Dios no se limita a un conjunto de leyes. Ciertamente, la justicia se expresa en sus leyes. Las leyes grabadas en la constitución moral del hombre como hecho a la imagen de Dios; están expresadas en las leyes mosaicas del Antiguo Testamento.⁶⁰ Pero la justicia de Dios revela una cualidad del carácter de Dios. El concepto de justicia revela cómo es Dios. Es el atributo de Dios que revela su carácter.

2. La justicia es la consistencia moral de Dios consigo mismo. Dios no rinde cuenta a nadie, pero está frente a sí mismo, en toda su dignidad. En el derecho humano, el juez tiene que ser frío, y desapasionado. Pero esto no tiene cabida en la Biblia. La Biblia no nos deja ninguna duda de que Dios ama la justicia, de que Dios aborrece la iniquidad.

60. E. Y. Mullins, *La religión cristiana en su expresión doctrinal*, pág. 238.

3. La justicia de Dios está basada en su naturaleza. Es una parte de la perfección moral de Dios, en su invariable amor por lo verdadero.⁶¹ La justicia en sentido bíblico es una condición de rectitud, cuya medida es Dios mismo. Debe estimarse de acuerdo con patrones divinos; es la justicia que pertenece a Dios, que tiene valor delante de Él.

4. En el mundo podemos distinguir varias clases de justicia. Hay una justicia que es punitiva; castiga al culpable debido a su transgresión. Condena al culpable y no le deja esperanza.

El juez tiene la tarea de restaurar el equilibrio jurídico, allí donde haya sido violado.⁶² Hay una justicia que es retributiva; da a cada uno lo que merece. La pena se ejecuta en contra del culpable.

Pero nada de esto es la justicia de la cruz. La justicia de Dios en la cruz no es retributiva, no es mandatoria, no es punitiva, no es condenatoria. La justicia de la cruz es una justicia redentora, porque es una justicia que rescata. Porque la justicia de Dios es una justicia que libera, que rescata, tiene que juzgar y condenar, de una vez para siempre, el pecado. Tiene que hacerlo de modo que no legitime el pecado, por una parte, y que pueda llevar al arrepentimiento y la fe por otra.⁶³

Tenemos que hacernos la pregunta, ¿creemos en el juicio divino? ¿Creemos en un Dios que actúa como nuestro Juez? Parecería que la mayor parte de los hombres de hoy no creen en esto. Si se les habla acerca de Dios como Padre, como amigo, como ayudador, que nos ama a pesar de la debilidad nuestra y de nuestros pecados, se les ilumina el rostro; estamos en la misma onda enseguida,⁶⁴ pero si se les habla de

Dios como Juez fruncen el ceño y sacuden la cabeza. Sin embargo, pocas cosas en la Biblia se recalcan más enfáticamente que la realidad de Dios como Juez. La realidad del juicio divino aparece en todo el relato de la Biblia, página tras página. El Nuevo Testamento describe a un hombre en juicio delante de Dios.⁶⁵

Lo cierto es que parte de la perfección moral de Dios es su perfección para juzgar; un Dios indiferente con respecto al bien y al mal no sería un Dios bueno. La indiferencia moral sería una imperfección en Dios, no una virtud. La prueba definitiva de que Dios es un ser moralmente perfecto, a quien no le resultan indiferentes las cuestiones del bien y del mal, es el hecho de que se ha comprometido a juzgar a los hombres, y al mundo; Dios se ha comprometido a juzgar todo pecado, también el mío.⁶⁶

Desde luego, esto tiene derivaciones aterradoras para los impíos, es decir, para los que insisten en vivir y en morir en la impiedad. Pero esencialmente la idea de un juicio revela el carácter moral de Dios; otorga significación moral a la vida humana. La doctrina de un juicio final en Dios destaca el triunfo final de la justicia.

Esta doctrina de un juicio da sentido a la vida; el punto de vista cristiano sobre un juicio significa que la historia se mueve hacia una meta; el juicio protege la idea del triunfo de Dios; el juicio significa que al final se hará, en forma perfecta, la voluntad de Dios. Y, en todo esto, hay que destacar la responsabilidad del hombre. Nadie vive irresponsablemente. Y nadie muere irresponsablemente. Todo hombre dará, a Dios, razón de sí.

La justicia es la consistencia moral de Dios. No podría haber consistencia moral en un Dios que contemporiza con el pecado; pero esta consistencia moral, o justicia de Dios, puede manifestar su oposición al pecado, redimiendo al hom-

61. Lensky, Efesios, pág. 489.

62. POP, Palabras Griegas, pág. 215.

63. Ver Chafer T. S. I., pág. 699.

64. J. Packer, HCDB, págs. 161-163. Ver también L. Morris, TAPC, pág. 290.

65. Barclay, Pensamiento de Pablo, pág. 76.

66. J. Packer, HCDD, pág. 163.

bre, siempre que esto sea hecho de manera tal que el pecado sea juzgado como eso, como pecado. En la cruz de Cristo Dios ha juzgado toda maldad en conformidad con la justicia. Esta condenación del pecado en la cruz es un acto de gracia; manifiesta la justicia de Dios, y hace posible que Dios conceda justicia a aquellos que aceptan el juicio contra sus pecados.⁶⁷

No hemos de avergonzarnos al insistir en el énfasis bíblico del juicio de Dios sobre el pecado, porque traer a la palestra el tema del juicio y de la muerte no significa estar en contra del hombre, es luchar por el hombre.

El término «justicia» que utiliza el apóstol quiere decir entonces la consistencia moral de Dios consigo mismo; pero, además, indica su bondad moral en relación con los hombres, en la cual bondad moral se incluye su gracia salvadora. De modo que Dios manifiesta su justicia en su juicio contra el pecado y en su gracia que salva del pecado.⁶⁸

Y en todo esto es fundamental la unidad del carácter de Dios; esto quiere decir que un atributo, en Dios, no pesa más que otro atributo; toda la energía de la naturaleza moral de Dios actúa para condenar el pecado, y toda la energía de la naturaleza moral de Dios actúa, al mismo tiempo, para redimir a los hombres.⁶⁹ Esta unidad moral, esta consistencia de Dios consigo mismo, es su justicia; éste es el punto de vista de Pablo, y está basado en el Antiguo Testamento.

En toda su obra salvadora por su pueblo, Dios opera sobre principios de justicia. Cuando contemplamos la obra propiciatoria de Cristo, vemos que la justicia de Dios está ligada a su amor redentor. Los intereses de la justicia nunca son descuidados por Dios, mientras lleva a cabo su propósito redentor. Lo fundamental es que ésta es una justicia redentora.

Esto significa la rehabilitación de su justicia en la actividad redentora de Dios a favor de los hombres; éste es un aspecto notable, impresionante de la justicia divina; en el

ejercicio de su amor redentor para los hombres, Dios conserva la inviolabilidad de su ley moral.⁷⁰

VI- En la justificación Dios, el Juez de toda la tierra, declara que el impío que cree está cubierto eternamente con la justicia de Cristo.

En cuanto a que el hombre sea «hecho justo» o «declarado justo» hay una discusión centenaria. Sobre este punto es importante tomar en cuenta la amplia documentación que provee Earle.⁷¹

Él destaca la larga discusión que se ha planteado sobre este asunto:

- a) algunos enseñan que en la justificación la justicia de Cristo *es imputada o es atribuida* al pecador;
- b) otros sostienen que en el acto de la justificación Dios nos *hace justos* y entonces nos *pronuncia o declara justos*.

1. Citaremos primero a quienes adoptan este segundo criterio. Schrenk, en el amplio Diccionario Teológico de Kittel⁷² señala Gálatas 2:16 «sabiendo que el hombre no es justificado por las obras de la ley, sino por la fe de Jesucristo, nosotros también hemos creído en Jesucristo, para ser justificados por la fe de Cristo y no por las obras de la ley, por cuanto por las obras de la ley nadie será justificado». El verbo significa «convertirse en un hombre justo a los ojos de Dios». Agrega que en cuanto lugar este vocablo es utilizado, siempre se incluye la fe (*pistis*). «Pablo liga estos dos vocablos en 9 pasajes. En otras palabras, la justificación por Dios nunca tiene lugar, aparte de la fe, por parte del hombre.»

Hay que advertir, como lo hacen Earle y otros autores, que decir que Dios declara justo lo que es realmente injusto es

70. ZEB, Justification, pág. 766.

71. Earle, WMNT, Romans, págs. 74-77.

72. Citado por Earle, Kittel's Theological Dictionary of The New Testament.

68. Conner, ob. cit., pág. 297.

69. Conner, ob. cit., pág. 297.

hacer a Dios mentiroso. Dios, por su misma naturaleza es verdadero y no puede afirmar lo que no sea cierto.

En el Nuevo Testamento *dikaioo* indica «el acto por el cual un hombre es traído a un estado justo con relación a Dios». La justificación atiende directamente al carácter. Ella contempla el hacer al hombre mismo justo.

Luchando a brazo partido con lo señalado anteriormente, Vincent culmina con una aguda observación: «la justificación que realmente no remueva la mala condición del hombre que está en la raíz de su enemistad con Dios, no es justificación». En ausencia de ello, una declaración legal de que el hombre es justo será una ficción, lo que no puede ser atribuido a Dios.

Earle concluye en una posición que da lugar a ambos conceptos:⁷³

- a) Una definición teológica de justificación es que se trata de «la acción por la cual el hombre es justificado, o liberado de la penalidad del pecado y contado y hecho justo por Dios».
- b) Una definición de justificar consiste en «declarar libre de la penalidad del pecado sobre la base de la justicia de Cristo, y hacer inherentemente justo mediante la infusión de la gracia».

Earle subraya finalmente que Dios ha provisto más que un perdón legal. Él imparte la justicia de Cristo en aquel que cree. Entonces y sólo entonces, puede Él reconocernos como justos.

2. En un sentido opuesto cabe ahora citar a quienes adoptan el primer criterio.

Cremer señala que *dikaioo* denota «la actividad que es dirigida a la restauración o a la producción de un *dikaion*», que en el Nuevo Testamento significa «reconocer, manifestar como justo, justificar». En el uso que hace Pablo ello «denota nada menos que el acto judicial de Dios, mediante el cual el

pecador es pronunciado libre de la culpa y del castigo».

Sanday y Headlam, en su trabajo monumental sobre Romanos, hacen una cuidadosa discusión de *dikaioo*. Sostienen que el verdadero sentido es de «pronunciar justo», y añaden que no puede significar «hacer justo».

Por su parte, otro autor, Burton, concluye que en el Nuevo Testamento el vocablo tiene un sentido forense, judicial, y que significa «reconocer como aceptable (a Dios)». El vocablo *dikaioo* designa el acto por el cual Dios hace al hombre acepto en su presencia.

Otro autor⁷⁴ subraya que así como Pablo no dice que Cristo haya sido hecho pecador sino pecado, por nosotros, así tampoco dice que en Él nosotros seamos hechos *justos*, es decir, no manchados por el pecado, sino *justicia*, más precisamente la justicia de Dios. Agrega asimismo que esta justicia, por el hecho de provenir de Dios, es completa e inviolable por siempre jamás.

Es importante citar también la opinión de otro exegeta, Cranfield,⁷⁵ quien resumiendo la discusión centenaria, destaca que se discute si la justificación significa la concesión de un «status» justo, es decir, la absolución que Dios concede al pecador, o si significa, además de ello, el hacerlo justo en un sentido ético, es decir, si incluye la regeneración moral. Señala asimismo que los académicos católicos han mantenido generalmente este último punto de vista, en tanto que los protestantes se han inclinado por el primero.

Cranfield dice que no parece haber duda de que el vocablo *dikaioo* significa simplemente «absolver», «conferir un estado de justo», y que no contiene en sí ninguna referencia a una transformación moral.

Pero agrega Cranfield que es necesario subrayar, como lo hace Calvino, que si bien la santificación es una cosa distinta de la justificación, ambas cosas no deben ser separadas; como

73. WMNT, Romans, pág. 77.

74. Philip E. Hughes, Second Corinthians, pág. 214.

75. C. E. B. Cranfield, Romans, I, pág. 95.

lo destaca el reformador citado, «imaginar que Cristo nos concede una justificación libre sin impartimos nueva vida es dividir vergonzosamente a Cristo en dos partes». La justificación es ciertamente básica para Pablo, pero no es el todo de lo que Dios hace por nosotros en Cristo, y «no podemos recibir la justificación en Cristo sin al mismo tiempo asimos de la santificación».⁷⁶

No podemos menos que coincidir con este punto de vista. Como trataremos más adelante, siempre hay que subrayar que la mera declaración de que uno tiene fe, carece de sentido si luego la experiencia no indica que ha habido una obra regeneradora de Dios el Espíritu Santo; esta obra se realiza en el interior del hombre, lo hace un discípulo de Cristo y orienta la vida toda para honrar y servir a Dios.

La santificación como experiencia del individuo debe seguir a su declaración de que ha creído en el Salvador de los pecadores, y esta santificación comienza a evidenciarse en todo aquel que vive bajo la influencia transformadora del Espíritu Santo.

También hay que citar a Leon Morris; él trata este punto y subraya que «cuando vemos aquellos pasajes en donde el término *justificar* aparece, «no puede haber ninguna duda de que el significado es declarar, más bien que hacer a uno justo».⁷⁷ Así, encontramos una orientación en Deuteronomio 25:1 pues los jueces «absolverán al justo, y condenarán al culpable». El antecedente forense es inconfundible y el verbo sólo puede significar «declarar justo» o «absolver». Agrega Morris que el significado de que se trata de un proceso declarativo más bien que el hacer a uno justo surge claramente del hecho de que el verbo es aplicado a Jehová en el Salmo 51:4, dado que sería imposible pensar que Él pudiera «ser hecho justo» en ningún otro sentido que no sea hacerlo justo delante de los hombres o «declararlo justo».⁷⁸

76. Cranfield, ob. cit., pág. 95.

77. Leon Morris, TAPC, pág. 259.

78. Leon Morris, TAPC, pág. 260.

Puede citarse también a Hendriksen.⁷⁹ «La justificación es aquel acto de gracia de Dios por el cual, tan sólo sobre la base de la obra mediadora que Cristo realizó, Él declara justo al pecador y éste acepta este beneficio con corazón creyente.»

«La justicia que es base de su decreto justificador no es menos que la absoluta justicia de Dios que está a disposición del cristiano por medio de Cristo, y que se le adjudica a todo aquel que cree.»⁸⁰

Dios declara que considera justo al impío que deja todas sus obras y cree en Él como el Dios quien, a base de la sangre derramada de Cristo, justifica al impío (Ro. 4:5). Lo declara justo computándole todo el valor absoluto de Cristo.⁸¹ El fundamento de la justificación es «la redención que es en Cristo Jesús» (Ro. 3:24). La justificación es el acto por el cual Dios une al pecador creyente con el Cristo resucitado en gloria, dándole la misma aceptación que Cristo, su amado Hijo, tiene delante de Él,⁸² de modo que el creyente ya es «la justicia de Dios en Él».

Corresponde mencionar también la definición de Mullins: La justificación es un acto judicial de Dios en el que declara que el pecador está libre de condenación, y le restaura al favor divino. Se verifica cuando el pecador confía en Cristo y sus méritos, para obtener la salvación.⁸³

- a) En primer lugar, la justificación es un acto declarativo de Dios. Por nuestra unión viva con Cristo, la justicia de Él viene a ser la fuente de nuestra propia justicia.
- b) En segundo lugar, este acto declarativo de Dios se basa en la obra de Cristo (Ro. 3:23-26). Un análisis del pasaje (que hemos hecho en detalle anteriormente) muestra el resultado siguiente: 1) todos los hombres han pecado. No hay excepción a la regla. 2) Todos necesitan una justifi-

79. W. Hendriksen, Gálatas, pág. 106.

80. Chafer, T. S., I, pág. 704.

81. Newell, Romanos, pág. 79.

82. Newell, Romanos, pág. 124.

83. Definición de Mullins, ob. cit., pág. 397.

cación distinta de la que ellos mismo pueden proveer. 3) Dios ha propuesto a Jesucristo para ser una propiciación por nuestros pecados. 4) Basándose en esta obra propiciatoria de Cristo, somos declarados justos por Dios, reconocidos como justos. 5) Este acto justificador de Dios fue hecho libremente por su gracia, bajo la condición de nuestra fe en Dios. 6) Finalmente, esta obra de Cristo fue necesaria a fin de que Dios fuese justo así como el justificador de aquel que cree en Cristo. El Evangelio es el arreglo de Dios por el cual un pecador puede entrar en una nueva relación con Dios por la fe en Jesucristo. En esta nueva relación, Dios puede justificar al impío (Ro. 4:5). La base y el motivo de la justificación es la obra de Jesucristo. Su propiciación por nuestros pecados es la única base del acto justificador de Dios.

- c) Negativamente, pues, la justificación nunca se basa en las obras. Éste fue el error cardinal de los judíos. La idea más difícil de todas para que ellos se la apropiaran y la asimilaran, fue la de la salvación por la gracia, por medio de la fe.⁸⁴

Es interesante recordar aquí, como hemos hecho anteriormente, la definición de Hendriksen:⁸⁵ «La justificación es aquel acto de gracia de Dios por el cual, tan sólo sobre la base de la obra mediadora que Cristo realizó, Él declara justo al pecador y éste acepta este beneficio con corazón creyente.»

Asimismo, vale la pena citar la definición de Wuest: «La justificación en el sentido bíblico es el acto de Dios quitando del pecador creyente su culpa y la penalidad consiguiente, y concediendo una justicia positiva, Cristo Jesús mismo, en el cual el creyente está fundado, no sólo inocente y fuera de condenación, sino efectivamente justo en cuanto a la ley por el tiempo y por la eternidad.»⁸⁶

84. Mullins, ob. cit., pág. 399.

85. W. Hendriksen, Gálatas, pág. 106.

86. Wuest, Vocabulary of the New Testament, pág. 37.

Es fundamental advertir que en la carta a los Romanos, que es la más sistemática de Pablo, el apóstol parte de «la revelación de la justicia de Dios», para exponer todo el Evangelio.⁸⁷

Otro autor, Petersen, destaca que la justicia de Dios es un término dinámico; describe la acción de Dios al pronunciar justicia, al hacer justicia. La palabra justificación se deriva de dos palabras: «justus» y el verbo «facere», que tomadas juntas significan hacer justo (justificare). Sin embargo, en las Escrituras el término justificación o justificar está usado en el sentido bíblico, forense o sentido judicial, que consiste en declarar a alguien justo, no en hacerlo justo.⁸⁸

La justificación es un acto declarativo del Dios de gracia, por el cual Él declara a los pecadores, libres de la culpa y de las consecuencias de sus pecados mediante la fe en la expiación de Jesucristo.⁸⁹

El uso que Pablo da a este término «justificación» consiste en la absolución que Dios hace del pecador.⁹⁰ Un hombre no es declarado justo porque él sea justo sino que se trata de que un hombre pecador es declarado justo, porque sus pecados han sido expiados mediante la justicia de Cristo.⁹¹

La base de la justificación no es nuestro propio mérito, ni la fe, ni la obediencia evangélica; no es tampoco la obra de Cristo *en* nosotros, sino su obra *por* nosotros, su obediencia a la muerte (Ro. 3:25); esta justificación es gratuita, porque se garantiza a aquellos que no tienen ningún mérito.⁹²

Pablo enseña que esta justa actividad de Dios, este acto salvador de Dios, ha sido cumplido en Cristo Jesús; Dios salva a los hombres a través de la expiación de Cristo y los méritos de Él, ganados en la cruz, son apropiados mediante la

87. Ridderboss, en Pensamiento de Pablo, I, pág. 173.

88. ZEB, Justification, pág. 764.

89. Newell, Romanos, pág. 123.

90. Barclay, El pensamiento de Pablo, pág. 77.

91. ZEB, ob. cit., pág. 765.

92. Hodge, Romans, pág. 103.

fe; tener esta justicia es ser justificados, es estar justificado. Siguiendo a otro autor moderno (J. I. Packer) se puede concluir en que el significado de «justificar» (hebreo, *sadaq*; griego, *dikaioo*) es pronunciar, aceptar y tratar como justos, esto es, como no sujetos a castigo y con derecho a todos los privilegios que se les debe, a aquellos que han guardado la ley.⁹³ Significa declarar un veredicto de absolución, excluyendo así toda posibilidad de condenación. Agrega este autor que no existe base léxica para el punto de vista de que «justificar» signifique o connote el sentido de «hacer justo».⁹⁴

3. La justificación consiste en una declaración que Dios hace con respecto al pecador y que se pronuncia en el tribunal de Dios; en tal declaración, Dios no solamente absuelve al pecador, sino que dice que las demandas de la ley han quedado cumplidas; en esto Dios actúa, no como un soberano, sino como un juez justo, que reconoce los méritos infinitos de Cristo, como base suficiente para la justificación.⁹⁵

«¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica.» Pasajes como Romanos 5:21, 8:1; Hebreos 10:14; Isaias 44:22, enseñan que nadie puede presentar cargo alguno contra aquel que ya está justificado,⁹⁶ porque está libre de la condenación y ha sido constituido ya en heredero de la vida eterna. El hombre justificado sigue siendo pecador, aunque pecador justificado. Notemos que la justificación significa que Dios quita la culpa, quita la responsabilidad del pecador al castigo; y esto produce siempre en los creyentes un sentimiento que les conduce al arrepentimiento y a la devoción personal.

Este proceso ocurre en toda vida cristiana, pero en la justificación del impío la cuestión es el hombre pecador y no

aún su futura renovación interior. Se trata únicamente del aspecto legal de la obra de la redención divina. Por otra parte, tampoco se debe hablar como si se tratara de un asunto ficticio o de una justicia extraña. La justificación del impío es una justificación en Cristo. No se puede alterar el hecho de que Cristo, en el momento designado por Dios, murió por los impíos. El objeto de la justificación de Dios, desde cualquier punto de vista que se lo considere, no es el hombre justo, sino el impío.⁹⁷ Por eso la expresión de Pablo en Romanos 4:3 en cuanto a la atribución de justicia; en este caso Pablo deriva la expresión «atribuir» o «contar» en primer lugar de las palabras en Génesis 15:6, donde leemos que «Abraham creyó a Dios, y le fue contado por justicia.» En la muerte y resurrección de Cristo, Dios como juez, aplicó su justicia, enjuiciando y absolviendo a la vez.

En la frase «justificado por la fe» de Romanos 3:28 el término significa juzgar a un pecador como no culpable, esto es, absolver a un hombre culpable, más bien que declararlo un hombre inocente.⁹⁸ Justificar quiere decir declarar justo; es lo opuesto de condenar.⁹⁹ En la Escritura Dios es el Juez de toda la tierra (Gn. 18:25) y su trato con todos los hombres está descrito en términos forenses. «En la ira acuérdate de la misericordia» (Hab. 3:2). Sobre la base de la obediencia de Cristo, Dios no imputa pecado, sino que imputa justicia a los pecadores que creen.¹⁰⁰ Se expresa con esto la idea, no de una transformación interior, sino del hecho de la concesión de un estado legal y de la cancelación de una deuda legal. La reconciliación para Pablo es el juicio que ha pasado sobre el hombre, no una obra obrada dentro de él. Las dos cosas van juntas, sin la menor duda, pero son diferentes, son distintas.¹⁰¹

97. H. Ridderboss, *El pensamiento del apóstol Pablo*, I, pág. 187.

98. ZEB, *Justification*, pág. 765.

99. NBD, (Packer), *Justificación*, pág. 683. Véase también W. Hendriksen, *Gálatas*, pág. 106.

100. J. I. Packer, *D. T.*, *Justificación*, pág. 307.

101. NBD, *Justificación*, pág. 683.

93. Packer, en *DT*, *Justificación*, pág. 305.

94. Packer, *ob. cit.*, pág. 306.

95. L. Berkhof, *T.S.*, pág. 619. Este autor realiza una amplia exposición sobre la doctrina de la justificación por la fe.

96. L. Berkhof, *ob. cit.*, pág. 616.

Decir que el pecador se justifica a medida de su renovación moral es falso. Pablo dice que Dios justifica al impío; no al impío hecho piadoso, no al injusto hecho justo o que ha venido a ser justo; los pecadores son justificados como son, como están, sin obras y mientras son aún impíos.¹⁰² Este punto vital tiene que ser enfatizado; la justificación es una declaración de Dios por la cual Él absuelve al hombre y declara que Él, Dios, está colocando a ese hombre «en Cristo». Lo está considerando como justo. Es justificado como impío, no en anticipación a su transformación.

Todo esto es la justicia de Dios. Esto es lo que Dios ha provisto para pecadores. Esto tiene que ser subrayado; es para pecadores y no para justos, y no para religiosos, y no para cristianos. Una perfecta justicia ha sido provista por Dios para el hombre. Para el hombre que no tiene ninguna. Para el hombre que ha perdido la suya propia.

Justificar, o declarar justo, es un acto de Dios. Dios atribuye al pecador que cree, todo el valor de la infinita obra de Cristo en la cruz. Se trata de un acto judicial de Dios, en el cual Él declara, sobre la base de la justicia de Cristo, que todas las demandas de la ley están satisfechas con respecto al pecador.

Dios, como Juez, como Gobernador Moral del Universo, está, en este caso, pronunciando un veredicto de absolución, y así está excluyendo toda posibilidad de condenación. «¿Quién condenará?» «... Dios es el que justifica».

Aquellos que son justificados están seguros por siempre. La investigación que se hará delante del Tribunal de Cristo puede privarles de ciertas recompensas, pero jamás de su estado de justificados.¹⁰³

Se trata pues de la justificación del pecador efectuada «por Dios y en la presencia de Dios, mediante la fe en Cristo, crucificado y exaltado».¹⁰⁴ Siempre hay que dejar claro, como

lo hace Lloyd-Jones, que la doctrina de la justificación por la fe no dice que Dios nos considera ahora como si fuéramos justos. Lo que dice es que Dios imputa (o atribuye) esta justicia de Cristo a nosotros, pone eso a nuestra cuenta, y debido a lo que Él ha hecho es que nos considera como justos. Es enteramente una cuestión legal, una declaración de Dios de que Él absuelve a una persona.¹⁰⁵

Es importante citar también la opinión de Vine¹⁰⁶ que señala que el concepto «justicia» denota el don de la gracia de Dios a los hombres por el cual todos los que creen en el Señor Jesucristo son introducidos a la correcta relación con Dios. «Esta justicia es inalcanzable por obediencia a ninguna ley o por cualquier mérito propio del hombre, o por cualquier otra condición que no sea la fe en Cristo...» El que confía en Cristo viene a ser «justicia de Dios en Él» (2 Co. 5:21), esto es, viene a ser en Cristo todo aquello que Dios demanda que un hombre sea.

Este autor, citando a otros autores¹⁰⁷ señala: «De la justicia no se dice que sea imputada al creyente excepto en el sentido de que la fe es imputada ("contada" es el mejor término), como justicia. La fe es contada "por justicia". El vocablo *por* no significa aquí "en lugar de fe" sino "con vistas a". La fe así ejercitada lleva al alma a una unión vital con Dios en Cristo, e inevitablemente produce rectitud de vida, esto es, conformidad a la voluntad de Dios.» «Cristo mismo, ya resucitado y glorificado, es la justicia de los creyentes.»¹⁰⁸

VII- Historia de la doctrina.

1. La doctrina antes de la Reforma.¹⁰⁹

Algunos de los primitivos padres de la iglesia hablaron ya de la justificación por la fe, pero resulta claro que no tuvieron

102. D. M. Lloyd-Jones, Romanos 4:4-8, pág. 173.

103. J. I. Packer, DT, Justificación, pág. 306.

104. A. M. Stibbs, ob. cit., pág. 174.

105. Romanos 4:4-8, pág. 173.

106. W. E. Vine, DEPNT, Justicia, pág. 286.

107. Hogg y Vine, Notes on Galatians, págs. 246 y 247.

108. Newell, Romanos, pág. 78.

109. véase L. Berkhof, T. S., pág. 613.

un conocimiento definitivo o claro de ella; además, no distinguieron tajantemente entre regeneración y justificación. Uno de ellos es Agustín; él no parece haber tenido un exacto conocimiento de la justificación como un acto legal, pero consideró que en la redención de los pecadores la gracia de Dios es libre y eficaz, y de ninguna manera depende de algún merecimiento de los hombres.

Durante la Edad Media siguió confundiéndose a la justificación con la santificación; según las enseñanzas predominantes de los escolásticos,¹¹⁰ la justificación incluye dos elementos, el perdón de los pecados del hombre y el hacerle justo. Para los escolásticos la justicia es alcanzable para el hombre si éste observa una recta conducta en el mundo y si realiza buenas obras.

La enseñanza de Tomás de Aquino se hizo dominante en la iglesia católica; según él, se infunde en el hombre la gracia, y mediante ella queda hecho justo y, en parte, sobre la base de esta gracia infusa, le son perdonados los pecados. Esto ya constituyó un acercamiento a la doctrina errónea del mérito, que poco a poco se desarrolló en la Edad Media en relación con la doctrina de la justificación. Pero donde el error fue establecido fue en Trento.

En los cánones y decretos del Concilio de Trento, en el capítulo 16, canon 9, se dice: «Si alguno dice que por medio de la fe sola queda justificado el impío en forma tal como para que se entienda que ninguna cosa más se requiere en la que él opere para obtener la gracia de la justificación, y que tampoco se necesita en manera alguna que él esté preparado y dispuesto por medio del movimiento de su misma voluntad: sea anatema.» En el canon 24 Trento habla de un aumento de justificación y por lo tanto la concibe como un proceso:

110. La escolástica fue en un principio la filosofía medieval que se propuso demostrar los fundamentos de la fe como verdades racionales. Alcanzó su apogeo con Tomás de Aquino, que aunó la doctrina cristiana y las enseñanzas de Agustín con la filosofía de Aristóteles (F. Melancthon, La justificación por la fe, págs. 14-17).

«si alguno dice que la justicia recibida no se conserva y se aumenta también delante de Dios mediante las buenas obras sino que las mencionadas obras son nada más que los frutos y señales de la justificación alcanzada, pero no la causa de aquel aumento: sea anatema.»

Básicamente, Trento declara que «la justificación es no sólo la remisión de los pecados, sino también la santificación y la renovación del hombre interior». Esto constituye un grave error.¹¹¹

Los del medievo tardío tomaron esto más seriamente que «los padres» cercanos a los tiempos apostólicos; sin embargo, pensaron que la aceptación delante de Dios venía mediante la penitencia y mediante obras meritorias.¹¹²

2. La Reforma.

Los reformadores proclamaron la justificación mediante la gracia sola a través de la fe sola, y sobre la base de la justicia de Cristo sola, y dieron forma a la doctrina de Pablo en confesiones detalladas. Resumieron su pensamiento en la famosa sentencia: «Sola gracia. Sola fe. Sola Escritura.» A la Reforma le cabe el mérito de haber redescubierto esta gran doctrina bíblica.

3. La doctrina católica.

Nuestra responsabilidad es exponerla con objetividad, cotejándola con las Escrituras.

a) La doctrina católica hace una distinción entre una primera y una segunda justificación.¹¹³

1) Por la primera, se admite que la justificación es totalmente de gracia, que está fundada en el mérito de Cristo o más bien que se da por causa de Cristo; consiste en la comunicación de la gracia habitual. Pero hay

111. J. I. Packer, DT, Justificación, pág. 306.

112. G. H. Lacy, T. S., pág. 295.

113. Advértase que la Biblia de Jerusalén, en Hab. 2:4 (pág. 1.348) adjudica la doctrina de la justificación por la fe al apóstol Pablo.

que recordar que la regeneración, en el sentido católico, ocurre por el bautismo; así el alma se hace subjetivamente santa.

- 2) La segunda justificación se basa en el mérito de las buenas obras, en los frutos de la regeneración.
- b) La enseñanza católica sobre este punto consiste en decir que el hombre está muerto en pecado y no tiene mérito ninguno y no hay nada bueno en él; y agrega que en conexión con su regeneración (por el bautismo), el pecador recibe lo que se llama la primera justificación del Espíritu Santo en su vida; esto destierra la muerte, las tinieblas, y da entrada a la vida divina y a la luz en su alma.
- c) Según Roma, las obras del justificado, lo mismo que las del pecador que ha perdido la gracia santificante, no tienen ningún efecto saludable sin la gracia actual. En la primera justificación se le comunica santidad, y de esta santidad comunicada brotan las obras después del bautismo, que sirven para la segunda justificación.

Hodge ha resumido la doctrina católica en los siguientes seis puntos.¹¹⁴

- 1) Dios es la causa eficiente de la justificación porque es por su poder o gracia sobrenatural que el alma se hace justa.
- 2) Cristo es la causa meritoria, porque por causa de Él, Dios concede la gracia salvadora y la influencia del Espíritu Santo a los hombres.
- 3) La justificación comunicada es la causa formal, puesto que de esta manera el alma se hace verdaderamente justa y santa.
- 4) La fe es la causa que ocasiona o inclina el alma, porque conduce al pecador a buscar la justificación (regeneración) y dispone a Dios para conceder la bendición.
- 5) El bautismo es la causa instrumental y esencial. Después de esta justificación que hace al pecador santo,

entonces las buenas obras, todos los frutos y ejercicios de la nueva vida tienen verdadero mérito y constituyen la base del derecho del cristiano a la vida eterna.

El concepto católico romano confunde, en el sentido de que une la justificación con la santificación. Incluye en la santificación los elementos siguientes:

- a) La expulsión del pecado del corazón.
- b) La infusión positiva de la gracia divina.
- c) El perdón de los pecados.

El pecador queda preparado para la justificación mediante la gracia anticipatoria, sin ningunos méritos de su parte. Esta gracia anticipatoria conduce al pecador a una «fides informis», a la convicción del pecado, al arrepentimiento, a un confiado descanso en la gracia de Dios en Cristo, a la iniciación de una nueva vida y al deseo del bautismo. La justificación consiste en esta doctrina, en la infusión de nuevas virtudes, después de que el bautismo ha quitado la corrupción del pecado. Después de la expulsión del pecado del corazón, sigue el perdón de los pecados o la remoción de la culpa; después, el cristiano avanza de virtud en virtud; es capaz de realizar obras meritorias y recibe como recompensa una medida más grande de gracia, y una justificación más perfecta.

Según la doctrina católica, la gracia de la justificación puede perderse, pero también puede recuperarse mediante el sacramento de la penitencia.

4. Doctrina de Karl Barth y la de algunos liberales.

Karl Barth habla de la justificación como de un acto momentáneo, pero no lo considera como cumplida de una vez por todas. Según Barth, la justificación y la santificación tienen que ir de la mano todo el camino.

El liberalismo ha esparcido la noción de que la actitud de Dios hacia todos los hombres es de afecto paternal, no condicionada a las demandas de la ley penal; en este enfoque liberal el interés de la justificación de los pecadores mediante el juicio divino ha sido reemplazado por el pensamiento del

114. G. H. Lacy, citando a Hodge, T. S., pág. 304.

perdón que recibe el pródigo y mediante la rehabilitación que da el Padre Dios. Se ha negado así la validez de las categorías jurídicas para expresar la relación salvadora del hombre con Dios.

Muchos pensadores neoortodoxos dicen que aceptan un sentido de culpa en el hombre y que hay una ley penal en Dios, pero reclaman que estas categorías legales oscurecen la cualidad personal de la relación con Dios. Ellos dicen que cuando se considera la fe de los hombres como justicia, sea porque cumple una supuesta nueva ley, o sea porque es la semilla de todas las virtudes cristianas, se contiene allí el germen, la potencia, de un cumplimiento de la ley de Dios.¹¹⁵

Agregan que esto es simplemente por el placer soberano de Dios de tratar a la fe como justicia, aunque dicen que no es justicia; y enseñan que Dios perdona y acepta al pecador sobre la base de su fe.

En consecuencia, los liberales modernistas niegan la imputación de la justicia de Cristo a los creyentes y rechazan la concepción de una obra mediadora de Cristo; lo más que pueden decir es que la justicia de Cristo fue una causa indirecta de la aceptación de la fe del hombre como justicia.

Desde el punto de vista de las Escrituras, el defecto fundamental de estos puntos de vista es que no hacen a la satisfacción de la ley la base de la aceptación;¹¹⁶ consideran la justificación no como un acto judicial de ejecutar la ley, sino como un acto soberano de un Dios que está por encima de la ley, y que es libre de dispensar de ella, de cambiarla a su discreción. Esta concepción es completamente antiescritural; es sostenida por algunos teólogos protestantes, que están dentro del campo liberal.

5. Doctrina de los arminianos.

Interpretan la frase que dice «la fe fue contada por justicia», como enseñando que la fe fue considerada o contada

115. E. F. Harrison, DT, Justificación, pág. 308.

116. E. F. Harrison, DT, Justificación, pág. 309.

como la completa obediencia a la ley. Dado que el hombre es incapaz de rendir una obediencia perfecta como la ley demanda, Dios, en el Evangelio, según este punto de vista, se place en aceptar la fe en lugar de la justicia que la ley requiere. De modo que según los arminianos la fe es hecha, no el instrumento sino la base de la justificación.

Este punto de vista es erróneo, pues no está de acuerdo con las Escrituras.¹¹⁷

Frente a estas diversas interpretaciones, en este trabajo presentamos la doctrina como surge de las Sagradas Escrituras. Puede demostrarse, con abundante fundamento bíblico, que la justificación del hombre pecador por su sola fe en Jesucristo, es doctrina constante del Nuevo Testamento. La justificación por la fe significa que sólo mediante la fe puede el hombre aprehender la justicia lograda por Cristo.¹¹⁸

VIII- La fe que justifica.

1. Hay que aclarar el significado del concepto que la justificación es *por la fe*.¹¹⁹ La fe que justifica no es la fe en las propias obras o en los propios méritos, ni siquiera fe en un cierto sistema de teología. Si bien es cierto que la fe que obra es un acto del intelecto del hombre y de su voluntad, es mucho más que la aceptación intelectual del hombre de que Dios existe y de que Cristo ha muerto en la cruz.

La fe salvadora consiste en creer el Evangelio, apoyándose en los méritos de Cristo y recibiendo la justicia que Dios declara.

Para Pablo, la expresión «por la fe» esencialmente significa tres cosas:¹²⁰

a) Que la justificación no es por medio de las obras. Las

117. C. H. Hodge, Romans, pág. 109.

118. Reinhold Seeberg, Manual de historia de las doctrinas, I, pág. 53.

119. Seguimos en este punto el importante artículo de Petersen en ZEB, Justificación.

120. ZEB, Justificación, pág. 768.

obras nunca pueden influir sobre Dios para que Él justifique a una persona; la justificación es «por gracia». Las obras siempre siguen a la fe. Ninguno puede agregar nada a la obra expiatoria de Cristo, porque esto es algo que Él ha hecho hasta su plena consumación.

- b) La fe, en la justificación, es el instrumento dado por Dios o el medio por el cual el hombre acepta la justificación que Dios ofrece, del perdón de Cristo. El papel asignado a la fe en la obra de nuestra reconciliación con Dios es el de un medio, es el de un instrumento.
- c) Fe es siempre «fe en Cristo». La fe se apropia de la obra de Cristo en la cruz, que es la base de la justificación y del perdón. Si la fe justifica es solamente porque ella recibe el mérito infinito de Cristo.

La fe cree al Evangelio. La fe es siempre personal, cada persona cree por sí misma. Un hombre por sí mismo descansa en las promesas del Evangelio. El rol de la fe en la justificación consiste en recibir el perdón ofrecido en el Evangelio como para uno mismo.

«La justificación por la fe es siempre total y completa. No hay grados de justificación, como sí los hay en la santificación.»¹²¹ Cuando Dios justifica, el hombre es perdonado totalmente, eternamente.

Dios, como Juez del universo, ha pagado Él mismo la deuda que el hombre contrajo por su pecado, y por esta razón Él, Dios, tiene perfecta libertad para liberar al hombre culpable.

2. La doctrina de Pablo acerca de la justificación proporciona indirectamente una filosofía de la historia, porque enseña que Dios trata con la humanidad entera a través de dos hombres representativos, el primer hombre Adán y el segundo hombre, que es el último Adán, Jesucristo.

Todo predicador debe dedicar tiempo al estudio de la historia de la iglesia, y asimismo al estudio de la historia de

121. ZEB, Justificación, pág. 769.

las doctrinas. Se ha hecho a través de siglos muchos esfuerzos para hacerle decir a esta doctrina bíblica más que lo que dice; el resultado ha sido, no una clarificación, sino un oscurecimiento del significado concreto de la enseñanza apostólica.

Indirectamente, Pablo proporciona una filosofía de la historia.¹²² La doctrina de Pablo acerca de la justificación por la fe es la clave para entender dicha filosofía. Pablo enseña que Dios trata con la humanidad a través de dos hombres representativos, Adán y Jesucristo.

El primer hombre, mediante la desobediencia, trajo la condenación y la muerte sobre toda la raza; el segundo hombre, mediante su obediencia, ha venido a ser autor de justificación y autor de vida para todo aquel que cree;¹²³ que Dios habla de dos hombres representativos muestra que del primero no se puede esperar nada, porque en Adán todos mueren.

Desde el tiempo de la caída de Adán, la muerte ha reinado universalmente; Adán nos introdujo a todos en el reinado de la muerte; pero Dios tomó a Abraham y su familia dentro de un pacto; justificó a Abraham mediante su fe y le prometió que, en su simiente, todas las generaciones serían bendecidas. Entonces, a través de Moisés, Dios reveló su ley a los descendientes de Abraham; la ley fue dada no para que significara una salvación, sino para que por ella se tuviera el conocimiento del pecado; la ley debía actuar como un pedagogo, es decir, el esclavo que permanecía en la casa y que llevaba los chicos al colegio; la ley era para conducir a Cristo. Esta época de una educación divina, preparatoria, duró hasta la venida de Cristo.

A través de Cristo la justificación por la fe puede ser ahora predicada, a judíos y gentiles, sin distinciones. ¿Por qué? Porque en Cristo todos los creyentes han sido hechos la simiente de Abraham.

Es notable al respecto, en cuanto a los efectos definitivos

122. Algunos autores atribuyen al apóstol Pablo el haber proporcionado a Agustín el material para elaborar una filosofía de la Historia Universal.

123. Parker, en NBD, Justification, pág. 684.

de la justificación por la fe, la traducción que proporciona la Biblia de Jerusalén de Hechos 13:38, 39: «... y la *total* justificación que no pudisteis obtener por la ley de Moisés la obtiene por Él todo el que cree».

Por tratarse de una versión católica de la Biblia, el punto debe ser destacado. La exégesis no deja ninguna duda en cuanto al carácter eterno del justificado por su fe en Cristo.

Es interesante citar la opinión de uno de los reformadores. Melancthon señala que en la «fe que justifica» se destacan tres puntos esenciales que son: la promesa divina, su ofrecimiento gratuito y los méritos de Jesucristo como pago por nuestros pecados.

«Por fe recibimos la promesa. El hecho de que ésta nos sea ofrecida sólo por gracia, echa por tierra todos nuestros méritos y ensalza la infinita misericordia divina. Los méritos de Cristo son, a su vez, el tesoro del cual se pagan los pecados del mundo y, desde luego, los nuestros propios.

La fe no nos justifica y salva por ser nuestra, sino sólo porque acepta la gracia que Dios ha prometido y ofrecido gratuitamente.

Creer consiste en confiarse en los méritos de Jesucristo con la inmovible certeza de que, en virtud de tales méritos, Dios quiere mostrarse clemente con nosotros.»¹²⁴

Por lo que respecta al autor de esta obra, afirmamos y defendemos con los apóstoles a la cabeza que mediante la fe que nos declara justos, en virtud de los méritos de Cristo, somos aceptados por Dios.

El pecador es aceptado totalmente como justo en la presencia de Dios, únicamente por la fe en Cristo, es decir, sobre la base de que la obra de Cristo está terminada, a entera satisfacción de Dios, y que el Señor mismo, «en su carácter de Sumo Sacerdote ya ha sido plenamente aceptado por Dios y entronizado a su diestra». Stibbs¹²⁵ enfatiza este punto, para subrayar que nada hace falta agregar para dar seguridad al

124. F. Melancthon, La justificación por la fe, págs. 37-44.

125. A. M. Stibbs, ob. cit., pág. 178.

pecador que arrepentido viene para recibir a su Salvador. «En el trono tenemos a Dios mismo que nos justifica en Cristo.»

Así, tanto judíos como gentiles son salvos, no a través de sus propias obras y esfuerzos, sino a través de una base común; la base común es la gracia de Dios. Esta gracia alcanza al que nada merece, y toda la gloria de la salvación será de Dios solamente.

«Hay un momento cuando el hombre cesa de sus propias obras al oír que Cristo consumó la obra y pagó el rescate en la cruz. ¡Es entonces cuando descansa!»¹²⁶ Todo aquel que confiesa su indignidad como pecador, se arroja en la misericordia justificadora de Dios y en la obra propiciatoria efectuada por el Salvador que Dios mismo ha provisto.¹²⁷

IX- La justicia del Evangelio en la enseñanza de Cristo.

La doctrina bíblica sobre la justicia de Dios que es atribuida al creyente en Jesucristo aparece en la enseñanza del mismo Señor en los evangelios sinópticos, principalmente en la parábola de la fiesta de bodas de Mateo 22:1-14.

El sentido general de la parábola que se atribuye a la frase inicial: «El reino de los cielos es semejante a un rey que hizo fiesta de bodas a su hijo» (Mt. 22:2), es que el rey es Dios; el hijo es Cristo; la boda es la unión de los creyentes con Cristo, es decir, de aquellos que han puesto su confianza en Él y están, por lo tanto, unidos a Él.¹²⁸

En esta interpretación el banquete de bodas simboliza la fiesta del evangelio, a la cual pueden acceder los que aceptan una invitación plena de gracia. En la parábola hay dos invitaciones que parecen surgir de la costumbre oriental de formular primero una invitación general sin fecha precisa; aceptada ésta, más tarde se enviaba una segunda invitación,¹²⁹ con

126. Newell, Romanos, pág. 107.

127. A. M. Stibbs, ob. cit., pág. 177.

128. Ironside, Mateo, pág. 240.

129. ATR, WPNT, Matthew, pág. 173.

fecha cierta, para una festividad que podía durar varios días.

Buena parte de los intérpretes¹³⁰ ven aquí la primera invitación que fue dirigida a las ovejas perdidas de la casa de Israel, como una invitación que fue dirigida por el mismo Dios, a través de Moisés primero y más tarde por los profetas; estos últimos aparecen representados en la parábola por el primer grupo de siervos enviados. En general, esta invitación fue rechazada. El segundo grupo de siervos sugieren a Juan el Bautista, al mismo Señor y a sus discípulos.¹³¹ También esta invitación fue rechazada.

En la parábola se destaca la paciencia de Dios, que llama primero y que invita más tarde a los que ya habían sido llamados previamente.

Como resultado del rechazo «se encendió la ira del rey y enviando sus ejércitos, destruyó a aquellos homicidas y quemó a su ciudad» (Mt. 22:7).

El aspecto profético de esta parábola ha tenido su cumplimiento cuando Tito, hijo del emperador Vespasiano, tomó a Jerusalén y destruyó la ciudad y el templo.¹³² Los romanos son considerados como los ejecutores del juicio de Dios.

En cuanto a la aplicación más general, hay que señalar, como ha destacado Trench,¹³³ «mientras más digna es la persona que invita, y más solemne es la ocasión, más se agrava la culpa del despreciador. Y como la ofensa es por consiguiente más grave, así también es más terrible la sentencia».

Los detalles de la parábola son significativos, pero el punto central parece estar en la reacción del rey, pues «entró para ver a los convidados, y vio allí a un hombre que no estaba vestido de boda» (Mt. 22:11).

Una mirada ligera haría pensar en una reacción poco razonable de parte del rey, puesto que los que habían sido invitados eran finalmente, en su mayor parte, menesterosos y,

130. Ironside y Hendriksen, entre otros.

131. Hendriksen, Mateo, pág. 834.

132. Hendriksen, Mateo, pág. 834.

133. Citado por Lockyer, Todas las parábolas de la Biblia, pág. 317.

por tanto ¿qué sentido tenía exigirles una vestimenta adecuada a la celebración?

Sin embargo, la solución parece estar¹³⁴ en el hecho de una costumbre de entonces que consistía en que a cada invitado se le ofrecía un vestido de boda a la entrada misma del salón de fiesta. La negativa a aceptar este vestido era interpretada como una actitud de autosatisfacción y, sobre todo, de desafío al rey invitante.¹³⁵

El vestido era un símbolo que expresaba su lealtad al rey. Al respecto, Campbell Morgan¹³⁶ destaca que cuando se preguntó al invitado por qué razón no tenía puesto el vestido de boda, en realidad se le dijo: «No sólo es un hecho que no tienes vestido de boda sino que te has propuesto no tenerlo.»

La enseñanza básica de la parábola es que el pecador, cuando escucha el Evangelio, recibe una invitación a una fiesta; tiene que venir como está, con sus harapos morales. No puede venir como un santo porque no lo es; tiene que venir como un pecador, es decir, reconociendo su indignidad. Este punto es fundamental; tiene que venir como está pero no puede entrar como está. Tiene que entrar «vestido de Cristo» (Gá. 3:27).

El rechazo del vestido de boda culmina, en la parábola, con ser arrojado «a las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes» (Mt. 22:13). Se subraya así la responsabilidad y la culpa del hombre con relación al mensaje del Evangelio.

El pensamiento cumbre de la parábola parece ser que un pecador no puede basar su esperanza de salvación «en su propia bondad o aptitud moral»¹³⁷ sino que, al confiar en

134. Ironside, Hendriksen, Fausset y Brown y Bonnet coinciden en ello.

135. Hendriksen señala (ob. cit., pág. 838) que hay evidencia histórica de que en Oriente, a una persona que quería entrar en la presencia de un rey se le exigía que usara una vestimenta que le era enviada por el monarca.

136. Citado por Lockyer, TPB, pág. 321. Coincide EGNT, Matthew, pág. 272: «¿cómo te has atrevido a entrar sin el vestido de boda?»

137. Hendriksen, ob. cit., pág. 829.

Jesucristo es revestido de Cristo. El pecador que cree está cubierto, eternamente, por la justicia de Cristo.

Algunos autores¹³⁸ añaden que el ser «vestido de Cristo» abarca no solamente a la justificación del pecador que cree, sino también a su santificación posterior. Es decir, que el pecador no solamente debe ser perdonado, sino que también tiene que dejar de lado su antigua manera de vivir y debe dar lugar a la nueva vida, para la gloria de Dios.

Bruce señala que a su juicio el vestido de bodas representa la justicia del reino que debe acompañar y surgir de la recepción de la gracia. Considera que el equivalente del vestido de bodas en la enseñanza de Pablo no es la justificación por la fe sino aquellos pasajes en que el apóstol rechaza la idea impía de poder pecar porque la gracia abunda.¹³⁹

A nuestro entender lo esencial es notar que hay varios puntos enfáticos en la parábola. Entre ellos citamos:

- a) Es fundamental que el pecador advierta que hay un vestido que le es ofrecido; hay una justicia de Dios que es dada a la fe, y solamente a la fe; ese vestido es Cristo mismo. Entendemos que es Cristo en todas las riquezas de su gracia. Es Cristo como nos ha sido hecho por Dios: «sabiduría, justificación, santificación y redención». Y ello para que toda jactancia o vanagloria humana quede excluida «para que, como está escrito: El que se gloría, glórfese en el Señor» (1 Co. 1:21).
- b) Otro énfasis de la parábola es que todo intento del hombre por congraciarse con Dios, toda pretensión de hacer obras «meritorias» recibe un rechazo total, tanto en el resto del Nuevo Testamento como en esta propia parábola. Ésta es una parábola de gracia; en ella Dios aparece dando algo a los invitados,¹⁴⁰ y éstos son seres necesitados, harapientos, carentes de todo mérito. Es decir, que al confiar

en la obra de Cristo y en la justicia de Cristo el hombre renuncia a su justicia propia, que no existe.

- c) Otro aspecto enfático de la parábola es que una fe sólo de labios defraudará a su víctima. Una mera profesión que no implique recibir a Cristo como Salvador personal significará, a la larga, una profesión vana. Sólo la fe salvadora, la fe que recibe a Cristo en la plenitud de su gracia, es la que otorga al hombre el perdón y la vida eterna. Tampoco es suficiente con que un hombre invoque su falta de preparación religiosa para venir a Cristo. Si dice «yo no estoy preparado para el cielo, ni tampoco para ser contado entre los redimidos», la respuesta del Evangelio es que precisamente «porque no está preparado, y porque es un pecador, está invitado a venir».¹⁴¹
- d) La doctrina apostólica es no sólo concordante con la enseñanza del Señor sino que es un desarrollo de su enseñanza. Jesucristo, el eterno Hijo de Dios, nos ofrece, en su amor, unimos a Él, restablecernos al seno de la familia de Dios como hijos queridos, revestimos de su propia justicia.¹⁴² Dado que el vestido de boda simboliza la provisión de Dios para la salvación, el mensaje es claro: aquellos que se afirman en su propia fuerza, o en el supuesto mérito de sus obras buenas, no tienen lugar en la salvación.¹⁴³
- e) Hay que destacar que, a pesar de su final inesperado y ciertamente severo, ésta es una parábola de gracia, porque la invitación es amplia y es amplia la provisión del Evangelio. El pecador es aceptado en Cristo, en el Amado (Ef. 1:6). Por tanto, una vez que ha sido así recibido, no debe permitir que por ninguna razón este sentido de aceptación sea oscurecido. En suma, tenemos aquí una descripción de las bendiciones del Evangelio, en la figura de un banquete espiritual.¹⁴⁴ Dios

138. Bruce y Bonnet, entre ellos.

139. Bruce agrega que en general los Padres coinciden con esta interpretación.

140. F. y B., Mateo, pág. 75.

141. Ironside, ob. cit., pág. 244.

142. Ryle, Mateo, pág. 182.

143. D. Guthrie, *New Testament Theology*, pág. 605.

144. EGNT, Matthew, pág. 273.

invita a una fiesta para que el hombre se regocije en el perdón de los pecados, en el favor de Dios, en la paz de la conciencia, en el acceso a la presencia de Dios, en el sello y en las consolaciones del Espíritu Santo, en la fuente de luz y poder de las Escrituras, en la seguridad de la vida eterna.

Pero la parábola apunta también a subrayar que la mayor tragedia de la vida humana reside en rechazar la invitación que Dios ofrece a todos los hombres, porque todos necesitan de su gracia. Este rechazamiento toma la forma, en algunos de una falta de voluntad para venir a la fiesta y, en otros, de una negativa a usar el vestido, porque prefieren su propia justicia, rechazando la que es provista por Cristo.

«Muchos son llamados, y pocos escogidos.» El punto fundamental no reside en que Dios rechace a los hombres, sino en que buena parte de ellos desprecian su llamado.¹⁴⁵

X- La fe y las obras en las enseñanzas de Pablo y Santiago.

Existe una literatura abundante que desde hace siglos trata con una supuesta controversia entre los apóstoles Pablo y Santiago con respecto a la relación que hay entre las obras y la fe. Los pasajes que deben considerarse son, entre otros, los siguientes:

«Concluimos, pues, que el hombre es justificado por fe sin las obras de la ley» (Ro. 3:28).

«¿Qué, pues, diremos que halló Abraham, nuestro padre según la carne? Porque si Abraham fue justificado por las obras, tiene de qué gloriarse, pero no para con Dios. Porque ¿qué dice la Escritura? Creyó Abraham a Dios, y le fue contado por justicia. Pero al que obra, no se le cuenta el salario como gracia, sino como deuda; mas al que no obra, sino cree en aquél que justifica al impío, su fe le es contada por justicia» (Ro. 4:1-5).

«Hermanos míos, ¿de qué aprovechará si alguno dice que tiene fe, y no tiene obras? ¿Podrá la fe salvarle? Y si un hermano o una hermana están desnudos, y tienen necesidad del mantenimiento cada día, y alguno de vosotros les dice: Id en paz, calentaos y saciaos, pero no les dais las cosas que son necesarias para el cuerpo, ¿de qué aprovechará? Así también la fe, si no tiene obras, es muerta en sí misma. Pero alguno dirá: Tú tienes fe, y yo tengo obras. Muéstrame tu fe sin tus obras, y yo te mostraré mi fe por mis obras. Tú crees que Dios es uno; bien haces. También los demonios creen, y tiemblan. ¿Mas quieres saber, hombre vano, que la fe sin obras es muerta? ¿No fue justificado por las obras Abraham nuestro padre, cuando ofreció a su hijo Isaac sobre el altar? ¿No ves que la fe actuó juntamente con sus obras, y que la fe se perfeccionó por las obras? Y se cumplió la Escritura que dice: Abraham creyó a Dios, y le fue contado por justicia, y fue llamado amigo de Dios. Vosotros veis, pues, que el hombre es justificado por las obras, y no solamente por la fe» (Stg. 2:14-24). Pablo afirma que «el hombre es justificado por la fe sin las obras de la ley». Santiago afirma que «el hombre es justificado por las obras, y no solamente por la fe». Como veremos, ambas afirmaciones son plenamente válidas, y no se contraponen.

El camino que seguiremos es el que siempre hay que seguir para entender el significado de la Biblia, que es la exégesis, es decir, el estudio detallado del texto bíblico.

1. El supuesto conflicto entre fe y obras.

Para explicar a Pablo y Santiago hay que tener en cuenta la naturaleza de los adversarios con que cada uno tuvo que contender.

- a) Pablo se enfrentó con legalistas que procuraban fundar su justificación, al menos en parte, sobre las obras de la ley.
- b) Santiago, por su parte, arguyó con los *antinomianos*¹⁴⁶ de

¹⁴⁶. En verdad, esta denominación ha surgido siglos después que Santiago escribiera su carta.

¹⁴⁵. Beacon, Mateo, pág. 203.

siempre, que negaban el valor de la ley de Dios como norma de conducta y pretendían tener fe, pero en ese caso, una fe que era nada más que un asentimiento intelectual a la verdad, y que negaba la necesidad de buenas obras; por eso Santiago acentúa el hecho de que la fe sin obras es muerta, y en consecuencia, de ninguna manera es una fe que justifique.

Hay que notar que Santiago se refiere a las obras de la fe, y no a las obras de la ley, a que se refiere Pablo.

2. *La cita fundamental de Génesis 15:6 revela que detrás de la fe hay un acto declarativo de Dios.*

Sigamos el pensamiento de los escritores del Nuevo Testamento.

a) *El pensamiento de Santiago.*

- 1) En 2:14 él se refiere claramente a la demostración externa de la fe, cuando expresa: «¿de qué aprovechará si alguno dice que tiene fe, y no tiene obras? ¿Podrá la fe salvarle?»
- 2) En 2:16 indica que si algunos carecen de un bien y uno «les dice: Id en paz, ...».
- 3) En 2:18 «Pero alguno dirá ...yo te mostraré...».
- 4) En 2:22, «¿No ves que la fe actuó juntamente con las obras...?»
- 5) Y en 2:24 concluye: «Vosotros veis, pues, que el hombre es justificado por las obras, y no solamente por la fe.»
Veamos entonces, lo siguiente:

Santiago enseña en el v. 21 que Abraham fue justificado por las obras, cuando ofreció a su hijo Isaac sobre el altar. Notemos que así hace referencia al capítulo 22 de Génesis.

En Santiago 2:22, 23 enseña que la fe se perfeccionó por las obras. Dice que la fe actuó juntamente con sus obras y cita Génesis 15:6, para destacar que el acto de Abraham de ofrecer a su hijo (en Génesis 22) es el perfeccionamiento de la fe de Abraham que le fue contada por justicia 30 años antes. Santiago pondera, exalta la importancia de la fe de Abraham que aparece en Génesis 15, cuando creyó a Dios. Santia-

go entonces enseña que la acción posterior de Abraham en Génesis 22 demuestra que aquella actitud de Génesis 15, aquello era verdadera fe. Por tanto, Santiago subraya la importancia de la fe, y no la desestima.

Es, pues, evidente que Santiago no está hablando de la justificación del pecador, porque Abraham el pecador fue justificado mucho antes de que ofreciera a Isaac (Génesis 15 y no Génesis 22), sino que está hablando de una justificación posterior del creyente Abraham. Lo que Santiago, pues, enseña es que la fe verdadera se manifestará en buenas obras y éstas testificarán delante de los hombres como actúa aquel que posee esta fe.

Santiago habla de una fe muerta o estéril (Carballosa). El vocablo se utilizaba en la literatura clásica en el sentido de «inactiva, indolente». También se usaba para describir la incapacidad de actuar por falta de energía o de vida. De modo que Santiago considera que «la fe aparte de las obras es inactiva, inoperante, sin vida y, por consecuencia, no es fe en el sentido bíblico de la palabra».¹⁴⁷

b) *El pensamiento de Pablo.*

Notemos que ambos apóstoles citan el mismo texto de Génesis 15:6. «Y creyó Abraham a Dios, y le fue contado por justicia.»

Pablo se refiere al texto de Génesis enseñando que la fe de Abraham fue reconocida como justicia; le fue contada como justicia. El contexto muestra que esto significa que la fe de Abraham, una fe de todo su corazón, descansó en la promesa de Dios y fue la ocasión y el medio para que él fuera justificado.

Pablo no sugiere que esa fe sea la base de esa justificación. Romanos 4 no trata a la fe como la base de la justificación, sino como el medio para asegurarla. Lo fundamental es la declaración de Dios en Génesis 15:6.

147. Evis L. Carballosa, Santiago, Una fe en acción, pág. 157.

Sí, no hay duda, detrás de la fe hay un acto declaratorio de Dios. Notemos que lo que realmente ocurre en Génesis 15 es que Abraham responde al llamamiento de Dios. El patriarca estuvo pronto para salir, no por la hermosura de la tierra, que no conocía, sino porque confió en la promesa de Dios. Lo esencial fue su confianza en Dios.

En la argumentación que Pablo proporciona en la carta a los Romanos, él destaca que los méritos de Cristo constituyen la base legal sobre la cual descansa la declaración personal de Dios al justificar al pecador que cree; mediante la fe el pecador se apropia la justicia del mediador, que le es atribuida, y sobre esta base puede ser formalmente justificado delante de Dios.

La posición de aquellos «que creen en la necesidad de complementar la obra de Cristo y mantenerse en la gracia por obras de justicia, implica desconocer la majestad del sacrificio de la cruz, la impotencia e indignidad del hombre pecador y, sobre todo, la carencia de un concepto preciso acerca del pecado y las demandas de la justicia divina».¹⁴⁸

c) *La exégesis que Pablo hace en Gálatas sobre la promesa de Dios a Abraham.*

En Gálatas 3:16 leemos: «Ahora bien, a Abraham fueron hechas las promesas, y a su simiente. No dice: Y a las simientes, como si hablase de muchos, sino como de uno: Y a tu simiente, la cual es Cristo.»

Éste es un caso típico de exégesis bíblica, hecha por un autor inspirado.

La referencia es a Génesis 13:15: «Porque toda la tierra que ves, la daré a ti y a tu descendencia para siempre.»

La promesa se renueva en Génesis 17:19: «Respondió Dios: Ciertamente Sara tu mujer te dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Isaac; y confirmaré mi pacto con él como pacto perpetuo para sus descendientes después de él.»

148. A. W. Robertson, ob. cit., pág. 82.

Notemos en detalle cuál es la enseñanza de Pablo allí:

- 1) En primer lugar, que la gran promesa hecha a Abraham, y la fe por medio de la cual consiguió su justificación, no era que sus descendientes naturales iban a ser tan numerosos como las estrellas del cielo, sino que en su simiente todas las gentes de la tierra iban a ser bendecidas.
- 2) En segundo lugar, que la simiente mencionada no era una multitud, sino una persona, y aquella persona era Cristo. En Cristo, todos los que creen han sido hechos la simiente de Abraham.
- 3) En tercer lugar, que la bendición que la simiente de Abraham iba a conseguir sería que el mundo fuese redimido. Por lo tanto, lo que Abraham creyó era que la simiente de la mujer, el Redentor prometido al mundo, iba a descender de él y esto le fue aceptado por justicia, no por mérito de su fe, ni por estar basado en su fe, sino porque Él confió solamente en la promesa de Dios.

3. La enseñanza de Pablo y de Santiago no es contradictoria sino complementaria.

Ahora estamos en condiciones de resumir la enseñanza de los dos apóstoles.

- a) Santiago enseña que la fe que justifica, fructifica en buenas obras. Santiago da por sentado que sus lectores tienen fe, y les reclama que lo demuestren.

Pablo enseña lo mismo, en varios pasajes, entre ellos: «Porque lo que era imposible para la ley, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne; para que la justicia de la ley se cumpliese en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu. Mas vosotros no vivís según la carne, sino según el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios mora en vosotros. Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo no es de él» (Ro. 8:3, 4-9).

«Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto

no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe. Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas» (Ef. 2:8-10).

- b) Cuando Santiago habla de ser justificado, parece como que él usara la palabra en un sentido más general, de que sea vindicado, o de que se pruebe más genuinamente al hombre delante de Dios. Que el hombre sea justificado, en este sentido, consiste en apreciarlo como un genuino creyente, que demostrará su fe mediante la acción. Esta justificación es una manifestación de la justificación que preocupa a Pablo. Santiago enseña que Génesis 22 muestra que aquello que ocurrió en Génesis 15 era fe y que esa fe le fue contada por justicia. Santiago considera por tanto a las obras como demostración de la fe.
- c) Santiago cita también a Génesis 15:6 con el mismo propósito que Pablo hace, para demostrar que fue la fe la que aseguró la aceptación de Abraham; pero él arguye que esta declaración fue cumplida 30 años después, cuando Abraham fue justificado por las obras, cuando él ofreció a Isaac; por medio de las obras su fe «fue hecha perfecta»; así se mostró que él era un verdadero creyente, que su fe era genuina. Notemos que si a Santiago sólo le importaran las obras, hubiera citado únicamente a Génesis 22, pero después cita a Génesis 15.
- d) El punto que enfatiza Santiago en este párrafo es simplemente que la fe, en el sentido de una mera ortodoxia, como hacen los ángeles caídos, si no va acompañada por buenas obras, no provee suficiente base para inferir que un hombre es salvo. El apóstol Pablo hubiera concordado con esta interpretación de todo su corazón.
- Es interesante la opinión de Chafer¹⁴⁹ en el sentido que el ser justificado eternamente ante Dios es una suprema empresa divina en favor del hombre pecador; y de que esta

149. T. S., I, 1120.

obra no siempre es entendida por los demás. Pero destaca este autor que es de esperar que el mundo juzge y rechaze la profesión que no corresponde al ideal que se ha forjado respecto a lo que un cristiano debe ser, es decir, a lo que profesa ser.

Las buenas obras con las cuales el cristiano manifiesta exteriormente su fe «adornan la doctrina de Dios nuestro Salvador» (Tit. 2:10). «La Biblia nunca enseñó una en contraposición a la otra (es decir, fe en contra de las obras), ni en el Antiguo ni en el Nuevo Testamento. Tales falsos dilemas no existen.»¹⁵⁰

Santiago concibe la fe como un principio activo (1:6; 5:15), basado sobre una confianza genuina en Cristo, quien es el objeto de la fe (2:1).¹⁵¹

- e) Es notable lo que dice Bauer, un autor católico, en su diccionario de Teología bíblica (pág. 563); afirma que no hay contradicción entre la doctrina sustentada por Pablo y la que sostiene Santiago. La aparente contradicción se resuelve cuando se reconoce que Santiago no puede ser interpretado partiendo de Pablo, sino que los dos puntos de vista tienen un punto de partida y un fin esencialmente distintos. Según Bauer, Pablo habla como teólogo y en su polémica con el judaísmo, quiere ofrecer una exposición doctrinal del camino de la salvación.

A Santiago, en cambio, le interesa la práctica de la vida cristiana, es decir, la realización de la ley moral cristiana que, para él, tiene como consumación suprema el mandamiento del amor al prójimo.

- f) Aquí llegamos a otro concepto fundamental. Pablo entiende por «fe que justifica» la entrega de todo el hombre a Dios, y esto incluye la aceptación de los postulados morales del Evangelio; es la fe que obra en el justificado, mediante el amor. La fe, en cambio, que Santiago refuta,

150. Léase la importante obra sobre el tema «Fe y obras en la Epístola a Tito», A. W. Robertson, pág. 15.

151. Ryrie, TBNT, pág.121.

que contrapone a las obras, es una fe puramente teórica, una mera adhesión racional al credo, a una enseñanza que no influyera en la vida, es decir una fe muerta. Esta fe la compara con la fe infecunda de los espíritus malos. Por consiguiente, las explicaciones de Santiago no constituyen una polémica contra Pablo, sino que probablemente fueron dirigidas contra una doctrina apostólica falsificada¹⁵² en cuanto alguno pudiera entender que implicaba un sentido libertino de conducta. Sí, tiene plena vigencia el concepto de Santiago: «Si dices que tienes fe, muéstrame tu fe por tus obras.»

g) Hay aún otras observaciones que podemos hacer. Una de ellas es que solamente el estudio detallado del texto bíblico, es decir, la exégesis, permite entender a la Escritura. Solamente la Biblia explica a la Biblia. La Biblia se explica a sí misma.

Otra observación es que en este asunto no tenemos que ver con Santiago y Pablo, sino con el Espíritu Santo. El Espíritu, que inspiró a ambos apóstoles, no se contradice. Pero es particularmente notable que el Espíritu de Dios guió a ambos hombres para citar el mismo texto de Génesis 15:6; esta cita común es en realidad la que permite apreciar la unidad de la revelación bíblica en este punto de doctrina tan importante. De modo que, en lugar de preocuparnos por una aparente contradicción, que no existe, debemos alabar la sabiduría eterna que todo lo ha ordenado con respecto a las Sagradas Escrituras; el descubrir este orden y esta sabiduría es posible para el creyente que obedece y por tanto «escudriña las Escrituras».

Pablo proporciona el principio interior; Santiago el desarrollo exterior del principio. Pablo se ocupa de la vida del alma, aquella que Dios ve; Santiago trata de los actos, que son la prueba de aquella vida interior; aquella que se puede

apreciar en las relaciones del creyente con sus semejantes. Santiago muestra cuánto valora la fe.¹⁵³

h) La declaración de Santiago de que los creyentes como Abraham son justificados por las obras, es por lo tanto, no contraria a la insistencia de Pablo de que los cristianos como Abraham son justificados por la fe, sino que es complementaria: Santiago mismo cita a Génesis 15:6 lo mismo que Pablo. La justificación que preocupa a Santiago no es la aceptación original del pecador creyente por parte de Dios, sino la subsecuente vindicación de su profesión de fe, mediante su vida; es por tanto, en terminología, y no en pensamiento, que Santiago difiere de Pablo. Como ha dicho Chafer:¹⁵⁴ «La fe justifica delante de Dios; las obras justifican delante de los hombres.»

Por su parte, Carballosa ha destacado la importancia de distinguir tres aspectos en la actitud de fe de Abraham.¹⁵⁵ En primer lugar, Abraham es un ejemplo del hombre de fe, porque obedeció a Dios, saliendo de su tierra a un lugar desconocido. En segundo lugar, ejemplifica la confianza en un Dios que cumple sus promesas. En tercer lugar, Abraham representa al hombre de fe que está dispuesto a demostrar en hechos palpables que de verdad ha creído. Sobre este mismo asunto es interesante la opinión de Hendriksen, quien destaca que «Dios prometió la salvación no a la descendencia física de Abraham, sino a los verdaderos creyentes, a todos ellos (sean judíos o gentiles) y a ellos solos.»¹⁵⁶ En armonía con este criterio, Pablo afirma que esta bendición está concentrada en una sola persona, a saber, Cristo. Abraham «comprendía que el nacimiento de Isaac sólo prepararía el camino para la venida del verdadero Mesías, la simiente genuina, Aquel a través del cual Dios bendeciría a las naciones».¹⁵⁷

153. L. Morris, PMJ, pág. 97.

154. T. S., Chafer, II, pág. 601.

155. Evis L. Carballosa, ob. cit., pág. 158.

156. G. Hendriksen, Gálatas, pág. 143.

157. G. Hendriksen, ob. cit., pág. 144.

152. Varios comentaristas piensan que el escrito de Santiago es anterior al de Pablo.

Leon Morris¹⁵⁸ proporciona un argumento que ayuda a entender y resolver el problema: «Es importante notar que la clase de "obras" a las que Santiago se refiere son el producto de la fe salvadora. Aunque es verdad que él y Pablo usan a Abraham como ejemplo, no están hablando de la misma cosa. Escogen diferentes tiempos en el peregrinaje espiritual del patriarca y tienen distintas lecciones que exponer. Pablo habla del tiempo en que Abraham inicialmente creyó y su fe le fue reconocida por justicia (Ro. 4:3-9). Su tema es la justificación. Pero Santiago se refiere a la ocasión cuando Abraham se mostró listo para ofrecer a Isaac (Stg. 2:21), cosa que ocurrió muchos años después. Su preocupación se centra en los frutos de la justificación, la evidencia de que la justificación ha tenido lugar.»

4. *La fe que salva es una fe que obra.*

Sí, la fe no consiste meramente en decir: «yo creo»; la fe es una respuesta a Dios cuando Dios habla; esta respuesta no puede ser otra cosa que una sumisión incondicional al veredicto de Dios, pronunciado en Jesucristo.

Una vez que el hombre ha escuchado el Evangelio, una vez que le ha sido predicado el Evangelio como mensaje de Dios, el hombre no puede ya menos que someterse, es decir, creer. La mención de la fe quiere decir entonces que esta sumisión de la fe es la única alternativa dejada al hombre, la única manera en que puede entrar al reino de Dios; desde ese momento, apoyándose sólo en la obra de Dios realizada en Jesucristo, renuncia a toda justicia propia, es decir, renuncia a la justicia que pudiera obtener por medio de la ley; es un hombre justificado por la fe, no porque su fe sea una nueva obra meritoria para él, sino porque con ella se apoya únicamente en la justicia de Dios. El primero de los casos (el de Gn. 15) se refiere a la posición de Abraham ante Dios; el segundo (Gn. 22) muestra a Abraham reconocido por Dios.

158. Leon Morris, *The Cross in the New Testament*, págs. 314 y 315; citado por Carballosa, ob. cit., pág. 180.

«No me rehusaste tu hijo.» En Génesis 15, cuando reconoce que «Abraham creyó en Dios», Dios le vio entonces y le tuvo por justo; pero cuando hubo ofrecido su hijo Isaac sobre el altar (Gn. 22), entonces Dios le pudo decir: «Ya conozco.»

Todo el valor, toda la eficacia de la ofrenda de su hijo Isaac (que ocurre en Gn. 22) viene del hecho de que es la demostración de esta fe, por la cual Abraham ya había sido tenido por justo delante de Dios, y esto aparece en Génesis 15, es decir, muchos años antes de Génesis 22.

Ésta es la unidad de la revelación. No hay contradicción entre Pablo y Santiago.

XI- «Sola Fide»

Éste es otro punto fundamental de la Reforma. «Sola fide», sola fe, o solamente por fe. Con esto se quiere expresar en una breve frase el gran concepto apostólico de que la justificación del pecador es por la fe sola.

Es esencial que recalquemos la enseñanza bíblica de que no somos justificados delante de Dios sobre la base de cualquiera de nuestras obras, sino solamente por el acto judicial de Dios que hizo caer sobre Cristo la culpa y la penalidad de nuestros pecados en la cruz.¹⁵⁹

«Sabiendo que el hombre no es justificado por las obras de la ley, sino por la fe de Jesucristo, nosotros también hemos creído en Jesucristo, para ser justificados por la fe de Cristo y no por las obras de la ley, por cuanto por las obras de la ley nadie será justificado» (Gá. 2:16).

«Concluimos, pues, que el hombre es justificado por fe sin las obras de la ley» (Ro. 3:28).

La doctrina apostólica no aniquila las buenas obras. Al contrario, las exige. Pero la Biblia exige las obras en su debido lugar, como demostración de que hay una fe genuina y no como fundamento de la salvación.

Notemos las consecuencias de esta doctrina apostólica:

159. Ver J. Grau, ob. cit., pág. 54.

- 1) *Dios declara justo al pecador que confía en la obra de Cristo, que murió cuando éramos pecadores y enemigos de Dios* (Ro. 5:10).

La santificación no tiene carácter de fundamento salvador. Pablo le llama «fruto» (Ro. 6:22) pero no raíz ni causa de la justificación.¹⁶⁰

El Espíritu Santo procede, una vez que somos salvos, es decir, justificados por la fe, a hacernos gradualmente a la imagen de Cristo, mediante el proceso de santificación: «Mas ahora que habéis sido libertados del pecado y hechos siervos de Dios, tenéis por vuestro fruto la santificación, y como fin, la vida eterna» (Ro. 6:22).

- 2) *Por medio de la fe el pecador tiene seguridad de su salvación, porque por medio de la fe descansa totalmente en la suficiencia de Dios.*

El poder de la fe «radica en el hecho de que establece una unión entre el alma necesitada y el todopoderoso y suficiente Señor».¹⁶¹ La fe vincula al hombre necesitado con la omnipotencia de Dios.

Tener fe significa renunciar a nuestros supuestos méritos personales, que no existen, y al abandono de todo apoyo humano. La fe es la actitud del niño que se entrega con absoluta confianza a los brazos de su madre. La actitud de fe es lo que importa. Aun en momentos graves de la vida, cuando la prueba de la fe llega, como llega a toda vida cristiana, la fe permanece activa, para confiar en que «Cristo está presente, aun cuando Él ha quitado las manifestaciones habituales de su presencia.»¹⁶²

El hombre tiene que llegar al fin de sí mismo, para estar en condiciones de venir, vacío como está, a recibir la salvación. A este pecador arrepentido Cristo le da perdón. ¿Qué recibe el que así viene al Señor? Recibe la vida de

160. Ver J. Grau, ob. cit., pág. 57.

161. Lockyer, EDB, pág. 285.

162. Rosscup, AIC, pág. 134.

Dios; ésta es la vida que Dios tiene en sí mismo, y es la que imparte al pecador que cree.¹⁶³

En esencia, la fe es lo que da gloria a Dios.¹⁶⁴ Abraham, en lugar de mirar a las dificultades, miró a Dios. Éste es el verdadero secreto de la fe.

¿Qué significa que dio gloria a Dios? Que consideró a Dios, quién es Dios y qué es Dios. Contempló los atributos gloriosos de Dios, su omnipotencia, su santidad, su inmutabilidad. Conoció que Dios no cambia de opinión, ni revoca sus dones. No se vuelve atrás. Sabe lo que está haciendo. Sí, la gran cosa de la fe es que mira a Dios.

- 3) *Por medio de la fe el pecador tiene la única seguridad posible, porque todo en la salvación depende de la obra de Dios y nada de nosotros mismos ni de nuestras obras.*

Pablo expresa la seguridad de su salvación en palabras triunfales, que no se refieren sólo a sí mismo, sino que él aplica a todos los creyentes:

«¿Qué, pues, diremos a esto? Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros? El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas? ¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; más aún, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros. ¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada? Como está escrito: Por causa de ti somos muertos todo el tiempo; somos contados como ovejas de matadero. Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó. Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo

163. Wuest, Ephesians, pág. 107.

164. Lloyd-Jones, Ro. 4, pág. 221.

profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro» (Ro. 8:31-39).

A aquellos que desean asegurar su salvación mediante obras tenemos derecho a preguntarles ¿cómo estará más asegurada nuestra salvación, mediante ceremonias estériles o mediante la obra de Cristo?

El mismo Señor dice en su Palabra clara: «De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida» (Jn. 5:24).

Y en Juan 10:15 y 10:27-29 declara:

«Así como el Padre me conoce, y yo conozco al Padre, y pongo mi vida por las ovejas. Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen, y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano. Mi Padre que me las dio, es mayor que todos, y nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre.»

¿Quién nos dará mejor fundamento? ¿Nuestras limosnas, nuestros sacrificios (que Dios no ha pedido) o el gran sacrificio de Cristo? ¿Qué es lo que hay que predicar? ¿Nuestro amor, fundado en el exhibicionismo, en el egoísmo, o el gran amor de Cristo? ¿Quién nos salva? ¿Me salvo yo mismo por mi carácter, o me salva Jesucristo que muere por mí?

¿Quién me da seguridad? ¿Mi pobre opinión viciada o la infalible Palabra de Dios Todopoderoso?

Lo fundamental en la salvación es que todo descansa en la obra de Dios y en la Palabra de Dios, y nada depende de nosotros. Por eso, el creyente puede tener seguridad.

Los reformadores destacaron que cuando se afirma el concepto de que sólo por fe el pecador es justificado, «lo que nosotros hacemos es, sencillamente, excluir nuestros propios méritos».

En resumen, con la palabra *sólo* no excluimos las buenas obras, como si fuera innecesario que sigan a la fe, sino que excluimos, únicamente, la confianza humana en las obras y

méritos propios y afirmamos que ni éstos ni aquéllas pueden justificarnos.

XII- La enseñanza apostólica rechaza de plano la idea de que la justificación pueda descansar, aunque sea en parte, en las obras o en la justicia inherente del hombre regenerado.

Notemos el error sutil en que se basan algunas concepciones; se dice que la justicia no aparece como una simple no imputación del pecado sino como renovación interior, y se agrega que esta justicia, operada por el Espíritu de Dios, es la que Dios reconoce al justificar al hombre.¹⁶⁵

Pero Pablo no dice que Cristo murió por el hombre renovado. Dice que «Cristo, cuando aún éramos débiles, a su tiempo murió por los impíos» (Ro. 5:6). El objeto de la justificación de Dios, desde cualquier punto de vista que se lo mire, no es el justo, sino el impío.¹⁶⁶ La santidad es la consecuencia y no la causa de nuestra justificación.¹⁶⁷

Otros han opinado que este impío justificado por Dios ya no es un impío, es un hombre justo, en un sentido que haría pensar que somos unidos a Cristo como justos; pero esto significa un retoque del concepto de Pablo. Según las Escrituras, esta concepción no funciona así; el hecho es que Cristo, en su muerte, no representa al hombre nuevo, sino al hombre viejo. Dice Pablo: «Sabido esto, que nuestro viejo hombre juntamente fue crucificado con Él» (Ro. 6:6).

Es imposible que la justicia del hombre sea la base de su relación con Dios.

- a) Su justicia es y sigue siendo una justicia nula; no hay justo, ni siquiera uno. El hombre, como pecador, no puede obrar su salvación. Los muertos no pueden obrar.
- b) Las buenas obras de Efesios 2:10 son el fruto y no la causa

165. Ver. H. Ridderboss, ob. cit., pág. 187, que refuta ese punto de vista.

166. H. Ridderboss, ob. cit., pág. 187.

167. CH. Hodge, Romans, pág. 89.

de la salvación. La salvación es «para» obras y no «por» obras.

- c) Aun las mejores obras de un creyente están manchadas por el pecado, porque él es un pecador por naturaleza.

El pecador necesita entender la cruz; la cruz es el juicio definitivo del hombre. No hay que esperar el veredicto de Dios: todos han sido constituidos pecadores; todo el mundo se encuentra bajo el maligno.

1. *El origen del error con respecto a esta doctrina.*

- a) Uno de los errores es la pretensión de incluir en una sola doctrina lo que la Biblia revela en varias.
- b) Otro de los errores consiste en decir que Dios no puede declarar justo al que no lo es, sino que Él justifica al pecador teniendo en cuenta su futura renovación interior. Pretenden que la justificación es un pronunciamiento anticipado de Dios. Olvidan que Dios trabaja, como hemos visto, con dos hombres representativos. Lo que Dios ha anticipado es que «en Adán todos mueren». Lo que Dios ha anticipado es que el pecador está muerto ya; vive en el reino de la muerte, aunque no lo sabe.
- c) Otro error consiste en el temor a que se estimule el pecado, si se predica una salvación libre y gratuita. El temor consiste en que la gracia pueda estar al servicio del pecado. ¿Cómo refutar esto? Con la argumentación de Pablo 6:1-6.¹⁶⁸
- d) Otro error surge de decir que la justificación consiste en la renovación progresiva. Se enseña así que la justificación es un proceso, lo cual está en contra de la Escritura, que afirma que hemos sido justificados para siempre al confiar en Cristo.
- e) Otro error reside en afirmar que hay que abandonar las definiciones legales; los que así opinan prefieren el len-

168. El autor ha considerado la enseñanza de Pablo en Romanos, capítulo 6 en su libro titulado «La identificación con Cristo» (Hebrón), capítulos II a V.

guaje del amor. Pero Dios solamente pudo justificar a los hombres delante de él, porque se justificó a sí mismo y a su ley. «Salva la santa ley de mi Dios y después podrás salvarme a mí» (Monod).

- f) Se dice que es presunción, falta de humildad, sentirse salvo, sentirse seguro. Pero no es humildad negar lo que Dios ha hecho. No es humildad negar lo que Dios ha declarado. No es humildad negar lo que Dios ofrece.
- g) Un error definitivo es apartarse de las Escrituras. Puede afirmarse categóricamente que hay una insistencia escritural en que la relación del hombre con Dios está determinada por la ley, y que necesariamente el pecador está bajo condenación.
- h) Existen, pues, varios errores, pero el peligro más grande y más generalizado ha sido introducir la idea del mérito personal. La justificación según las obras tiene origen en los judíos. En forma abierta, o encubierta, el corazón natural piensa en acercarse a Dios mediante obras. Se piensa en hacerse digno del perdón. Se piensa que «lo más importante es ser una buena persona». Se pretende exigir una mejor moralidad, antes de poner a su alcance el Evangelio.

La enseñanza falsa sobre la necesidad de acumular méritos, obras, para merecer el favor de Dios, tiene origen, como hemos señalado, en el temor de que la predicación de la gracia conduzca al libertinaje.

Cuando así se piensa, se está ignorando que el Evangelio es el poder de Dios, y que uno de los grandes objetivos del Evangelio consiste tanto en pacificar la conciencia como en purificar el corazón. Dios se apodera de la conciencia del hombre regenerado por Cristo. No se trata, en el Evangelio, de buscar una mejor religión, ni de buscar una mejor que otra. Es un corazón cambiado, y no una religión cambiada, lo que el hombre necesita.

Los reformadores rechazaron toda idea de que la justificación pueda descansar, aunque sea en parte, en la justicia

inherente del hombre regenerado, o en sus obras. Los reformadores rechazan toda noción de una justificación progresiva, y sostienen que es instantánea, completa, total. Éste es el punto de vista de Pablo.

Cuando estas verdades se confunden y se pretende que en la justificación deben introducirse otros elementos como la santificación, se está agregando o quitando al pensamiento apostólico y se corre el riesgo de llegar a conclusiones antiescriturales.

La obra de la salvación es de tal dimensión y magnitud que ninguna palabra por sí sola lo explica todo. Necesitamos todas las palabras bíblicas para explicarla. Pero notemos que debemos estudiar separadamente cada enseñanza, sin olvidar la gran unidad doctrinal de la Biblia. Sin doctrina no hay iglesia, sin doctrina no hay vida cristiana. Si separamos las doctrinas en partes, y luego consideramos cualquiera de sus partes en lo abstracto, sin referencia a las conexiones vivas del todo, siempre nos desviamos. El análisis en partes es necesario para pensar claramente, pero el pensamiento analítico se desvía cuando se olvida la unidad vital de las doctrinas cristianas. La justificación es un aspecto de la salvación.

Aquella salvación es una de las grandes palabras de la Biblia, una de aquellas que incluye todo. Incluye:

- 1) La justificación.
- 2) Una fe viva, que nos une a Cristo.
- 3) Incluye la regeneración.
- 4) Incluye la santificación.
- 5) Incluye la reconciliación.
- 6) Incluye la glorificación.

Ya hemos visto que una de las fuentes de error es que, como algunos de estos hechos ocurren simultáneamente, se ha querido englobar a todas estas experiencias con una sola palabra; si queremos pensarlo así, esa palabra es «salvación», pero no justificación.

La fuente principal de error es el legalismo arraigado en el corazón natural. A todos nos cuesta aceptar que el hombre

no tenga remedio por sí mismo. A todos nos cuesta aceptar la justicia de otro. El pecado se niega a morir.

Es fundamental, en la justificación, definir qué abarca. Si se pretende definirla como la suma de toda salvación, se comete un error que conduce a la confusión.

Asimismo hay que definir si se trata de un proceso, o si es un acto que ocurre una única vez. Es verdad que el arrepentimiento, la fe, la regeneración, la justificación y la adopción se efectúan todos en el mismo momento, pero hay que hacer distinción entre las diferentes significaciones que la Escritura otorga a estos conceptos.

La naturaleza moral del hombre se despierta sólo cuando esta doctrina de la justificación por la fe se entiende cabalmente. Por medio de esta doctrina, el hombre puede llegar a tener un sentido claro sobre la gravedad del pecado, y una noción elevada de la santidad de Dios. Si estos elementos faltan el hombre tendrá un sentido debilitado de pecado, y tendrá un concepto bajo de Dios.

La conciencia humana es naturalmente legalista. Tiende a adoptar métodos para ganar la salvación. Es tardía para ceder a la doctrina de la gracia.¹⁶⁹ ¡Cuánto cuesta creer que Dios está dispuesto a aceptar a los impíos! El pecado ha creado una barrera, que esconde al hombre de sí mismo. ¡Cuánto cuesta reconocer la culpa!

Pero ninguna forma de enseñanza hará bien al alma si no se reconoce esta conciencia de pecado.

Sin la doctrina de la justificación, hay una fuerte tendencia a caer en el antiguo error de los judíos, de la salvación por obras. Esto siempre da lugar a uno de dos extremos:

- a) El hombre se imagina que es mejor de lo que es;
- b) o su esperanza está siempre nublada por el temor de faltar a los requisitos de Dios.

En un extremo, el hombre se justifica a sí mismo. En el otro, puede caer en la desesperación.

169. E. Y. Mullins, *La Religión cristiana en su expresión doctrinal*, pág. 407.

La predicación del Evangelio profundiza el sentido de pecado, pero no conduce a la desesperación, porque proclama una gracia que alcanza a la conciencia del pecador. El acto de Dios por el que justifica, limpia la conciencia de obras muertas, para que sirvamos al Dios vivo. Aquí llegamos a un punto definitivo para todos. Para un evangélico, y para un católico.

¿Cómo estará más asegurada la comunión del que quiere servir a Dios?

¿Por la penitencia? ¿Por las obras? ¿Por la sangre de Cristo? ¿O por la gracia? ¿Quién me da seguridad?

La doctrina católica enseña que la justificación es un procedimiento gradual, que continúa durante la vida cristiana. Se dice que la penitencia y varias formas de disciplinas son necesarias para asegurar la justificación. En la doctrina católica los hombres son justificados sólo hasta donde están santificados. ¿Cuál es la realidad? El resultado es que los hombres nunca están seguros de la salvación en la vida actual.

Notemos que si la justificación depende en gran parte de las obras, o si depende de nuestro carácter cristiano, o de las ceremonias, entonces no puede haber certidumbre en cuanto a la salvación; esta incertidumbre constituye el origen de la tristeza que caracteriza a todos los actos del culto de quienes sostienen que la justificación es un proceso.

La doctrina de la «salvación por el carácter»,¹⁷⁰ como es proclamada por algunos protestantes de la llamada «nueva teología», es muy parecida a la doctrina católica en su principio esencial. No se valen de sacramentos pero menosprecian la eficacia de la obra que Cristo hizo por nosotros, y dependen de las cualidades morales inherentes en el hombre, más bien que del acto justificador de Dios.

Por lo tanto, hay que decir claramente: no deje que su estado de justo sea oscurecido.

El sacrificio de Cristo en la cruz, y la eficacia de su san-

gre preciosa, constituyen la única base de su aceptación delante de Dios.

2. En parte, estos errores provienen del hecho de que se confunden y se mezclan enseñanzas que la Biblia distingue claramente.

a) Diferencia entre la justificación y la santificación.¹⁷¹

La justificación es un acto declarativo de Dios. La justificación no es proceso de renovación como es la santificación. Aunque vea al pecador con estimación, la justificación no cambia su vida, sino su estado. Envuelve el hecho del perdón de los pecados y el hecho de ser restaurado al favor divino. Los que son justificados tienen «paz con Dios», seguridad de la salvación, «una herencia entre los que son santificados».

Sin embargo, debe notarse la gran diferencia entre justificación y santificación:

a) La justificación quita la culpa del pecado y restaura al pecador a todos los derechos incluidos en su estado como hijo de Dios.

La santificación quita la corrupción del pecado y renueva cada vez más al pecador, en conformidad con la imagen de Dios.

b) La justificación tiene lugar fuera del pecador, en el tribunal de Dios, y no cambia su vida interior; en cambio, la santificación tiene lugar en la vida íntima del hombre y afecta toda su vida. Cambia su vida interior.

c) La justificación tiene lugar de una vez por todas; no hay grados en la justificación. El hombre está justificado por completo o no está justificado en absoluto; en cambio, la santificación es un proceso continuo, que nunca se completa en esta vida.

Afirmar que el hombre es justificado en la medida de su santificación, es falso. Como ya hemos visto, la definición

170. E. Y. Mullins la refuta en ob. cit., pág. 403.

171. L. Berkhof, T. S., pág. 615.

tridentina de la justificación como «no sólo la remisión de los pecados sino también la santificación y la renovación del hombre interior» es errónea.¹⁷²

La justificación es un asunto de imputación, es decir, considerar como que algo sea, poner algo a la cuenta de alguien. La culpa del pecador es imputada a Cristo; y la justicia de Cristo es imputada, o atribuida, al pecador.¹⁷³

En cambio, la santificación es un asunto de transformación.

En la justificación, como bien lo señala Hendriksen, el Padre toma la iniciativa; en la santificación lo hace el Espíritu Santo. El primero es un veredicto judicial hecho «una vez para siempre; el segundo es un proceso que continúa toda la vida».

Se trata de cosas que son esencialmente distintas, aunque en la experiencia del hombre que cree puedan estar estrechamente ligadas. Dios, como Juez, absuelve al prisionero, declarándolo libre de culpa. Pero lo adopta como su Hijo, y aun le imparte su propio Espíritu.¹⁷⁴

b) *Diferencia entre la justificación y el arrepentimiento.*¹⁷⁵

En el arrepentimiento el pecador abandona su pecado para dirigirse hacia Dios; el arrepentimiento es el acto del hombre en su conciencia, que corresponde al acto del Espíritu en su corazón.

La condición de arrepentimiento caracteriza siempre al hombre regenerado y éste viene a ser un propósito constante en su vida, pero la justificación es un acto declarativo de parte de Dios, en que Él declara al pecador justo, por estar en Cristo, por medio de la fe, antes de que pueda obrar. «Al que no obra, pero cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia.»

c) *Diferencia entre la justificación y la regeneración.*¹⁷⁶

La regeneración es un acto del Espíritu Santo, por medio del cual el corazón del pecador es renovado y recibe la vida, en su condición de muerto espiritual.

Pero las Sagradas Escrituras hacen una distinción muy clara; la regeneración es un acto del Espíritu Santo en el corazón del pecador, mientras que la justificación es un cambio de relación entre el pecador y Dios.

En la justificación misma no hay nada de cambio interior, aun cuando la justificación siempre está acompañada por la regeneración en el hombre interior. La justificación es un cambio de relación en la que Dios, como Juez, nos declara justos en Cristo Jesús.

La justificación es el nombre que la Biblia da a la relación con Dios cambiada, y no a la naturaleza cambiada.

Concluimos citando a Chafer¹⁷⁷ que la justificación divina no es solamente el hecho de quitar los pecados personales mediante el perdón, sino más bien un acto de Dios que declara al creyente cristiano cubierto eternamente con la justicia de Cristo.

La justificación divina es una parte de la perfección del cielo, perfección que Dios ha traído a la tierra; es tan armoniosa esta jurisprudencia divina, que se puede decir, como hace Pablo en Romanos 3:26, que Dios es justo cuando justifica al pecador por el solo hecho de confiar en Jesucristo. La justificación divina, dado que tiene una base legal justa, será defendida por Dios hasta la eternidad; esta justificación responde a todo desafío que pudiera presentarse, ahora o en el futuro, contra el que es salvo por medio de la fe en Jesucristo. «Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús» (Ro. 8:1).

172. Packer, en DT. Justificación, pág. 306.

173. W. Hendriksen, Gálatas, pág. 106.

174. W. Hendriksen, ob. cit., pág. 106.

175. G. H. Lacy, T. S., pág. 299.

176. G. H. Lacy, T. S., pág. 298.

177. TS, I, pág. 706.

VII LA GRACIA

I- Vocablos que expresan la gracia.

1. En el Antiguo Testamento no existe un vocablo que exprese la gracia en el sentido en que más tarde aparecerá revelado en el Nuevo Testamento, pero el Antiguo Testamento preparó el camino y conoció la gracia «en cuanto a la cosa misma», en cuanto a su esencia misma.¹ En el hebreo del Antiguo Testamento se utilizan por lo menos dos vocablos para expresar el concepto de gracia.²

a) *Chen* (o *jen*), que significa mostrarse misericordioso, propenso a dispensar favores. El verbo *chanan* parece haber significado originariamente inclinarse o encorvarse. En ciertos pasajes expresa el favor redentor de Dios con el hombre;³ en otros indica la condescendencia del Ser superior.

El vocablo *jen* incluye además la idea de algo que merece aprobación, que causa deleite y regocijo.⁴

El uso del vocablo hebreo *jen* clarifica el significado de «gracia». Denota la venida de una fuerza en ayuda del débil que se encuentra en oscuridad. La persona actúa movida por una decisión voluntaria. La palabra se utiliza para

1. Bauer, ob. cit., pág. 426.

2. F. Lacueva, pág. 37. Señala un tercero (*Ratson*) que significa «contentamiento, aceptación. Buena voluntad».

3. Ryrie, Gracia, pág. 12.

4. ISBE, Gracia, pág. 547.

expresar esta idea cuando se refiere a algo atractivo o placentero, o cuando se otorgaba como un regalo a alguien que no lo merecía. Así, a Moisés se le permitió interceder por el pueblo en Éxodo 33:12, 13: «Y dijo Moisés a Jehová: Mira, tú me dices a mí: Saca este pueblo, y tú no me has declarado a quién enviarás conmigo. Sin embargo, tú dices: Yo te he conocido por tu nombre, y has hallado también gracia en mis ojos. Ahora, pues, si he hallado gracia en tus ojos, te ruego que me muestres ahora tu camino, para que te conozca, y halle gracia en tus ojos; y mira que esta gente es pueblo tuyo.»

Moisés le recuerda al Señor su inclinación por el pueblo que ha elegido. En el Nuevo Testamento el término *charis* aparece 155 veces, principalmente en las cartas de Pablo.

b) *Chesed*, o *Jesed* que señala a la gracia en el sentido de caridad, benignidad, misericordia.⁵ Es el vocablo que se vincula con *jaris*, el vocablo que en el Nuevo Testamento griego se emplea para «gracia».

Algunos autores⁶ piensan que el sentido primario era en «un ardiente y ansioso deseo que domina a la persona»; incluye la noción del deseo de manifestarse a sí mismo. Otra idea vinculada con el vocablo es que *chesed* establece una relación entre las personas vinculadas por el acto generoso que se realiza.⁷

Hay, pues, que subrayar que si bien el vocablo «gracia» como tal no aparece en el Antiguo Testamento, su sentido más profundo sí aparece. Hay referencia a esta gracia como esencial en el carácter de Dios y como algo impartido al hombre; hay además la idea de un favor inmerecido, pero surge de un superior, en beneficio de un inferior; y hay finalmente el vínculo definitivo de la

misericordia firme, la garantía de una actitud de benevolencia de Dios hacia su pueblo Israel.⁸

2. En cuanto a los vocablos griegos se destaca *charis*, o *jaris*, como traducción de *jen*; es aquello que proporciona ocasiones de placer, deleite; se aplicaba con relación a la belleza de las personas, o a la mente de algunos. En cuanto al que otorgaba este tratamiento, *charis* indicaba una disposición amistosa, que procede de su bondad. Y, en cuanto al receptor de este tratamiento, provocaba una reacción de agradecimiento, de gratitud, que también se denominaba gracia, o «gracias». Éste es el origen de este vocablo castellano.⁹

3. El vocablo *charis* proviene de la raíz griega *char*, que indica a la cosa que produce bienestar.¹⁰ Pertenece a un grupo de palabras que se utilizan en varios idiomas, y que aparece en la literatura clásica en el sentido de regocijo, favor, belleza, gratitud, deleite. *Charis* se aplicaba en Grecia para expresar gratitud a los dioses del paganismo, pero también hacia personas.

El sustantivo derivado *charisma* se utiliza generalmente para referirse a los dones, regalos de la gracia.¹¹

El vocablo *jaris* tenía diversos significados en la literatura griega. Designaba objetivamente a aquello que tenía atractivo o causaba una impresión favorable; subjetivamente, se lo empleaba para indicar el concepto favorable que se tenía de una persona; y se lo utilizaba para hacer referencia a un favor determinado.¹²

Es, pues, interesante resumir la historia de la palabra «gracia» hasta que llega al Nuevo Testamento.¹³

8. Ryrie, ob. cit., págs. 21 y 22.

9. Aristóteles señaló que el vocablo sugería «algo que se confiere en forma gratuita, sin esperar retribución y cuyo único móvil es la bondad y la liberalidad del dador» (Lockyer, EDB, pág. 239).

10. CBDT, Grace, pág. 115.

11. CBDT, Grace, pág. 2.

12. Ryrie, ob. cit., pág. 23.

13. ZEB, Grace, pág. 799.

5. También estaba el vocablo *ratson*, que significaba buena voluntad, contentamiento.

6. Gesenius, citado por Ryrie, pág. 16.

7. Torrance, citado por Ryrie, pág. 17.

- a) En el uso clásico, el primer sentido que ha tenido era encanto, atractivo; era la propiedad o cualidad de una cosa que da origen al regocijo de sus poseedores o de sus oyentes; contenía la idea de ganar el favor de alguien.¹⁴ Este sentido de «encanto» o «atractivo» todavía subsiste aun fuera de la Biblia; ha pasado a las lenguas latinas en expresiones que todavía se utilizan como «me ha caído en gracia».¹⁵
- b) Después el vocablo toma un sentido subjetivo, expresando la idea de una disposición generosa hacia alguien; es la idea de desear lo bueno a otra persona.
- c) Desde allí se deriva luego el concepto de «un favor» como expresión de buena voluntad hacia otro,¹⁶ pero ahora incluyendo la idea de una actitud benevolente que conduce al superior a otorgar el favor al inferior.
- d) Finalmente, dado que esta idea de gracia abarca tanto a un dador como a un receptor, este último «agradece»; a cambio de la «gracia» recibida, se da «gracias».
- Es el segundo de los sentidos indicados el que parece haber influido para que el vocablo fuera incorporado al Nuevo Testamento.

Ahora bien, el Nuevo Testamento toma estos significados, en pasajes diversos, pero al incorporar este vocablo los escritores inspirados, principalmente Pablo, enriquecen su significado, cuando lo aplican para explicar la obra de Cristo, porque agregan el importante elemento de que el favor que se concede es *inmerecido*. Por tanto, los escritores del Nuevo Testamento utilizan *charis* principalmente acerca de aquella bondad por la cual Dios concede su favor a quienes están lejos de merecerla, da a los pecadores el perdón y les ofrece la salvación eterna mediante Cristo.¹⁷

Charis en el Nuevo Testamento designa la relación y

14. ISBE, Grace, pág. 548.

15. F. Lacueva, ob. cit., pág. 38.

16. ZEB, Grace, pág. 799.

17. Thayer, citado por Earle, Ro., pág. 17.

conducta de Dios hacia el hombre pecaminoso como se revela en Cristo y a través de Él, especialmente como un acto de favor espontáneo, sin que existiera nada que le obligara a hacerlo.¹⁸

Es que, como ha dicho un gran exegeta,¹⁹ hay que observar la manera en la que palabras griegas tomadas en el uso cristiano, han sido glorificadas y transformadas. Es cierto que el vocablo, como hemos visto, existía antes de Pablo, pero es el Evangelio de Cristo el que da a la palabra un sentido nuevo y enriquecido.²⁰ La gracia da a entender el ilimitado favor que se muestra a todo aquel que a causa de la transgresión ha perdido todo derecho de reclamar el favor divino, y ha perdido toda capacidad de realizar actos meritorios.²¹

En las cartas de Pablo el vocablo «gracia» vino a ser una palabra que ha vibrado con la sorprendente revelación de que la salvación de Dios vino a la humanidad pecaminosa libremente, generosamente, inmerecidamente.²²

La riqueza del concepto bíblico que estamos tratando es inagotable. Un autor²³ ha dicho que el vocablo griego *jaris* señala «la bondad misericordiosa en virtud de la cual Dios, ejerciendo su santa influencia en las almas, las vuelve a Cristo, y las guarda, las fortalece y las hace crecer en fe, en conocimientos, en afectos, incitándoles al ejercicio de las virtudes cristianas».

Otro autor²⁴ ha señalado que la gracia tiene influencia sobre los pecados del hombre; es aquel atributo de Dios por el cual esos pecados son quitados, y así Dios despliega la liberalidad de su perdón. Agrega que hay que distinguir a la misericordia de la gracia.

18. Cremer, citado por Earle, pág. 18.

19. Trench, citado por Wuest, Vocabulary, pág. 132.

20. ZEB, Grace, pág. 799.

21. Lockyer, EDB, pág. 239.

22. ISBE, Grace, pág. 552.

23. J. T. Thayer. A Greek English Lexicon of the New Testament, pág. 666 (Ryrie, ob. cit., pág. 26).

24. Trench, Synonyms, pág. 169.

La misericordia está vinculada con la miseria, la miseria que es la consecuencia del pecado (p. 169); por tanto la misericordia es aquel sentido tierno en el carácter de Dios que se ha desplegado para sacar al hombre de su miseria y enriquecerlo interiormente.

Se puede decir que la gracia de Dios, otorgada con liberalidad (p. 170), desplegada en el perdón de los pecados, es extendida a los hombres porque son culpables; en cambio, la misericordia les es extendida porque son miserables. El conocido texto de Juan 3:16 parece sugerir que en la mente divina la misericordia precede a la gracia. De tal manera amó Dios al mundo, con un amor piadoso (de aquí su misericordia) que dio a su Hijo unigénito (de aquí la gracia), para que todo aquel que el El cree, no se pierda, mas tenga vida eterna.

Pero en cuanto al orden de manifestación del propósito salvador de Dios, la gracia debe ir antes de la misericordia. Es cierto que la misma persona es la destinataria de ambas cosas, siendo simultáneamente el culpable y el que se encuentra en la miseria; «la culpa debe ser quitada, antes de que la miseria pueda ser mitigada; solamente el hombre perdonado puede ser bendecido. Dios debe perdonar, antes de que pueda curar; los hombres deben ser justificados antes de que puedan ser santificados».²⁵

Hay que destacar que el judaísmo enseñaba que había gracia en Dios, pero que en realidad el primer paso tenía que darlo el pecador. En cambio, el Evangelio nos anuncia que Dios ha tomado la iniciativa al enviar a su Hijo al mundo. El Evangelio anuncia que Cristo ha tomado la iniciativa en el nombre de Dios.²⁶ Esto es gracia. El concepto de gracia en el Nuevo Testamento se eleva infinitamente al vincularse con Jesucristo. El sacrificio de su cuerpo es gracia en sí mismo.²⁷

25. Trenchard, ob. cit., pág. 171.

26. ZEB, Grace, pág. 850.

27. Ryrie, Gracia, pág. 29.

Lo que tenemos que subrayar es que el Nuevo Testamento destaca, en la gracia, su universalidad, y el hecho de que Dios la otorga libremente, no compelido más que por su propia naturaleza plena de misericordia;²⁸ y el Nuevo Testamento destaca reiteradamente que la gracia se opone: a) a una deuda (Ro. 4:4, 16); b) a las obras (Ef. 2:8); y c) a la ley (Jn. 1:17).

Sin embargo, la espontaneidad y la liberalidad de la gracia no deben ser confundidas con lenidad en Dios con respecto al pecado. La gracia de Dios no es concedida para que el hombre continúe en el pecado. Todo lo contrario. Los apóstoles fueron categóricos en este punto. Pablo ha dedicado varios capítulos de sus escritos (sobre todo en Ro. 6 al 8) para mostrar que la gracia y el poder de Dios conducen al pecador que cree a una devoción de corazón a Dios y esto implica la vida consagrada y santificada.

«Mas ahora que habéis sido libertados del pecado y hechos siervos de Dios, tenéis por vuestro fruto la santificación, y como fin la vida eterna» (Ro. 6:22).

Notemos el orden y el propósito; en cuanto al orden, vemos que sólo el hombre justificado puede ser santificado y sólo el hombre perdonado puede ser bendecido.

En cuanto al propósito, primero el perdón, «libertados del pecado»; luego la dedicación a Dios y la santidad personal, «hechos siervos de Dios, tenéis por vuestro fruto la santificación».

El Señor que «nos rescató» (2 Pe. 2:1) nos ha dado libertad para vivir ahora libres del pecado y no sometidos a él.

Cristo ocupa ahora el Trono de gracia. Esta gracia es la que sustenta la vida de devoción personal al Señor. Toda fortaleza, toda animación puede ser requerida a Él; puede compadecerse de hombres débiles como sus siervos porque se ha identificado Él mismo con ellos como Sumo Sacerdote.

Siempre, siempre hay que subrayar que es el creyente que reconoce que Dios es el Señor Misericordioso y lleno de

28. Vine, DEPNT, Gracia, pág. 159.

gracia aquél que entrega su vida a Dios. Por eso renuncia a tomar su vida en sus propias manos y se entrega al cuidado de Dios.

Además, hay que notar que antes de la Encarnación de Cristo el concepto «gracia» tenía ya un sentido amplio, pero con el acontecimiento de Belén el vocablo tiene una significación no imaginada jamás.

Antes de Belén a ningún pensador se le pudo ocurrir que la gracia podría significar a Dios dándose a sí mismo.

Así, Filón, el muy ilustre rabino de Alejandría, utilizó el término pero siempre con referencia a regalos, a cosas.²⁹ Él nunca se elevó a la fe de que la presencia de Dios podía entrar en el corazón humano. Ésta sería la revelación del Nuevo Testamento. Esto es lo que la encarnación y la obra de Cristo en la cruz han hecho posible. La propia muerte y resurrección de Jesucristo eran los hechos redentores que iban a dar al concepto «gracia» su significado más profundo. Dios dándose a sí mismo en Cristo, su Hijo, es la expresión de la gracia misma. Y esta gracia así personificada, este ser glorioso en su preexistencia y glorioso por su obra de redención, encuentra un lugar de morada en la vida, en el corazón de cada creyente. Éste es el Evangelio de la gracia de Dios. Hemos llegado a la cumbre. No hay nada más allá.

«La gracia fluye de la naturaleza gloriosa y trascendente de Dios. Es uno de sus atributos infinitos y es el resultado del consejo y propósito eterno de su voluntad.»³⁰

La palabra «gracia» en un sentido cristiano se refiere entonces a que Dios soberanamente libre concede la salvación en Cristo Jesús;³¹ esta libertad en Dios subraya que Dios actúa movido por una decisión voluntaria, no motivada por algo bueno que pudiera percibir en los que serían objeto de su gracia. Que Dios actúa libremente implica que Él no lo hace obligado ni constreñido por la necesidad del pecador ni por

29. ZEB, Grace, pág. 800.

30. Lockyer, EDB, pág. 240.

31. ISBE, Grace, pág. 547.

el mérito, que no existe, del pueblo que ha recibido su salvación. La gracia de Dios es libre porque es espontánea. Se subraya así el hecho de que la salvación es dada libremente por Dios, porque es dada a quienes nada merecen, a pecadores. Éste es el sentido central del vocablo. Cuando Pablo utiliza el vocablo lo hace dándole diversas acepciones, pero el apóstol alcanza el punto más elevado cuando lo utiliza para declarar los caminos de Dios con su pueblo pecaminoso.³² Es que Pablo tiene en mente la enorme dimensión del acto de amor de Dios para traer salvación libremente a aquellos que no la merecen.

Hay que ver, además, al subrayar el acto libre de Dios, dos grandes hechos: primeramente, queda claro que la iniciativa en la salvación es de Dios; en segundo lugar, queda también claro que el Evangelio no deja lugar para el mérito del hombre. La gracia no solamente prescinde del mérito; la gracia se opone al mérito.

Es muy significativo que Pablo nunca cita del Antiguo Testamento para establecer un uso de este vocablo. Cuando miramos el Antiguo Testamento a la luz del Nuevo, no vemos que la gracia aparezca tanto como vocablo, pero sí vemos la gracia actuando. Todo cuanto Dios hace al elegir a Israel, al redimirlo, al darle la ley, al guiarlo y al preservarlo, todo tiene por origen la gracia aunque el vocablo en sí no aparezca.³³ Lo ha señalado bien E. F. Kevan,³⁴ cuando destaca que el concepto veterotestamentario de gracia no se obtiene solamente del estudio de los vocablos, pues se revela a través de la acción.

El concepto «gracia», como se utiliza en el Nuevo Testamento, es un sinónimo de salvación, porque toma el significado enriquecido que proviene de la obra de Cristo.³⁵

La gracia significa siempre algo inmerecido, algo que no

32. ISBE, ob. cit., pág. 549.

33. NBD, Grace, pág. 491.

34. Citado por Lacueva, ob. cit., pág. 39.

35. ZEB, Grace, pág. 799.

se origina en nosotros. Es un favor, un bien, una bendición que no tiene como contrapartida el mérito nuestro.³⁶ Todo brota de la bondad de Dios.

Pero más todavía, todo esto no sólo viene del lado de Dios, sino que viene a nosotros a pesar de nosotros. Sí, todo lo recibimos de gracia, y esto quiere decir que todo lo recibimos a pesar de lo que somos.

Alguien ha dicho que hay diferencia entre los vocablos «justicia», «amor» y «gracia». En un sentido general se podría decir que la justicia nos da lo que merecemos; el amor nos da más que lo que merecemos; pero la gracia nos da a pesar de lo que merecemos.

Sí, no hay duda de que el vocablo gracia ha sido incorporado al Nuevo Testamento con un sentido enriquecido. Los griegos lo utilizaban para expresar el favor concedido a un amigo, pero cuando el Nuevo Testamento aplica la palabra a Cristo que muere por los pecadores (Ro. 5:8-10) «da un salto hacia adelante»³⁷ porque así se expresa el amor de Cristo hacia los que eran sus enemigos.

Un punto fundamental tiene que ser subrayado, y es que el significado de la gracia es tan amplio que no puede ser resumido; es que la realidad de la gracia aparece a cada paso de la historia bíblica, en toda ocasión en que Dios se revela en su propósito redentor.³⁸

II- Las manifestaciones de la acción divina en el Antiguo Testamento revelan que la gracia de Dios no es pasiva.

El concepto de gracia no aparece en el Antiguo Testamento con la nitidez con que después aparecería en los escritos del Nuevo Testamento, pero la revelación de la Escritura

36. Véase la excelente exposición de Lloyd-Jones en «Por gracia, mediante la fe», Ephesians, pág. 128.

37. Lockyer, EDB, pág. 239.

38. ISBE, Grace, pág. 548.

preparó el camino para la comprensión de la gracia y, lo que es más importante, en el Antiguo Testamento está la esencia de la gracia. El que ve en ese Testamento cómo obra Dios puede conocer la esencia de la gracia.

Puede, pues, afirmarse que no se trata de que la gracia de Dios no estaba presente en el Antiguo Testamento, sino más bien que no aparecería en primer plano. Vamos por partes.

1. La gracia en Génesis 3.

En Génesis 3, al comienzo de la historia humana, inmediatamente después de la caída del hombre en el pecado, vemos a Dios actuando. ¿Qué hace Dios? Dios no pasa por alto el pecado, lo analiza, lo juzga. ¿Qué más vemos? Vemos que el hombre vivía escondido, y Dios lo llama, Dios hace más: viste al hombre y a la mujer y, lo más importante de todo, promete la victoria final sobre el pecado. Esto es la gracia.

Vemos que esta actitud de Dios aparece inmediatamente después de la caída en el pecado. ¿En qué consiste allí la gracia? En que Dios no hace morir al hombre el día mismo de su pecado.³⁹ El retraso del castigo es también una acción de gracia.

Este aspecto de la gracia todavía hoy perdura; si Dios tuviera que juzgar el pecado el mismo día que lo cometemos, hace mucho que no estaríamos sobre la tierra. Aun si tuviera que castigar solamente aquellos pecados que nosotros consideramos gravísimos y los castigara el día en que los cometemos, hace mucho que no estaríamos sobre la tierra.

2. La gracia de Dios hacia Noé.

La gracia aparece otra vez en el caso de Noé. Noé es el hombre que Dios usa para traer un juicio sobre la tierra, mediante el diluvio; en medio del juicio, hay gracia para Noé y su familia. Una vez que ese juicio ha pasado (Gn. 6:8). Dios entra en diálogo con este hombre y le hace una promesa; le

39. Bauer, ob. cit., pág. 427.

dice que ahora no va a destruir más por agua al género humano. Éste es un pacto y aparece como un acto de gracia, ¿por qué? Porque Dios asegura así la supervivencia del género humano, a pesar de que conoce lo incorregible del corazón humano. Notemos que Dios sabe que el pecado va a continuar, pero Él limita su juicio; *esto también es gracia*. Dios no abandona al hombre caído.

3. *La gracia de Dios alcanza mayores alturas en la promesa a Abraham.*

Vemos en Génesis 13 que Dios, de su propia iniciativa, hace una promesa a Abraham, su siervo; le hace esta promesa 430 años antes de dar la Ley, antes de Moisés. Dios hace un pacto, pero este pacto es lo que en derecho se llamaría «un pacto unilateral»; una sola persona se compromete, una sola parte se compromete. Sólo Dios se obliga; aquí vemos la gracia de Dios. ¿A qué se obliga? A lo que acaba de decir: «Haré tu descendencia como el polvo de la tierra» (13:16) «Y te daré a ti, y a tu descendencia después de ti, la tierra en que moras...» (17:8).

Dios cumple su palabra, pero notemos que, aunque Dios es el único que se obliga, Él no concede su gracia displicentemente. La gracia de Dios aguarda una respuesta; la gracia requiere una actitud: la actitud de sumisión a Dios, la actitud de fe.

Abraham es el hombre que se somete a Dios aunque no siempre comprende; para él era suficiente que Dios le hubiera llamado. Por eso salió, aunque no sabía hacia dónde se dirigía.

Hay que notar que solamente la fe en la promesa de Dios a Abraham respeta el verdadero carácter de la obra de Dios, que consiste en ser ante todo una obra de gracia, algo que no se origina en el hombre, sino en la iniciativa de Dios.⁴⁰

Después apreciamos como creció en la fe, siempre sobre la base de sumisión a la palabra de Dios. Aquí hay una lección

40. León-Dufour, VTB, pág. 367.

preciosa: Abraham no era, el primer día, el hombre que fue después. Abraham no era grande el primer día; fue grande por la obra de Dios en él. Y notemos cómo Dios lo trató; Dios le fue pidiendo cosas, lo fue probando en su fe, y él fue obedeciendo.

Así Abraham fue creciendo, hasta que un día el Señor le pidió la cosa suprema, la que se compara con el sacrificio de Cristo en la cruz, cuando le pidió que ofreciera a su hijo en el Monte Moria.

Una de las lecciones más profundas de la vida aparece aquí; la actitud de sumisión, la actitud de fe, consiste en colocarse en el lugar donde la gracia de Dios nos puede bendecir. La gracia de Dios no se nos concede para que tengamos un concepto liviano de nuestras responsabilidades ante Dios y ante el mundo. La gracia lleva a manifestar plenamente todo lo que Dios quiere manifestar, cuando encuentra, en su siervo, una actitud de sumisión y de fe. Que esta profunda lección quede grabada en nuestros corazones.

4. *La gracia de Dios y los sacrificios del Antiguo Testamento.*

Si seguimos avanzando en el Antiguo Testamento encontramos que llega el momento en que Dios ordena sacrificios. Notemos que hay un concepto que el mundo, por lo general, ignora o confunde. Los sacrificios no tienen por finalidad hacer misericordioso a Dios.

De ninguna manera, lo opuesto es lo cierto; porque Dios es un Dios de gracia, provee el sacrificio. Es gracia lo que surge del corazón de Dios, antes de que el hombre haga nada, y antes de que el mundo sea creado; porque Dios quiere volver a tener contacto con el hombre, entonces provee un sacrificio para que el hombre se le pueda acercar.

Hay sacrificios que los hombres hacen que no son ordenados por Dios. Aún hoy, religiones que se denominan cristianas pretenden acercar al hombre sobre la base de sacrificios, y hay ceremonias que se repiten, miles por día y por

año, que intentan repetir lo que no se puede repetir, que es el sacrificio de Cristo en la cruz. Estos y otros sacrificios no han sido ordenados por Dios. Son vanos; son intentos de «congraciarse» con Dios, son intentos de comprar a Dios. Pero Dios no se deja comprar.

En cambio, el Antiguo Testamento habla de los sacrificios establecidos por Dios. Él los ordenó, minuciosamente. ¿Qué enseñanza tienen estos sacrificios ordenados por Dios allí? Como veremos más adelante, subrayan que el perdón se concede, pero no sin costo para Dios. Los sacrificios del Antiguo Testamento, que se repetían año tras año, día tras día, eran sacrificios que miraban a la cruz. La cruz es el centro de la historia humana en muchos sentidos, sobre todo desde el punto de vista de la salvación. Los hombres del pasado eran perdonados porque aquellos sacrificios apuntaban a la cruz. El hombre de hoy es perdonado porque puede mirar atrás, hacia la cruz. Los sacrificios del Antiguo Testamento miraban hacia la cruz, y la sangre revela que el perdón puede ser concedido, pero no livianamente, o de cualquier manera; aquí hay el pensamiento solemne de que el perdón no se otorga sin costo para Dios.

La gracia aparece, pues, en los sacrificios, por lo menos por dos razones; primeramente, porque Dios provee un medio para que el hombre se le acerque; en segundo lugar, porque Dios lo hace, a pesar de que conoce lo incorregible que es el corazón humano, aparte de Él (Gn. 8:21).

III- La generosidad de Dios alcanza un gran esplendor en la elección de Israel.

1. Dios eligió a Israel para que fuera su pueblo. Se trata de una iniciativa que no se basaba en nada que hubiera en el pueblo elegido; no se basó en méritos ni en antecedentes, ni en el número, ni en la conducta, ni en el vigor de su mano, sino únicamente en el amor y en la fidelidad de Dios al juramento dado a los padres: «Sino por cuanto Jehová os amó,

y quiso guardar el juramento que juró a vuestros padres, os ha sacado Jehová con mano poderosa, y os ha rescatado de servidumbre, de la mano de Faraón rey de Egipto.»

«Sino acuérdate de Jehová tu Dios, porque él te da el poder para hacer las riquezas, a fin de confirmar su pacto que juró a tus padres, como en este día» (Dt. 7:8; 8:18).

2. El símbolo de esta gracia es la tierra que Dios dio a su pueblo. Y en este símbolo vemos otra vez cómo Dios da. Dios da generosamente: «Jehová te introduce a la buena tierra...», «país de manantiales...». Les daría «lluvia del cielo», «ciudades que tú no has construido, casas que tú no has edificado, pozos que tú no has cavado» (Dt. 8:7; 11:11; 6:10, 11). Sí, la generosidad de Dios alcanzó su esplendor en Israel.

3. La gracia de Dios hacia Israel, la gracia que eligió al pueblo y que le dio la tierra, aguardaba una respuesta:⁴¹ el reconocimiento, el amor, la fidelidad a su Palabra. Por lo tanto, en el Antiguo Testamento la gracia se despliega porque Dios quiere tener asociados, pide un intercambio, busca una comunión.⁴²

Aunque los hombres confunden la gracia de Dios con sus bendiciones, tenemos que subrayar que ni antes ni ahora, la gracia se limita a otorgar favores, y significa mucho más que una protección exterior: Dios buscaba ganar el corazón de aquel pueblo.

Sin embargo, el pecado de Israel fue la idolatría. Dios lo califica de adulterio. Pero ¿en qué consistió esencialmente el pecado de Israel? En que se negó a dejarse guiar por Dios. Se negó a abandonarse a Dios. Ésta es una gran lección, de vigencia siempre permanente: Israel supo, a través de los siglos, lo que cuesta reemplazar, por sus propios caminos, los caminos de Dios.

Toda nuestra vida como creyentes debe estremecerse ante

41. NBD, *Grace*, pág. 491.

42. Leon Dufour, ob. cit., pág. 367.

la posibilidad de rechazar la voluntad de Dios para nuestra vida. Humillemos nuestro corazón ante Él, para que no se tenga que decir de nosotros que, cuando Dios buscaba la comunión, tropezó con nosotros, también como con ellos, con un «pueblo de dura cerviz».

Notemos que, a causa de la infidelidad del pueblo, el pacto queda roto. Dios no ha tomado la iniciativa de esta ruptura; sin embargo, Él anuncia, por medio de los profetas, que habrá en un tiempo futuro una nueva alianza, un nuevo pacto, apoyado en otro fundamento.

Esta alianza tendrá por artífice al Siervo sufriente, al varón de dolores de Isafas. No pretendemos dar aquí un resumen de la gran riqueza profética que encierra el Antiguo Testamento; digamos nada más que es Ezequiel el que subraya que la provisión de Dios cubrirá al menos tres aspectos:⁴³

- 1) La creación de un corazón puro.⁴⁴
- 2) La concesión de un espíritu nuevo.
- 3) La comunicación del Espíritu de Dios.

Sólo esta triple provisión de gracia asegura que el propósito de Dios no ha de quedar frustrado.

4. A pesar del fracaso de Israel como pueblo, fue siempre la gracia la que se derramó sobre la vida de los fieles del Antiguo Testamento. Ellos, los fieles de la antigua dispensación, buscaban el perdón, no en la Ley, sino en la gracia. Sabían que la prosperidad de cada uno sólo puede fundarse en la bendición de Dios. Ésta era la convicción del israelita piadoso; que si Dios aparta su rostro, toda seguridad desaparece, todos los seres se estremecen.⁴⁵

También para el israelita era válido que la gracia, y no nuestro mérito, era la base de toda bendición y el fiel israelita sabía lo que los profetas reconocían; que un corazón nuevo sólo puede ser un regalo de la gracia de Dios.

43. Leon Dufour, ob. cit., págs. 365-367.

44. NBD, Grace, pág. 491.

45. Bauer, ob. cit., pág. 428.

IV- La manifestación suprema de la gracia.

A través de las edades, lo que da consistencia al plan eterno de Dios, lo que hace posible la propagación del Evangelio en el día de hoy, es el hecho de la cruz. ¿Por qué? Porque el hecho de la cruz ha sido determinado por Dios antes de que los tiempos existieran. El hecho de la cruz fue manifestado históricamente alrededor del año 30 de nuestra era, pero fundamentalmente la cruz debe ser considerada como el propósito eterno de Dios.

La gracia no expresa un sentimiento pasajero en Dios. La gracia tiene que ser vista como el propósito de Dios; el hecho de la cruz evidencia el propósito de gracia.

De modo que vamos siendo cada vez más todo lo que la gracia comprende. Aunque nosotros tenemos muchas limitaciones para comprender, y aún más para explicar a otro, lo que la gracia de Dios es, la palabra de Dios es suficientemente clara para mostrarnos que estamos ante un asunto grande, ante algo que tiene que conmover nuestro ser interior. Sobre todo, cautiva el pensamiento de que la gracia no expresa un sentimiento pasajero en Dios. Nuestros sentimientos son pasajeros. El corazón humano es cambiante, voluble, engañoso; pero la gracia no es un sentimiento pasajero en Dios; la gracia expresa la incambiable voluntad salvadora de Dios.

La gracia de Dios no es una doctrina abstracta. ¿Por qué? Porque la gracia de Dios actúa. Toda la Biblia no es otra cosa que el registro de la actividad de la gracia de Dios; es el registro de la actividad de Él, de las cosas que Dios ha hecho y hará, en gracia. Pero aquí llegamos al punto culminante. Tendríamos que introducir este punto solemnemente, como la Escritura lo introduce más de una vez: los sufrimientos destinados a Cristo, y la gloria que había de seguirles, son la gracia de que hablaron los profetas.⁴⁶ «Los profetas... profetizaron de la gracia...» (1 Pe. 1:10).

46. Bauer, ob. cit., págs. 426 y 427.

Notemos que ahora entramos en un terreno muy elevado. La gracia de Dios es el don de Dios, es el regalo de Dios. La gracia es el regalo de Dios que contiene a todos los otros dones, es el don supremo de su Hijo.⁴⁷ Porque Dios ha concentrado todos los dones en Cristo, la gracia es el don de Dios que contiene todos los demás dones. Hay ciertos aspectos de la gracia de Dios de los cuales participan todos los hombres, justos y pecadores, salvos y no salvos. Es por gracia que les es concedido mucho de lo que disfrutaban, aunque no agradecieran en nada al dador de todo bien. Pero Dios ha guardado todos los dones que tiene, para todos los hombres, en el gran don de su Hijo. La gracia es el don que irradia de la generosidad de Dios que da, y que envuelve a la criatura que la recibe.⁴⁸ Es más, la gracia de Dios abre, sin reservas, la riqueza inagotable de la generosidad divina. La gracia incluye una riqueza de conceptos que sobrepasa a la inteligencia más elevada. ¿Y en qué se concreta? Se concreta en lo que Dios hace. La gracia elige, para que sea salvo, a un enemigo. La generosidad de Dios sobrepasa todo límite, porque la gracia elige a un enemigo, agracia a un condenado. La gracia hace que Dios se deje encontrar por los que no le buscaban.

Sobre cada generación de cristianos, sobre cada iglesia, sobre cada predicador, queda la grave responsabilidad de transmitir el mensaje de Dios al mundo, el mensaje de la gracia de Dios. Es el mensaje que tiene que decir a los hombres que no se resignen a la muerte, como si no hubiera vida y perdón en Cristo. Es el que tiene que decir a los hombres que no se resignen al pecado como si no hubiera fortaleza, como si no hubiera restauración para el creyente que ha caído; y tiene que decir a los hombres que no se resignen a la enemistad con Dios, como si no hubiera paz con Dios, por medio de Cristo.

El pecado no debe detener al pecador, ni ha podido detener a Dios. Cuando el pecado abundó «sobreabundó la gracia»

47. Leon Dufour, ob. cit., pág. 365.

48. Leon Dufour, ob. cit., pág. 365.

(Ro. 5:20); la gracia sobreabundó, es decir, «existe en superabundancia, y luego más gracia se añade a esta superabundancia».⁴⁹

El autor a los hebreos habla de «Jesús, coronado de gloria y de honra, a causa del padecimiento de la muerte, para que por la gracia de Dios gustase la muerte por todos» (He. 2:9).

No es fácil entender este texto. Probablemente significa que el efecto salvador de la muerte de Cristo por los pecadores es obra de la gracia de Dios; o quizá significa que Cristo fue a la muerte por el poder de esa gracia.⁵⁰ Es importante que se cite la muerte humana del Señor; no es improbable que el sufrimiento de muerte, el soportar hasta lo último la penalidad por el pecado haya sido la base para la exaltación del Señor en su humanidad.⁵¹

La gracia se ha manifestado en el Nuevo Testamento. «Tomó cuerpo, se manifestó»; pero Dios ha de ser fiel a sí mismo. El carácter de Dios es de una integridad absoluta. La gracia no podía manifestarse sino sobre un fundamento que dejara a salvo el carácter de Dios. De allí la propiciación, aquella que ha satisfecho las demandas de la justicia de Dios.

La propiciación es «la obra maestra de Dios»; la resurrección indica el triunfo de la gracia.⁵²

Como han indicado Trenchard y Martínez:⁵³ «Hay dispensaciones, pero se trata de la administración de una sola gracia.» Lo que da consistencia al plan de Dios, y lo que da la materia para la predicación a todos los hombres y en todos los tiempos es el hecho de la cruz. Este hecho fue concebido en la eternidad por el mismo Dios y es un propósito de la gracia, determinado antes de los tiempos pero manifestado históricamente mediante el advenimiento del Hijo de Dios al mundo y mediante el hecho del Calvario.

49. Lockyer, ob. cit., pág. 240.

50. ISBE, Grace, pág. 552.

51. Westcott, Hebrews, pág. 45.

52. Trenchard, DB, pág. 305.

53. Trenchard y Martínez (EEC), págs. 27-29.

V- La gracia de Dios no carece de propósito, busca establecer una relación personal.

La gracia de Dios nos rodea de bendiciones, pero no se limita, tampoco en el Nuevo Testamento, a otorgar favores. Es que lo importante no es cuánto nos da la gracia. Lo importante es que establece una relación personal. Aquí tenemos una lección, si queremos mantener la pureza del mensaje que predicamos. El Evangelio serio no ofrece solucionar todos los problemas, sino que coloca en primer lugar lo más importante; lo más importante es nuestra relación con Dios. Este punto es fundamental en toda la revelación bíblica, y lo es si queremos entender cuál es la naturaleza del mensaje del Evangelio. Miremos qué es lo que caracteriza a esta relación.

1. Esta relación ha sido establecida sobre la base de la obra de la cruz.

Esta relación fue establecida sobre la base de la obra de la cruz. Allí la ira de Dios cayó sobre el Sustituto de los pecadores. Dios ha sido propiciado y ahora puede extender la invitación al pecador para que se reconcilie con Él. Esta relación no podía ser restablecida sobre otra base. Es que el pecado nunca ha sido ni será una cuestión de hacer unas cuantas obras buenas, o de practicar ceremonias religiosas. Esta relación es el resultado de la obra de Jesucristo que, para llevarnos a Dios, sufrió la cruz. El concepto de acceso a Dios es fundamental en el Evangelio. La ley truena: «apártate», pero la gracia nos invita a acercarnos a Dios. La gracia propone el acceso a Dios (Ro. 5:1, 2).⁵⁴

2. Esta relación se establece por medio de la Palabra de Dios.

Lo que se conoce en el mundo con el nombre genérico de «Cristianismo» ha caído en general en el grave error de reemplazar a la Palabra de Dios, poniendo en su lugar, o bien

ceremonias, o bien sacrificios que Dios no ha pedido, o bien «credos», «catecismos», «historias sagradas», y otras cosas que constituyen malos sustitutos de aquella palabra.

Lo cierto es que no hay ningún sustituto de la palabra divina. La Escritura destaca que «Él, de su voluntad nos ha engendrado por la palabra de verdad» (versión de 1909).

Nada puede ocupar el lugar de la Palabra de Dios en el llamamiento al pecador y en su conversión a Cristo. Dios habla al alma. Es sólo Dios el que habla, aunque naturalmente utiliza instrumentos varios, principalmente la predicación y el testimonio personal.

Dios se da a conocer por la palabra suya y por la obra del Espíritu Santo, y el hombre sólo se conoce a sí mismo cuando una palabra de Dios le llega. A medida que habla, Dios descubre el velo (eso quiere decir «revelar»: descorrer el velo, descorrer la cortina). Cuando Cristo habla, habla para revelar.

Esta convicción del valor, del trabajo de la Palabra, no siempre está presente; en algunas ocasiones el tiempo de las congregaciones se emplea en largos períodos de canto, de poesías y de otras cosas que, en su lugar, y en su debida dimensión, están bien, y forman parte del culto a Dios.

Pero ocupar desmedidamente la atención del público, hasta casi el agotamiento, para después agregar «una palabrita», no es el camino para lograr el gran objetivo del ministerio cristiano, que consiste en poner al hombre en relación con Dios.

Ocurre a veces lo mismo con lo que se llama «devocionales». Si el devocional consiste en una palabra breve, destinada a dirigir el pensamiento y el corazón hacia Dios, bienvenido. Pero cabe siempre señalar que por «devocional» no debe entenderse una interpretación subjetiva que, con la pretensión de «espiritualizar» su mensaje, le haga decir a la Escritura lo que ella no dice. La Biblia no necesita imaginación; ella se explica por sí misma. La devoción hacia Dios debe ser estimulada, y siempre debemos esperar, al escuchar a los siervos de Dios, que nuevos despliegues del carácter de

54. Lockyer, EDB, pág. 242.

Dios y de su gracia, sean revelados al alma. La manera de obtener este efecto es mediante la exposición bíblica, y no a través de otras cosas que, aunque parezcan interesantes, se alejan de las Escrituras.

Dios se revela en su Palabra. Dios vive en sus palabras habladas. En esta palabra se nos entrega la persona que habla. La palabra de Dios tiene poder, tiene fuerza vital. La palabra es un acto de Dios, y un encuentro con la palabra es un encuentro con la persona de Jesucristo. Ésta es la palabra que, aplicada por el Espíritu, nos coloca en relación con Dios.

3. Esta relación se determina por lo que Dios es.

Dios desea que esta relación sea lo más estrecha posible, y ha provisto todo para que el hombre viva en comunión con Él. Pero siempre hemos de tener presente que Dios es santo. No se puede comprometer con el mal, aunque lo practique el más dotado de sus hijos. Para tratar con este gran problema la Biblia enseña que en la muerte de Cristo «todos (los creyentes) murieron». Es solemne pensar que una muerte ha tenido lugar para el creyente, a causa de su unión con Cristo. Por tanto, si hemos de vivir plenamente la vida cristiana, el reconocimiento de nuestra muerte en cuanto al pecado, la búsqueda de la santidad personal, el arrepentimiento y la confesión de un corazón quebrantado, tienen que formar parte de nuestra experiencia diaria.

Vemos que los aspectos prácticos de la vida están vinculados a las grandes doctrinas bíblicas. Algunos proceden a veces como si fuera posible separar, por un lado, la doctrina y por otro, las cuestiones prácticas. No es este el método de la Biblia. En la Escritura ambos aspectos, el práctico y el doctrinal, están estrechamente unidos. La doctrina no debe ser quitada de la iglesia, ni limitada a un grupo especial de creyentes. Todo cristiano debe regirse por la certeza de la Palabra inspirada: «Ten cuidado de ti mismo y de la doctrina...» (1 Tim. 4:16). El que desdeña la doctrina pronto evidenciará graves errores en su conducta. La doctrina no está

destinada sólo a darnos información. La doctrina es enseñanza para la vida.

4. Esta relación trae al hombre desde el exilio y le reconcilia con Dios.

La gracia establece fundamentalmente una relación personal, donde antes no podía haberla, porque trae al hombre desde lejos, desde el lugar adonde le ha llevado el pecado, y le reconcilia con Dios.

El pecado es una relación quebrantada. Es un asunto de separación, y esto que separa es lo que hay que eliminar.

Cristo ha tratado con el pecado. Lo ha tomado sobre sí, y lo ha tomado para destruirlo. Cristo ha destruido al pecado por medio del sacrificio de sí mismo; así lo ha quitado de la vista de Dios y lo ha quitado también del hombre pecador, que por ello queda libre, limpio. Notemos que el sacrificio de Jesucristo tiene valor eterno para Dios, y por tanto, lo tiene para el propio creyente, que puede sentir la alegría del hombre perdonado. Lo que debe ser señalado es que el sacrificio de Cristo trae paz a la conciencia del pecador arrepentido.

La significación del sacrificio del Redentor se proyecta sobre la vida de todo hijo de Dios. La vida de un creyente es ahora la vida de un hombre reconciliado con Dios, por la sangre de la cruz; es decir, es la vida de un creyente que continúa reconociendo que el sacrificio de Cristo y la eficacia de su sangre preciosa, constituyen la base fundamental de su nueva relación con Dios.

5. En esta relación Dios establece un vínculo, una unión, que está basada en el amor.

La gracia de Dios *une*. Aparece en las Escrituras de muchas formas, pero siempre uniendo a Dios, que da, con el hombre que recibe. La gracia es un amor de Padre; crea hijos, y cría hijos. Ningún poeta ha llegado tan alto. Ningún premio Nobel de Literatura podría jamás concebir este gran concepto de que la fe en Jesucristo hace, de un pecador, un hijo de Dios, y con plenos derechos. Pero es lo que nos asegura, desde hace

siglos, la Biblia, la inerrante e inspirada palabra de Dios; que la gracia quiere hijos y no esclavos. Toda la Escritura da testimonio de un amor de Dios que carga con el pecado para quitarlo, para alejarlo del ser amado.

Dios no brinda su gran amor para que su hijo viva caprichosamente, irresponsablemente, porque la gracia establece un vínculo; supone un llamamiento a la santidad y a la vida consagrada. Es que tenemos que dar, como creyentes, un gran paso adelante, que muchos hemos demorado por años; es el paso de reconocer que, si olvidamos los derechos de Dios sobre nuestra vida, entonces todos los actos y la motivación que hay detrás de nuestros actos, forman parte de una estrategia personal, que puede parecernos muy legítima, pero que es hostil a Dios.

El gran paso que debemos dar, si apreciamos la gracia de Dios, consiste en aprender a responder como hijos. A esta respuesta como hijos, a esta consagración de la vida, se negó Israel. Toda la historia de Israel debe ser vista a partir de esta actitud hacia Dios. Esta negativa de Israel se presenta, en pasajes como Isafas 1, y en otras escrituras, con acentos dolorosos. Dios sufre por no ser amado, por no ser correspondido.

Que esta lección penetre profundamente en nuestros corazones. La ingratitud es más frecuente, en nuestra vida, de lo que imaginamos.

6. Dios puede ahora habitar en medio de gente pecadora.

Ésta es una de las grandes enseñanzas que surgen del ritual de los sacrificios del Antiguo Testamento. Allí vemos que había por lo menos dos consecuencias de estos sacrificios: por una parte, el sacrificio permitía al hombre culpable acercarse a Dios; por otra, los sacrificios eran el fundamento, la razón por la cual Dios santo podía habitar en medio de su pueblo. Aquel ritual del Antiguo Testamento era sólo una figura del gran sacrificio, del único que ha quitado la culpa y la ofensa del pecado para siempre, el sacrificio de Cristo en la cruz. La obra de la cruz, que pacifica la conciencia del

hombre perdonado, es aquella obra que satisface la justicia de Dios.

Todo aquel ritual hubiera carecido de valor sin la cruz de Cristo porque, como dice el inspirado autor de hebreos, «la sangre de los toros y de los machos cabríos no puede quitar los pecados». Pero la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, ha limpiado nuestras conciencias de obras muertas, para que sirvamos al Dios vivo. Hay un camino rociado de sangre que atiende a la necesidad de nuestra conciencia; por eso podemos acercarnos. Hay una sangre derramada que satisface la justicia y la santidad de Dios; por eso Él puede habitar en medio de su pueblo hoy.

7. Otra característica de esta relación entre el creyente y Dios es que tiene algo de vital: afecta a la potencia creadora, y es obrada por el Espíritu de Dios.

Volvamos otra vez, por un momento, a Israel. Ante el fracaso de su pueblo, Dios piensa en hacer algo para lo cual el hombre es radicalmente incapaz. En Isafas 1:21-26, en Jeremías 31:31-34 y en Ezequiel 36:26-28, vemos:

- a) Que de una Jerusalén corrompida, Dios hará una ciudad fiel.
- b) Que de corazones incurablemente rebeldes, hará corazones nuevos, capaces de conocerle. Allí se profetiza un nuevo pacto; este pacto se distinguirá del de Sinaí en que Dios ya no grabará su ley en piedra, sino en lo íntimo, en el corazón de cada uno. «Quitaré... el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne.»
- c) Que todo esto será el advenimiento de la propia justicia de Dios en el mundo, y será la obra de su Espíritu.

Aquí encontramos otra gran lección, que tuvo sentido para Israel, y que tiene vigencia para cada creyente; lo que Dios promete hacer es digno de su gracia, y compromete a su potencia creadora.⁵⁵

55. Leon Dufour, ob. cit., pág. 367.

Cuando hemos escuchado el Evangelio, como viniendo de Dios, aprendimos que nuestra causa estaba perdida. Cuando el pecador viene a Cristo, confiesa que su causa está perdida, pero el mensaje de la gracia le dice que Jesucristo ha tomado sobre sí la causa del pecador. Él escucha que «por gracia sois salvos por la fe»; se trata de una fe que deja de confiar en su propio esfuerzo, o en sus propios méritos, para refugiarse en el gran amor de Jesucristo.

8. Otra característica de esta relación es que transforma la vida y la orienta para servir a Dios.

La gracia relaciona al hombre que cree con Dios. Se establece así, por primera vez, su relación con Dios. Pero sería un gran error pensar que un solo encuentro sea el objetivo de Dios al establecer una relación estrecha.

Dios nos hace participar primero del «baño» de que habla Juan 13:10 y nos «lava» después de la impureza diaria (ver el comentario sobre Juan 13 en la Biblia comentada por Scofield); nos recibe primero, nos da la relación más estrecha posible, la de hijos. Nos anima después a buscar su presencia porque ahora tenemos acceso. Nos anima a invocarle en nuestras angustias, porque está dispuesto a escucharnos. Pero notemos que la gracia no sólo le da poder para romper con la vieja vida; la gracia le asocia además con Jesucristo, quien le da poder para vivir su nueva vida.

Bajo la gracia, Dios concede al pecador vida eterna, le atribuye la justicia de Cristo y le otorga una posición como hijo, que es incambiable.⁵⁶

Sería terrible pensar en una relación con Dios que no moviera al creyente a un servicio activo, a una militancia cristiana concreta. El cultivo de la relación con Dios tiene siempre una consecuencia; no nos deja ociosos.

Debe estimularse a todo recién convertido a que aprenda el gran valor de dejar las cosas pasadas, para orientar la vida

hacia Dios. El creyente que así comienza a hacer los ajustes en su vida, está en condiciones de servir a Dios. Éste es el hombre que Dios utiliza: el que aprende, en medio de sus debilidades e imperfecciones, en medio de su lucha contra el pecado, a colocarse a la disposición de Dios.

El cultivar nuestra relación con Dios no nos deja ociosos ni estériles. Pero constituye un grave error estimular a la acción a un creyente que no ha comenzado a desarrollarse espiritualmente, porque en ese caso prestará un servicio «en la carne». La carne, la naturaleza humana caída, tiene su propia energía, tiene sus propios planes. Pero la carne no puede servir a Dios. El servicio al Señor tiene que ser hecho por aquellos que buscan permanentemente la comunión con Dios.

Ésta es una experiencia transformadora. Éste es el destino terrenal, el alto privilegio de todo creyente; volverse de corazón a Dios y comenzar a servirle. Pero el primer servicio que debe rendir es el de una vida santa, separada para Dios.

La base de todo trabajo en la obra, la fuente de energía de todo servicio al Señor y a su pueblo, no puede ser otra que la vida de comunión con Dios.

VI- La gracia le enseña al pecador que cree, que él es ahora otro hombre, y que vive en otro mundo.

Al meditar en su propia vida, el creyente contempla sus imperfecciones, junto con sus anhelos. En sí mismo sólo encuentra fracaso, pero la palabra le recuerda, en 2 Corintios 5:17, que él es ahora otro hombre y que vive en otro mundo.⁵⁷ Así como ha confiado para su salvación, ahora, cuando debe vivir su vida cristiana, se irá dando cuenta de que tampoco puede vivirla sobre la base de su propio esfuerzo, o de su propia energía natural, sino que debe confiar, también para esto, en la poderosa mano de Dios. Nuestra vida cristiana es demasiado valiosa como para dejarla en nuestras propias manos, librada a nuestras fuerzas, que no existen.

56. Lockyer, EDB, pág. 241.

57. Ver el comentario de James Denney sobre Segunda Corintios.

El creyente que quiera vivir plenamente su vida, aprenderá a apoyarse en la gracia. Así aprenderá que para vivir su vida cristiana, Dios le llama a elegir entre dos sabidurías:

- a) Está el mundo de nuestra supuesta sabiduría, de nuestra supuesta fortaleza. Aquí es donde fracasamos con mucha frecuencia. El creyente que elige depender de sí mismo, o que elige vivir para sí mismo, se está condenando a vivir en una crisis perpetua. ¿Qué consigue este creyente si pretende guiarse por su propio criterio, por su propia inteligencia natural? Lo que consigue es perturbar el plan de Dios. Por su actitud independiente posterga, impide la intervención de Dios, que quiere enriquecer su vida.
- b) Pero está el mundo de la gracia de Dios. En este mundo los planes y los recursos surgen del corazón de Dios. La gracia abre, sin reservas, las riquezas inagotables de Dios para cada vida.

En este mundo de la gracia de Dios, lo que más importa es no decidir según nuestra impaciencia, sino dejarnos guiar por Dios. Lo que más importa es colocar las cosas en manos de Dios; pero eso significa estar dispuestos a dejarlas allí. Lo que más importa es conducirse por la gran visión de lo que Dios está haciendo, de lo que Dios quiere hacer, con un hijo suyo que aprende a depender de Él.

El creyente que se apoya en la gracia de Dios se preguntará ante cada encrucijada, ¿qué está haciendo Dios? ¿Qué querrá hacer Dios?

De modo que, por un lado, está el mundo de nuestra propia sabiduría natural y, por otro, está el mundo de la gracia de Dios. La pregunta que tenemos que hacernos es en cuál de estos mundos queremos vivir.

VII- El significado fundamental de la gracia.

El autor se ha preguntado ¿cuál es el significado fundamental de la gracia? ¿Cómo se puede expresar la esencia de la gracia? Hay una palabra en el Antiguo Testamento que expresa esto. Un significado fundamental de la gracia con-

siste en que Dios se inclina.⁵⁸ Esto es la gracia: Dios se inclina. Dios se inclina en favor del que nada merece. ¿Por qué lo hace? Dios se inclina porque el hombre está caído; por eso se inclina. Se inclina porque quiere levantarnos. Notemos que ésta no es desde luego una única definición de la gracia (un concepto tan vasto no puede cubrirse con una sola definición) pero éste es un pensamiento sublime. Dios, el único que merece estar de pie, se inclina.⁵⁹

No se puede expresar todo lo que esto contiene; la gracia consiste en que Dios se inclina para socorrer al que está caído, al que está necesitado; se inclina para socorrer al que está desesperado, como algunos hemos estado alguna vez, ciertamente.

Vemos entonces que, por así decirlo, el concepto de gracia debió esperar un largo tiempo hasta alcanzar su más elevada consagración. No se trata de que su sentido original haya cambiado radicalmente, sino más bien que su significado ha sido ennoblecido, ha sido glorificado, ha sido levantado de tener un sentido terreno para ser establecido con un sentido de favor celestial; «ha sido elevado de significar el favor y la bondad de un hombre hacia otro, a aquel significado que el Evangelio ha tenido, de una gracia, de una bondad de Dios hacia el hombre, por tanto, necesariamente, del Digno al indigno, del Santo al pecaminoso. Tal fue el significado al cual nunca se había elevado antes, y esto ni aun en las versiones griegas del pacto antiguo».⁶⁰

Charis, gracia, en el Nuevo Testamento es, pues, aquel espontáneo acto de Dios que proviene del infinito amor de su corazón, en el cual Él ha descendido desde su trono de juicio para tomar, sobre sí mismo, la culpa y la penalidad del

58. CBDT, *Grace*, pág. 116. Ver también Bauer, ob. cit., pág. 426. El verbo *chanan*, según hemos visto, parece haber significado originariamente inclinarse o encorvarse.

59. «La oración hace descender a Dios para ayudarnos». W. Bevan, en el Salmo 40, pág. 125.

60. Trench, citado por Wuest, *Voc.*, pág. 133.

pecado humano, satisfaciendo así la justicia, manteniendo su gobierno y haciendo posible el otorgamiento de la salvación al pecador que la recibe mediante la fe en el Señor Jesucristo, quien vino a ser una ofrenda por el pecado en la cruz.⁶¹

Pero falta que señalemos que la gracia se concreta en dos sentidos:⁶² a) la noción de «gracia» como obra de salvación; y b) la noción de gracia como poder, que habilita al pecador que ha creído para vivir una vida⁶³ que sería imposible si dependiera de sus recursos naturales.⁶⁴

Pablo se eleva a grandes alturas en su pensamiento cuando, en ciertos pasajes, utiliza la palabra gracia para referirse a toda la vida y la obra de Jesucristo y, particularmente, cuando hace referencia a la cruz. Pablo no se detiene en narrar la historia de la cruz, que los Evangelios hacen tan sobria y solemnemente;⁶⁵ es que la Sagrada Escritura no toma la historia de la cruz para indicar cómo la vida de Cristo terminó, sino para sentar el fundamento sobre el cual la gracia descansa.

Para el gran apóstol, la gracia tiene un significado enorme, que no pretendemos resumir aquí, pero que ciertamente incluye una noción que afectó su vida, y que debe afectar la vida de todo cristiano verdadero, y es que para él la gracia era «nada menos que la impensada e incomprensible actividad de Dios que le hizo a él, al apóstol, un deudor para siempre».⁶⁶

La relación salvadora de Dios con el hombre tiene un comienzo y un fin en el propio eterno propósito de Dios. Que Dios actúe en gracia significa que todo cuanto hace forma parte de aquel gran designio que ha nacido en su corazón,

61. Definición de Wuest, ob. cit., págs. 138 y 139.

62. F. Lacueva, ob. cit., pág. 39.

63. NCB, Grace, pág. 492.

64. ZEB, Grace, 800; ISBE, Grace, 548.

65. En Romanos 6 Pablo enseña cómo el pecado ha sido conquistado por la gracia, NCB, pág. 492.

66. ZEB, Grace, pág. 801.

y cuyo cumplimiento en Cristo satisface, primero que nada, a su propio corazón, en bien del que nada merece.

James Denney ha expresado⁶⁷ un pensamiento similar, cuando dice «La nueva vida surge del sentimiento de deuda con Cristo.»⁶⁸ «No titubeamos en decir que el sentimiento de deuda con Cristo es el más profundo y penetrante del Nuevo Testamento...» El Señor quiso decir «que nosotros somos deudores suyos, y quiso que nosotros nos sintiéramos como tales. Él tomó la instancia de representarse a sí mismo como el Mediador entre Dios y los hombres, y de suscitar en los pecadores un sentimiento de obligación infinita hacia Él, cuando se dieran cuenta de que tienen paz con Dios».⁶⁹

VIII- El alcance inmenso de la gracia.

Detengámonos un momento para pensar en el gran concepto «*la gracia de Cristo*». Esta expresión aparece en los saludos y principalmente en las bendiciones. En esos casos leemos: «La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con vosotros» (Ro. 16:20; 1 Co. 16:23; 2 Co. 13:14; Gá. 6:18).

a) En 2 Corintios 13:14 leemos: «La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios, y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros.»

Aquí el orden es el de la experiencia. Es la gracia de Cristo la que hace real el amor de Dios. Primero viene la experiencia de la gracia de Jesucristo y notamos, a través de ella, y sólo a través de ella, la certidumbre del amor paternal de Dios.

b) En 2 Corintios 8:9 leemos: «Porque ya conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por amor a vosotros se

67. J. Denney, Pensamiento cristiano, Nº 1, págs. 41, 42 y 46.

68. ZEB, pág. 800.

69. Hendriksen señala, de Tito 2:14 en adelante, varios «pensamientos principales» con relación a la gracia; como la gran acción penetrante, como el sabio pedagogo, como el preparador efectivo y como el completo purificador. Vale la pena consultar esta importante descripción.

hizo pobre, siendo rico, para que vosotros con su pobreza fueseis enriquecidos.»

Aquí Pablo ve la gracia de Cristo desplegada en la pobreza que Él aceptó por nuestra causa, para enriquecernos. En Cristo se ha dado al mundo la gracia de Dios plenamente, e independientemente de Él no puede hablarse de gracia.⁷⁰

c) En Filipenses 2:5-11 hallamos un eco de 2 Corintios 8:9, porque aquí la pobreza es explicada en términos de humillación y de muerte de cruz. Pablo ve que el sacrificio de Cristo es uno con la gracia de Dios.

Pablo tiene, pues, varias maneras para expresar cómo su corazón y su pensamiento habían sido conquistados por la gracia de Cristo. Esto no debe extrañar, porque no por un solo camino podríamos entrar al entendimiento de un asunto tan vasto. Para el gran apóstol un punto fundamental es que la esencia de la doctrina de la gracia es que «Dios es por nosotros».⁷¹ Lo que es más, Él es por nosotros a pesar de que, en nosotros mismos, estábamos contra Él. Romanos 5:8 lo expresa bien: «Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que *siendo aun pecadores*, Cristo murió por nosotros.»

Pero más todavía. Dios no está por nosotros meramente en un forma genérica, sino que ha actuado efectivamente hacia nosotros. Esta acción de Dios, que se concentra en Cristo, se ha expresado supremamente, gloriosamente, en el ministerio terrenal y en la muerte de su Hijo. Por esa muerte nos ha reconciliado consigo mismo. En Cristo, Dios ha mostrado que está por el hombre, que actúa en bien del hombre, porque Cristo ha asumido la responsabilidad por nuestro pasado, por nuestro presente y por nuestro futuro.⁷²

Hay todavía un hecho básico, que no puede ser omitido, que revela que Dios es por nosotros; es el hecho de que Cristo intercede hoy por nosotros en la presencia de Dios.

Lo que cabe ser subrayado, por su importancia para la

70. DTNT, Gracia, pág. 240.

71. Baker's Dict., pág. 257.

72. Baker's Dict., pág. 258.

predicación, es que la gracia de Cristo se ha expresado, supremamente, en la cruz. La cruz ha revelado plenamente la animosidad de Dios contra el pecado; Dios está contra el pecado. Pero la cruz ha revelado con igual plenitud que en la cruz el juicio de Dios contra el pecado, ha destruido al pecado y ha castigado al Hijo inocente para salvar al pecador. Dios está por nosotros, en favor de nosotros. En la cruz Dios ha descendido para cargar sobre sí mismo la responsabilidad del pecador. «No podrá haber una más plena declaración de que Dios es por nosotros, es decir, no podrá haber una más plena declaración de la gracia de Dios.»⁷³

La gracia expresada en la cruz no ha significado un perdón descuidado o liviano del pecado, porque el perdón fue efectuado solamente mediante el juicio y la condenación de la víctima inocente. La gracia significa que Dios se ha vuelto hacia el hombre, al tomar la responsabilidad del que era enemigo contra él.⁷⁴

Sí, Dios ha derribado toda barrera, ha vencido todo obstáculo. No hay límite para la provisión de la maravillosa gracia de Dios. Es para «todos los hombres» (Tit. 2:11), pero sobre una base común, la de que se reconozcan como pecadores⁷⁵ «todos los que quieran ser salvos pueden entrar en el océano de la gracia».⁷⁶

IX- La gracia en la enseñanza de Cristo.

Toda la enseñanza de Jesucristo aparece caracterizada por la gracia. En la sinagoga de Nazaret «palabras de gracia salían de su boca» (Lc. 4:22), cuando hablaba palabras «llenas de la gracia divina»;⁷⁷ no solamente omitió toda referencia a la venganza de Dios (Is. 61:2), sino que sus palabras traían vida

73. Baker's, ob. cit., pág. 258.

74. Baker's Dict., pág. 258.

75. Lockyer, EDB, pág. 243.

76. Lockyer, EDB, pág. 244.

77. H. Marshall, Luke, pág. 186.

y salvación. Todos en Nazaret dieron testimonio de Él, es decir, «pronto comenzaron a reconocer su poder,⁷⁸ el poder de su gracia.

Analizaremos el pasaje de Lucas 7:36-50, en donde el Señor, en casa de Simón, narra la parábola de los dos deudores. El vocablo «gracia» no aparece explícitamente en el pasaje, pero sin duda se trata de una de las «parábolas de gracia», como la clasifica Bruce.⁷⁹

Esa narración ha servido para ilustrar cómo Jesucristo ha ganado el honorable título de «amigo de los pecadores», cómo la gracia se ha derramado en sus labios y en su doctrina. Veremos asimismo lo que la gracia produce cuando es aceptada de corazón.

Lucas refiere el acto de homenaje al Señor rendido por una mujer que, aunque aún era tenida como una persona de baja reputación, había experimentado un profundo arrepentimiento, probablemente en razón de algún contacto anterior con la enseñanza de Cristo. Probablemente, ella había sido de la multitud de pecadores que «la compasión encarnada atraía tan a menudo a su alrededor».⁸⁰

Las palabras que interesa considerar son las de Lucas 7:47-50: «Por lo cual te digo que sus muchos pecados le son perdonados, porque amó mucho; mas aquel a quien se le perdona poco, poco ama. Y a ella le dijo: Tus pecados te son perdonados. Y los que estaban juntamente sentados a la mesa, comenzaron a decir entre sí: ¿Quién es éste, que también perdona pecados? Pero él dijo a la mujer: Tu fe te ha salvado, ve en paz.»

En la parábola el énfasis radica en la idea de que la acusada no es meramente una pecadora sino una pecadora perdonada, y en el hecho de que su amor precede de la gratitud por haber recibido el perdón de sus pecados.⁸¹

Es como si el Señor hubiera querido decir: «Simón, ella es una deudora que ha sido perdonada. Sus pecados han sido perdonados, sus muchos pecados han sido perdonados.»

Cuando el Señor hace esta afirmación, revela el carácter del amor de la mujer; cuando hace referencia a sus muchos pecados, concede todo cuanto Simón pensaba acerca del pasado de ella; pero cuando dice que «amó mucho» señala que existe una conexión entre la intensidad de su amor y el conocimiento que ella tenía de la multitud de sus pecados.⁸² La palabra penetrante del Verbo encarnada ilumina el sentido profundo de la actitud de la mujer.

Se han hecho varios intentos para parafrasear las palabras de Cristo. Uno pertenece a Bruce, quien señala que la conducta de la mujer significa que «ella es una persona arrepentida que ha sido conducida hacia mí para encontrar la esperanza de que su vida pecaminosa pueda ser perdonada». «Su mucho amor es la prueba segura del mucho perdón que ha recibido, así como el poco amor, ejemplificado en tu conducta, Simón, es prueba segura de poco perdón.» Como lo indica una obra reciente, elaborada para ayuda de traductores del texto bíblico,⁸³ la parábola enseña que la medida del amor, en lugar de determinar el perdón, muestra la medida del perdón. La cláusula «porque amó mucho» (*hoti egapesen polu*) se refiere a la evidencia, o a la prueba de que los pecados de la mujer han sido perdonados, como podría aparecer claro si se tradujera «su gran amor prueba o muestra su perdón».

La parábola es consistente con la enseñanza del Nuevo Testamento de que, cualquiera que sea la cantidad y la magnitud de los pecados, la gracia de Dios puede perdonarlos. El Señor está diciendo que el amor de la mujer prueba que ella ha sido perdonada. Su amor es su respuesta a la gracia.⁸⁴ Ésta es la enseñanza invariable del Nuevo Testamento.

78. Morris, Luke, pág. 107.

79. A. B. Bruce, *The Parables of Christ*, pág. 227.

80. F. y B., Lucas, pág. 144.

81. Bruce, ob. cit., pág. 245.

82. Bruce, ob. cit., pág. 247.

83. ATHGJ, *A Translator Handbook on the Gospel of John*, de J. Reiling and J. L. Swellengrebel, pág. 324.

84. Morris, Luke, pág. 148.

Morris destaca que la versión inglesa de la Biblia de Jerusalén (BJ) contiene una nota que permite entender el v. 47, así: «... sus pecados, sus muchos pecados, le deben haber sido perdonados, o ella no hubiera mostrado tan gran amor».⁸⁵

Coincidentemente, la versión castellana de la BJ traduce así: «Por eso te digo que quedan perdonados sus muchos pecados, porque ha mostrado mucho amor. A quien poco se le perdona poco amor muestra.»

En la nota se señala que, en su segunda parte, este versículo indica que el amor aparece como el efecto del perdón. Un perdón mayor produce un amor mayor.⁸⁶

También la versión castellana Cantera-Iglesias aclara sobre Lucas 7:47 que la expresión «porque amó mucho» equivale a «porque lo demuestra su mucho agradecimiento».

Por el contrario, aquel que es perdonado poco, ama poco. Esto es lo que ocurre con Simón. Él ha mostrado poco amor y esto prueba que no ha sido perdonado mucho.⁸⁷ Es como si el Señor le dijera a Simón que la lección de su parábola de los dos deudores consiste en que el mucho perdón produce mucho amor.⁸⁸

Cristo está diciendo que Él está autorizado para declarar que sus pecados son perdonados. Gooding⁸⁹ destaca que el verbo griego original está en el tiempo perfecto, indicando que sus pecados habían sido perdonados con anterioridad. El derramamiento del amor surge del sentimiento de haber sido perdonada.⁹⁰

La enseñanza de la parábola no es, por tanto, que la pecadora haya sido perdonada a causa de su amor; el Señor le

85. La obra mencionada (ATHGJ) también cita la nota de la BJ, pág. 324.

86. BJ, pág. 1469.

87. Hendriksen, Luke, pág. 409.

88. Ryle, Lucas, pág. 183.

89. David Gooding, *According to Luke*, pág. 138. Inter-Varsity Press, Leicester, England, 1987.

90. Hendriksen, ob. cit., pág. 409.

dice: «*Tu fe te ha salvado...*» (Lc. 7:50), y no le dice: «*Tu amor te ha salvado...*».

Los comentaristas se encuentran en campos opuestos en cuanto a las palabras del Señor en Lucas 7:47. Unos opinan que el sentido sería que «debido a su conducta sus muchos pecados han sido perdonados», es decir, porque amó mucho.

Otros, con cuya opinión coincidimos en razón de tanta evidencia textual, destacan que el sentido es que «debido a esta conducta yo os digo que sus muchos pecados han sido perdonados, como queda evidenciado por el hecho de que ella amó mucho».⁹¹ La dificultad con la primera interpretación es que resulta contraria al contexto; además, no puede atribuirse al Nuevo Testamento una enseñanza que dijera que el amor constituye un medio de expiación del pecado.

En palabras de Cristo que aparecen también en otros pasajes (Lc. 8:48, con Jairo), (Mc. 5:34, con otra mujer), (Lc. 17:19, con el leproso y en Lc. 18:42 con Bartimeo), establece que todos ellos han sido realmente salvados *por su fe*.

La frase aparece habitualmente en la conclusión de un relato de curación; en Lucas 7:50 el contexto obliga a entender un sentido diferente, en cuanto la fe de la mujer la ha salvado del poder del pecado.⁹²

La enseñanza de esta sencilla parábola es directa; muestra cómo el Señor puede lograr que el altivo fariseo reciba una lección de una pecadora. Uno que ha estado hasta entonces ocupado en juzgar a otros «puede entrar en la ocupación más provechosa de juzgarse a sí mismo».⁹³ Las palabras de Cristo a Simón evidencian un trato muy considerado hacia este hombre de severo juicio sobre los demás; en cambio, la mujer puede regocijarse en la liberación de su culpa, que ella ha recibido como un don de la gracia de Dios.⁹⁴

91. H. Marshall, en Luke, pág. 313, indica que así opinan la BJ, Schlatter y otros.

92. ATHGJ, ob. cit., pág. 325.

93. Bruce, ob. cit., pág. 242.

94. Hendriksen, ob. cit., pág. 409.

La parábola revela, al mismo tiempo, cómo la gracia puede otorgar un pleno perdón en casos de cada en el mal tan extremos como el de la mujer pecadora.⁹⁵ Que el corazón natural vea con escepticismo el perdón no invalida la realidad y la profundidad de la obra de Dios.

La gratitud y la devoción de la mujer constituyen la respuesta del corazón ante la manifestación de la gracia. La autorizada palabra del Hijo de Dios le dice: «Tu fe te ha salvado, *ve en paz.*»

El sentido del original es «entra en la paz»;⁹⁶ se trata de aquel estado en que se disfruta del descanso y de la serenidad del alma, estado que sigue al perdón, como resultado de la gracia de Cristo que redime y que restaura. Bruce ha hecho muy bien al catalogar a ésta como una de las parábolas de gracia.

X- La gracia reina.

Un punto de interés es la manera en que Pablo considera a la gracia como opuesta al pecado, en Romanos 5 y 6. El contexto indica que Pablo atribuye al pecado una potestad singular. El pecado aparece en Romanos 6 como personificado. Pero Pablo habla en Romanos 5:20 de la gracia en la misma manera,⁹⁷ cuando dice que ahora «...la gracia reine por la justicia para vida eterna mediante Jesucristo, Señor nuestro».

Pablo ve también a la gracia manifestándose, apareciendo en Cristo: «Porque la gracia de Dios se ha manifestado para salvación a todos los hombres.»

Hendriksen traduce así: «porque la gracia de Dios ha aparecido, trayendo salvación a todos los hombres»; señala que la gracia otorga el más grande de los dones a quienes merecen

95. Bliss, Lucas, pág. 314.

96. Bliss, ob. cit., pág. 314.

97. ISBE, Grace, pág. 550.

el mayor de los castigos. La gracia vino a rescatar al hombre del mayor mal posible, a saber, la maldición de Dios sobre el pecado, y para otorgarle el don más grande posible, esto es, la bendición de Dios para el alma y cuerpo por toda la eternidad».⁹⁸

A. W. Robertson destaca sobre este punto⁹⁹ que cuando las tinieblas de maldad cubrían este mundo «se cumplió la plenitud del tiempo bfblico y la gracia de Dios se manifestó en la forma de su Hijo encarnado». «Es fundamental notar que esa gracia de Dios fue concedida al hombre mucho antes de que se manifestara por su aparición en este mundo.» La gracia «fue dada en Cristo Jesús desde la eternidad para nosotros, pero revelada en un momento de la historia, cuando el Hijo de Dios se encarnó».

La gracia expresa el gran cambio de roles que ha tenido lugar cuando el Santo Ser de Cristo tomó el lugar del miserable pecador en la cruz; pero expresa además el gran cambio de roles que ha tenido lugar cuando, en lugar de un Tribunal de Juicio, el pecador que confía en Jesucristo encuentra abierto, y plenamente abierto, un Trono de Gracia. ¿Habría otro lugar en que la gracia reine como reina desde este Trono de Gracia? ¿Buscaremos otro trono? ¿Buscaremos otro rey? ¿Apelaremos a otro sumo sacerdote, diferente del que está sentado en el Trono? ¿Lo intentaremos?

El favor de que hablaban los griegos ha sido concedido, proviniendo desde el Santo Dios hacia el miserable pecador. En el mundo griego este favor sólo se otorgaba a un amigo, jamás a un enemigo. Pero ahora este favor el mensaje del Evangelio lo trae a disposición de todos.

Juan, en la primera epístola, expresa su sorprendente visión así: «Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios» (3:1).

Literalmente es «mirad qué manera de amor el Padre nos ha concedido», y esto proviene de una expresión que signi-

98. Tito 2:11, pág. 419.

99. A. W. Robertson, ob cit., pág. 59

fica: «mirad *qué clase extraña de amor* el Padre nos ha concedido». ¹⁰⁰ Ciertamente, el amor mostrado por Dios en la cruz es extraño a la raza humana. Aquí tenemos una de las más fuertes pruebas de la fuente divina de la Biblia. La expiación sustitutiva nunca pudo provenir de la filosofía del hombre sino del corazón de Dios.

Ciertamente, «cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia» (Ro. 5:20). El texto original permite escribirlo así: «La gracia existe en superabundancia y entonces más gracia se añade a esta superabundancia.» ¹⁰¹

Ante este exceso de la bondad de Dios ¿cómo debería reaccionar el hombre? El que busca la verdad debe desconfiar de sí mismo, reconocer humildemente su flaqueza y los límites de su comprensión; ¹⁰² así puede estar preparado para percibir la voz de Dios. A este hombre se presenta la obra de Cristo en el Evangelio; el Espíritu Santo aplica la Palabra de Dios y produce en el corazón la convicción de pecado. Este hombre apreciará la verdad del mensaje que escucha, se entregará a Cristo; así recibe la vida juntamente con Cristo.

El pensamiento inspirado del gran apóstol se ha extendido abundantemente sobre la gracia. Aparte de lo que ya hemos visto tenemos en cuenta la riqueza adicional de este concepto:

- a) Los hombres son justificados por la gracia de Dios como un regalo, como un don, mediante la redención que es en Cristo Jesús (Ro. 3:24). Aquí la gracia es el perdón obtenido mediante el indulto divino y que atribuye al pecador la justicia de Cristo.
- b) Según Romanos 4:2-25, Pablo considera que el concepto de gracia como un don libre de Dios asegura la extensión de la salvación prometida a todos los hombres. Lo que Pablo afirma es que la idea pagana de que al que obra hay que remunerarlo se opone frontalmente a la idea de gracia.

100. Wuest, First John, págs. 17 y 18.

101. Wuest, First John, pág. 19.

102. Trenchard, Hebreos, pág. 154.

En otras palabras, Pablo enseña que la remuneración que alguien pudiera recibir por sus obras no será reconocida como gracia. ¹⁰³ Y agrega que la salvación «es por la fe, para que sea por gracia, a fin de que la promesa sea firme para toda su descendencia» (de Abraham); «no solamente para el que es de la ley, sino también para el que es de la fe de Abraham, el cual es padre de todos nosotros». ¹⁰⁴ Sí, no hay duda. No se trata de que las buenas obras nos hayan de conducir hacia el cristianismo, sino que Cristo nos conduce hacia las buenas obras. ¹⁰⁵ Es precisamente lo contrario de lo que la gente tiende a creer.

- c) En Romanos 5:15-21 Pablo declara que el don (charisma) no fue como la transgresión. Aquí *charisma* es utilizado en el sentido de gracia; *charisma* «es la gracia de la vida». Pero según Romanos 6:1 la gracia no es concedida para que el hombre continúe en el pecado. Dios concede la gracia al impío que cree, pero no al que quiere permanecer en su impiedad.

La gracia es una nueva realidad, un dominio establecido una vez para siempre por Jesucristo. La gracia, como un poderoso señor, ejerce su dominio como rey.

- d) Pero en Romanos 6:12-23 Pablo lleva su argumento aun más adelante, porque señala que el hombre que ha muerto con Cristo, vive en Él, ya no vive bajo el dominio del pecado sino bajo la gracia. «Si podemos concebir el pecado como un reino, el creyente ya no vive allí.»
- e) Partiendo del hecho fundamental del perdón y de la justificación del pecador que cree, Pablo visualiza toda la vida cristiana, desde el comienzo hasta el fin, como gracia (2 Co. 6:1-9; Ro. 5:2). La vida cristiana, y el destino final están asegurados porque Cristo nos ha introducido para siempre en el ancladero de la gracia de Dios. ¹⁰⁶

104. Este punto, desde a) hasta f), sigue las ideas expuestas en CBDT, Grace, pág. 120.

105. Lloyd-Jones, «Por gracia...», Ephesians, pág. 128.

106. Ver comentario sobre Romanos 5:2 de Wuest.

f) Aun la dotación de obras espirituales es vista por Pablo como un trabajo de la gracia. No trataremos este punto en detalle aquí, pero digamos que el gran apóstol enseña que de una fuente infinita, de sus riquezas inescrutables, el mismo Señor ha otorgado, a cada creyente, algún don espiritual. Así lo enseña en Efesios 4:7: «Pero a cada uno de nosotros fue dada la gracia conforme a la medida del don de Cristo.»

Vemos, pues, otra vez con asombro la amplitud del concepto «gracia» en las Escrituras del Nuevo Testamento. Para Pablo es absolutamente inconcebible que pudiera haber un solo cristiano sin algún don espiritual, de gracia. La enseñanza es clarísima, definitiva: una iglesia sin dones, o un creyente sin dones, es una anomalía. Aceptar esta anomalía equivaldría, en el pensamiento del apóstol, a hacer nula la gracia de Dios.

g) Finalmente, en Romanos 8:32 Pablo habla de aquel don de Dios que todo lo envuelve, cuando se refiere al don del Hijo, porque este don abarca todos los demás dones, y consiste en la entrega de su Hijo.¹⁰⁷ Ésta es la mayor altura en el pensamiento de Pablo. No hay nada más allá. En este don Dios ha dado todo. Y esto es gracia, gracia infinita. Ciertamente, la gracia reina en las vidas de cada uno de los hijos de Dios.

XI- Para comprender lo que la gracia de Dios es, es necesario entender lo que el hombre ha hecho de sí mismo.

Estamos tratando uno de los temas más grandes de toda la Biblia: la gracia de Dios. La lengua y la pluma del hombre son totalmente insuficientes para expresar lo que la gracia es. Aunque ya hemos considerado la depravación total del hombre, ahora agregaremos algunos conceptos.

107. DTNT, Gracia, pág. 243.

1. Millones de personas piensan que Dios concede su gracia a los que la merecen. Tal vez alguno pensará que Dios concede su gracia con preferencia a los religiosos, o a los cristianos; millones piensan que Dios concede su gracia a los buenos, a los que aman a Dios. Otros muchos piensan que la gracia de Dios es la respuesta de Dios a algo que hay en nosotros; y otros piensan que la gracia de Dios es la respuesta a algo que debemos hacer para merecerla.

La verdad es totalmente lo opuesto; la gracia de Dios actúa en nosotros, no por lo que hay en nosotros, sino a pesar de nosotros. La gracia de Dios con nosotros no tiene nada que ver con lo que somos ni con lo que hacemos; la gracia que Él nos concede, nos la concede a pesar de nosotros, y no en razón de lo que somos, o de lo que hacemos.

Que Dios obre en gracia significa que Él obra generosamente, en favor de los que nada merecen. Pero hay que admitir que la idea del mérito personal, la idea de que hay que dar para merecer, está arraigada en el corazón natural del hombre. La Biblia reconoce esto; la Biblia enseña que la idea que el hombre tiene de dar a Dios, para ganar algo de Dios, está arraigada en lo profundo del corazón humano. El engañoso corazón humano se siente más dispuesto a obrar que a arrepentirse; es mucho más fácil pedirle a un hombre que obre, que pedirle que se arrepienta. El engañoso corazón está dispuesto más a hacer sacrificios que a reconocer el pecado, y mucho menos a abandonar el pecado.

Cuando así se piensa, cuando se piensa que la gracia de Dios responde al mérito del hombre, se está ignorando lo que el hombre es; se está ignorando la revelación que Dios hace de lo que realmente somos.

2. ¿Qué ha venido a ser el hombre? ¿A quién le podemos preguntar? ¿Quién va a dar una opinión de lo que el hombre es? Es Dios quien da su opinión. Dijo Dios: «No contendrá mi espíritu con el hombre para siempre porque ciertamente él es carne.» Esto está dicho en Génesis 6:3, en el primer libro

de la Biblia. En los albores de la humanidad, al comienzo de la historia humana, no es un hombre sabio el que dice esto; es Dios el solo sabio. Él dice lo que el hombre ha venido a ser. Lo describe con esta palabra: «carne».

La Biblia subraya que las faltas voluntarias del hombre tienen su raíz en la naturaleza humana pecaminosa. No llama al pecado error, le llama por su nombre. Pero es más, la Biblia enseña que los actos pecaminosos del hombre son el fruto de su naturaleza; son el fruto de su naturaleza depravada. Esta enseñanza puede parecer dura, pero tengamos paciencia; veremos que esto no es una exageración de los predicadores; la Biblia lo enseña, y la vida confirma que Dios dice la verdad.

En Génesis 6:5 encontramos las características de la depravación total del hombre: «Y vio Jehová que la maldad de los hombres era mucha en la tierra, y que todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal.»

Notemos que allí se destaca la fuerza de esta depravación; dice que vio Dios que la maldad de los hombres «era mucha en la tierra»; Dios no dice que ve que el hombre se ha desviado un poco; que con un poco de educación lo puede volver a traer otra vez a lo que Él quería; dice que esta depravación tenía fuerza, tenía potencia. Dice que la maldad del hombre era mucha; el que califica esto es Dios.

El relato del Génesis destaca además el carácter interior de esta depravación, porque habla de «todo designio de los pensamientos del corazón de ellos», como si el corazón pensara. De modo que se enfatiza la naturaleza profunda de esta depravación. Pero se destaca, además, que esta depravación es invariable e incorregible. El Señor vio que era de continuo solamente el mal. Éste es el comentario que Dios tiene que hacer.

3. Las Escrituras se remontan a la más lejana fuente del pecado humano. Es como si miráramos a un río caudaloso

y pudiéramos ir al origen; tendríamos que remontar el río, llegar hasta el origen y quizá podríamos ver cómo se forma su enorme caudal. Así las Escrituras se remontan, para demostrar cuál es la más alejada fuente del pecado humano.

Jeremías dice en 17:9 «Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso; ¿quién lo conocerá?» Y sigue diciendo: «Yo Jehová, que escudriño la mente, que pruebo el corazón.» Dios es el único que conoce realmente al corazón del hombre. Es engañoso para el propio hombre; mi corazón no es engañoso solamente para los demás, en el sentido de que yo tenga capacidad para engañar a otro. Lo que la Biblia subraya es que es engañoso también para mí mismo, es engañoso para ti mismo.

Es el mismo Señor Jesucristo, en su conflicto con los fariseos, el que lleva la atención hacia lo profundo de la perversidad del corazón humano. Recordemos cuando entra Él en una casa y los apóstoles se sientan a comer sin haberse lavado las manos; hay un diálogo ahí con el fariseo que se escandaliza porque no se han lavado las manos. Entonces el Señor dice: «De dentro, del corazón del hombre, salen los malos pensamientos, los adulterios, las fornicaciones, las hechicerías y una cantidad de pecados»; dice: «esto contamina al hombre, y en cambio no lo contamina lo que entra por la boca»; así que dice: «comer con las manos sin lavar, esto no contamina al hombre, lo que lo contamina es lo que sale de su corazón». Aquí hemos llegado a la raíz, nos hemos remontado al verdadero origen del problema; el problema está en el corazón del hombre.

Las Escrituras enseñan que porque el corazón del hombre es depravado, por eso se aleja de Dios. No se aleja solamente porque tiene miedo; su corazón se ha alejado primero de Dios, y por eso más tarde sus pasos lo llevan lejos de Él.

4. Esta depravación es total y no parcial, pero no debe ser mal entendida. La enseñanza bíblica de que el corazón está totalmente depravado, no significa que el hombre ha llegado

a ser tan terriblemente depravado como podría llegar a ser. Por un lado, está la sal de la tierra, está la iglesia en el mundo, que impide que el pecado llegue al colmo; por otro lado, están los gobiernos, con leyes humanas que Dios permite para poner freno al pecado. Está la conciencia del hombre, que aun con sus limitaciones, es tal vez uno de los más valiosos de todos los frenos al pecado; hay cosas que no hacemos porque nuestra conciencia nos impide hacerlas y están, fundamentalmente, el Espíritu Santo y la Palabra de Dios.

Hay que advertir que el espíritu del mundo moderno, lo mismo que el del Renacimiento, con su exaltación del hombre, se opone a este aspecto del mensaje de la Biblia. Así ocurrió cuando los reformadores predicaron la depravación total. Erasmo, el conocido humanista, fue uno de los que se opusieron a esta doctrina bíblica fundamental.¹⁰⁸

La doctrina no niega ni la voluntad ni la libertad del hombre; lo que afirma es que tanto esa libertad como esa voluntad se hallan esclavizadas (de «servo arbitrio», la voluntad esclavizada) al pecado y operan únicamente en la esfera de la vida ajena a Dios y contraria a sus mandamientos. «Como está escrito: No hay justo, ni aun uno; no hay quien entienda; no hay quien busque a Dios. Todos se apartaron» (Ro. 3:10, 11).

A consecuencia del pecado el hombre no ha dejado de ser hombre, pero ha dejado de ser justo. El hombre quiere aquello que su corazón depravado le impone. Consecuentemente, en la práctica el hombre no es realmente libre. «Todo aquel que hace pecado, esclavo es del pecado» (Jn. 8:34). Pero «si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres» (Jn. 8:36).

La depravación total no significa que el hombre haya llegado a ser tan terriblemente malvado como podría ser; el hombre no desciende en esta vida hasta las últimas profundidades del mal; por más que lo veamos degradado, podría caer todavía más profundamente. Tampoco significa que al

hombre le falte un cierto conocimiento innato de Dios; el hombre más depravado, en algún momento piensa en Dios; algo le habla de la existencia de Dios. Tampoco significa que el hombre no tenga conciencia, ni significa que el hombre no sepa algo del bien y del mal.

Que el hombre sea depravado totalmente no impide que sea religioso, aunque adopte religiones de manufactura humana, que no pueden liberarlo del pecado.

Tampoco implica que el hombre carezca totalmente de virtudes; algunas virtudes del carácter son notables, aun en los hombres que no creen en Dios. Hay hombres que están dispuestos hacia el bien de otros; pueden hacer filantropía, pueden dar parte de su dinero, y esto sinceramente. La depravación no significa entonces que no queden todavía algunos restos de la imagen original que Dios implantó.

Pero nos tenemos que preguntar ¿qué significa entonces la depravación total?

Que el hombre sea totalmente depravado significa que hay una corrupción inherente, que es propia de su naturaleza, y que esta corrupción se extiende a cada aspecto de su naturaleza humana. La degradación del hombre ha alcanzado al ser interior, es decir, a la mente, al afecto y a la voluntad.

El hombre es depravado en todas sus facultades; no hay ningún rincón de su existencia que esté exento de la influencia del pecado. Esto es lo que la Biblia revela; esto es lo que el hombre ha hecho de sí mismo.

Pero notemos, en medio de este cuadro desolador, qué ha hecho Dios. Miremos, como destaca un autor,¹⁰⁹ el pasaje de Efesios 2:8-10: «Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe. Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas.»

Tres verdades básicas de la gracia surgen claramente:

109. Stagg, TNT, pág. 81.

108. J. Grau, en *Pensamiento Cristiano*, nº 45, marzo 1965, pág. 50. Este autor muestra que Agustín escribió confirmando la doctrina bíblica.

- a) La gracia controla una situación de pecado y de muerte, y no de méritos.
- b) La gracia no es impuesta, pero debe ser recibida por fe.
- c) La gracia es una fuerza creativa, que lleva a una cosecha de buenas obras.

Sí, no queda ninguna duda. La salvación no es *por* obras; es *para* obras. No se origina en las obras, pero conduce a obras, a aquellas que «Dios ha preparado de antemano, para que anduviésemos en ellas.»

Sí, no hay duda. La gracia lo provee todo; todo para la salvación, y todo para la vida cristiana.

La Biblia habla de «crecer en la gracia» (2 Pe. 3:18). Podemos crecer en ella ejercitándonos en la piedad, y utilizando todos los medios de gracia que Dios provee. Pero lo que no hay que olvidar es que «crecer en la gracia significa empequeñecerse a los ojos de uno mismo», y que «los cristianos que crecen son cristianos humildes».¹¹⁰

XII- «Sola Gratia».

Este título en latín, que significa «sola gracia», o «sólo por gracia», es una parte del famoso lema de la Reforma: «Sola fide, sola gratia, sola Scriptura.» No resumiremos aquí la excelente argumentación de los reformadores; sólo citaremos el texto de Romanos 11:6 y haremos algunos comentarios. En Romanos 11:6 leemos: «(Si nuestra salvación) es por gracia, luego no es por las obras; de otra manera ya no es gracia.» En este texto Pablo coloca a la gracia en oposición a las obras.

1. El destinatario de la gracia de Dios no es el hombre bueno; es el hombre que nada merece. Éste es ciertamente un pensamiento sublime. Notemos que no todos los hombres se dan cuenta de esto; no les ha llegado la Palabra de Dios, no les ha llegado la luz espiritual y siguen creyendo que la

gracia de Dios está asociada con los buenos, con los religiosos, con los que lo merecen, con los que hacen algo para ganarla.

La condición del hombre después del pecado es una condición de debilidad; puede hacer una cantidad de cosas para mejorar su vida, pero no puede abandonar el pecado que ama y que destruye su vida. El pecado destruye, y el ser humano no tiene capacidad por sí solo para abandonarlo. El hombre puede modificar algunas cosas externas, pero no puede cambiar su carácter; no puede agradar a Dios. Su condición es bien triste. Está desprovisto de verdadera santidad, está desprovisto de verdadero amor. El pecado del hombre consiste, en buena medida, en que no siempre obra inspirado por el amor a Dios, sino por el amor a sí mismo. El hombre se ha degradado por la pérdida de su pureza. Uno no es pecador porque le falte una parte de su ser, pero es pecador porque lo que se ha degradado es su pureza interior.

2. Cuando apreciamos lo que somos sin Dios, sin Cristo, comprendemos lo que el Evangelio hace, porque a este hombre así degradado, así arruinado, Dios le hace objeto de su gracia. El Evangelio de la gracia de Dios anuncia que Dios no se resignó ante el hecho de que los pecadores fueran pecadores. Dios no acepta los hechos consumados. No acepta que el pecado continúe dominando en la vida. No acepta que la muerte tenga la última palabra.

Toda la actividad salvadora de Dios es obra de la gracia de Dios. La gracia no es una doctrina abstracta, sino que indica que Dios actúa. La gracia es la actividad divina que responde a algo; responde a la necesidad del pecador. Pero es más que esto; la gracia es la actividad divina que responde a lo que hay en el corazón de Dios para pecadores como nosotros. Responde a lo que necesitamos, pero, más que esto, responde a lo mucho que hay en el corazón de Dios para nosotros; esto es la gracia.

3. Una medida de la gracia la da la profundidad del pe-

110. Lockyer, EDB, pág. 245.

cado. Si quisiéramos medir la gracia, haría falta medir el pecado. Pero la gran medida de la gracia se advierte en lo que Dios da. ¿Qué es lo que Dios da? Dios ha dado a su propio Hijo, y en este don, en esta dación, en este hecho de dar, Dios ha incluido todo, toda bendición. «El que aun a su propio Hijo no escatimó, ¿cómo no nos dará también con El todas las cosas?»

La gracia se aprecia supremamente en la manera en que Dios dio a su Hijo; la verdadera grandeza de la gracia de Dios sólo puede verse en la cruz.

4. El hombre es libre. Así Dios lo ha creado. Ésta es una característica de su condición humana.¹¹¹ Pero hay que preguntarse qué es lo que quiere el hombre caído, pecador y rebelde. La Biblia y la experiencia dan una sola respuesta, coincidente: el hombre caído quiere vivir ajeno a Dios. Que el hombre es pecador se prueba también por el hecho de que se encuentra cómodo en el pecado, es decir, lejos de Dios.

Además, no quiere buscarlo sino a su propia manera; está más dispuesto a hacer sacrificios que a abandonar el pecado. Prefiere negar la verdad, prefiere rechazar la Biblia y negar a Dios, antes que negarse a sí mismo.

Su voluntad se encuentra bajo el dominio del pecado. Como enseña el mismo Señor: «Todo aquel que hace pecado, esclavo es del pecado» (Jn. 8:34).

En consecuencia, no es libre para obrar el bien, y nada está más lejos de su intento. No puede salvarse a sí mismo y, lo que es todavía peor, no quiere la salvación.¹¹² Por esta razón, porque está perdido y perdido irremisiblemente, es que Dios ha tenido que obrar en gracia. Ha enviado a su Hijo para que muriera por el pecador, y ahora manda que el Evangelio se predique para que el hombre reciba por la fe lo que es sólo el resultado de la acción divina. La salvación del pecador tiene que ser, como lo enseña toda la Escritura, una obra ente-

ramente de gracia. Que sea de gracia significa que, para su salvación, el pecador no contribuye con nada.¹¹³

La gloria de la doctrina bíblica consiste en el hecho de que hace depender la salvación de los pecadores de una obra de gracia. «Y si por gracia, ya no es por obras; de otra manera la gracia ya no es gracia. Y si por obras, ya no es gracia; de otra manera la obra ya no es obra» (Ro. 11:6).

Es la gracia, la gracia de Dios que ha obrado, la que coloca al pecador sobre el fundamento único y eterno puesto por Cristo en su obra redentora de la cruz del Calvario (J. Grau).

XIII- Se necesita la gracia de Dios para despertar al alma a la realidad de lo que somos sin Dios.

1. Lo que en realidad somos no nos es permitido conocerlo si no recibimos algo de la gracia de Dios. El hombre está dominado por una preferencia por sí mismo, por encima de Dios. Está poseído por una enemistad contra Dios; esta enemistad en la mayor parte de los hombres no se expresa directamente. Nadie declara que es enemigo de Dios, pero esta enemistad está latente y se torna activa, se hace real, cuando la voluntad de Dios se opone a la propia voluntad del hombre. En esa alternativa, el hombre elige su propia voluntad y no la de Dios.

2. Que el pecado sea una ofensa a Dios, es relativamente fácil de aceptar; que el pecado engendre pecado se suele aceptar, pero que el pecado endurezca el corazón del que lo practica, esto es mucho más difícil de aceptar; por esto podemos decir que se necesita la obra de la gracia de Dios para que el alma llegue a la realidad de lo que somos sin Dios. Ésta es una de las grandes revelaciones de la Escritura.

La obra de la gracia de Dios en el corazón de un pecador es la única que puede deshacer todo lo que el pecado ha

111. Seguimos aquí la argumentación de J. Grau, en la obra citada.

112. J. Grau, ob. cit., pág. 53.

113. EGNT, J. Denney, Romans, pág. 610.

hecho; es la única que puede restaurar todo lo que el pecado ha destruido.

XIV- ¿Cómo obra la gracia de Dios?

1. Vale la pena saber cómo obra la gracia de Dios, cómo llega a un corazón.

La obra más profunda de la gracia de Dios es el sacrificio de Cristo mismo. No hay nada que pueda expresar en términos más sublimes lo que es la gracia de Dios, que el sacrificio de Jesucristo el Señor. La obra más trascendente es el sacrificio de Cristo en la cruz. Pero esta obra de la gracia de Dios, con todo lo importante que es, quedaría incompleta si la gracia no fuera aplicada mediante una acción de Dios en el corazón del pecador.

Toda la riqueza que hay en el amor de Dios, expresado en la cruz de Cristo, queda inoperante si el pecador rechaza el mensaje de Dios, si resiste la obra del Espíritu de Dios en su corazón para llevarle al arrepentimiento y a la fe.

2. ¿Qué hace falta para que la gracia llegue al corazón? Hace falta que la luz de la Palabra de Dios llegue al alma. Cuando la luz llega, el alma despierta; el primer trabajo de la gracia de Dios, a través de la Palabra de Dios, es despertar al hombre a su realidad; el hombre se levanta como de un sueño, y se ve como Dios lo ve, como Dios lo encuentra.

Es la obra del Espíritu de Dios convencer al hombre del pecado. Ésta es una verdad que duele, es una palabra dura. A nosotros nos gustaría que se nos dijera que somos tan buenos como pretendemos ser. Pero como no somos buenos, ni santos, como «ninguno hay bueno sino sólo Dios», la gracia primero nos tiene que convencer de pecado.

Esta convicción no es producida por el pecado. El pecado degrada, destruye; en cierta manera aprendemos algo del pecado cuando lo practicamos, pero nos quedamos allí, en el charco, en las tinieblas, sin esperanza; así está la mayor parte de los hombres. ¿Por qué son incrédulos? Son incrédulos

porque el pecado engendra pecado. El pecado nunca trae luz. Esta convicción de pecado no nace por el pecado; sólo nace en el corazón, allí donde Dios se acerca al pecador.

3. Por esta razón debe darse a la gran tarea evangelizadora y al ministerio de la Palabra de Dios la importancia que tienen. La evangelización no puede quedar librada a nuestras fuerzas. Predicar a Cristo no es un esfuerzo de imaginación; no se trata de buscar argumentos sensibleros que cautiven al hombre. Los únicos argumentos que atraen al alma son las grandes ideas de Dios. La tarea de evangelización debe fundarse en el poder de Dios, en la Palabra de Dios que actúa; y la obra de edificación de la iglesia, la obra de edificación de cada alma cristiana que quiere y que debe crecer, depende del poder de Dios, de la Palabra de Dios.

Toda verdadera enseñanza en la iglesia, todo mensaje de predicación del Evangelio, debe partir de la base de que la razón humana está oscurecida, que los afectos están corrompidos, y que la voluntad está quebrantada. De esto tenemos que partir. No tengamos miedo. La Palabra de Dios puede llamar a este tipo de hombre, a esta clase de mujer, al que reconoce que su razón ya no es más pura, que sus afectos no son ya claros, no siempre son legítimos, y que su voluntad está destruida. Afirmamos que a este hombre el Evangelio le alcanza y la Palabra de Dios lo levanta de donde está.

Hay que notar que el vocablo «gracia» como tal, como un don o regalo concedido a quien no lo merece, no aparece en el ministerio de Señor Jesucristo. Hay una razón fundamental para ello. Es que el Señor no podía¹¹⁴ haber expresado esa idea porque la propia muerte y resurrección serían los hechos redentores fundamentales que darían a aquella dispensación su significado más sublime.

Toda su enseñanza, toda su acción, todos sus actos en conjunto están centrados en la condescendencia de Dios hacia

114. ZEB, Grace, pág. 800.

el débil, hacia el pobre, hacia el perdido, hacia el desvalido.¹¹⁵ La inconmensurable remisión de la deuda (ver la parábola de Mt. 18:21-24), la retribución de gracia en el Reino de Dios (Mt. 20:1-16) y el perdón que conduce a una vida nueva (Lc. 13:6-7; 7:36-50), son los temas centrales de su ministerio.

Además el Evangelio nos enseña que «palabras de gracia caían de su boca».

Todo el ministerio terrenal de Cristo, el que está registrado en los Evangelios, toda su enseñanza, todos sus actos ¿qué revelan? Detrás de todas sus enseñanzas, detrás de todo lo que Cristo hace, detrás de todo lo que Cristo dice, encontramos la condescendencia de Dios hacia el débil, la condescendencia de Dios hacia el que nada merece, hacia el pobre,¹¹⁶ hacia el que no tiene ya más esperanza.¹¹⁷ Él ha venido como el Hijo amado del Padre para buscar al hombre y para salvarlo. Esto es gracia. Mediante esta actitud Jesucristo demostró qué significa la gracia.¹¹⁸ «La ley por medio de Moisés fue dada, pero la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo» (Jn. 1:17).

Los que se sienten pobres de espíritu, es decir, los que sienten que nada merecen; los que se sienten perdidos, no en el error sino en el pecado; los que se ven a sí mismos indignos, sin esperanza, los que sienten su pecado, éstos han sido y seguirán siendo a través de las edades los que responden al Evangelio.

4. Si queremos saber cómo obra la gracia de Dios, una respuesta es ésta: es la obra de la gracia que el pecador no se sienta bueno, sino que reconozca su culpa. Éste es un paso definitivo. El siguiente paso es que el hombre que ahora se siente así, un pecador, se dé cuenta, en la predicación, que él también es el objeto de la gracia de Dios.

115. CBDT, Grace, pág. 116.

116. CBTD, Grace, pág. 118.

117. NBD, Grace, pág. 492.

118. ZEB, Grace, pág. 800.

El hombre es llamado, por el Evangelio, a que renuncie a su voluntad independiente, que renuncie a tomar su vida en sus propias manos.

Si Dios pretende encargarse Él solo de nuestra salvación y del bien del creyente es porque sólo Dios puede hacerlo. La gracia es el don que irradia de la generosidad del Dador, y que envuelve en esta generosidad a la criatura que lo recibe.¹¹⁹ Si Dios pretende Él solo ocuparse de nuestra enfermedad espiritual, es porque sólo Él puede curar nuestras heridas. Así obra Dios. Así quiere obrar Dios.

Cualquiera que sea la altura de la vida espiritual en que nos encontremos ahora, dejemos que Dios se ocupe de nuestra alma. Dejemos obrar a la gracia de Dios.

119. Leon-Dufour, ob. cit., pág. 305.

VIII LA FE

I- El concepto de fe en las Sagradas Escrituras.

El término «fe» se utiliza en la Biblia en más de un sentido. En términos generales la fe puede ser vista desde dos puntos de vista.

- a) Hay un aspecto general de la fe, por el cual se indica la suma de la enseñanza bíblica, la doctrina cristiana toda. Es el concepto de Judas 3, cuando se habla de «la fe que ha sido una vez dada a los santos»;
- b) y hay otro aspecto que se refiere a la fe como la actitud personal del hombre frente a Dios y a su revelación. Este segundo aspecto es el que nos ocupará ahora.

1. *Vocablos bíblicos que expresan la fe.*

Para la Biblia, Dios ocupa el lugar central en el universo y en la historia.¹ La revelación bíblica refiere todo al Creador y además asegura que, por encima de los avatares de la historia humana, hay una mano que, por caminos y senderos no siempre al alcance del hombre, todo lo dirige hacia un punto final, en el que todo ha de ser referido otra vez a Dios, el Señor de la historia.

El hombre de fe es aquel que se deja iluminar por la revelación de las Escrituras, y entonces percibe, en las grandes líneas de la historia temporal y terrena, el cumplimiento de los propósitos eternos de Dios.

1. Bauer, ob. cit., pág. 387.

De partida tenemos que subrayar que para las Sagradas Escrituras lo importante es que Dios es el que habla y el que obra según el consejo de su voluntad y según el designio de su amor eterno hacia el hombre. El gran objeto de la fe es Dios mismo, y es por esta razón que la Biblia atribuye tanta importancia a la fe, porque en ese caso todo queda referido a aquella voluntad y a aquel amor. Para la Biblia no es para nada importante una fe que pudiera estar separada de su objeto, es decir, separada de Dios.

a) En el Antiguo Testamento dos raíces en la lengua hebrea expresan el concepto de fe: una, *aman*, subraya la *certeza*; la otra, *batah*, indica el impulso de la fe y la confianza;² significa sentirse seguro, dejarse en manos de alguien.³

b) Para el concepto de fe en el Antiguo Testamento es fundamental considerar algunos pasajes; uno de ellos es Éxodo 4:1-9, 27-31 cuando Moisés debe exponer ante el pueblo que él es enviado por Dios. Recordemos algunos textos: «Entonces Moisés respondió diciendo: He aquí que ellos no me creerán, ni oirán mi voz; porque dirán: No te ha aparecido Jehová» (Éx. 4:1).

«Y Jehová dijo a Aarón: Ve a recibir a Moisés al desierto. Y él fue, y lo encontró en el monte de Dios, y le besó. Entonces contó Moisés a Aarón todas las palabras de Jehová que le enviaba, y todas las señales que le había dado. Y fueron Moisés y Aarón, y reunieron a todos los ancianos de los hijos de Israel. Y habló Aarón acerca de todas las cosas que Jehová había dicho a Moisés, e hizo las señales delante de los ojos del pueblo. Y el pueblo creyó; y oyendo que Jehová había

2. Bauer, ob. cit., pág. 387.

3. C. B., Fe, pág. 177. En la Septuaginta los vocablos que se originan en *aman* se traducen al griego como *pisteuo*; en cambio, los que se originan en *batah* se traducen por *elpizo* o *peithomai*. B. K. Smith, ob. cit., pág. 151, señala que la mayor parte de las veces el vocablo *batah* indica la afirmación de una fe personal en Dios. Destaca que los hombres, las empresas y las naciones buscan su seguridad en diversos medios, «pero la seguridad última de una persona consiste en que ponga su confianza en Dios».

visitado a los hijos de Israel, y que había visto su aflicción, se inclinaron y adoraron» (Éx. 4:27-31).

Ante la objeción de Moisés, que teme que su autoridad sea rechazada, Dios le confirma su mandato, y es a raíz de esto que el pueblo hebreo confía en la misión de Moisés. Por tanto «la fe está ligada aquí a una misión que es legitimada explícitamente por Dios».

¿Cuál debe ser una de las principales reflexiones que deberíamos extraer? Que la gente quiere ver esta legitimidad, esta autenticación divina, sobre todo siervo de Dios. Sea por el Testimonio de una vida consagrada, por el conocimiento de Dios, sea por la penetración en las profundidades de la Biblia, sea por el amor al pueblo de Dios, o por aquellas actitudes que revelan la conducta personal, la gente calibra a los que se ocupan de la vida espiritual. La gente observa la santidad de vida, la integridad de carácter, la persistencia de propósitos, el amor a la verdad, el discernimiento espiritual. Sí, la fe que se proclama de labios tiene que contar con alguna legitimación en el carácter personal. Detrás de las palabras tiene que haber un carácter.

c) No puede olvidarse el papel especialísimo cumplido por los profetas del Antiguo Testamento. Citemos un caso, el de Isafas. En Isafas 28:16 leemos: «Por tanto, Jehová el Señor dice así: He aquí que yo he puesto en Sión por fundamento una piedra, piedra probada, angular, preciosa, de cimiento estable; el que creyere, no se apresure.»

Se alude a la piedra angular; se puede decir «quien en ella se apoya no vacila». Aquí se hacía, pues, la gran afirmación de que el hombre que confiara en Dios podría estar seguro en medio de la catástrofe que habría de venir, sólo porque se apoyaba en Dios y en su Palabra hablada. El profeta es un ejemplo de esto, de la confianza que da la fe: «Y aguardaré al Señor, que oculta su rostro de la casa de Jacob, y esperaré en Él» (Is. 8:17).

d) Por otro lado, es fundamental ver la importancia de la actitud de Abraham. El conocido pasaje de Génesis 15:6

explica que la fe de Abraham es su disposición para recibir la promesa de Dios. En el Nuevo Testamento se cita más de una vez que esta actitud «le fue contada por justicia». Esto equivale a «abonar a cuenta», o como diríamos hoy, a «acreditar en su cuenta»; y enseña que detrás de la fe hay un acto declaratorio de Dios. Ante esta declaración divina, Abraham no negocia, acepta lo que Dios ha dicho.

e) Los vocablos griegos que frecuentemente se utilizan para fe son *pistis* y *pisteuein*.

- a) *Pistis*, en el griego clásico tiene dos significados: 1) una convicción fundada sobre la confianza en una persona y en su testimonio, y 2) la confianza misma sobre la cual descansa la convicción. Esta última acepción implicaba una reacción personal, un salirse de uno mismo para descansar en *otro*, pero los griegos no usaban esos vocablos para indicar sus relaciones con los dioses, porque los consideraban hostiles a los hombres y, por tanto, como objetos de temor más que de confianza.
- b) En la *Septuaginta* se produce una innovación importante, puesto que el uso del vocablo *pistis* adquiere el sentido de «confianza», de «tener fe». El verbo *pisteuein* es aquí traducción del hebreo *he'emin* (de la raíz de *aman*) y expresa la idea de fe en el sentido de asentir con la palabra de Dios y el de fe en Él.⁴

f) En el Nuevo Testamento aparecen vocablos en sentido pasivo, en cuyo caso expresan la idea de «fidelidad». En sentido activo pueden implicar: a) una fe intelectual, una convicción que descansa sobre el testimonio de otro; b) una fe confiada, o confianza en Dios, de manera particular en Cristo. Esto aparece principalmente en los escritos de Pablo, en Romanos 3:22-25; 5:1; Gálatas 2:16; Efesios 2:8; 3:12 y otros pasajes.

Hay muchas acepciones que en el Nuevo Testamento aparecen vinculadas con *pisteuein* y subrayan, entre otras, las nociones de un reposo confiado y lleno de tranquilidad, una

firme confianza; en otros casos expresan la transferencia de la confianza desde nosotros hacia otro, una completa confianza y sumisión a Dios en Jesucristo (Jn. 2:11; 3:16, 18, 36; 14:1; Ro. 10:14; Gá. 2:16). La idea principal es la de levantarse del pecado para dirigirse con una fe confiada hacia Cristo.

Dios es supremamente aquel en quien la confianza puede ser depositada (1 Co. 1:9); su Palabra y sus promesas son fieles y verdaderas (Ap. 21:5).

Algunos autores⁵ señalan que en el uso del vocablo *pistis* se pueden distinguir tres ideas:

- 1) Una convicción que no es, como era el caso del uso profano, meramente una buena opinión que se tenía sobre algo, sino el reconocimiento pleno de la revelación salvadora de Dios.
- 2) Una adhesión que se demanda de una persona hacia otra, y que implica una comunión personal con el Dios y con el Señor de la salvación; esto se verifica principalmente en los escritos de Juan; esta adhesión implica un sometimiento al Señor.
- 3) Finalmente, un comportamiento, con respuesta incondicional, que supone una segura confianza.

Cremer sostiene que el concepto fundamental de la fe en el Nuevo Testamento es «una firmemente descansada confianza». Y agrega que se puede describir a la fe como «un confiado y reconocido sometimiento, una aceptación de la revelación de Cristo». Sin este sometimiento no hay fe verdadera.

Otro autor, Thayer, señala que la fe, con relación a Cristo, denota «una firme convicción de que Jesús es el Mesías, a través de quien obtenemos la salvación eterna en el Reino de Dios».⁶

Por su parte, Vine enfatiza dos aspectos. Los elementos principales de la fe con relación al Dios invisible son:

5. Entre ellos Cremer. Ver Earle, Romanos, pág. 85.

6. Earle, Romans, pág. 87.

- a) una firme convicción que produce un pleno reconocimiento de la revelación de Dios;
- b) un sometimiento personal a Él.⁷

2. La esencia de la fe.

El Antiguo Testamento subraya, desde el llamado de Abraham hasta la introducción del pueblo en la tierra, la fidelidad de Dios. En medio de este proceso hay que destacar el concepto de redención,⁸ porque ella es la evidencia suprema de la fidelidad de Dios actuando. Los hechos poderosos de Dios envueltos en la redención (sobre todo en Éx. 15:1-17, cuando el pueblo sale de Egipto) tenían que ser recordados a todas las generaciones; una de las maneras más gráficas fue mediante la celebración de la Pascua. La intención era clara: esta celebración ponía énfasis en la fe de todas las generaciones en Dios Redentor. Varios salmos exaltan así la redención y uno de ellos (el 136) subraya la infidelidad del pueblo. La predicación apostólica, el *kerigma* apostólico, está fundado sobre el hecho de que Dios ha sido fiel a sus promesas.⁹ La fe de la Biblia es la fe que descansa en el carácter de Dios.

La fidelidad de Dios es lo que hay que destacar, porque es en esa fidelidad que se puede confiar; es «bajo las sombras de sus alas» que los hijos de los hombres pueden refugiarse (Sal. 36:7). La idea de encontrar refugio en Dios es común en los salmos. Con frecuencia los salmistas hablan de Refugio como un título de Dios.¹⁰

Así se presenta ante nuestra consideración la fidelidad de Dios en el Antiguo Testamento. Dios actúa y promete y entra en relación con su pueblo redimido.

Este pueblo debía haber aprendido a depender de Dios y era llamado a reconocerle y a obedecerle. El pacto de Dios

con ellos les obligaba. Detrás de todo está el carácter del Dios del Pacto; es la fidelidad de Dios lo que los salmistas proclaman (Sal. 40:9).¹¹ Dios es fiel porque mantiene una lealtad deliberada a su pacto de gracia.¹² Su Palabra es fiel, en el sentido de que es veraz, vivificadora.¹³ Cuando Jesucristo dice: «Tened fe en Dios» (Mc. 11:22) lo que significa es «apóyese en la fidelidad de Dios». La referencia es a Dios.¹⁴

Tener fe salvadora significa que el hombre cesa de todo esfuerzo de su propia naturaleza, y deja de depender de toda otra ayuda, para confiar solamente en Cristo, y en su obra consumada de la cruz. El hombre que cree confiesa su total impotencia para salvarse a sí mismo, y se coloca tranquila y confiadamente en las manos del Salvador.¹⁵

Los escritores del Nuevo Testamento acentuaron la fe como el principio fundamental de la vida espiritual. Consideran a Abraham como el tipo de los creyentes y declararon que aquellos que son de la fe son los hijos verdaderos de Abraham.¹⁶ Vemos entonces que el concepto de fe del Nuevo Testamento no difiere sustancialmente de la enseñanza que surge del Antiguo Testamento, en cuanto hace a la esencia de la fe, considerada como una actitud de confianza en Dios y en su Palabra revelada. Pero donde hay un cambio sustancial es en el contenido de la fe, porque el Nuevo Testamento incorpora el elemento fundamental de hechos históricos redentores, que tienen a Dios por autor. La fe para el Nuevo Testamento sigue siendo la confianza del hombre en lo que Dios es y en lo que Dios declara, pero ahora se trata de una fe que está indisolublemente ligada a la proclamación del Evangelio.¹⁷ Las primeras predicaciones de la naciente

7. Earle, Ro., pág. 87.

8. ZEB, Faith, pág. 480.

9. ZEB, Faith, pág. 486.

10. B. K. Smith, ob. cit., pág. 28.

11. ZEB, Faith, pág. 481.

12. ZEB, Faith, pág. 273.

13. E.B. Garriga, Fe, pág. 487.

14. Lloyd-Jones, Ro. 4, pág. 233.

15. A. Murray, Permanecer en Cristo, pág. 63.

16. Berkhof, TS, pág. 596.

17. CBDT, Faith, pág. 599.

iglesia del Nuevo Testamento anuncian los hechos del Calvario, de la tumba vacía y de la ascensión de Jesucristo a la diestra de Dios como el punto central del mensaje que los hombres, todos los hombres, son llamados a creer. La predicación apostólica no ha hecho en este aspecto más que confirmar los reclamos del Señor Jesucristo mismo, porque Cristo reclama para sí la fe dirigida a Dios.¹⁸

El Nuevo Testamento es, en un sentido cabal, la continuación del Antiguo Testamento, en cuanto al concepto esencial de la fe. Así concebida, la fe salvadora puede considerarse como «una convicción segura, operada en el corazón mediante el Espíritu Santo, con respecto a la verdad del Evangelio, y una confianza sincera en las promesas de Dios en Cristo».¹⁹ En un último análisis, Cristo mismo es el objeto de la fe salvadora. La fe consiste en depender de Él, de la fidelidad de su Palabra.

Notemos que el mensaje de la cruz es esencial. Dado que el Evangelio encuentra en la cruz su fundamentación última y a la vez su culminación suprema,²⁰ la fe y la predicación deben estar orientadas por su significado trascendente.

La misma fe que recibe a Cristo acepta que el Juicio de Dios en contra del pecado, que se ha verificado en la cruz de Jesucristo, es en realidad el Juicio de Dios en contra de nosotros mismos.²¹ Pero dado que este juicio ha caído sobre Cristo nuestro sustituto, no caerá jamás sobre nosotros.

La palabra de la cruz y la cruz de Cristo «salvan», y por tanto, continúan siendo el fundamento de la fe, la base de la propiciación. Así es la predicación apostólica: ella no pone en el centro al hombre sino a Cristo y a éste crucificado.²²

En todo esto la iluminación del Espíritu Santo al alma del que oye el Evangelio es fundamental, y lo es para que el pe-

cador pueda tener una percepción espiritual de la verdad que escucha. Esta iluminación no es algo separado de la Palabra escrita sino que es efectuada por el Espíritu de Dios junto con la Palabra escrita y predicada. Esta iluminación requiere que en la predicación se exponga, se despliegue la verdad bíblica; no sólo tiene que ver con ciertos hechos sino que el Espíritu ilumina el alma para que ésta entienda la verdadera naturaleza de Dios en Cristo y la verdadera naturaleza del hombre como un pecador perdido que no tiene otra esperanza de salvación fuera de Cristo.²³

Sí, todo hombre, para venir a Cristo, debe tener, aunque sea en una pequeña medida, una *percepción espiritual de las realidades eternas, que tienen que estar presentes en el mensaje que escucha*. Todo hombre, para venir a Cristo, tiene que ser «enseñado por Dios» (Jn. 6:45). Que esta convicción sea una realidad profunda, y creciente, en todos aquellos que predicán; que nuestros mensajes de predicación estén empapados de aquellas verdades eternas que conduzcan a los oyentes a la contemplación de Cristo, y a la fe en Él.

Hay que advertir que la fe no es tratada en el Nuevo Testamento como una novedad con relación al Antiguo. En ambos testamentos la fe es la entrega total de uno mismo a Dios, como el salvador del pecador. En ambos testamentos la confianza fue depositada en Dios como el glorioso objeto de la fe. Hay ocasiones en que el verbo *pisteuo* aparece unido al vocablo *eis*; ésta es la forma más común en el Nuevo Testamento, donde aparece 49 veces. Así se indica que Jesucristo es el objeto de la fe, es decir, es aquel Ser en quien la fe debe ser depositada.

La fe de la Biblia descansa en el carácter de Dios. Para la fe es fundamental que Dios haya hablado. Eso es lo esencial, y es lo suficiente.

En el Antiguo Testamento hay expresiones tan cálidas y expresivas como confiar, buscar refugio en Dios, esperar en

18. Bauer, ob. cit., pág. 392.

19. Berkhof, TS, pág. 602.

20. DTNT, Fe (pág. 182).

21. Bauer, ob. cit., pág. 395.

22. Lacy, TS, pág. 298.

23. ISBE, Faith, pág. 271.

Él, mirar, descansar; todo hace referencia a aquella actitud de un temor santo de ofender a Dios, de temor reverente, de confiado descanso y, sobre todo, de la entrega de uno mismo y de su destino a Dios, entrega que «es la esencia de la fe salvadora».²⁴

Así entendido, este concepto de fe es opuesto totalmente al concepto de pecado. Uno puede preguntarse ¿en qué consiste el pecado? ¿Cuál es la esencia del pecado? La esencia del pecado consiste en que el hombre pretenda encontrar la dicha y la razón fundamental de su vida lejos de Dios, aparte de Dios.²⁵

Para Pablo la fe es decisiva, precisamente porque mediante su fe el hombre reconoce los derechos y la soberanía de Dios. El apóstol dirige sus cartas a quienes llama «creyentes» (Ro. 1:16, 1 Co. 1:21). Cuando utiliza el vocablo «creer», como en 1 Co. 15 («así predicamos, y así habéis creído»), este acto de creer es realmente el retorno a Dios de aquellos hombres de Corinto. La fe para Pablo y por tanto para el Nuevo Testamento consiste en primerísimo lugar en la aceptación del mensaje de salvación, como el mensaje que demanda un comportamiento «cuya norma es el Evangelio y que se orienta hacia él».²⁶

Este reconocimiento de Dios como el Señor Soberano es algo grato al alma del hombre piadoso, del hombre que acepta refugiarse bajo sus alas, y se confía al cuidado paternal de Dios.

En 1 Pedro 1:21 leemos: «Y mediante el cual creéis en Dios, quien le resucitó de los muertos y le ha dado gloria, para que vuestra fe y esperanza sean en Dios.»

El concepto original expresa la confianza que se fundamenta en Dios, que reposa sobre él.²⁷

Es una fe que aparece en su potencia salvadora, porque

24. Berkhof, T. S., pág. 597.

25. Pop, Pecado, pág. 266.

26. DTNT, Fe, pág. 181.

27. F. y B., 1 Pedro 1:21.

está fundada en la cruz de Cristo y en su resurrección. También debe observarse Hechos 20:21: «Testificando a judíos y a gentiles acerca del arrepentimiento para con Dios, y de la fe en nuestro Señor Jesucristo.»²⁸

Allí hay un solo artículo para determinar ambos sustantivos, *arrepentimiento* y *fe*; ese artículo los une inseparablemente formando una sola verdad, esto es, que donde hay arrepentimiento hay fe. Este concepto de arrepentimiento es fundamental, porque significa que el hombre es llamado a juzgar toda su vida a la luz de Dios. Buena parte de los que rechazan el Evangelio lo hacen, no porque lo desprecien, sino porque les parece muy elevado, pero principalmente porque exige de ellos el sacrificio del corazón y de la vida.²⁹

La fe es la acción del alma que sale de sí misma para dirigirse al Señor, hacia Él. Por eso, se habla de venir a Cristo (Jn. 6:37).

La fe reposa completamente en el amor de Dios; la esperanza anticipa, vívidamente, que Dios cumplirá plenamente sus promesas, en una manera particular.³⁰ Por eso la fe es la del corazón, porque es el corazón el que expresa la plena devoción de la persona a Dios.

La fe expresa la idea de un movimiento del alma, de un compromiso confiado con el objeto de la fe. La conversión del pecador implica eso; implica apartarse del pecado y volverse a Dios, es decir, dirigirse a Dios tal como Él se ha revelado en Cristo. El pecador siente la realidad de lo que la Palabra proclama, porque siente la seguridad de que ha sido aceptado «en el Amado».³¹

La fe como un movimiento del alma hacia Cristo aparece pues como el acto inicial, absolutamente necesario para la salvación. Pero la fe como movimiento del alma también es esencial posteriormente, en todo el curso de la vida cristiana.

28. F. y B., 1 Pedro, pág. 695.

29. Bonnet, Hebreos, pág. 144.

30. Westcott, Hebreos, pág. 323.

31. Tozer, WPCC, pág. 129.

El principio de fe continúa en operación todo el tiempo, para que el creyente aprenda a vivir para Dios.³² Así la presenta Pedro, el apóstol, en los pasajes de 1 Pedro 2:4, 5: «Acercándoos a él, piedra viva, desechada ciertamente por los hombres, mas para Dios escogida y preciosa, vosotros también, como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo.»

El contacto con el Señor viviente trae al hombre una nueva vida. La esencia de la fe consiste en mirar a Dios. Es decir, en lugar de mirar a las dificultades, mira a Dios. Ni siquiera mira a uno mismo, sino a Dios. Éste es el verdadero secreto de la fe.³³

La esencia de la fe es que el alma confíe en lo que Dios ha prometido ser.³⁴ La fe consiste en esperar que, si aprendemos a depender de Él, Dios actúe como Dios. La fe consiste en abrir la puerta del corazón y de la vida para dejar que Dios actúe como Él quiere hacerlo.³⁵

3. *Los elementos de la fe.*

Lo que es fundamental es que todo creyente entiende que la fe que salva es sólo el comienzo de la vida cristiana, porque la misma actitud debe gobernar su vida en todo su camino hacia Dios. La vida del creyente no es un camino hacia el cementerio; es un camino hacia Dios. Y en este camino la actitud de fe es fundamental.

Desde hace siglos se ha determinado que la fe consta de tres elementos:

- 1) primero, el conocimiento;
- 2) en segundo lugar, el asentimiento;
- 3) y en tercer lugar, la confianza.

El primer elemento que es el conocimiento, consiste en

32. Chafer, TS, II, pág. 996.

33. Lloyd-Jones, Ro.4, pág. 233.

34. A. Murray, ob. cit., pág. 109.

35. Pop, ob. cit., pág. 156.

una percepción de la verdad y de sus cualidades; la fe sólo tiene sentido cuando el pecador conoce algo de las doctrinas centrales del Evangelio. La fe no se funda en la ignorancia sino en el conocimiento. Se ha hecho un grave daño cuando se ha enseñado que en materia de religión no hay que analizar las cosas. Todo lo contrario. La ignorancia no es la madre de la devoción sino la madre del error. La fe se funda en el conocimiento.³⁶

El segundo elemento, el asentimiento, consiste en la persuasión de la verdad del objeto de la fe; es el consentimiento de la mente a la verdad de la cosa creída.

El tercer elemento es la confianza; éste es el elemento culminante de la fe.³⁷ Consiste en fiarse de alguien, en apoyarse,³⁸ en descansar; se trata de un confiado descanso en lo que se cree.

En el centro de su significado se encuentra la idea de descansar en Dios.³⁹ El elemento intelectual de conocimiento no puede faltar. Pero el elemento espiritual de arrepentimiento no debe ser olvidado. La fe indica, pues, un estado de la mente que no es sólo conocimiento sino una percepción, una recepción, y un apoyarse confiado en la verdad, como ella es revelada en el Evangelio. Cuando el hombre va conociendo el Evangelio, su mente no se obnubila, se enriquece. Tener fe significa abrir la mente y la conciencia a la Palabra de Dios.

Cuando el hombre capta algún destello de la gloria de este mensaje, la fe actúa, porque la fe es un movimiento del alma hacia Cristo. Pero aún no hemos terminado con este gran concepto. La fe es, en realidad, un instrumento, puesto que quien salva es el mismo Señor Jesucristo; la fe es el medio por el cual el pecador que cree se apropia de su salvación.

36. Calvino, Instituciones, pág. 407.

37. Berkhof, TS, pág. 605.

38. Vine, DEPNT, Creer, pág. 344. Ver también Bauer, ob. cit., pág. 388.

39. Wiley, T. S., pág. 301.

La fe subraya el hecho de que cada pecador creyente es beneficiario de la salvación, cualquiera sea su origen racial o su grado de fe.⁴⁰

La fe es confianza personal. «Fides est fiducia.» «La fe es confianza», dicen los reformadores. «Refutamos la confianza vacía de los herejes», dice el Concilio de Trento en contra de ellos, pero en vano. La fe es confianza.⁴¹ La fe es el acto continuado de tomar a Dios, el único fiel, por su Palabra hablada y escrita.

La fe es un estado de la mente que incluye no sólo conocimiento, sino una percepción y una recepción de la verdad de Dios, que culmina en un apoyarse confiado en esa verdad, como ella es revelada en el Evangelio.

Tener fe significa cultivar una disposición de confianza hacia Dios; significa un hábito de pensar en sus cosas y en sus obras, confiadamente.⁴² La fe es un acto de la voluntad, una actitud de la mente.⁴³ La fe es la actitud de una persona hacia otra persona.⁴⁴

La confianza personal en Cristo como Salvador y Señor, incluyendo el sometimiento a Cristo del alma que se considera culpable y manchada, es esencial para que ésta reciba a Cristo y se apropie de Él, que es la fuente del perdón y de la vida.⁴⁵ La fe es una confianza cálida, personal, en un Salvador vital y viviente. Es la aceptación de todo cuanto Él dijo, cuanto ofreció, y cuanto es.

Este elemento de confianza es definitivo, porque significa que, en virtud del sacrificio de Cristo, todo ha cambiado para el pecador que cree:

a) Sus pecados han sido perdonados; esto significa que ha dejado de ser un pecador condenado y ahora es consi-

derado como santo, es decir, ha sido separado para Dios; ha sido santificado en Cristo (1 Co. 1:1, 2).

b) La deuda ha sido cancelada; esto significa que ha dejado de ser un culpable; ahora es declarado justo.

c) Su relación con Dios ha sido cambiada; ha dejado de ser un *enemigo de Dios*, y ahora es un *hijo de Dios*.⁴⁶

Esta confianza surge como respuesta a la Palabra de Dios. Pero aun esta confianza, esta respuesta, es imposible aparte de un previo trabajo interior del Espíritu Santo,⁴⁷ que crea la convicción de pecado y conduce al arrepentimiento y a la fe.

La fe es, asimismo, un acto de la voluntad.

La fe es aquel cambio voluntario en la mente del pecador, por el cual éste se vuelve hacia Cristo.⁴⁸ Este cambio de la mente es fundamental, porque incluye un cambio de enfoque, un cambio de sentimientos y un cambio de propósito para toda la vida.

En Juan 1:12 leemos: «A todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios.» Esto se puede leer así: «A los que le dieron su confianza, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios.»⁴⁹ Esta actitud de confianza llevó a muchos a afirmar que la fe significa reclinarse para descansar.⁵⁰

La fe es realmente la reacción de todo el ser personal, del intelecto, de las emociones y de la voluntad, a Dios y a su Palabra. La fe consiste en aceptar a Dios y a su Palabra como el fundamento para la vida.⁵¹ Y el elemento volitivo es básico.

4. La base de la fe.

Pero aún hay que preguntarse una cuestión fundamental que consiste en saber cuál es la base de la fe.

La base última, definitiva, sobre la cual descansa la fe es

40. J. Murray, *Romans*, pág. 32.

41. Citado por Moule, *Romanos*, pág. 34.

42. Murray, A., ob. cit., pág. 30.

43. Lloyd-Jones, *Romans 5*, pág. 163.

44. Conner, R. y Dios, pág. 167.

45. Berkhof, *TS*, pág. 605.

46. Hendriksen, *Romans*, pág. 60.

47. Tozer, *Gems*, pág. 50.

48. Strong, *ST*, pág. 836.

49. Dodd, *Cuarto evangelio*, pág. 284.

50. Wiley, T. N. T., pág. 301.

51. Pop, *Palabras bíblicas*, pág. 154.

la veracidad y la fidelidad de Dios. Dado que sólo tenemos conocimiento espiritual debido a que existe una revelación escrita, entonces hay que concluir que la base última de la fe es la Palabra de Dios. El medio por el cual el alma reconoce a la Escritura como la verdadera Palabra de Dios es el testimonio del Espíritu Santo. En último análisis el vocablo *pistis* expresa la confianza del creyente en la fidelidad de Dios. La base última, definitiva, sobre la cual se apoya la fe es la fidelidad de Dios a su Palabra revelada. A esta fidelidad de Dios responde el hombre con su fe personal.

El verdadero alimento de la fe es la Palabra de Dios, y la fe cristiana es una forma específica de dependencia de esa Palabra.⁵² El Nuevo Testamento trae la idea fundamental de que los escritos inspirados, y la predicación, tienen como propósito despertar la fe y afirmar la fe.⁵³ Hay tal cosa como una elección de la fe, porque la fe consiste en separar la mirada de unas cosas, para concentrarla en otras.⁵⁴

Siempre hay que enfatizar la importancia del elemento de confianza en la fe salvadora, por todo lo que implica.

Nunca hay que dejar en la mente de nuestros oyentes la noción de que un mero asentimiento en el plan de Cristo salvará al pecador. La fe no es solamente recepción. La fe que recibe a Cristo es la misma fe que se entrega a Cristo; se da a sí misma. No es una fe pasiva, que se despreocupa, porque la fe que salva es una fe que obliga, que compromete.⁵⁵ La fe se apropia de Cristo no solamente como un Salvador externo, sino también como una fuerza interna santificadora.⁵⁶ Aquí hay que detenerse. Hay que hacerlo para recordar a nuestra propia alma lo importante que es el hecho de que el gran Dios de la Biblia no es, como los dioses paganos, un ser para ser temido, sino un Dios para ser amado.

52. Denney, *Pensamiento cristiano* nº 1, pág. 40.

53. Bauer, ob. cit., pág. 386.

54. Tozer, *LBDD*, pág. 91.

55. Strong, *ST*, pág. 838.

56. Strong, *ST*, pág. 846.

Contemos con la fidelidad de Dios.⁵⁷ Seamos obedientes hasta el límite de nuestra luz. Alabemos a Dios porque nos ha amado con amor eterno y porque ha querido revelar su amor y su ser en su bendita, eterna Palabra.

Hay otro aspecto que está vinculado con la base de la fe, y es el testimonio del Espíritu Santo. Pablo expresa en 1 Corintios 2:4, 5: «y ni mi palabra ni mi predicación fue con palabras persuasivas de humana sabiduría, sino con demostración del Espíritu y de poder, para que vuestra fe no esté fundada en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios».

La fe no descansa en la fuerza de argumentaciones, sino en el testimonio del Espíritu. ¿Qué significa esto? Significa que el Espíritu Santo demuestra la verdad a la mente del hombre que escucha el Evangelio, es decir, produce la convicción de que lo que escucha es la verdad de Dios para el alma, y conduce al hombre a abrazar esa verdad con seguridad y con alegría de corazón. La Escritura se refiere también a otros aspectos del testimonio del Espíritu de Dios, pero aquí sólo tratamos con el testimonio que se requiere para que el pecador venga a Cristo. El testimonio Dios lo da a través del Espíritu Santo, cuya tarea en la predicación es tomar las cosas de Cristo y mostrarlas a las almas.⁵⁸ Este testimonio no cubre toda la revelación bíblica, pero sí cubre aquella enseñanza que conduce al hombre a verse como Dios lo ve, y a contemplar a Cristo como el Salvador de los pecadores. La predicación consta de otros elementos, pero éstos no pueden faltar.

5. El objeto de la fe.

La fe establece una relación personal entre el hombre que ejerce esa facultad de creer y el Señor que es el objeto de la fe. La fe es la acción del alma que sale de sí misma, para dirigirse hacia Cristo.

57. F. B. Meyer, *Hebreos*, pág. 193.

58. S. Ridout, *The Tabernacle*, pág. 347.

La fe pone al alma en conexión con la fuente de todo conocimiento y todo poder. Por esa razón, es que aún una pequeña medida de fe conecta al hombre vacío con la gran fuente de energía espiritual que es el Señor Jesucristo, y le transmite esa energía porque este acto de fe une, conecta al alma con Cristo. Tertuliano subrayó el hecho de que la fe acepta algo sobre la base de autoridad, y no porque traiga la garantía de la razón humana.⁵⁹ La Biblia enseña que la fe como confianza total, en la que entran todas las potencias del corazón, necesita un objeto sobre el cual descansar.⁶⁰ Este objeto es Cristo mismo. Es Él el que salva.

El uso de este vocablo «objeto» merece ser calificado, puesto que en nuestra lengua el vocablo «objeto» se refiere a cosas y no a personas. La fe que salva no es fe en nuestra fe, sino la confianza depositada en una persona. El objeto de la fe no es una proposición intelectual, sino una persona, una persona divina. La fe justifica al culpable y salva al pecador solamente porque se deposita, se coloca en Jesucristo. El Señor es el objeto de la fe en el sentido de que la Sagrada Escritura lo presenta ante los hombres vestido con la eficacia de su obra salvadora.⁶¹

La fe es un cambio de mirada. Esto es esencial, porque el pecado ha torcido la visión interior.⁶² Por ello, no es tanto un acto, sino una actitud del corazón que se mantiene mirando a Dios; le dice «acuérdate de la palabra dada a tu siervo».

Lo importante es destacar, como lo hacen los grandes comentaristas, que la fe no es considerada ni como una obra del hombre ni como teniendo algún valor en sí misma. La fe no constituye un acto meritorio, sino un medio eficiente que Dios ha establecido para que el hombre se apropie del único acto meritorio de la cruz.⁶³

59. Berkhof, TS, pág. 594.

60. Trenchard, Romanos, pág. 276.

61. Cranfield, Romanos, pág. 89.

62. Tozer, LBDD, pág. 91.

63. Wuest, Romanos, pág. 67.

La fe cristiana no es un mero sentimiento piadoso del alma, ni tampoco «fe en las verdades eternas», sino aquella de la cual Cristo es el objeto.⁶⁴

Hay que rechazar aquella expresión muy común que dice que «en algo hay que creer». Esta frase vaga se fundamenta en el error de pensar que la fe tiene valor por sí misma. También hay que rechazar que la mera credulidad sea un sinónimo de fe, porque sería un grave error estar dispuestos a creerlo todo. Sería muy grave aceptar cualquier enseñanza. La credulidad ingenua en lo que no proviene de la Biblia no es fe.

La fe se fortifica cuando va descubriendo los atributos gloriosos de aquel Ser en quien se deposita.⁶⁵ Por esto, es importante el objeto de la fe. Debido a la grandeza del gran objeto de la fe, que es Jesucristo mismo, la Escritura atribuye tanta importancia a la fe, pero nunca atribuye nada a la fe fuera de su objeto, fuera de Cristo.⁶⁶

La fe justifica y salva sólo porque es depositada en Jesucristo.⁶⁷ La fe que salva es aquella que se deposita en la persona y en la obra de Jesucristo, quien constituye el centro y la sustancia de la revelación de Dios.⁶⁸

El apóstol Juan, en sus escritos del Nuevo Testamento, sugiere la idea fundamental de que la fe no es sólo cuestión de credo, o de creencia intelectual, sino que además incluye la noción de un compromiso con Cristo.

La plenitud de lo que Dios ofrece en el Evangelio es invariable, aun cuando nuestra fe es variable, y no siempre se apropia de aquella plenitud. Incluso no hay que olvidar que el diablo nos sugerirá que, porque tenemos dudas sobre ciertos puntos, no tenemos fe.⁶⁹

Además la Biblia enseña que la fe puede crecer. Pero

64. Lacy, T. S., pág. 286.

65. Tozer, EIC, pág. 26.

66. Lenski, Romanos, pág. 83.

67. Berkhof, TS, pág. 598.

68. Strong, ST, pág. 842.

69. Lloyd-Jones, Ro. 4, pág. 221.

siempre hay que destacar que lo importante en la fe no es su magnitud, sino su objeto.

El objeto de la fe es Cristo; la fe no es importante por sí misma sino por aquel a quien se dirige, por aquello en lo que descansa.⁷⁰ La fe es la gran alternativa dejada al hombre, la única puerta de entrada a la gracia de Dios. Desde el momento en que cree, el hombre, apoyándose solamente en la obra de la cruz, renuncia a toda justicia propia, y es vestido con la justicia de Cristo. Es ahora un hombre de fe, porque mediante la fe se apoya únicamente en Dios. La fe se fortalece apoyándose en Dios.⁷¹

Pero notemos que no hablamos de un pietismo sin ideas.

El que es objeto de la fe, es decir, aquel en quien la fe descansa, es el Cristo cuya muerte es la expiación por el pecado, y la fe que se aferra a Cristo es fe en la virtud de la expiación, que llega al corazón del ser humano. La misericordia de Dios se recibe, pero al mismo tiempo no deja al hombre que cree indiferente en cuanto al pecado; deja asentada en el alma la gravedad del juicio de Dios contra el pecado.⁷²

Es fundamental subrayar que la fe no es considerada en la Biblia como una obra del hombre, ni como teniendo mérito alguno, sino que detrás de la fe está la gracia. La fe es el humilde reconocimiento de que el pecado está perdonado, que su penalidad ha sido cargada sobre otro, y que la justicia de Cristo nos ha sido atribuida por gracia. El poder de la fe es el poder del objeto en el cual descansa, es decir, es el poder de la persona en la cual la fe es depositada. Lo que realmente ha ganado el perdón no es la fe en sí misma, sino la sangre expiatoria de Jesucristo.⁷³

Cuando se dice que Cristo es el objeto de la fe, lo que se

quiere decir es que en el Evangelio la fe no se dirige a una cosa sino que se dirige a una persona que es, ella misma, el gran contenido del mensaje.⁷⁴

Este punto es esencial; enseña que la fe envuelve más que una creencia intelectual, porque esto subraya que en la fe del Nuevo Testamento lo fundamental es el elemento de compromiso personal con Cristo.⁷⁵ La fe es el acto del hombre en su totalidad. Es el acto más elevado de su vida personal.⁷⁶ Cristo se ha entregado a la muerte para salvar al pecador. La respuesta de fe es también una entrega de la persona que cree.⁷⁷

6. *La fe viva.*

Que la obra de salvación del pecador es una obra totalmente terminada por el Señor Jesucristo es una verdad que debe ser subrayada enfáticamente, como lo hace el Nuevo Testamento y lo enseña el mismo Señor. «Todo está consumado.» «Con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados.»

«El que cree tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida.»

La Escritura es categórica; el pecador es llamado a recibir por la fe los beneficios de una obra de salvación a la que no es posible ni necesario agregarle nada. La fe hace acto de presencia cuando se le pide al hombre que quede satisfecho con lo que Dios está satisfecho.⁷⁸

Pero, a veces, se expresa este pensamiento de una manera que puede confundir a los oyentes. Ello ocurre cuando se utilizan expresiones como ésta: «para ser salvo no tienes que hacer absolutamente nada». «Se trata simplemente de creer.» El reconocido autor Gooding destaca que desde luego, nadie puede ganar la salvación por las buenas obras. Sin embargo,

70. Ridderboss, Herman. El pensamiento del apóstol Pablo, I. Ediciones Certeza, Editorial Escatón. Buenos Aires, 1979, pág. 184.

71. Ridderboss, ob. cit., pág. 265.

72. Denney, ob. cit., pág. 44.

73. ISBE, Faith, pág. 271.

74. Ridderboss, OB. CIT., pág. 184.

75. ZEB, Faith, pág. 485.

76. Wiley, T. S., pág. 303.

77. EB, Garriga, Fe, pág. 489.

78. Chafer, TS, I, pág. 905.

agrega, «la verdadera fe es siempre activa», acude a Cristo. Una fe que profesara creer pero que no acudiera a Él no sería una fe verdadera. Deliberadamente acude al Salvador, extiende la mano y recibe lo que el Señor promete.⁷⁹

Sí, no se trata «simplemente de creer», como si se pudiera creer sin aceptar al mismo tiempo las consecuencias de la unión con Cristo.⁸⁰

Mackintosh (CHM) dice que no se trata de decir que basta con «simplemente creer», sino que se trata de una fe obrada por el Espíritu Santo en el corazón del que oye. Él subraya que el Nuevo Testamento habla con grandes palabras: «todo aquel que invocare el nombre del Señor será salvo»; invocando, creyendo, confesando; nada puede superar a la gracia trascendente que brilla en estas palabras. No hay duda de que la fe de la Biblia no es una fe nominal; no hay duda de que en el verdadero creyente la conciencia ha sido tocada. El hombre está realmente interesado en su alma, y el corazón ha sido conquistado. Sí, también este autor subraya que la fe es obrada en el corazón por Dios el Espíritu Santo.⁸¹

El propio apóstol Santiago habla de una fe «muerta». Es interesante la afirmación del apóstol «tú crees que Dios es uno y bien haces: también los demonios creen y tiemblan». El apóstol alaba la creencia en la unidad de Dios, pero agrega que esta clase de fe no salva. Por tanto, esto ha hecho que algunos pensarán en «una fe viva», por oposición a «una fe muerta».

Por esta razón es fundamental subrayar que en el Nuevo Testamento hay referencias indudables a lo que podría llamarse la reacción de la fe. Esto obliga, sin embargo, a destacar que no se trata con esto de insinuar que esta reacción implique de algún modo que mediante la fe el hombre pueda agregar algo a la obra de Cristo. De ninguna manera. La fe

no agrega nada. La fe sólo puede recibir. La fe es entonces importante como un medio, un instrumento, por medio del cual nos apropiamos de Cristo, que es el que realmente salva.

Tampoco se trata de que la fe pueda ser considerada como un mérito del hombre. En absoluto. La fe es precisamente el único camino del pecador que no tiene mérito alguno, porque el hombre, en su caída, lo ha perdido todo como pecador. El pecador que viene a Cristo ¿qué es lo que en realidad hace? Confiesa que su causa está perdida, pero al mismo tiempo, confía en que Cristo ha tomado sobre sí la causa del pecador.⁸²

Lo que sí se quiere decir al hablar de la reacción de la fe es que la fe verdadera es una fe que actúa y que produce cosas en el corazón del hombre.

La fe que salva es la que tiene que surgir de un corazón arrepentido. «Hasta que creamos que somos tan malos como Dios dice que somos, no creemos que Él hará por nosotros lo que dice que hará.»⁸³

El Señor, al explicar la parábola del sembrador, dice en Lucas 8:13: «Los de sobre la piedra son los que habiendo oído, reciben la palabra con gozo; pero éstos no tienen raíces; creen por algún tiempo, y en el tiempo de la prueba se apartan.»

El Señor establece, pues, que hay una clase de fe que no permanece; excita superficialmente los sentimientos del corazón, pero no queda arraigada.⁸⁴

Sí, no hay duda; la fe no deja al hombre en la indiferencia. Y sobre todo no deja al hombre en la indiferencia con relación al pecado. Es que la verdadera actitud de fe parte de la base del reconocimiento de la propia pecaminosidad del hombre. Y el arrepentimiento es el reconocimiento de que el pecado ha colocado al hombre bajo el juicio de Dios.⁸⁵ Cuando el Evangelio es predicado en fidelidad a la Palabra de Dios,

79. Loodiul, Uri, págs. 160 y 161.

80. Ver CH. C. Ryrie, Equilibrio en la vida cristiana, pág. 57.

81. Es muy pertinente la reflexión de Pink (hebrews, pág. 651): «Muchos profesan creer, pero ¿qué influencia tiene esa esperanza sobre sus vidas?»

82. Denney, 2 Co. 5:11, pág. 270.

83. Tozer, GEMS, pág. 54.

84. Pendleton, ob. cit., pág. 264.

85. ISBE, Faith, pág. 271.

cuando no se comete el grave error de colocar las bendiciones primero, entonces el hombre es llamado por el Espíritu de Dios a darse cuenta de que carece totalmente de capacidad para reconciliarse con Dios por su propio esfuerzo o por su propio mérito. Y es entonces cuando debe renunciar a toda justicia propia; debe renunciar a su propia bondad.

Cuando estas verdades primarias pero fundamentales se van arraigando en la conciencia del hombre, entonces pasan a ser verdades vitales, porque lo conducen hacia la cruz, hacia la fe, hacia Cristo. Este hombre está preparado para recibir a Cristo. Aprende que debe dejar sus obras, sus méritos y hasta su religión, para venir como un desvalido a recibir por la fe el perdón que Dios le otorga en Cristo.

Hay una fe sentimental que pretende ignorar el juicio de Dios sobre el pecado.⁸⁶ Hay una cierta clase de fe que nunca perturba. Pero aquí es necesario traer a la memoria un concepto fundamental de los viejos luteranos, que decían que «la fe es una cosa perturbadora».

Desde el punto de vista bíblico no hay duda de que la fe es una actitud que renuncia a confiar en cualquier mérito humano, o que pretenda agregar nada a la obra redentora de Cristo. La fe se confía sin reservas en la gracia de Dios. Significa que el hombre reconoce que no tiene ni obras ni méritos que exhibir; pero la fe despreocupada no es fe.⁸⁷ Sobre todo no es fe si pretende despreocuparse del pecado. La fe consiste en el abandono de todo mérito, en el reconocimiento de la propia indignidad.⁸⁸

Una fe desarrollada hace todavía más: desconfía de su propia sabiduría, y renuncia a tomar su vida en sus propias manos. Ésta es la experiencia del hombre que quiere vivir su fe, porque esta actitud de abandono y de confianza es esencial en la fe salvadora.

El hombre que así viene al Señor es uno que ha aprendido

86. Tozer, GEMS, pág. 55.

87. Morris, PMJ, pág. 95.

88. Haldane, Romans 1:17.

el alto valor del arrepentimiento. Sabe ahora que éste no consiste en una transacción con Dios para volver a pecar, sino que el arrepentimiento significa una experiencia revolucionaria en su vida con relación a su propio pecado. Este concepto es fundamental. Que el pecador venga a Cristo como debe venir, compungido por su propio pecado, y no con una noción superficial y liviana del pecado, es definitivo para todo el curso de su vida como creyente. Grandes hombres de Dios así lo han enseñado y lo han vivido. Lutero declara, en la primera de las 95 *Tesis* que, cuando el Señor Jesucristo dice: «Arrepentíos y creed al Evangelio», lo que quiere decir es que toda la vida cristiana es una vida de arrepentimiento.⁸⁹

Se regocija en el perdón, pero reconoce, como ha dicho un autor⁹⁰ que el perdón que Dios concede forma parte de una obra que deja arraigado, en lo profundo del corazón que cree, la noción clara del juicio de Dios contra el pecado. ¿Cómo encarará este hombre su vida, a partir de este descubrimiento demoledor? Este hombre ahora creyente sabe que ha recibido gracia, y ha de seguir recibiendo gracia sobre gracia para obedecer a Dios. Aprenderá que la fe y la obediencia están en la Biblia, y en la experiencia, indisolublemente ligadas.⁹¹ Pero subrayemos que no es salvo porque obedece; es salvo para obedecer.

El hombre natural prefiere guiarse por los sentidos y vivir para ellos, pero cuando el Espíritu Santo renueva el corazón, este hombre aprende a vivir sobre la base de lo que Dios ha revelado.⁹²

En cuanto a la expresión «aceptar a Cristo», se requiere una aclaración. Si la frase «aceptar a Cristo» se utiliza como opuesta a la idea de rechazar al Señor, entonces la expresión está bien usada. Pero hay que destacar que la Biblia habla más bien de que el Señor nos acepta a nosotros. Somos «acep-

89. C. B. Faith, pág. 604.

90. J. Denney, ob. cit., pág. 45 en adelante.

91. Éste es el pensamiento de Hebreos 11:8.

92. Pink, Hebrews, pág. 652.

tos en el Amado» (Ef. 1:6). Un autor⁹³ describe los varios argumentos por los cuales sería mejor utilizar la terminología bíblica, para expresar el acto de venir a Cristo.

Es fundamental notar las varias expresiones figuradas que aparecen en el Nuevo Testamento para describir la reacción de una fe viva, o el ejercicio de la fe:

- a) Se habla de venir a Cristo (Jn. 5:40; 7:37, 38 y 6:44); esta figura es fundamental, porque presenta a la fe como la acción en que el hombre pecador encuentra fuera de sí mismo, y aparte de sus méritos, el ser vestido con la justicia de Jesucristo.
- b) Se habla de recibir a Cristo (Jn. 1:12). Aquí se acentúa el hecho de que la fe es el medio para que el alma se apropie de Cristo y de su salvación.
- c) Se habla de abrir el corazón, de abrir la puerta para permitir que el Señor entre; aquí se enfatiza que la fe es un acto de la voluntad.
- d) También se presenta a la fe como el tener hambre y tener sed; como comer y beber (Mt. 5:6; Jn. 6:50-58; 4:14). Aquí se subraya la necesidad del hombre, y se destaca la actividad de la fe.
- e) Se habla de la fe como el «verle» y como de una mirada hacia Jesucristo (Jn. 3:14, 15); se trata de una mirada insistente; esta mirada no va hacia adentro, sino hacia arriba. No se dirige a nosotros mismos, sino hacia Dios.⁹⁴
- f) Se habla de creer, y de confiar. Se habla de oír, de entender. Estas expresiones son equivalentes a creer.⁹⁵
- g) La fe consiste en «conocerle»;⁹⁶ en «reconocerle» como el enviado y como el Hijo de Dios.

7. ¿Existe una definición de fe?

La importancia de la fe en la vida no puede ser menospreciada, pero lamentablemente existen conceptos equivo-

93. Tozer, EIC, págs. 15-17.

94. Lloyd-Jones, comentando Ro. 4:18-22, págs. 233 y 234.

95. EB, Garriga, Fe, pág. 488.

96. Biblia de Jerusalén, pág. 1509 (Jn. 10:38).

cados con respecto a ella. Sólo por el estudio de las Escrituras se pueden comprender las características de la fe y cómo es posible entrar a vivirla.

Veamos Hebreos 11:1, 6: «Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve.»

«Pero sin fe es imposible agradar a Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardonador de los que le buscan.»

En aquellos días en que la carta a los hebreos fue escrita, el judaísmo enseñaba la salvación por medio de las obras, contra la evidencia de las Sagradas Escrituras.⁹⁷ Era un sistema que se basaba en el propio esfuerzo y en la glorificación del hombre; conducía a la propia salvación.⁹⁸ Por lo tanto, el escritor inspirado escribe para demostrar que la salvación es por la fe, y no por las obras.

El escritor, en el original, introduce el vocablo «fe» (*πιστις*) sin el artículo «la», porque está pensando en la fe en un sentido general, y no específicamente en la fe cristiana.

El escritor a los hebreos, en el capítulo 11, no pretende dar una definición de la fe. Varios autores⁹⁹ piensan que la expresión de Hebreos 11:1: «Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve», constituye una definición de fe; algunos entre ellos¹⁰⁰ dicen que se trata de una definición parcial, o que no constituye una plena definición teológica. Otros —con cuya opinión coincidimos— señalan que no se trata aquí de una definición, sino de una descripción de las características de la fe. Se trata de explicar lo que la fe hace y no lo que es. Se trata de una declaración del poder y de la actividad de la fe.

A nuestro entender, en Hebreos 11:1 no encontramos una definición de la fe; la fe es, ciertamente, lo que este versículo

97. Wuest, Hebrews 192.

98. Mac Arthur, Hebrews, pág. 285.

99. Wuest y J. Murray, entre otros. En contra están Calvino, Morris, Wuestcott, Bruce y otros.

100. Campbell Morgan.

enseña, pero para definir la fe hacen falta otros elementos. Se afirma aquí no tanto lo que la fe es en su esencia, sino lo que la fe es cuando opera en nuestras almas.¹⁰¹

Algunos autores han tratado, de todos modos, de definir la fe. Un autor¹⁰² define a la fe salvadora como «una conciencia segura, operada en el corazón mediante el Espíritu Santo, respecto de la verdad del Evangelio, y una confianza sincera en las promesas de Dios en Cristo». Por su parte, también Lutero da su propia definición: «la fe es aquella confianza segura, aquel firme asentimiento del corazón, mediante el cual Cristo es apropiado, de modo que Cristo es el objeto de la fe. Y más todavía, Cristo no es meramente el objeto de la fe, porque en la verdadera fe Cristo en persona está presente. La fe nos hace descansar en Cristo, se apropia de Él como una posesión presente, como un anillo tiene engarzada a una joya».¹⁰³ La mención de la Palabra de Dios en Hebreos 11:3 es fundamental; se trata de una percepción de fe. La Palabra de Dios es una fuerza invisible, que no puede ser percibida por los sentidos, y a la cual se atribuye en las Escrituras la creación del universo todo.

Calvino ha dicho así: «la fe es un firme y seguro conocimiento del favor divino hacia nosotros, fundado sobre la verdad de una promesa gratuita en Cristo, revelado a nuestras mentes, y sellado en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo».¹⁰⁴

No intentamos adherirnos en particular a una u otra expresión, pero podemos advertir los varios elementos que, si se intentara una definición de fe, deberían incorporarse en ella.¹⁰⁵ Calvino pone énfasis implícitamente en la confianza.

101. Tozer, LBDD, pág. 87.

102. Berkhof, TS, pág. 602.

103. Strong, ST, pág. 840.

104. Berkhof, TS, pág. 595.

105. Erdman en Hebreos, pág. 119, destaca que toda definición verdadera de la fe debería incluir la idea de la revelación divina porque fe es «aceptar como verdadero lo que Dios ha revelado».

El catecismo de Heidelberg también pone énfasis similar, porque declara: «la fe verdadera no es sólo un conocimiento seguro por medio del cual sostenemos como verdad todo lo que Dios nos ha revelado en su Palabra, sino también una confianza incommovible de que el Espíritu Santo obra en mi corazón mediante el Evangelio, para que no sólo a otros, sino a mí también se me conceda por Dios, gratuitamente, la remisión de pecados, la justicia eterna y la salvación sólo por gracia, y nada más que por causa de los méritos de Cristo».

Por nuestra parte, preferimos partir de la base de que los conceptos bíblicos son de tan vastos alcances que no siempre pueden ser comprendidos en una definición. El capítulo 11 de Hebreos comienza con una descripción de carácter general acerca de la naturaleza de la fe. Dice el autor que la fe «es la certeza de lo que se espera».

«La fe trata esencialmente con el futuro y con lo invisible, las regiones que no entran directamente en la experiencia física.»¹⁰⁶

Parece evidente que el sentido es que existen realidades sobre las cuales no tenemos evidencia, aun cuando no por eso dejan de ser reales. El vocablo «certeza» (*hupostasis*) se refiere a lo que constituye el fundamento de lo que se edifica o de lo que se espera.¹⁰⁷ El término se refiere a la esencia, al contenido real, como opuesto a lo que sólo fuera una apariencia.¹⁰⁸

En lugar del vocablo «certeza» algunos traducen «sustancia» porque la fe es la que da sustancia a lo que se espera. Hay que notar que esto no quiere decir que la fe imparta realidad a las cosas futuras, en el sentido de que las cree, porque estas cosas tienen realidad en Dios que las ha creado, en Dios que ve las cosas futuras en un eterno presente, y las anticipa. El vocablo «certeza» (*hupostasis*) pone el fundamento en el alma, «prueba para nosotros» aquellas cosas que

106. Westcott, Hebrews, pág. 350.

107. Wuest, Hebrews, pág. 193.

108. Mac Arthur, ob. cit., pág. 288.

ya son lo que son, y lo que serán por designio de Dios. La fe, pues, puede llamarse «certeza» o «sustancia» solamente en el sentido de que es por la fe que estas cosas eternas pueden ser ahora reales en la experiencia del creyente.¹⁰⁹ Un gran comentarista puritano¹¹⁰ ha dicho que esta fe es «el reflejo de realidades eternas, o recompensas prometidas por Dios... aquella fe por la que el hombre vive». La fe nos capacita para entender que existen y, aun cuando no tenemos una evidencia directa, la fe les otorga certeza.

En cuanto a los destinatarios de la carta a los hebreos, no hay duda de la intención del escritor inspirado. Él no proporciona una síntesis de los elementos que constituyen la fe, sino que subraya aquellos que eran vitales para los hebreos cristianos.¹¹¹ Él les habla como un creyente habla a otro, porque la persona que cree debe vivir su fe; les habla para decirles que la fe es la seguridad en cuanto a lo que se espera; les dice, asimismo, que la fe consiste en que en medio de las pruebas, seamos guiados por lo que no se ve. De manera que vemos que para el autor a los hebreos lo futuro y lo invisible están estrechamente vinculados.¹¹²

La sustancia con que trata la fe es clara en este pasaje. La fe trata esencialmente con el futuro, con el mundo venidero (es la certeza de lo que se espera), y trata con el mundo invisible (la convicción de lo que no se ve). La revelación de la Escritura alcanza aquí, otra vez, una altura insospechada de gracia, porque nuestro autor inspirado no olvida de decir, antes de introducirse en la descripción de los héroes de la fe, que el galardón, la remuneración para aquellos que buscan a Dios de toda corazón, no es otra cosa que *el regocijo de encontrarle a Él*.¹¹³

109. Wiley, Hebreos, pág. 364.

110. Plummer.

111. Además, el autor no se refiere a la fe cristiana, sino a la fe en un sentido general (Guthrie, He., pág. 225).

112. DTNT, Fe, pág. 184.

113. Bruce, Hebreos, pág. 290.

La misericordia no falta en la revelación. Nosotros podemos hoy percibir grandes realidades por la fe; por la fe discernimos que aun nosotros hemos sido, y somos, los objetos de un gran amor.¹¹⁴

Nuevas y nuevas iluminaciones del Espíritu Santo serán concedidas a los que creen. Pero una advertencia es necesaria aquí. Estas nuevas iluminaciones del Espíritu están ligadas, y no desvinculadas, de un ministerio en profundidad de la Palabra, que toda congregación, y todo creyente, debe procurar como asunto de primera importancia. Esta iluminación no añade nuevas revelaciones, pero permite apreciar la grandeza y la gloria del texto bíblico revelado. Cuando hay un ministerio en profundidad la Escritura presenta la gloria y la majestad de Dios en Jesucristo, «porque Dios, sin su majestad, no es verdaderamente conocido». «Nadie tendrá su corazón preparado para buscar a Dios a menos que perciba profundamente una manifestación de la divina bondad, como para esperar de él la salvación.»¹¹⁵

Sólo mediante el escudriñamiento serio, sistemático, del texto bíblico, se puede percibir aquella majestad y aquella gloria. La Biblia no necesita defensores; la Biblia necesita expositores. Usted debe ser uno de ellos.

La fe trata con regiones no relacionadas directamente con la experiencia tangible. La vista humana no alcanza a percibir sino una pequeña parte del universo creado, y es incapaz de descubrir los secretos del mundo espiritual, o de lo que han de traer las edades futuras.¹¹⁶ Pero no hay que olvidar que la fe descansa en lo que Dios ha prometido.¹¹⁷ La fe es la confianza que se deposita en un testimonio. Aquí, la fe es confianza en el testimonio de Dios.¹¹⁸

Aquel que así se acerca a Él puede hacerlo en plena

114. Westcott, Hebrews, pág. 356.

115. Esta expresión pertenece a Calvino, en Hebreos, pág. 239.

116. Trenchard, Hebreos, pág. 156.

117. Erdman, comentando Hebreos 11.

118. Pink, Hebrews, pág. 649.

confianza de que Él existe, de que su Palabra es veraz, y que nunca desampará al alma que sinceramente le busca. Todo lo que Dios ha revelado de sí mismo, a través de los profetas, a través de su Hijo, todo asegura que Dios es enteramente digno de la confianza y del amor de su pueblo.¹¹⁹

Es más: «el mundo indudablemente fue creado para que sirviera de teatro a la gloria divina» (Calvino). Y la iglesia ¿qué es sino el ámbito donde Cristo despliega su plenitud y su gloria?

La fe es aquello que nos capacita para tratar como reales las cosas que no se ven, o las cosas que no se pueden captar por los sentidos.¹²⁰

La fe es un medio de percepción de realidades espirituales;¹²¹ por medio de esta fe de visión las vidas de los patriarcas fueron transformadas, y fueron vividas según el propósito de Dios. Esta clase de fe, que es una percepción espiritual, sólo es patrimonio de los que creen en Cristo, y aún más, sólo es patrimonio de aquellos que se caracterizan por el discernimiento espiritual, porque por medio de la fe ellos pueden someter a verificación todas las cosas.¹²²

Así, la fe nos otorga una convicción acerca de la creación. En el original se dice que «las edades» (los mundos) fueron creados, porque así se indica el proceso del cumplimiento de la voluntad divina.¹²³ La creencia en la existencia del mundo no es fe, pero la creencia de que ha sido la Palabra de Dios la que ha dado origen a todo, esto es fe. Nuestro autor lo destaca enfáticamente en Hebreos 11:3: «Por la fe entendemos haber sido constituido el universo por la palabra de Dios, de modo que lo que se ve fue hecho de lo que no se veía.»

«El gran Arquitecto no tenía materiales con que trabajar, y por lo tanto, el universo visible vino a la existencia sólo

por la Palabra...; esto permanece escondido en la naturaleza de Dios, y esto es hecho visible solamente en sus efectos creadores.»¹²⁴ La fe trasciende al ámbito físico porque es no solamente la convicción de que Dios existe, sino que significa además confiar en que el Evangelio coloca al hombre en una relación personal con el gran Dios de la Biblia.¹²⁵ Esta relación personal es el conocimiento de Dios; es aquello que permitió a los grandes hombres de la Biblia hacer lo que hicieron y vivir lo que vivieron. Ésa es la relación con Dios, que ya tenemos, y ésa es la vida que usted y yo estamos llamados a vivir.

8. La fe como don de Dios.

¿Es la fe salvadora un don de Dios?

Un autor (Adam Clarke) dice que la respuesta a esta pregunta es afirmativa en cuanto a la gracia que la produce; pero agrega que la gracia o el poder para creer y el acto de creer son cosas diferentes. Dios nunca cree por nadie, ni Dios jamás se arrepiente por nosotros. El pecador, mediante una obra de gracia, cree por sí mismo.

Vale la pena considerar aquí el importante pasaje de Efesios 2:8: «Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues, es don de Dios.» La fe puede considerarse en un doble sentido:

- a) Es un don de Dios producido en el pecador para la justificación. Además, Dios lleva la declaración de perdón a su corazón y a su conciencia.
- b) Pero la fe es también un instrumento del hombre, por el cual se apropia de Cristo y de todos sus dones preciosos (Ro. 4:5; Gá. 2:16).

Algunos piensan que nadie puede ser culpado de no tener fe en Dios. Suponen que ciertas personas tienen gran fe, por disposición de Dios, y que otras no tienen ninguna, también por disposición de Dios. Nada más lejos de la verdad. La

119. Bruce, Hebreos, pág. 290.

120. Wuest, Hebrews, pág. 193.

121. Mac Arthur, Hebrews, pág. 288.

122. L. Morris, Hebreos, pág. 113 (serie editada por F. E. Gaebelin).

123. Vine, Hebrews, 128.

124. Willey, Hebreos, pág. 369.

125. Morris, Hebrews, pág. 53.

Biblia subraya que ningún hombre vive irresponsablemente. La incredulidad es una decisión de la voluntad.¹²⁶

En el caso del pecador que rechaza a Cristo, este hombre huye de la luz. Éste es el pecado de separarse deliberadamente de Dios. «La incredulidad no es un error; es un pecado.»¹²⁷ La incredulidad nace del pecado y crece por causa de otros pecados.

La Biblia parte de la base de que en el hombre hay una sed insaciable por lo infinito y por lo eterno.¹²⁸ «Dios puso eternidad en el hombre» (Ec. 3:11). Para hacer frente a estas ansias, Dios se ha revelado. La fe es un acto del hombre en su totalidad, frente a la revelación que Dios ha hecho en Jesucristo. La fe es el acto más elevado de la vida personal.¹²⁹

Ahora, la fe es algo elaborado dentro del hombre. Es un trabajo del Espíritu de Dios, al aplicar la verdad del Evangelio en Cristo. Ésta es la obra de Dios, que conduce al hombre a una confianza serena y a un descanso tranquilo en Dios.¹³⁰

Pablo enseña en Efesios 2:8-10 que somos cristianos solamente como resultado de la gracia de Dios. Gracia significa un favor inmerecido, un favor que no tiene como contrapartida ningún mérito nuestro.¹³¹

Esto no solamente viene de parte de Dios sino que, además, viene a nosotros a pesar de nosotros, a pesar de lo que somos. Toda la Biblia enseña que el hombre es «hijo de ira», y no solamente por naturaleza sino por su conducta, por su actitud hacia Dios.

Por no comprender esto, muchos no entienden el Evangelio. Hay quienes piensan que el Evangelio pretende mejorar al hombre, y hay quienes piensan que sólo los hombres buenos son dignos del Evangelio. Este punto es fundamental para

la predicación, porque siempre cuesta mucho más predicar a una persona que se siente buena que a una que se siente mala.

El Evangelio no se puede predicar a los buenos, por una razón: «porque ninguno hay bueno, sino sólo Dios» (Lc. 18:19). El Evangelio se predica a los pecadores y sólo a los pecadores. Así, se predica a todos los hombres, porque todos pecaron. Éstos, los pecadores, son los destinatarios de la gracia de Dios. Y el Evangelio nos enseña que no es cuestión de que las buenas obras nos conduzcan hacia Cristo, sino que Cristo nos conduce hacia las buenas obras. Es exactamente lo contrario de lo que la gente tiende a creer. Lo dice el apóstol en Efesios 2:10: «Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas.»

El cristiano es una persona en la cual Dios ha obrado. El cristiano es el resultado de una obra que es enteramente de Dios. Dios es el que ha comenzado en nosotros una buena obra (Fil. 1:6). El cristiano no es un hombre que ha mejorado algo. Es una nueva creación. Ha sido creado en Cristo Jesús.

En Efesios 2:8 leemos: «Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios.»

Cuando dice «y *esto* no de vosotros, pues es don de Dios», surge el interrogante de a qué se refiere «esto». Hay dos escuelas de pensamiento:

a) Una, que dice que se refiere a la fe.

b) Otra, que enseña que el don de que se habla aquí es todo el proceso de salvación.

Hay que destacar que el hecho de que la fe sea un don, no está en discusión. Lo que se discute es si este sentido aparece o no en Efesios 2:8.

Crisóstomo, Jerónimo, Hendriksen, Hodge, Lacy, Moule y otros, favorecen el primer punto de vista.

Por otro lado, están los que sostienen que el vocablo *esto* no se refiere a la fe sino a la obra completa de salvación. Éste es el punto de vista de Calvino, Stott, A.T. Robertson, Robinson, Wuest, Trenchard y Martínez, Wickham, Foulkes y

126. Rice, Oración, pág. 181.

127. Meyer, Hebreos, pág. 199.

128. Lacy, T. S., pág. 303.

129. Conner, Rev. y Dios, pág. 69.

130. Lloyd-Jones, Ro. 4, pág. 233.

131. Lloyd-Jones, Ef. 2, pág. 128

otros. Los defensores del primer punto de vista señalan que el designio del pasaje se explica mejor si se adscribe la palabra *esto* a la fe. Según este enfoque, la antítesis entre la fe y las obras, tan común en los escritos de Pablo, se conserva. La cláusula, según ellos, se propone mostrar cuán completamente la salvación es de gracia, puesto que aun la fe por la cual recibimos la misericordia ofrecida, es un don de Dios.

Los defensores del segundo punto de vista, con quienes coincidimos, afirman que el pronombre demostrativo «esto» (*touto*) es neutro en griego, mientras que fe es un sustantivo femenino (*pistis*). A.T. Robertson aclara que para que «esto» se aplicara a la fe hubiera requerido el vocablo *taute* y no *touto*. Por tanto, nos inclinamos por tomar al vocablo «esto» como refiriéndose a toda la frase precedente, es decir, que lo que se describe como don de Dios es el concepto pleno de salvación por gracia mediante la fe. «Mediante la gracia de Dios ustedes son un pueblo que ha sido salvado mediante la fe, y este completo evento y experiencia es... un don libre de la gracia de Dios hacia ustedes» (Stott, Comentando Ef. 2:8). De todos modos, hay que subrayar: «El que la fe sea un don de Dios no es obstáculo para que sea también un acto consciente y voluntario del hombre» (Lacueva, La Iglesia, cuerpo de Cristo, pág. 55).

El texto de Efesios 2:8 puede traducirse así:¹³² «Ciertamente, mediante la gracia vosotros estáis en un estado de haber sido salvos, mediante la fe.»

Sin ninguna duda el hecho de que la salvación sea una obra de Dios no anula la responsabilidad humana. «Las invitaciones evangélicas se dirigen a los hombres como son.» No podemos anular la tremenda responsabilidad humana frente al llamamiento del Evangelio, enfatizando indebidamente aquellos pasajes que subrayan que todo tiene origen en Dios. El equilibrio de las Escrituras debe ser mantenido. Que nues-

132. Blackwedell, pág. 144. El artículo que precede a gracia (La gracia) especifica la aplicación de la gracia de Dios a los que creen en la expiación de Cristo.

tra salvación es una «obra» del Señor es un hecho consolador, pero esto no invalida la seriedad de la invitación de Dios al hombre, porque al Evangelio se lo acepta por la fe o se lo rechaza por la incredulidad.¹³³ El amor de Dios se ofrece para que sea recibido. La justicia de Dios se revela para que sea creída.

9. La fe es convicción.

«La fe es la convicción de lo que no se ve.» La fe es una convicción, porque tiene que ver con lo que Dios ha sacado a la luz. Abarca aquellas cosas que son invisibles porque pertenecen al orden espiritual y a cosas que son invisibles porque pertenecen al futuro.¹³⁴

El vocablo «convicción» (*elenchos*) significa básicamente «prueba, test», y sugiere que la fe es vista como la prueba de la realidad de cosas no vistas.¹³⁵ En un sentido general, una convicción es algo que mueve al hombre desde adentro.

En ocasiones se hace referencia, para ilustrar la necesidad de la fe, a aquella confianza con que habitualmente desarrollamos nuestra vida social. Comemos en un restaurante, viajamos en un tren, subimos a un avión, porque en cierta medida la confianza en otros es uno de los fundamentos de la sociedad. Pero hay que destacar, como lo hace Mac Arthur¹³⁶ que «la fe espiritual es radicalmente diferente de la fe natural; difiere de la fe natural en un aspecto importante», y es que la fe espiritual proviene de Dios. La fe verdadera es el resultado de una obra de Dios en nosotros.

Lloyd-Jones ha dicho categóricamente que decir «si viajo en tren es porque tengo fe», no es verdad.¹³⁷ La fe natural no es la fe de la Biblia. La fe verdadera es algo elaborado dentro de nosotros.

133. Ver Trenchard y Martínez, EEC, págs. 177-181.

134. Bruce, Hebreos, pág. 279.

135. Guthrie, ob. cit., pág. 225.

136. Mac Arthur, Hebreos, pág. 289.

137. Lloyd-Jones, Romanos 4, pág. 233.

La fe mira a Dios. Y que mira a Dios significa que confía en la fidelidad de Dios. Muchos dirigen la atención a sí mismos; el énfasis queda siempre sobre el *ego*. Pero la gran cosa acerca de la fe no es lo que yo estoy haciendo sino la fidelidad de Dios.¹³⁸

La fe es, pues, mencionada aquí no sólo en cuanto a su naturaleza, sino también en cuanto a su resultado. Basándose en el testimonio de Dios, descansando en sus promesas, esperando confiadamente su cumplimiento, la fe toma aquellas cosas que se esperan para el futuro, y les otorga una realidad presente,¹³⁹ y un poder en el alma, como si ya fueran poseídos; entonces la fe puede ahora ser mejor caracterizada¹⁴⁰ como «una firme persuasión y una expectativa de que Dios ha de cumplir todo cuanto ha prometido en Cristo; esta persuasión es tan fuerte que da al alma una especie de posesión y un disfrute presente de aquellas cosas, le da una subsistencia al alma a través del goce anticipado de los primeros frutos; así el creyente en el ejercicio de la fe, es llenado con gozo inefable y lleno de gloria» (Matthew Henry, citado por Pink).

La fe de que habla el autor inspirado no es una teoría sino un poder para vivir.¹⁴¹

La fe es una convicción no solamente porque se trata de un convencimiento de que las cosas que no se ven existen, sino que se trata de convicción porque estas cosas vienen a caer dentro de la experiencia de los hombres que creen a Dios en su Palabra.¹⁴² Se trata de una convicción porque por ella «venimos a estar convencidos de la realidad de esas cosas».¹⁴³

Es notable la relación entre la fe y la obediencia. La obediencia nace de la convicción. La fe está conectada con la obediencia porque hay un mandato de Dios de arrepen-

timiento frente al Evangelio (Ro. 1:5; 10:16 y 16:26; Gá. 3:2; 2 Ti. 1:8). La fe es una actitud de obediencia a la verdad. Y esto requiere un reconocimiento del pecado.¹⁴⁴

Siempre hay que estar alerta con respecto a la obediencia; para escapar al error de una salvación por obras, «podemos caer en el error de una salvación sin obediencia».¹⁴⁵ Una vez que le ha sido predicado el Evangelio, el hombre ya no puede menos que someterse, es decir, creer.

Este punto es fundamental en la predicación, porque siempre hay que subrayar que, una vez que Dios ha hablado, hay la necesidad de la sumisión, que implica la obediencia y la entrega del corazón a Cristo.¹⁴⁶ La obediencia a los mandamientos de Dios es una expresión de la fe salvadora.¹⁴⁷

La Biblia presenta la fe de sus hombres, principalmente en el capítulo 11 de la carta a los hebreos, como el mensaje de una fe que obedece, que se somete y que crece para servir a Dios.¹⁴⁸

Cuando Dios justifica al pecador que confía en Cristo, Él da gracia. Recibe al pecador con los brazos abiertos. Pero jamás hay lenidad en Dios, porque Él nos recibe manteniendo siempre sus derechos, haciéndonos someter a sus leyes, escribiéndonlas en nuestro corazón, y haciéndonos sensibles a los requerimientos de su santidad. Ésta es la fe del Nuevo Testamento; es la fe que nos enseña que Dios no solamente perdona sino que además Cristo debe reinar sobre cada vida.¹⁴⁹ Ésta es otra convicción fundamental

Todo esto arroja luz sobre la predicación, cada día. El predicador no tiene que predicar para provocar «decisiones» sino para crear convicciones, y si crea convicciones provo-

138. Lloyd-Jones, Ro. 4, pág. 223.

139. Pink, ob. cit., pág. 650.

140. Algunos autores dirían «mejor definida».

141. Wiley, Hebreos, pág. 365.

142. Ver Vine, Hebrews, pág. 127.

143. Thayer citado por Wuest, Hebrews, pág. 193.

144. Conner, Revelación y Dios, pág. 168. «La fe es un renunciamento a la oscuridad moral.»

145. Tozer, Gems, pág. 51.

146. Trenchard, Hebreos 8.

147. Mullins, ob. cit., pág. 380.

148. Conner, D. C., pág. 295.

149. Haldane, Romans, pág. 47.

cará decisiones. Allí donde el Evangelio se predica en fidelidad a la palabra de Dios, ocurre lo que siempre ha ocurrido. el Evangelio **profundiza la significación del pecado** más allá de lo que el hombre ha sabido antes. La predicación **intensifica la conciencia de pecado**. Ésta es otra convicción fundamental. La conciencia humana es naturalente legalista. Tiende a adoptar métodos para «ganar» la salvación. Es tardía para ceder a la doctrina de la gracia. Casi todo el mundo está dispuesto a aceptar que Dios perdona a los buenos, o a quienes lo merecen, pero ¡cuánto cuesta creer que Dios está dispuesto a aceptar a los impíos!

El pecado ha creado una barrera, que esconde al hombre de sí mismo. ¡Cuánto cuesta reconocer la culpa! ¡Cuánto cuesta aceptar que Dios puede perdonar al impío! ¡Cuánto cuesta aceptar que Dios bendice al que nada merece! Ninguna forma de enseñanza hará bien al alma si no se reconoce esta conciencia de pecado. La fe es la convicción, fundada en el mensaje del Evangelio de que, aunque por nosotros mismos somos injustos, hemos sido ahora declarados justos y hemos sido aceptados *en Cristo*. Un hombre que tiene esta convicción arraigada en su alma es un hombre que obedece; no rechaza lo que Dios declara y se pone a la disposición de Dios. Cuando se percibe la voluntad de Dios, toda reacción para obedecer, aunque sea imperfecta, eso es fe.

Notemos que **nadie nace con estas convicciones claras**. Estas convicciones y esta fe sólo pueden ser creadas en el alma mediante la **predicación del Evangelio**. Cuando un hombre escucha el Evangelio su alma se abre para percibir con remordimiento la gravedad del pecado; así se crea la convicción de pecado. Pero su alma se abre también para percibir con asombro la obra de Dios, que encerró a todos en desobediencia, «para tener misericordia de todos» (Ro. 11:32).

La fe desempeña su papel en ese momento. «La fe demuestra al ojo de la mente la realidad de aquellas cosas que no pueden ser discernidas por el ojo del cuerpo.»¹⁵⁰

150. M. Henry, citado por Pink, ob. cit., pág. 652.

Esta fe es una fe que actúa; otorga al hombre la habilidad «para trascender la percepción de los sentidos corporales y para percibir lo que es invisible».¹⁵¹

Notemos que el hombre natural prefiere quedarse en el mundo de los sentidos; pero el hombre de fe es aquel que en ese momento trascendente en que escucha el Evangelio no resiste al Espíritu Santo, escucha a Dios con un corazón abierto, y así viene a Cristo para ser salvo.

10. La fe es la aceptación del mensaje del Evangelio, y es la respuesta a ese mensaje.

La fe está ligada estrechamente con el Evangelio proclamado porque para tener convicciones firmes hay que escuchar a Dios en el Evangelio. El hombre que cree en el *Kerygma*, en la proclamación del Evangelio, viene a ser un cristiano, un creyente. La fe cristiana es una respuesta al *kerygma*, el gran anuncio de la obra de Dios en Cristo.

«Pues ya que en la sabiduría de Dios, el mundo no conoció a Dios mediante la sabiduría, agradó a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación» (1 Co. 1:21).

La fe de la Biblia es una respuesta; presupone una iniciativa de parte de Dios. Dios habla y revela. Cuando habla, Dios descubre la realidad y los atributos de su Ser personal.¹⁵²

La fe envuelve una aceptación intelectual del anuncio del *kerygma*, es decir de la proclamación del Evangelio, y es la respuesta a ese anuncio, de modo que la fe es el medio por el cual se experimenta la salvación.¹⁵³

La fe es al mismo tiempo la aceptación de la justicia que Dios ha provisto para nosotros, los que no teníamos ninguna justicia propia, mediante la muerte de Cristo en nuestro lugar.

El elemento intelectual está incluido porque tener fe en una persona significa creer ciertas cosas acerca de ella, de su naturaleza, de sus hechos, de su palabra, de su obra. Uno no

151. Willey, Hebreos, pág. 365.

152. EB, Garriga, Fe, pág. 485.

153. ZEB, Faith, pág. 488.

podría creer en Jesucristo sin creer que Él es el Mesías, el Hijo de Dios encarnado, el crucificado y resucitado Salvador. Las Palabras y las obras, lo mismo que la naturaleza esencial de Jesucristo, son todas partes constitutivas de su gloriosa Persona.¹⁵⁴

Notemos la importancia suprema de la fe en toda la vida cristiana. Tanto para que esta vida comience, como para que esta vida crezca, la fe es fundamental:

a) Cuando el hombre viene a Cristo para recibir la salvación ¿qué ocurre? El hombre que cree se apropia de los méritos de Jesucristo, que es el fundamento de la salvación. El pecador deja de confiar en sus obras, en sus propios méritos, o en sus ídolos, y acepta lo que Dios ha hecho. Por medio de la fe el pecador se identifica con la obra de la cruz, y la hace suya.

Este aspecto es fundamental cuando predicamos. Éste es uno de los puntos que Pablo tiene en mente cuando escribe. La justicia del Evangelio ha sido revelada, y ha sido revelada para que sea creída.

Esta justicia es la que el hombre debe recibir, ya que él no tiene una justicia propia. Esta justicia sólo se hace efectiva mediante la instrumentalidad de la fe. La fe del pecador abraza la oferta de Dios en Cristo. La fe abraza la satisfacción divina que Cristo procuró en la cruz para el culpable pecador.

b) Pero el principio de fe, que está al comienzo de la vida cristiana, es el mismo principio que debe regular la vida toda del nuevo creyente, ¿por qué? Porque luego, una vez que ya somos salvos, Dios demanda de nosotros nuevos pasos de fe, en obediencia a su Palabra.

Mediante la fe nos damos nosotros mismos a Jesucristo, para que Él pueda conducirnos, y para que Él pueda poseernos.

Notemos que en ambos casos, en el caso del pecador que

154. ISBE, Faith, pág. 271.

aún no ha venido a Cristo, y en el del que ya ha confiado en Él, en ambos casos el mensaje de Dios es siempre un llamado a vivir por medio de la fe.

El llamado de la Biblia es un llamado a tomar una actitud: la actitud de dejar obrar a Dios en la vida. Y ésta es la fe: la fe es confianza. Es la apertura de la mente, del corazón y de la vida de Cristo. La fe significa todo eso. La fe siempre significa abrir el corazón a Cristo para recibir lo que Él tiene para dar y para entregarle lo que Él reclama.

¡Oh, profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios, e inescrutables sus caminos! (Ro. 11:33).

Nos introdujo a todos en el reinado de la muerte para tener misericordia de todos. Dios sujetó a todos en desobediencia, Dios encerró a todos en incredulidad, «para tener misericordia de todos» (Ro. 11:32).

11. *Acercándonos a Dios por medio de la fe.*

«Pero sin fe es imposible agradar a Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardonador de los que le buscan» (He. 11:6).

Hay que subrayar que esta frase «el que se acerca a Dios», es una de las nociones centrales en la carta a los hebreos, porque se refiere a la idea básica de los sacrificios; en los sacrificios la idea central era que al oferente los traía con la noción básica de acercarse a Dios. La fe que se declara como necesaria en todo aquel que quiere venir como adorador requiere, pues, no sólo la comprensión de que Dios existe sino, además, que Dios no permanece inactivo ni indiferente, sino que es un Ser espiritualmente activo: «en otras palabras, es fe en la existencia y en el gobierno moral de Dios».¹⁵⁵ Y hay que notar que es en la gran carta a los hebreos donde se subraya en 4:16 y en 7:25, que el acercamiento a Dios es posible ahora porque un gran sacrificio ha sido aceptado. El

155. Westcott, Hebrews, pág. 356.

acercamiento a Dios es posible, y la Escritura lo relaciona con la cruz, porque este acceso no radica en su sentido frívolo de nuestra relación con Dios. La fe se regocija en el acceso a Dios, pero siempre tiene presente lo que ha costado.

Notemos que se trata de un acercamiento cuidadoso; el texto original, cuando subraya que Dios es galardonador «de los que le buscan» es tan vigoroso que algunas versiones dicen «de los que le buscan diligentemente».¹⁵⁶

El autor inspirado subraya que los mundos visibles muestran que hay un Creador invisible.

Más adelante, en el desarrollo del capítulo 11, él señala que los grandes hombres del Antiguo Testamento eran hombres de fe. Su fe consistió en que tomaban a Dios por su palabra, y actuaban en consecuencia. La fe es esto, es tomar como verdadero lo que Dios ha revelado.¹⁵⁷ Es fundamental, en este sentido, lo que el autor dice de Moisés, porque en este gran homenaje destaca que la fe es el órgano que capacita al hombre para ver un orden invisible, espiritual, que es el mundo de Dios. La fe que nuestro autor tiene en mente, abarca una creencia en la persona de Dios y la fe en un orden espiritual, invisible.

Esta creencia en un orden espiritual invisible no es una cuestión vaga, porque primero y principalmente significa creer en Aquel que es «Rey de los siglos, inmortal, invisible, el único sabio Dios» (1 Ti. 1:17), y esta creencia en Él incluye, fundamentalmente, la confianza en su palabra revelada. No se trata, pues, de una creencia en la existencia de un Dios sino en la existencia del Dios que una vez ha declarado su voluntad a los padres por medio de los profetas, y que en los últimos tiempos ha hablado *por* el Hijo o *en* el Hijo.¹⁵⁸ ¿Por qué esto es importante? Porque el hombre ha inventado muchas maneras de buscar a Dios, pero Dios ha indicado el único medio, que consiste en buscarlo en el Evan-

gelio; esta manera consiste básicamente en reconocer la limitación humana, y en reconocer además que no somos suficientemente limpios y puros para entender a Dios; por esta razón tenemos que venir a escuchar y a comprender lo que Dios ha revelado en el Evangelio, la obra gloriosa de Cristo, proclamada en las Escrituras, aplicada por el Espíritu Santo, que conduce al hombre a la convicción de pecado y que lo convence de la necesidad de su salvación. Es aquella obra del Espíritu Santo que exalta a Cristo porque presenta delante del alma culpable la gloria de Cristo como Salvador y Señor.¹⁵⁹

Aquí llegamos a la cumbre de la obra del Espíritu Santo en el corazón de un pecador; la respuesta a esta convicción sobre el Salvador predicado es la fe.¹⁶⁰

Éste es un punto definitivo, el más importante de la vida.

12. *El efecto de la fe.*

La fe tiene consecuencias enormes, trascendentes, para el hombre que cree; mencionaremos las más importantes:

a) *La fe es la entrada del hombre a una nueva relación como hijo de Dios.*

La fe en el Dios de lo imposible trajo a Abraham a una nueva relación con Dios.¹⁶¹ Lo mismo ocurre con el que ahora confía en Cristo. Según Juan 1:12: «Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios.»

Por medio de la fe, Dios nos recibe como hijos. Y nos trata como tales. La consecuencia es clara: los que confían vienen a ser lo que nunca han sido,¹⁶² mediante un acto de regeneración que tiene a Dios como autor. La Escritura revela que mediante la fe un hombre puede entrar en cierta medida en la misma relación que el Hijo eterno tiene con Dios el Padre, porque «a todos los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios» (Jn. 1:12).

156. Westcott, ob. cit., pág. 356.

157. Erdman, Hebreos, pág. 119.

158. Bruce, Hebreos, pág. 290.

159. Ver Trenchard, Hebreos, pág. 155.

160. Bruce, Hebreos, pág. 290.

161. ZEB, Faith, pág. 480.

162. A. T. R., John 1:12, pág. 11.

En el Evangelio según Juan el primer efecto de la fe es el de venir a ser «hijos de Dios». Más adelante se enseña que el que cree recibe luz, como en Juan 12:36: «Entretanto que tenéis la luz, creed en la luz, para que seáis hijos de luz»; y satisfacción, como en Juan 6:35 y 7:37: «Yo soy el pan de vida; el que a mí viene, nunca tendrá hambre; y el que en mí cree, no tendrá sed jamás.» «En el último y gran día de la fiesta, Jesús se puso en pie y alzó la voz, diciendo: Si alguno tiene sed, venga a mí y beba», pero la expresión más gráfica, la que no debe ser omitida es la que subraya que un pecador que cree viene a ser «participante de la naturaleza divina» (2 Pe. 1:4).

b) *La fe trae salvación porque comunica la vida de Dios.* «El que cree en el Hijo tiene vida eterna.» Éste es el principal cuadro con que el Nuevo Testamento describe el resultado de la fe (Jn. 3:36; 6:40-47). El mensaje del Evangelio es el que trae esta bendición eterna. La fe se apoya en Dios. Dios es la fuente de la vida y esta fe es la que comunica la vida de Dios. Cristo nos ministra la vida divina,¹⁶³ porque el contacto con el Señor viviente trae al hombre nueva vida. La vida eterna es la eterna vida de Dios; esa vida es la que circula por el ser espiritual de todo aquel que cree en Jesucristo.

La fe es vital porque conduce al alma arrepentida hacia Jesucristo el Salvador; en primer lugar, por la fe el pecador arrepentido recibe el perdón; después, se apropia por la fe de todo cuanto Dios le ha dado en Cristo. Dios es galardonador de los que le buscan. El primer galardón de la fe es la salvación.¹⁶⁴ Esto es vital, además, porque posteriormente la santidad personal del creyente y su eficacia para servir a Dios dependen de que mantenga esa actitud de fe.¹⁶⁵

Pero notemos las consecuencias tremendas de permanecer en la incredulidad. «El que rehúsa creer en el Hijo no verá

la vida, porque la ira de Dios está sobre él» (Jn. 3:36). No hay duda; la importancia de la fe se advierte plenamente cuando se consideran las consecuencias eternas de recibir el mensaje del Evangelio o de rechazarlo.

La responsabilidad de la persona que rechaza el mensaje de Cristo es enorme, porque con esa actitud permanece en la oscuridad, ninguna salvación le llega, ningún veredicto salvador de Dios le alcanza, la vida de Dios no le llega.¹⁶⁶

Cuando el mismo Señor enseña que el pecador «tiene que nacer de nuevo» (Jn.3) no hay duda de que el nuevo nacimiento es el resultado de la semilla de la Palabra que, al ser recibida por la fe, se vivifica por el Espíritu Santo, dando lugar a la nueva naturaleza del que es «engendrado de Dios».¹⁶⁷

c) *Por medio de la fe el hombre es justificado.*

La doctrina bíblica de la justificación del pecador por su fe en Jesucristo ha merecido en este libro un tratamiento detenido, por su importancia fundamental, por lo que aquí sólo daremos de ella una definición general. Que el hombre sea justificado por la fe significa que, al pecador que cree en Jesucristo, le es atribuido todo el mérito infinito de la obra redentora de Cristo en la cruz. Hay que destacar que ésta es la justicia del Evangelio: es «el estado de la justificación en el cual todo el que cree es colocado mediante el veredicto judicial de Dios».¹⁶⁸ Ésta es la suma del Evangelio, en su eficacia salvadora. Esto ocurre en el momento en que la fe es encendida por el mensaje predicado, mensaje que revela esta justicia y así enciende la fe. En la fe, el hombre dice un pleno sí a la cruz.¹⁶⁹

Pero destaquemos otros aspectos vinculados con la fe. Que el pecador sea justificado por la fe implica que tiene que venir a Dios como el pecado lo ha dejado, con las manos

163. Mullins, ob. cit., pág. 380.

164. Mac Arthur, Hebrews, He. 11:6.

165. Lockyer, EDB, pág. 281.

166. Lensky, Romans, pág. 82

167. Morris, John, pág. 335.

168. Lensky, Romans, pág. 79.

169. Grabner-Heider, Vocabulario práctico de la Biblia, pág. 1459.

vacías, reconociendo que nada merece, y que todo tiene que recibirlo de Dios misericordioso. La fe es la mano del limosnero que se extiende para pedir. Está en la esencia de la fe que sea enfrentada con todo mérito humano, porque la salvación es totalmente la obra de Dios. El que confía en Jesucristo para su salvación no vendrá a condenación, porque ha pasado de muerte a vida (Jn. 5:24).

La justicia que procede de la fe es un regalo de la gracia. Una relación del hombre con Dios que pretenda apoyarse en las obras del hombre, es imposible, porque la gracia no solamente prescinde del mérito humano, sino que se opone a él.

En el momento en que el pecador confía en Él, se alcanza el veredicto divino de que, por causa del mérito infinito de la obra de Jesucristo, el pecador es declarado justo.

d) *La fe une al pecador con Cristo.*

Hay que rechazar toda idea de una salvación independiente de la unión con Cristo. La fe «de entrega» nos une vitalmente con Cristo. Es que la fe saca al hombre de sí mismo y le hace uno con Cristo.¹⁷⁰ Aquí la idea de una reacción es básica, porque así responde una fe viva.¹⁷¹

La definición de fe que ha dado San Agustín subraya este aspecto: «creer en Cristo significa, mediante la fe, amarle; creyendo, estimarle supremamente; creyendo, ir a Él para ser incorporado a sus miembros».¹⁷²

La conversión del pecador por medio de la fe es el reverso de la caída en el pecado. La esencia del pecado es el rechazo de Dios; la fe reconoce que el pecado es eso: es una relación quebrantada.

Los continuados estudios lingüísticos y el trabajo exegético han confirmado y han profundizado la posición de los reformadores. Nuevas tendencias pretenden hoy disminuir el valor de la fe, pero ni estas tendencias, ni las nuevas técnicas

de comunicación, sino solamente la fe en Cristo como resultado de una predicación que consista en la exposición del texto bíblico, que reciba el sello del Espíritu Santo, puede traer al hombre de hoy y de siempre la salvación de Dios. La predicación es fundamental, y nada puede reemplazar a la exposición bíblica como el camino que Dios ha establecido para encender la fe y para mantenerla viva.

Esta fe establece una unión vital entre el creyente y el Salvador, de tal modo que la justicia que Él consiguió en la cruz es atribuida al pecador que cree; pasa a su cuenta.¹⁷³ Dios declara justo a este hombre no porque ahora le considere inocente, sino porque lo ve unido a Cristo.

La fe relaciona al hombre con Dios, aunque siempre hay que subrayar que no es un solo encuentro el que establece una relación estrecha.¹⁷⁴ Dios trata con realidades espirituales; Él no acepta una supuesta fe de labios, que profesen algo que no afecte la vida. La fe engendrada por la Palabra de Dios, aplicada por el Espíritu Santo, pone al alma en contacto con Cristo, por una obra divina, y con un vínculo eterno. Cada verdadero creyente en Jesucristo puede decir, con fundamento en la Biblia: «la fe es un vínculo eterno entre mi alma y mi Salvador y Señor».

e) *La fe trae paz al corazón.*

El concepto de paz no siempre es bien entendido. Se le suele confundir como la ausencia de problemas, o la ausencia de conflictos. Ciertamente, la paz incluye la ausencia de conflicto, pero su significado es más amplio. En la Biblia el vocablo «paz» da la idea de unión;¹⁷⁵ se trata de una unión después de una separación. Se trata de una reconciliación después de una lucha.

La Biblia enseña que la consecuencia del pecado es la separación de Dios pero, además, enseña que el hombre lucha

170. Morris, John, pág. 335.

171. Morris, John, págs. 99 y 100.

172. Morris, TCNT, pág. 177.

173. Morris, John, pág. 335.

174. Tozer, EIC, pág. 23

175. Lloyd-Jones, Ef. I, pág. 36.

contra Dios. Está, en su mente, alienado contra Dios. Y todavía más, porque está en conflicto con Dios, el hombre está también en conflicto consigo mismo.

Está en la esencia de la obra creadora de Dios que el hombre sólo puede estar en paz dentro de sí mismo cuando está en paz con Dios.¹⁷⁶ Debido al pecado, el hombre ha venido a ser egocéntrico; el pecado nos pone en el pedestal a nosotros mismos. Esto no sería mucho problema si no fuera porque nos enfrentamos con otros hombres que también son egocéntricos y que también quieren afirmar su personalidad, sus intereses, sus opiniones, sus pasiones. La paz es, pues, otro gran vocablo en la Biblia; aquí sólo tratamos lo relativo a la paz que el pecador encuentra cuando viene a Cristo, por medio de la fe. El texto fundamental es el de Romanos 5:1: «Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo.»

El vocablo «paz» (*eirene*) tiene origen, probablemente, en el verbo griego *eiro*,¹⁷⁷ que significa juntar, poner juntos, unir, y de aquí que sea un vocablo vívido, que denota armonía entre individuos.

El concepto «paz» que aparece en el Nuevo Testamento indica, pues, el estado que surge después de un conflicto; esto es precisamente la enseñanza del Nuevo Testamento, cuando Pablo asegura que tenemos paz «por medio de la fe en su sangre» (Ro. 3:25). Esta noción de paz es una de las expresiones más ricas vinculadas con la fe que salva.

Y es Dios el que ha dado todos los pasos necesarios para que estemos en paz con Él. El Evangelio nos ofrece paz porque anuncia que el estado de guerra con Dios ha terminado. El gran mensaje del Evangelio proclama que Dios ha traído al hombre a un estado de unión con Él. Esto es el Evangelio. Ésta es la gracia que trae paz. Pero es la paz que se fundamenta en su sangre. No hay otra paz, ni hay otro fundamento.

176. Lloyd-Jones, ob. cit., pág. 38.

177. Blackwelder, ob. cit., pág. 49.

La paz que goza el pecador que viene al Señor por la fe nos recuerda, pues, que a través de la sangre de la cruz, Jesucristo une con Dios a cada pecador que pone su confianza en el Salvador. La paz es entonces el estado que disfruta el alma segura de su salvación a través de Cristo. Se trata de un descanso y de una tranquilidad que encuentra su fundamento en la conciencia de una relación concreta con Dios, sobre la base de la fe en Cristo; se habla de la fe en su sangre; es la sangre la que ha quitado de en medio el pecado.

La sangre simboliza la muerte violenta; por lo tanto, hablar de la sangre de Cristo que quita el pecado equivale a decir que la muerte de Cristo quita el pecado. La «fe en su sangre» significa, pues, la fe en la muerte de Cristo como el fundamento único, eterno, de la salvación del pecador que cree.¹⁷⁸ Se denota así que la sangre de Cristo es el elemento en que la fe tiene un lugar propio y permanente.¹⁷⁹

II- La importancia suprema de la fe.

1. La fe coloca al hombre bajo un nuevo señorío.

Esto es lo que Pablo afirma en Gálatas 2:20:

«Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí.»

No intentaremos aquí una plena exposición de este gran texto de Pablo,¹⁸⁰ pero vale la pena subrayar algunos aspectos.

178. Vine, destaca que la fe descansa en la persona viviente del Salvador, indicando que Romanos 3:25 enseña que Cristo vino a ser una propiciación mediante su sangre. Por su parte, J. Denney señala que Romanos 3:25 debe traducirse «a quien Dios puso como poder propiciatorio, y agrega «es en su sangre que Cristo ha sido investido con poder propiciatorio, y que no hay capacidad propiciatoria en las Escrituras, excepto que la sangre sea la de un sacrificio» (Earle, Ro., pág. 82).

179. F. y B., 1 Pe., pág. 695.

180. El autor ha tratado este punto en su libro «La identificación con Cristo».

Para el hombre que cree, un cambio de señorío ha tenido lugar; en la carta a los gálatas se destaca que el pecador que cree ya no está sujeto a la ley como medio de salvación, pero está ahora bajo el señorío de Cristo. Este señorío nuevo está vinculado a la cruz de Cristo. Pablo dice «he sido crucificado con Cristo», es decir, que se considera tan estrechamente unido al Señor que comparte con Él su muerte al orden legal antiguo.¹⁸¹ El texto continúa para afirmar que, además, Pablo está unido a Cristo en su resurrección y en la vida poderosa que se ha levantado de la tumba.

Conforme con la enseñanza general del gran apóstol en otros pasajes, no hay duda que es mediante el Espíritu Santo que esta vida de resurrección de Cristo es comunicada a los que confían en Él; y es por el mismo medio que esta vida tan elevada es mantenida.

Sí, no hay duda, aun la vida presente que el cristiano vive en su cuerpo mortal es vivida en una unión de fe con Cristo. El contexto de Gálatas 2:20 hace referencia al hecho de que el hombre tiene que renunciar a su propio *ego*, permitiendo que el principio que gobierna al creyente carnal sea crucificado.

El tratamiento de este aspecto de la vida de fe del creyente no es el propósito de este trabajo, pero no es posible dejar de mencionarlo, para mostrar los vastos alcances de una fe viva, la única fe salvadora.

El pasaje hace también una referencia clara al gran amor de Cristo como el fundamento de todo. «La totalidad de la vida cristiana es una respuesta al amor exhibido en la muerte del Hijo de Dios por los hombres.»¹⁸²

Notemos que no se trata de una fe vacía o mental, esto sería tener una fe muerta;¹⁸³ la fe verdadera, la fe del Nuevo Testamento, es aquella que no se limita a una mera profesión

sino que además acude a Cristo, fuente de perdón y de vida. De Él, del Señor, recibe la absolución y el poder para vivir una vida transformada. Como ha dicho un autor:¹⁸⁴ «No hay una fe que se pueda esconder de todos. No hay una fe que no afectará en nada a nuestras vidas. Porque la fe verdadera es algo vivo que dará como resultado vidas transformadas, y será valiente para Dios, obrará y perdurará.» Así el nuevo creyente se regocija en el señorío de Cristo, y acude a Él en cada momento, y ante cada alternativa.

2. En la salvación del pecador la fe glorifica a Dios, y solamente a Dios.

La fe que se apoya solamente en la gracia constituye en realidad un rechazo a toda jactancia de la criatura humana. Es que el hombre no puede escaparse del hecho del pecado. El Evangelio nos conduce no sólo al reconocimiento de que hemos pecado, sino que además se requiere que reconozcamos que el pecado es una realidad.

La fe abraza la eficacia de la obra de Dios en la cruz, y se la apropia. Por este acto de fe el pecador aparece reconociendo que rechaza toda suficiencia propia. Además, por la fe el hombre rechaza la incredulidad, porque «la incredulidad deja de lado a Dios, entroniza la voluntad del yo, y es el hecho cumbre del pecado».¹⁸⁵

La fe es importante en la mente de los apóstoles, porque la fe da todo el honor al Señor; le da todo el honor porque Cristo es Aquel que ha consumado la obra que salva y en la cual Dios ha sido glorificado, su santidad ha sido mantenida y su justicia ha sido vindicada. Lo que glorifica a Dios es que el carácter de Dios ha sido vindicado no mediante la muerte eterna del pecador, sino mediante la salvación de todo aquel que cree. Así el Evangelio es un mensaje digno de Dios; ha demostrado su poder por todo cuanto ha logrado en bien de aquellos que lo reciben por medio de la fe.

181. Bruce, Gálatas, pág. 144.

182. Denney, citado por Bruce, Gálatas, pág. 146.

183. Ver el capítulo IV, sobre el concepto del Nuevo Testamento acerca de una fe muerta.

184. Gooding, URI, pág. 160.

185. Lockyer, EDB, pág. 284.

III- La fe es un compromiso con Cristo, porque esta fe no consiste en una adhesión intelectual al credo de una iglesia, sino que establece una relación con una persona divina.

«Y por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos» (2 Co. 5:15).

El sentido fundamental del vocablo «fe» en el Nuevo Testamento es, como hemos visto, el de veracidad o confiabilidad, es ser digno de confianza. Se enfatiza el sentido de confianza porque significa mucho más que una creencia del intelecto. Es que todo el ser tiene que ser afectado por el acto de fe, porque la fe es esencialmente un compromiso con Cristo.

Después de la conversión tenemos que seguir ejerciendo la fe. Ésta es la clase de fe que necesitamos para crecer; no un enfoque superficial de los problemas de la vida cristiana, sino una fe que se nutre de la obra de la cruz. Hay un sentido de dependencia, que está envuelto en la actitud de fe. Este sentido de dependencia es espiritualmente saludable, y es necesario para edificar un carácter cristiano.¹⁸⁶

El mundo en que vivimos ha falsificado nociones fundamentales de la doctrina bíblica; es típico del enemigo falsificar la obra de Dios. Forma parte de esta obra satánica hacer pensar a muchos que las doctrinas tienen que ser dejadas a los teólogos, y que a la gente hay que darle la verdad resumida, en términos prácticos; de allí las historias sagradas, las predicaciones sin las ideas de Dios, y otros elementos que, en el fondo, son malos sustitutos de la Palabra, y sólo consiguen un resultado; alejar al hombre de la Palabra de Dios; alejarlo del único gran mensaje en que la fe encuentra fundamento.

Aquí hay un llamado a la reflexión para los que predicán y los que enseñan. Si queremos que nuestros oyentes increí-

dulos vengan a ser hombres de fe, no tenemos alternativa; tenemos que introducirlos en el mensaje de la cruz. Y si queremos que los que ya creen crezcan en su vida de fe, la alternativa es la misma, la vida cristiana se desarrolla a medida que el creyente contempla la cruz.

La experiencia del apóstol Pablo muestra que la vida de fe se nutre de la cruz, porque es la vida de uno que permanece reconociendo el sacrificio de Cristo como la base única de su relación con Dios; al mismo tiempo, es la cruz la que inspira actitudes fundamentales en el creyente. El hombre de fe es uno que buscará la comunión con Dios. Se regocija en el acceso a Dios, pero sin olvidar su santidad y su gloria. Detrás de la cruz está el gran amor de Dios, y es el amor el que conduce a la entrega de la vida.

Pablo, en Gálatas 4:19, subraya que no se conforma con ver a sus hermanos practicando un poco de religión, porque les dice que vuelve a sufrir dolores de parto «hasta que Cristo sea formado en vosotros». Sí, no nos queda ninguna duda; la Escritura converge para enseñar que todo creyente puede alimentar este gran anhelo del apóstol para sus amados hermanos; este anhelo consiste en ver a Cristo reproducido en cada creyente; consiste en ver a Cristo «creciendo» en ellos. Consiste en que Cristo «sea formado» en nosotros.

Esta ambición de Pablo para todo creyente de ver al Señor formándose en ellos, no es otra cosa que la realidad que él experimenta, «Cristo vive en mí.» Quizá por haber leído con frecuencia el pasaje de Gálatas 2:20 no siempre nos damos cuenta de que estamos aquí frente a un portento de la naturaleza y a una maravilla de la gracia. La revelación de la Escritura está siempre mucho más allá que la más elevada imaginación humana. Ni aun al propio Filón, el piadoso rabino de Alejandría, se le pudo ocurrir jamás nada semejante a la revelación del Evangelio. Filón hablaba de la gracia de Dios pero con el sentido de regalos, de cosas que podía conceder. Él nunca pudo, faltándole como le faltaba la inspiración divina, elevarse a la idea de Dios dándose a sí mismo;

186. Thomas, R. C. y Fe, pág. 357.

tampoco pudo concebir nada parecido a la noción de que el Dios eterno y santo entrara a un corazón humano. Pero esto es esencial en el Evangelio. Esto es lo que Dios ha hecho en Jesucristo. Esta gran revelación es hecha por el mismo Señor, y se ha manifestado en plenitud en vidas de creyentes a través de los siglos, comenzando con los apóstoles y sus discípulos. Nada puede compararse con la sublimidad y la gloria de la redención tal como la presenta la Palabra inspirada.

A veces, en la predicación, se proponen enseñanzas sobre la vida del cristiano que no encarar el problema del pecado, y que ni mencionan a la cruz como la fuente de la liberación del hombre. Pero no hay otra alternativa para un creyente; si quiere crecer en su vida espiritual, tiene que saber que esa vida está estrechamente vinculada con la muerte al pecado.

La fe tiene la virtud de unir al pecador que cree con su Salvador. El Cristo que es objeto de la fe es el Cristo del Evangelio, de las cartas y de todas las Escrituras. Es aquel cuya muerte es una muerte redentora; es aquel Señor y Salvador que vive y reina.

Éste es un punto definitivo de la vida de fe; la identificación con Cristo es tal que reconoce el hecho fundamental de que allí donde Cristo habita, Él tiene que reinar. En la práctica ¿cómo se hace esto? Sobre la base del principio de fe. Esto significa que el principio de fe continúa operando, para que el creyente aprenda a vivir para Dios.¹⁸⁷

La vida de fe se apoya en el poder de la resurrección. Esta vida de resurrección no es sólo un concepto opuesto a la muerte, sino que incluye la noción fundamental de que el creyente ha sido introducido en un nuevo ámbito, en un nuevo mundo; es el ámbito del poder capacitante del Espíritu de Dios.

Cuando Pablo dice «La vida que ahora vivo la vivo en la fe del Hijo de Dios» seguramente alude a su fe en el plan redentor, tal como los profetas lo anunciaron, y tal como Dios lo reveló al apóstol. Aun los tipos y figuras del Antiguo Tes-

187. Chafer, TS, II, pág. 196.

tamento que él utiliza en sus cartas, y toda la gran revelación del Antiguo Testamento, están presentes para configurar su fe. La vida de fe es una vida que ha recibido una certidumbre del amor de Dios, que es más profunda que el pecado. Toda la fuerza del pecado que reside en el creyente es vencida, es superada por la fuerza de Cristo que le ama y que reside en él.

Un principio fundamental de un hombre de fe es que, en lugar de intentar vivir su vida apelando a recursos carnales, se rinda al Señor que mora en él; en ese caso, el creyente abandona todo recurso natural, y aprende a recibir su sabiduría y su energía de la vida divina que reside en él.

La fe verdadera tiene que ser una fe personal, de compromiso. La actitud de fe es un compromiso con Cristo. Es una actitud básica de confianza en Dios, sobre el fundamento eterno de lo que Dios ha hecho en Cristo, y que determina que el creyente encomiende totalmente, enteramente, su vida a Dios.¹⁸⁸ La fe va más allá de nosotros mismos, porque es un compromiso con el amor de Dios, tal como está expresado en todo lo que Jesucristo ha hecho y en todo lo que Él es para su pueblo.¹⁸⁹

1. *El propósito de la fe es que el hombre reciba lo que Dios ofrece.*

En Juan 1:12 no hay duda que creer en Cristo significa recibir a Cristo: «Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios.»

En Gálatas 3:13, 14 leemos: «Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición (porque está escrito: Maldito todo el que es colgado en un madero)», «Para que en Cristo Jesús la bendición de Abraham alcanzase a los gentiles, a fin de que *por la fe recibiésemos* la promesa del Espíritu.»

188. Dodd, ob. cit., pág. 337.

189. L. Morris, TCNT, pág. 307.

La fe que trae salvación al alma es la respuesta humana de sometimiento al veredicto y a la misericordia de Dios, no merecida por el hombre, que Dios mismo ha traído al alcance de todos.¹⁹⁰ La fe expresa una relación con una persona divina. Expresa una actitud de confianza, de sumisión, de amor, de entrega total al gran amor de Cristo.¹⁹¹ La fe es una nueva visión de la historia y del mundo.¹⁹²

El amor de Dios es el que ha dado a su Hijo al mundo. Creer que Dios tiene recursos infinitos no es difícil, pero creer que Dios es una gran *dador* demanda una fe más desarrollada. Requiere no sólo creer *en* Dios, sino que requiere también creer *a* Dios, es decir, creer en lo que Él ha hablado en su Palabra.¹⁹³

La fe en Cristo es una fe salvadora, por medio de la cual lo recibimos a Él y nos apoyamos solamente en Él, como es presentado a nosotros en el Evangelio.

La fe es la recepción de la influencia personal de un Señor viviente, y su correspondiente acción.¹⁹⁴ La fe es absolutamente receptiva; y la fe es receptiva porque es dependiente.¹⁹⁵ Esta posición de dependencia es la esencia de la vida de fe.

Hay que subrayar el concepto fundamental de que confiar en Cristo implica:

- 1) el abandono de todo mérito por parte del hombre;
- 2) el reconocimiento de su propia indignidad;
- 3) el reconocimiento de la necesidad de la salvación.

El Evangelio revela una justicia de Dios sobre la base del principio de fe. Por lo tanto, Dios revela esto no al pecador que desearía merecer esa justicia, pretendiendo ganarla por sus obras, sino a aquel que la recibe por la fe. En este sentido, la fe es un reconocimiento humilde de que la salvación es

concedida por Dios y no ganada por el hombre, porque el hombre ha perdido, en su caída, toda justicia propia.

La fuente de la nueva vida en Cristo Jesús es la fe. La fe es el medio por el cual el reo se apropia del perdón que no merece. Es el medio por el que recibe la justificación y la vida. Pero notemos que los hombres eran salvos por la fe antes, lo mismo que después de la venida del Mesías. En ambos casos el ojo de la fe fue fijado sobre el mismo objeto glorioso. Antes de su venida, la fe descansaba en aquel evento prometido. Después de la venida del Mesías, la fe se regocija en el cumplimiento de la promesa. Así que sólo por fe en el testimonio de Dios, recibiendo la justicia desplegada en el Mesías, el hombre puede ser declarado justo a la vista de Dios.

El que «está en Cristo» (2 Co. 5:17) tiene vida de resurrección. La vida que tiene es la vida de Dios que ha sido infundida en su alma. Pero lo que debe ser subrayado es que en su origen la actitud de fe no tiene que ver con elementos abstractos, sino que está estrechamente relacionada con la cruz. Ésta es la enseñanza inequívoca de Pablo en Romanos 6. Y esto es lo que vuelve a enseñar cuando escribe la carta a los gálatas.

Tanto al comienzo como al final de Gálatas 2:20 el apóstol hace referencia a la cruz de Cristo: «con Cristo estoy juntamente crucificado»; «... se entregó a sí mismo por mí». El concepto de identificación con Cristo está claramente expresado, y no hay duda de que esta identificación se relaciona con la cruz.

2. La vida de fe comienza el día de nuestra conversión a Cristo, porque la fe que salva no consiste en un mero asentimiento al credo de una iglesia, sino que la fe constituye una relación vital.

La vida cristiana comienza con un acto de fe y se mantiene mediante una actitud de fe. La fe es una mirada del alma que

190. Berkhof, ob. cit., pág. 603.

191. Erdman, Romanos, 3.

192. Von-Allmen, Vocabulario bíblico, pág. 119.

193. Tozer, EIC, pág. 76.

194. Strong, ST, pág. 841.

195. Ridderboss, ob. cit., pág. 184.

se dirige fuera de nosotros, hacia Cristo crucificado y resucitado. El primer acto de fe en Jesucristo como Salvador es una respuesta a la invitación que Dios nos hace para que recibamos la salvación en Cristo. Este paso de fe en Jesucristo como Salvador personal es el acto más trascendente de nuestra vida. La fe es la apertura del corazón y de la vida a aquel que puede venir a salvar y a vivir.¹⁹⁶

La fe establece entre el alma y Dios una relación, que es una relación vital; estamos en Él, como las ramas están en la vid. Estamos en Él como los miembros del cuerpo espiritual están en la gran Cabeza de la iglesia. Sí, grande es este misterio, pero lo cierto es que estamos en Él porque Dios nos ha dado vida juntamente con Cristo.

Notemos que la cruz encara la tragedia de todo hombre, porque el hombre, aunque no lo sepa, está muerto para Dios. No está muerto en el error, sino en el pecado. Y no está muerto por un tiempo; está muerto para la eternidad. Está viviendo una vida como si no hubiera perdón, como si no hubiera Evangelio; vive como si no hubiera gracia abundante, como si no hubiera amor, y amor eterno, en Dios. Ciertamente, el hombre no está muerto para las cosas menores, está muerto para Dios.

Por la fe el creyente comparte todo cuanto Cristo posee. Aquí entra la fe en el mensaje del Evangelio, porque este mensaje le dice al hombre que Dios ha tenido misericordia de él. Le dice que Dios otorga al pecador que cree, al que se refugia en su gracia, la misma vida que se levantó de la tumba con Cristo. Esto forma parte esencial de la unión con Cristo; Dios otorga al pecador que cree, la misma vida que Cristo resucitado tiene. Antes estaba muerto para Dios; ahora está vivo para Dios.

El hombre que cree está vivo para Dios; esto significa que ahora tiene una actitud enteramente nueva hacia Dios.¹⁹⁷

Tener fe es recibir al Señor Jesucristo como Él es revelado en el Evangelio; como el eterno Hijo de Dios, como el Hijo que fue enviado, que no fue escatimado por Dios, vestido, sin pecado, con la semejanza de nuestra naturaleza, amándonos, dándose a sí mismo como propiciación por nuestros pecados.

La fe ocupa el lugar central porque todo beneficio de la muerte de Cristo, como sacrificio por el pecado, lo apropiamos mediante el arrepentimiento y la fe. La fe se apropia de los méritos de Jesucristo crucificado, que son la base del perdón.

La fe salvadora es el consentimiento de la voluntad, el asentimiento del entendimiento, y generalmente está acompañado por la emoción. «En su elemento intelectual la fe es receptiva, y cree que Dios es; en su elemento afectivo, la fe es asimilativa, y cree que Dios es un galardonador; en su elemento volitivo, la fe es efectiva, y realmente viene a Cristo.»¹⁹⁸

En Hechos 10:43 leemos: «De éste dan testimonio todos los profetas, que todos los que en Él creyeron, *recibirán* perdón de pecados por su nombre.»

El Evangelio ofrece a Cristo como único Salvador del hombre; la fe consiste en que se le reciba como se ofrece, confiando en Él como lo que es. La fe «es una recepción sincera del Señor Jesús como el único Salvador».¹⁹⁹

La fe salvadora consiste en recibir a Cristo.²⁰⁰ Una vez que el hombre es salvo, debe ir aprendiendo que éste es el papel fundamental de la fe: consiste en apropiarse de lo que Dios ofrece.

La fe es un llamamiento para que renunciemos a nuestros planes y a nuestras obras y para que dejemos obrar a Dios. *Dejemos obrar a Dios.*

196. Stagg, ob. cit., pág. 151.

197. Lloyd-Jones, Ro. 8:12.

198. Ver Strong, ST, pág. 839.

199. Pendleton, ob. cit., pág. 267.

200. Biblia de Jerusalén, pág. 1509 (Jn. 3:12).

IV- Romanos 10:8-17 revela cuál es el método de Dios para conducir a los hombres a la fe.

1. La «palabra de fe».

«Ésta es la palabra de fe que predicamos» (Ro. 10:8).

Esta expresión es equivalente a la frase «la palabra de la cruz», de 1 Corintios 1:18. La «palabra de la cruz» se refiere al fundamento del Evangelio; «la palabra de fe» enfatiza «el único modo posible de su recepción».²⁰¹

Esta «palabra de fe» comprende toda la historia del Evangelio, porque abarca la proclamación de la encarnación de la Segunda Persona de la Deidad, de su muerte en sacrificio por el pecado, de la sepultura, de la resurrección testificada por muchos, y del hecho de que fue ungido como el Mesías, el Cristo de Dios.

2. Que se haya de creer con el corazón y de confesar con la boca subraya la profundidad del acto de fe.

Sigue diciendo Pablo: «Que si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo» (Ro. 10:9).

Estas palabras constituyen una cita de Deuteronomio 30:13, 14: «Ni está al otro lado del mar, para que digas: ¿Quién pasará por nosotros el mar, para que nos lo traiga y nos lo haga ofr, a fin de que le cumplamos?»

«Porque muy cerca de ti está la palabra, en tu boca y en tu corazón, para que la cumplas.»

Parecería extraño que el apóstol mencionara primero la confesión y luego la fe del corazón, pero esto es así porque primero Pablo sigue el orden que aparece en Deuteronomio. Enseguida, en el v. 10, cita según el orden de la experiencia, cuando dice: «Porque con el corazón *se cree* para justicia, pero con la boca *se hace confesión* para salvación» (Ro. 10:10).

El vocablo «confesar» significa literalmente «hablar la

misma cosa», o sea «estar de acuerdo con algunas personas con relación a algo». «Si confesares con tu boca que Jesús es el Señor» significa, por tanto, estar de acuerdo con todo cuanto la Escritura dice acerca de Él, lo que incluye todo lo que estos dos nombres («Jesús» y «Señor») implican.²⁰²

Confesar significa «homologar, decir lo mismo, hablar juntos», y por tanto, lleva la idea de comprometerse por algo, hacerse responsable de algo; lo característico de la confesión es, pues, responsabilizarse en público por la fe.²⁰³

Con el corazón se cree «que Dios le levantó de los muertos». La exaltación de Jesucristo es la confesión fundamental del cristianismo, y presupone la resurrección y es la exaltación, que aquí significa Su Señorío eterno.²⁰⁴

Ahora, el hecho de creer y el de confesar no debe ser visto como cosas separadas, sino como dos faces de un solo hecho. Un corazón que cree para justicia, y una boca que confiesa para salvación no son en realidad dos cosas, sino dos faces de la misma cosa. Con el corazón «la fe es ejercitada»; con la confesión se expresa nada menos que «la abierta lealtad del creyente a Cristo».²⁰⁵

En el comienzo de la vida cristiana hay, pues, por un lado, un aspecto que tiene que ver con el cambio de corazón que está implícito en el acto de fe; esto lleva a la justificación, que es una posición de aceptación delante de Dios. Y esto implica, por otro lado, la confesión de Cristo crucificado, resucitado y exaltado como Señor.

La palabra del Evangelio es algo para confesar y es algo para creer. Se cree con el corazón. Este concepto es fundamental. Ya hemos visto que la fe incluye conocimiento, asentimiento y confianza, lo cual implica que en la actitud de fe intervienen el entendimiento, los afectos y la voluntad.

Cuando dice que se cree con el corazón Pablo no está

202. Wuest, Ro., pág. 178.

203. Ridderboss, ob. cit., pág. 252.

204. J. Denney, en EGNT, Ro., pág. 671.

205. Moule, Ro., págs. 224 y 227.

201. Trenchard, Ro., pág. 271.

mencionando los actos como cosa diferente del intelecto. El hecho de creer es una forma de pensar y no una forma de sentir. Creer es aquella forma de pensamiento que es guiada hacia un objeto por el testimonio de otro, o por alguna clase de intermediación. Cuando la fe surge del silencio del corazón y se anuncia a sí misma, y proclama la gloria y la gracia de Jesucristo como el Señor, esto es la confesión.²⁰⁶

El corazón en la Biblia es la sede de los deseos, de los afectos y de la voluntad del hombre. A ese corazón llega el mensaje que le habla de la muerte expiatoria de Cristo, de la tumba vacía; estos hechos históricos constituyen la base de la confianza en la vida eterna. Cuando esta obra es real, el creyente expresa su convicción con su boca, y declara que «Jesús es el Señor»; ésta probablemente era la confesión que en los primeros tiempos hacían de su fe los que iban a ser bautizados.²⁰⁷

«Con el corazón se cree para justicia.» Esta justicia es llamada en Romanos 4:13 «la justicia de la fe» porque es aquella que se recibe por medio de la fe.

«Con el corazón se cree para justicia.» «Justicia» aquí indica la justificación del pecador por su fe en Jesucristo, que consiste en que se establece una relación vital y eterna entre el pecador arrepentido y su Salvador. Y esto por un acto de Dios.

Notemos que no se trata de que la boca deba confesar una cosa distinta que lo que el corazón cree; lo que se cree es lo que se confiesa. Ambas cosas son en realidad la misma cosa.

3. La investidura de Cristo con un Señorío eterno debe ser predicada para que el hombre descubra, en la predicación, la gracia y la gloria de Cristo.

Notemos que el pasaje que estamos comentando no habla de confesar el pecado (lo que sin duda enseña la Escritura

en otros pasajes), sino que aquí se trata de la confesión que hace el pecador que descubre, en el Evangelio predicado, la gloria y la gracia de Cristo.

En el v. 9 se puede decir que el que cree confiesa «a Jesús como Señor».²⁰⁸ Este último vocablo es *kyrios*, que en la versión griega del Antiguo Testamento se utiliza para el nombre augusto de «Jehová», y que por tanto, implica la deidad.

Cuando Pablo dice que el pecador, para ser salvo, debe confesar que «Jesús es el Señor» parte de la base de que a este hombre se le ha predicado el Evangelio. Se trata de aquellos que creen el Evangelio; que han sido persuadidos de su verdad, que lo han abrazado, que le han dado cabida en su corazón, y que descansan en él. Por tanto, lo que Pablo está enseñando es que se requiere el reconocimiento de que Él, el Señor Jesucristo, «comparte el nombre y la naturaleza de Dios; que comparte la santidad, la autoridad, el poder, la majestad y la eternidad del único verdadero Dios».²⁰⁹

Cuando el sagrado nombre humano de «Jesús» se une al título «Señor» (*kyrios*) se expresa, además, que los hombres que así le reconocen pertenecen a este Señor, y declaran que tienen conciencia de pertenecerle; se trata pues de un sentido de veracidad, de confianza²¹⁰ y de compromiso personal. Aquí hemos llegado a otro punto en el que hay que detenerse para reflexionar. El hombre que cree declara que pertenece a Cristo para siempre.

Notemos la importancia de este aspecto del Señorío de Cristo. Este Señorío no solamente se presenta en la Biblia en oposición a los poderes que gobiernan al mundo y a las naciones. En la carta a los romanos hay evidencia clara de otro amo que gobierna, y es el que Pablo menciona en Romanos 5:21 y en 6:12: «Para que así como el pecado reinó para muerte, así también la gracia reine por la justicia para vida eterna mediante Jesucristo, Señor nuestro.»

206. Morrison, citado por Wuest, Ro., pág. 178.

207. Trenchard, Ro., pág. 272.

208. Robertson, A.T., Ro, pág. 389.

209. Cranfield, Ro., pág. 529.

210. Haldane, Romans, pág. 508.

«No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que lo obedezcáis en sus concupiscencias.»

La enseñanza es clara, porque el apóstol se refiere al amo, al pecado que gobierna como rey. Éste es el soberano que debe ser destronado cuando se acepta el Señorío de Cristo; y la confesión, la confesión pública a que hace referencia Pablo cuando dice «si confesares con tu boca», no deja ninguna duda de que sólo mediante esta entrega de la vida entera a Cristo se «trastrueca el sentido de la caída»,²¹¹ es decir, se restablece lo que el pecado destruyó; sólo mediante la entrega al Señorío del nuevo Señor se restablece el orden inicial de la creación, para que Dios sea el que gobierna. Pero notemos: la consagración de la vida parte de la base de que el pecado lo ha arruinado todo, y parte de la base de que el pecado, si permitimos que siga reinando, arruinará el testimonio del cristiano, ahora. La única actitud es reconocer los derechos de Cristo como Señor, sobre toda la vida. En Romanos 6:13 leemos: «Ni tampoco presentéis vuestros miembros al pecado como instrumentos de iniquidad, sino presentaos vosotros mismos a Dios como vivos de entre los muertos.»

El primer «presentéis», en el original, indica una acción continua; en cambio, el tiempo verbal de «presentaos» es imperativo, y se refiere a un acto único de dedicación a Dios. El vocablo aparece en una forma verbal que significa «hágalo ahora, y completamente».²¹² Esto es exégesis. La exégesis es más ilustrativa para exhortarnos y para orientar la vida que cualquiera de nuestras ilustraciones lacrimógenas.

Así entendido, este creer del corazón y esta confesión de los labios proporciona una luz muy especial sobre el sentido de creer que Dios le resucitó de los muertos, por cuanto en ese caso no se trata solamente de repetir un artículo del credo cristiano sino de reconocer en el acto de la tumba vacía que Dios ha colocado sobre Aquel que fue crucificado, un sello decisivo, irrevocable, como el eterno Señor de todos.

211. Ver Trenchard, Ro., pág. 272.

212. ATR, Ro., pág. 363.

Este señorío eterno presupone la encarnación, la muerte y la resurrección de Cristo, y consiste en una investidura con dominio universal. Sí, la salvación que está disponible universalmente, es una salvación que proviene del que domina todo universalmente.

Su resurrección es la coronación de su obra redentora y ha revelado, ha sellado para siempre, la eficacia infinita de su obra y el carácter eterno de su salvación.²¹³

4. Todos los hombres están igualados en su ruina, pero para todos Dios ha provisto una salvación sin límite.

En los versículos 11 y 12 continúa Pablo «Pues la Escritura dice: todo aquel que en Él creyere, no será avergonzado...». Ésta es una cita de Isaías 28:16: «Por tanto, Jehová el Señor dice así: He aquí que yo he puesto en Sión por fundamento una piedra, piedra probada, angular, preciosa, de cimiento estable; el que creyere, no se apresure.»²¹⁴

La Escritura indica cómo la fe puede transformar la vida; la fe reemplaza al temor y a la vacilación por la confianza, por la seguridad que descansa en la promesa de Dios, que no puede mentir. En los vv. 12 y 13 Pablo vuelve a insistir sobre la supremacía de la fe en la salvación, cuando dice: «Porque no hay diferencia entre judío y griego, pues el mismo que es Señor de todos, es rico para con todos los que le invocan; porque todo aquel que invocare el nombre del Señor será salvo.» Están aquí, con nosotros, otra vez las profecías²¹⁵ pero esta vez citando a Joel. Joel, en un párrafo lleno del Mesías (2:32) llenó los labios de Pablo que habla por el Espíritu Santo sin límite alguno: «Todo aquel que invocare el nombre del Señor será salvo.»

213. Ver Lensky, Ro., pág. 656.

214. Las diferencias textuales se deben a que Pablo cita de la Septuaginta (NIDA, THER, pág. 194). Además, agrega «todo aquel» porque este concepto lo toma de Joel 2:32 (Ver Trenchard, Ro., pág. 273).

215. Moule, Ro. 10:12.

¿Qué subraya el texto de Joel 2:32? Se trata de una profecía sobre los tiempos del fin.²¹⁶ Ella destaca varios conceptos:

- a) Que el Señor, que es rico, lo es «para con todos»; es decir, aquí se subraya que la salvación se ofrece universalmente.
- b) Que cuando el pecador comprende en qué condición lo ha dejado el pecado, la única posibilidad que tiene es la de clamar, invocando el nombre del Señor. El clamor es fundamental. Es cierto que no todos vienen al Salvador de la misma manera, pero no es menos cierto que el que no tiene claro su estado en el pecado nunca tendrá claro su estado en la gracia.²¹⁷
- c) Que así como todos los hombres quedan igualados en cuanto todos pecaron, así todos pueden igualmente invocar al único Salvador.
- d) En todo esto es fundamental la fe. Se trata de un clamor de fe y no de desesperanza. El resultado del clamor de fe es la salvación. El que así clame, «no será avergonzado». Cristo acepta al pecador que clama.

Lo que el apóstol está diciendo aquí es que esta creencia y esta bendición están ahora abiertas para judíos y para gentiles, esto es, para todos los hombres. Es cierto que entre los hombres existen hoy muchas diferencias, económicas, raciales, de color, de cultura, de posición social, pero no hay ninguna diferencia en cuanto a su posición con respecto a Dios. Cuando llegamos a esa situación frente a Dios, todos son igualmente seres necesitados de la obra de Cristo; todos están igualados en su ruina. Pero el Evangelio también anuncia que para todos ellos hay disponible una salvación sin límite. La fuente de la salvación espiritual es, para todos, la misma; es el mismo Señor. Esto es definitivo en el Evangelio. Vale la pena repetir para nuestras almas estas grandes Palabras de Dios: «No hay diferencia entre judío y griego, pues

el mismo que es Señor de todos, es rico para con todos los que le invocan; porque todo aquel que invocare el nombre del Señor será salvo.»

El Evangelio trae esto al alma por virtud de su contenido esencial, por su gran protagonista, Jesucristo. Es Él mismo el que es la salvación eficaz. Su obra ha sido el acto decisivo de Dios para la salvación de los hombres. El Evangelio es Él, es decir, el mensaje del cual Él, el Señor, es el contenido esencial.

El Evangelio trae vida eterna. Trae vida para la eternidad, pero no sólo eso, sino que además el mensaje demanda la entrega de la vida toda a Cristo como Señor. Esto es parte de la obra de salvación. ¿Por qué? Porque este Señorío de Cristo es la única garantía para salvar la vida sobre la tierra de las consecuencias de la caída del hombre.

Cristo es el Señor de todos, y es rico para con todos los que le invocan. Éstas son grandes palabras, que todos nuestros corazones necesitan. Hay una salvación que se caracteriza por estar disponible universalmente y que se manifiesta, gloriosamente, en un Señorío universal.

La bendición que todo lo envuelve, que todo lo abarca se llama, en el Nuevo Testamento, la salvación. Está disponible para todo aquel que invocare el nombre del Señor. ¿Qué quiere decir? Quiere decir que todo aquel que clame a este nombre, «profundamente humillado delante de Dios, reconociendo su poder, adorando su majestad, creyendo sus promesas, confiando en su bondad, esperando en su misericordia, honrándole a Él como Dios, y amándole como su Salvador,²¹⁸ todo aquel que en alguna de estas maneras se dirige así a Él, todo aquel que así lo invoque será salvo».

¿Qué podemos decir ante tanta gracia? «¿Qué pagaré a Jehová por todos sus beneficios para conmigo? Tomaré la copa de la salvación, e invocaré el nombre de Jehová» (Sal. 116:12, 13).

218. Haldane, Romans, pág. 511.

216. En los capítulos del 9 al 11 de Romanos, Pablo hace 30 citas del Antiguo Testamento, porque esos capítulos se refieren a Israel (Trenchard, ob. cit., pág. 317).

217. Lloyd-Jones, Romans, págs. 169-181.

5. *El rechazo del Mesías por Israel no se explica por la ignorancia, sino por la desobediencia.*

Continúa Pablo: «¿Cómo, pues, invocarán a aquel en el cual no han creído? ¿Y cómo creerán en aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán sin haber quien les predique? ¿Y cómo predicarán si no fueron enviados? Como está escrito: ¡Cuán hermosos son los pies de los que anuncian la paz, de los que anuncian buenas nuevas! Mas no todos obedecieron al Evangelio; pues Isafas dice: Señor, ¿quién ha creído a nuestro anuncio?» (Ro. 10:14-16).

En estos versículos el apóstol pasa a otro aspecto de su pensamiento. Hasta aquí ha hablado de la responsabilidad de los que buscan la salvación, pero ahora pasa a subrayar el papel que los que creen están llamados a desempeñar en el plan de Dios. Otra vez estamos ante un punto vital para todo creyente.

Más adelante, en los versículos 18-21 el apóstol parece responder a un contrincante que pretendiera argumentar que el rechazo que Israel ha hecho del Evangelio de Cristo pudiera deberse a que Israel no ha entendido. Allí, en ese pasaje, Pablo refuta ese argumento y lo hace por contraste, porque enseña que los gentiles, pueblos sin ningún conocimiento previo, han entendido.

Por tanto, el apóstol concluye que el hecho que explica el rechazo de Israel no es la ignorancia, sino la desobediencia. «El estorbo es la desobediencia.»²¹⁹ Lo que había faltado era sometimiento al mensaje, es decir fe, de parte de los destinatarios. Pablo nota el dolor del profeta al introducir el gran tema del Siervo Sufriente, del Mesías que habría de morir por su pueblo, cuando cita Isafas 53:1: «Señor, ¿quién ha creído a nuestro anuncio?»

El profeta ha visto anticipadamente cómo Israel repudiaría el mensaje y al mensajero 800 años antes de Pablo. El profeta Isafas se lamentaba, y esa queja era una furiosa acusación.

219. Trenchard, Romanos, pág. 275.

6. *¿Cómo llega un hombre a la fe?*

A la luz de todo lo que hemos visto hagamos un alto aquí antes de continuar con la exposición del pasaje que venimos comentando.

a) *Para llegar a la fe un hombre tiene que permitir que Dios obre en su corazón. Veamos algo de este proceso:*

- 1) Dios establece la fe mediante la predicación de su Palabra. El Espíritu de Dios toma la Palabra; impresiona la mente y la conciencia del hombre pecador y así la verdad de Dios penetra en el ser interior.
- 2) Al oír el Evangelio el hombre es conducido al conocimiento de la verdad de Dios. Por tanto, esto implica dependencia de un poder y de una sabiduría que está fuera de nosotros. Pero además implica la confesión de que para satisfacer nuestras necesidades espirituales necesitamos ayuda ajena.
- 3) Al oír el Evangelio la conciencia de pecado se intensifica. Esta obra del Espíritu de Dios en el alma toma varias formas; ni todos los hombres pasan por las mismas circunstancias ni Dios habla uniformemente a todos. Pero, en general, hay que esperar que haya una intranquilidad de conciencia; o que surja el anhelo por una vida distinta, superior; otras veces lo que surge es la insatisfacción por uno mismo, o por la vida que hemos llevado hasta ahora. Lo cierto es que no hay que descartar que, cuando se escucha el Evangelio, surja una cierta amargura de corazón. El primer efecto puede ser el de sentirnos peores y no mejores. Pero también surge la confianza en la misericordia de Dios.
- 4) Dios obra al hablar. La Palabra de Dios es una realidad, es un poder que obra, opera los efectos pretendidos por Dios. En la parábola del Sembrador se ve que la Palabra obra cuando es recibida. En todo este proceso es fundamental escuchar a Cristo con la mente abierta y con el corazón dispuesto.

b) *El hombre pecador tiene que permitir que Dios le hable del pecado, porque el propósito de Dios no es afligirlo sino llevarlo al arrepentimiento.*

El arrepentimiento es un cambio de mente; es un cambio revolucionario en la vida espiritual; produce un pesar genuino, una tristeza del alma. Pero esto es saludable, porque, cuando se escucha el Evangelio detrás de esta tristeza del alma está Dios. ¿Cuál es el resultado? La voluntad se cambia. Un nuevo propósito se forma; hay un abandono del pecado, y un retorno a Dios.

En la conversión, el hombre se levanta del pecado; esto es el arrepentimiento. Y se dirige a Cristo; esto es la fe.

Ahora, cuando se predica el Evangelio se desemboca en una de dos actitudes:

- 1) Algunos están siempre probando lo bueno que son; dicen «no hago mal a nadie...». Hay, lamentablemente para ellos, quienes nunca dicen «Cristo murió por los pecadores, de los cuales yo soy el primero.» Éstos son los que confían en su propia rectitud. No han aprendido nada de Dios. Más bien quieren convivir con el pecado; no quieren abandonarlo. Quizá les parece que pueden utilizar el arrepentimiento como un mecanismo para convivir con el pecado, para tolerar su pecado, y no como el medio para abandonarlo.
- 2) Pero otros dicen: «Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero.» (1 Ti. 1:15). Éstos son los que sienten el pecado como pecado, y por eso vienen a Cristo. En éstos ha nacido la fe, y por medio de la fe son salvos.

c) *La fe salvadora es un principio activo, porque exige del hombre una respuesta al llamado que Dios le hace.*

La voluntad del hombre interviene, porque la fe es un acto de la voluntad. Este acto de la voluntad es precedido por la reflexión. El intelecto considera el mensaje del Evangelio; pesa el argumento, reconoce que los postulados del Evangelio

sobre la universalidad del pecado son aplicables también a su condición delante de Dios.

Puede haber perplejidad y duda, porque no todo se entiende, pero esta actividad del pensamiento se origina en una conciencia moral despertada. Este despertar a la realidad del alma frente a Dios es altamente saludable. Este hombre ansía saber más, y el Evangelio le trae respuestas. «Dios quiere que todos los hombres sean salvos y que vengan al conocimiento de la verdad.» El Espíritu de Dios le conducirá a contemplar a Cristo crucificado.

«La mirada de fe al que ha muerto en la cruz al momento la vida nos da», dice un conocido himno. Esto es lo que necesita una conciencia despertada por la Palabra de Dios. El arrepentimiento es la identificación de un hombre con la actitud y el pensamiento de Dios hacia el pecado. Y la fe es confianza. En el centro del significado profundo de la fe se encuentra la idea de *descansar* en Dios. Cuando la fe se encuentra con su objeto, que es Cristo, el alma recibe descanso y paz. «Paz, dulce paz, nos habla paz la sangre de Jesús.»

La obra del Espíritu Santo tiene como finalidad la de convencer la inteligencia, pero como tarea es más que intelectual. Es espiritual. Penetra en la razón y en la conciencia. Y produce una convicción no de desesperación, sino de esperanza. El propósito de la convicción es producir fe en Cristo. Dios se dirige a nosotros como seres racionales y requiere una respuesta inteligente y voluntaria. Esta respuesta es la fe, es la confianza en Cristo como Salvador. Esta fe implica confiar hasta el punto de comprometerse con Cristo, de entregarse a Cristo.

Éste es el acto culminante de la fe cristiana: confianza y entrega total a Cristo. Por este acto de fe damos entrada a Cristo en nuestro corazón. Toda la vida del hombre es cambiada. Este acto conmueve al individuo; le conduce a nuevos actos, a nuevos pasos de fe para seguir a Jesucristo. Pero el primer paso es el fundamental.

7. *El Evangelio debe ser comunicado a la mente de los hombres a través de la instrumentalidad de la Palabra de Dios.*

A continuación, Pablo, en un pasaje difícil, expone cuál es el concepto que él tiene de la fe salvadora. Veámoslo con algún detalle.

La predicación se hace para que toda alma entre en una relación salvadora con Cristo. Lo que Pablo destaca aquí es que lo que está envuelto en el llamado en el nombre del Señor no es algo que pueda ocurrir en el vacío; ocurre sólo en el contexto, en el ambiente creado por la proclamación del Evangelio. Pablo formula varias preguntas que llevan cada una al pensamiento hacia atrás. Si ponemos las cosas en el orden natural, cronológico, el proceso que conduce a la fe es el siguiente:

- 1) tiene que haber mensajeros enviados;
- 2) estos mensajeros hacen una proclamación;
- 3) esto determina el oír por parte de los destinatarios;
- 4) este oír conduce a la fe;
- 5) por último, hay el llamado en el nombre del Señor.

Esto está resumido en el versículo 17, cuando dice que la fe es o «viene» por el oír a través de la Palabra de Dios.

La fe a que se refiere la primera parte del verso 14 es fe de confianza, de compromiso con Cristo. La siguiente cláusula es fundamental; ¿cómo creerán en aquel a quien no han oído? Hay un punto en esta cláusula que debe ser explicado.

a) *¿De qué depende que la fe sea un compromiso personal?*

Vale la pena considerar este punto de carácter lingüístico. En Romanos 10:14, la segunda pregunta dice: «¿Y cómo creerán en aquel *de* quien no han oído?»

Dentro de esta pregunta muchos exegetas subrayan que, en lugar de la preposición *de* bien puede haber la preposición

castellana *a*, en cuyo caso se leería: «¿Y cómo creerán en aquel a quien no han oído?»²²⁰

La diferencia es sustancial, porque en el primer caso se trata de oír *acerca* de Cristo y en el segundo se trata de oír a Cristo mismo.²²¹

Esto muestra que, cuando el Evangelio es proclamado por mensajeros enviados por Dios, el que es escuchado es Cristo mismo.

Esto es sorprendente, porque lo grande, lo sorprendente y maravilloso de esta cláusula es que se representa a Cristo como el que es oído en el Evangelio cuando éste es predicado por mensajeros enviados por Dios. Es interesante que Sanday y Headlam, reconocidos entre los más grandes comentaristas, señalan que los vocablos griegos utilizados no significan «oír *de* alguien», sino «oír a alguien predicando o hablando»; agregan que así debe traducirse Romanos 10:14, y que lo que sigue en el pasaje debe entenderse asumiendo que la predicación de los mensajeros de Cristo es idéntica a la predicación de Cristo mismo.²²² Las consecuencias son de un alto contenido doctrinal y práctico, para despertar la fe tenemos que sumergir a nuestros oyentes en las Escrituras y para acrecentar la fe, hay que seguir el mismo camino.²²³

La implicación es que Cristo habla en la proclamación del Evangelio; esto es lo que tiene que ser entendido; el compromiso personal que implica la fe depende de que se produzca un encuentro con las palabras del mismo Señor.

Si lo entendiéramos así, deberíamos temblar, porque las

220. Vale la pena citar a los autores que se inclinan por traducir «a quien no han oído»: Newell, J. Murray, Barth, Bengel, Lenski, Hendriksen, Moule, Cranfield, Wood, Denney (en EGNT), Stagg, Sanday y Headlam, todos ellos al comentar o traducir el citado pasaje de Romanos 10:14. Además, hay que citar a la Biblia de las Américas, que al margen admite *a*, así como *de*; y a la Biblia de Jerusalén.

221. J. Murray, *Romans*, pág. 58.

222. *Romans*, pág. 296.

223. Tozer, *EIC*, pág. 76.

más de las veces pedimos a la gente que responda a un llamamiento que no proviene del Señor. Pero, al mismo tiempo, si lo entendiéramos así, deberíamos regocijarnos, porque en más de una ocasión hemos escuchado, detrás de las palabras de algún hermano predicador, la voz del mismo Señor hablando a su pueblo. Hemos arribado, otra vez, a un punto fundamental.

Pablo puede llamar a su mensaje «El Evangelio de la Gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios» (2 Co. 4:4), porque la predicación que convierte el alma es aquella en la que Cristo está presente, con su poder y con su verdad.

Es importante la opinión del exegeta James Denney, un grande en las Escrituras, quien traduce «¿Y como creerán a quien no han oído?»,²²⁴ identificando la voz de los predicadores con la voz de Cristo. Y agrega que traducir «en aquel de quien no han oído» podría admitirse como legítimo en poesía.²²⁵

Notemos que Pablo presenta aquí, en los versículos 14 y 15 una cadena de argumentos, que el autor Bengel denomina un «clímax retrógrado», es decir, un punto elevado de pensamiento hacia atrás. Por medio de esa serie de preguntas Pablo señala que la salvación requiere la invocación al Señor; esto implica la fe. Esta fe sólo es posible si los oyentes han oído a Cristo; este oír a Cristo sólo es posible si hay una proclamación del Evangelio, y para esto se requiere que haya un hombre enviado por Dios y no uno que hable por su propia iniciativa.²²⁶ Enseña el apóstol que el medio supremo que

Dios ha utilizado para revelarse ha sido la Palabra, y que los judíos han tenido esta Palabra a su disposición como ningún otro pueblo la ha tenido. De allí la tragedia de Israel.

Sí, no queda ninguna duda. «La fe verdadera es una convicción, obrada divinamente, de la verdad de la Palabra de Dios que envuelve una aceptación de ella, y que conduce al que cree a la acción.»²²⁷ Dios no solamente dirige la Palabra al hombre sino que Él mismo abre el corazón para que perciba su glorioso mensaje.

La fe de la Biblia no es algo natural, sino algo obrado dentro de nosotros. La fe se enciende por el llamamiento de Dios; es engendrada en el alma por la Palabra de Dios. Los escritos del Nuevo Testamento y la predicación tienen por objeto generar la fe y hacerla crecer. No tiene por tanto mucho sentido preguntar a una persona si tiene fe, antes de que haya escuchado y comprendido el Evangelio, porque es la Palabra de Dios la que engendra la fe.

La fe es un hecho espiritual. Como tal la fe depende de que las palabras de Cristo moren en el creyente. Este punto es esencial. La morada de las Palabras del Señor son el eje de la enseñanza de Él mismo en Juan 15:7: «Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis, y os será hecho.»

Estas palabras de Cristo tienen que morar como una potencia viva²²⁸ y esto, a su vez, depende de todo el estado de la vida interior. El gran secreto consiste en que la Palabra de Jesucristo morando en nosotros es el equivalente de Él mismo morando en nosotros. La fe es lo que hace que nuestro sentido espiritual comience a funcionar²²⁹ una vez que el alma percibe la Palabra de Cristo.

Si uno desea ser un hombre de fe no podrá prescindir de la Palabra de Dios. La obediencia a la verdad conocida llevará

227. Earle, Ro., pág. 87.

228. Murray, ob. cit., pág. 109.

229. Tozer, LBDD, pág. 52.

224. En EGNT, Ro., pág. 673. (Traducción nuestra. En inglés, literalmente: «How are they to believe on Him Whom they have not heard?») Lenski, Ro., pág. 660, coincide.

225. Sanday y Headlam, pág. 296, sostienen que la traducción de Newell es mejor que cualquier otra que haya sido propuesta.

226. Cranfield, Romans, pág. 534. Es interesante señalar, como lo hace Wood (113) que no se trata de funcionarios de la iglesia («clerlyman», o «ministros autorizados»), sino de «alguien que predica» como indica el original.

a nuevos conocimientos sobre esa verdad, y sobre todo al conocimiento experimental del mismo Señor *que vive en sus palabras, y que vive en nosotros*. El método es éste; el gran mérito de la vida de los hombres de Hebreos 11 es que ellos conocían a Dios. Este conocimiento es un proceso; lleva tiempo. Pero siempre, siempre hay que subrayar que la fe no existe desligada de su objeto, que es el mismo Señor. La medida de la fortaleza de la fe es siempre la medida del conocimiento de Dios. Éste es un punto fundamental. «Si uno desea ser un hombre de fe, hay que subrayar que eso es el resultado de venir a ser una cierta clase de persona. No podrá ser un hombre de fe si descuida la santidad personal y la obediencia a Dios, en todo. No será eso si descuida su Biblia.»²³⁰

La fe salvadora es el conocimiento experimental de Cristo. Debemos conocerle como el que llevó nuestras iniquidades, el que nos salvó de hundirnos en el pecado, ese pecado que Él tomó sobre sí mismo (Matthew Henry, en Is. 53, 12).

La fe comienza con el consentimiento de escuchar a Jesucristo con la mente abierta. La fe está alerta cuando Cristo habla, está alerta para recibir la verdad;²³¹ la cree, la acepta, se compromete y se abandona a la verdad como es en Cristo Jesús.

b) *¿De qué depende que los que oyen lleguen a una comprensión espiritual del mensaje del Evangelio?*

Notemos que un mero *asentimiento* al mensaje es importante, pero no es todavía fe verdadera. En primer lugar, porque para entender el verdadero significado de los hechos redentores hace falta una obra de Dios; se requiere una iluminación del entendimiento que está más allá de la comprensión ordinaria (1 Co. 2). Esta iluminación es la que brinda el Espíritu Santo, quien da su propio testimonio junto con la palabra escrita y predicada.²³²

En segundo lugar, el mero *asentimiento* no es suficiente porque cuando el Espíritu Santo revela al alma la verdadera naturaleza de Cristo y la verdadera naturaleza del hombre como un pecador perdido, que no tiene otra salvación excepto en Cristo, entonces algo fundamental tiene que ocurrir; el mensaje predicado lleva con él una reorientación de las emociones y de la voluntad, de modo que pueda haber una reorientación de la vida entera, que implica un compromiso con Dios y con su verdad. Sí, la fe viene por el oír; viene por oír esta Palabra de Cristo mediante la voz del Espíritu Santo, que se hace audible para el espíritu del hombre.

Hay que recordar otra vez que el Evangelio nunca es entendido y creído, excepto por aquellos que, según la promesa, son «enseñados por Dios» (Is. 54:13; Jn. 6). El poder viene de Dios, pero lo fundamental es que el Espíritu Santo pone su sello de aprobación cuando Cristo está presente en el mensaje que se predica. Así los hombres son enseñados por Dios.

La fe surge de lo que es oído. Es la predicación del Evangelio aquello que produce la creencia en él (Alford). Es decir, en tanto que el Evangelio sea predicado en el poder del Espíritu Santo, el Espíritu de Dios engendra la fe en el mensaje de salvación a los corazones. Y la cosa oída, el mensaje del Evangelio, viene a través de la Palabra de Cristo. Este anuncio debe caer de los labios de Cristo; pero esto no es semejante a la mera palabra humana que pronto se disipa, sino que se trata de una palabra viviente que actúa como el medio para producir esta fe, y que resuena en el oído espiritual del hombre. Cuando Pablo formula estas conclusiones tan grandes, no puede menos que volver sus pensamientos al gran capítulo 53 de Isaías, porque dice en Romanos 10:16: «Mas no todos obedecieron al Evangelio; pues Isaías dice: Señor, ¿quién ha creído a nuestro anuncio?» Cita así al gran capítulo de Isaías que tanto ha contribuido a la interpretación que el Nuevo Testamento hace de la pasión y triunfo de Jesucristo.²³³

233. Es notable que todos los versículos de Isaías 53 están citados en el Nuevo Testamento; ni uno solo de ellos falta.

230. Lloyd-Jones, Ro. 4, pág. 235.

231. Lloyd-Jones, Ro. 3, pág. 123.

232. Lenski, Romans, pág. 668.

La pregunta que se hace el apóstol es la del comienzo del capítulo 53 del profeta que preanunciaba que Israel no creería, ni antes ni aun después, cuando el Mesías vendría al mundo. También en Juan 12:38 esa misma Escritura es citada, para registrar el hecho de que el pueblo de Israel no creería en Jesús como el Mesías durante su ministerio en Jerusalén.

c) *¿De qué dependen la vitalidad y la eficacia de la predicación?*

En Romanos 10:17 Pablo llega a una gran conclusión: «Así que la fe es por el oír, y el oír, por la Palabra de Dios.»

Este versículo resume todo lo anterior. Primero hay que hacer exégesis, es decir, hay que ver qué dice el texto. Literalmente dice: «Así entonces la fe del oír, pero el oír a través de la Palabra de Cristo.»

El griego no tiene verbo en esta cláusula, pero en castellano se requiere uno, y de allí que se diga que la fe viene. La frase final, que en la versión 1960 dice «por la palabra de Dios» debe traducirse, según los mejores manuscritos, como «la palabra de Cristo».²³⁴ Significa tanto «predicar acerca de Cristo» como «el mensaje acerca de Cristo». Algunos traducen «predicar a Cristo».²³⁵

Trenchard señala que, sobre la base de los mejores textos griegos debe leerse «la fe, pues, viene por el oír (por la comprensión espiritual del mensaje), y el oír por la palabra de Cristo».

F. F. Bruce indica que *dia rhematos Cristou* equivale a «la comisión de Cristo» y que, relacionando esta cláusula con el versículo 8 que precede, indicaría la sustancia del mensaje: Cristo quien ha de ser recibido por la fe.

Lo que es importante es destacar que la fe es considerada no como una obra del hombre ni como teniendo algún valor místico en sí misma; en la fe siempre se destaca su instrumentalidad. La fe es el medio para que el pecador culpable se apropie de Cristo, de su obra redentora.

La Palabra de Cristo es la predicación de Cristo, el mensaje del Evangelio, el cual despierta la fe en aquellos que oyen.²³⁶ Así, algunas versiones traducen el versículo 17: «concluimos que la fe es despertada por el mensaje y el mensaje que despierta viene a través de la Palabra de Cristo».²³⁷

Es notable la traducción que hace Newell: «Luego la fe viene de un anuncio, mas el anuncio por medio de la Palabra de Cristo.»

Este autor ha traducido antes el versículo 14 así: «¿Y cómo han de creer en Aquel a quien no han oído?» Por eso, agrega ahora que debe haber un mensaje y un mensajero enviados por Dios. Pero Cristo acompaña esta palabra predicada por medio de su «voz» todopoderosa, como vemos en Juan 5:25: «La hora viene, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y los que oyeren vivirán.»

Es una palabra «vivificada la que crea una fe viva».²³⁸ Es aquí en donde aparece el impulso misionero. Cristo debe, en efecto, pronunciar su Palabra creadora desde el cielo «... y nos ha encomendado la palabra de la reconciliación».

¿Cómo despertamos en el hombre la fe y la confianza?²³⁹ Nadie tendrá fe verdadera si no es introducido en el mensaje de la Biblia; esencialmente en el mensaje de la cruz.

Todo esto subraya la importancia del contenido del mensaje de predicación. El Espíritu Santo da su aprobación cuando el mensaje exalta a Cristo en su gloria como Salvador. La eficacia del mensaje depende del Espíritu Santo, incluyendo

234. Trenchard, Ro., pág. 276. Straubinger y otros coinciden.

235. Las dos preposiciones «por» que aparecen en la versión de 1960 son diferentes en la lengua original, lo que permitiría traducir así: «Así que la fe viene de oír, y el oír por el mensaje de Cristo» (Earle, Romans, pág. 202).

236. Bruce, Romans, pág. 209.

237. Nida, ob. cit., pág. 205.

238. Newell, Ro., pág. 321.

239. Barclay, Roms., El pensamiento de Pablo, pág. 135.

el contenido del mensaje. Éste no puede ser otro que una presentación de los hechos redentores y una explicación de su significado espiritual, siguiendo el texto bíblico. La pregunta que tenemos que hacernos es si estamos haciendo algún esfuerzo para que nuestra predicación se ajuste a este criterio. Hay que afirmar, pues, enfáticamente, que no hay otra manera de oír a Cristo que mediante una exposición de las palabras y de las obras registradas en la Santa Escritura, proclamadas mediante predicadores enviados por el mismo Señor. Y hay que afirmar, con igual énfasis, que no hay otra manera de recibir a Cristo. Es mediante el recibir y el creer las palabras y las obras registradas en la Santa Escritura, proclamadas mediante predicadores del Evangelio, que Cristo mismo es recibido y es creído.

8. *¿Qué podemos hacer para que nuestra predicación tenga vitalidad?*

Lo que es fundamental es comprender que Pablo está enseñando que para que el pecador clame a Dios la fe debe nacer de la Palabra del Evangelio predicada por mensajeros enviados por Dios. Esto significa que nosotros somos heraldos de Cristo a través de quienes los hombres escuchan a Cristo mismo, solamente cuando transmitimos su Palabra.²⁴⁰

Hemos arribado a un punto fundamental para entender qué concepto tenía Pablo en cuanto a la fe que salva. La doctrina del gran apóstol, contenida en varias de sus cartas, es que el Evangelio debe ser comunicado a la mente de los hombres a través de la instrumentalidad de la Palabra, así como a través de la intervención del Espíritu Santo. Esto ocurre cuando el predicador depende del Espíritu Santo y no de sí mismo para preparar y para predicar su mensaje. Los hombres son salvos por Cristo. Ser salvos por Cristo significa ser salvos mediante el conocimiento vital, experimental de Cristo, conocimiento que es comunicado a través de la predica-

ción. La fe resulta de oír el mensaje, y este oír viene (o *es*) a través de la Palabra de Cristo, es decir, a través del hablar que Cristo hace del mensaje, por la boca de sus mensajeros.²⁴¹ El oír requiere la intervención de nada menos que la Palabra del Señor mismo, que debe ser pronunciada y oída.

Esto establece la gran responsabilidad que pesa sobre aquellos que predicán, porque esto significa que el predicador es un heraldo de Cristo a través de quien los hombres han de oír al Señor mismo; esto ocurre cuando la predicación consiste en una exposición del texto bíblico. Esto ocurre cuando el predicador depende del texto y no de su imaginación. Que cada uno aprenda a predicar mediante una exposición de la palabra así como ha sido revelada, y de una manera tal que el Espíritu Santo pueda poner sobre ella su sello de aprobación.

Toda palabra iluminadora, salvadora, la ha pronunciado Dios. Nosotros tenemos el privilegio y el mandato de repetir las, de retomar su fuerza original, cuando las exponemos en detalle, explicando el texto bíblico. En un sentido definitivo, sigue siendo fundamental en la predicación que recordemos que para llegar a los hombres toda palabra salvadora debe ser pronunciada por Dios.

240. Lenski, Ro., pág. 662.

241. Crainfield, Ro., pág. 537.

BIBLIOGRAFÍA

- Anderson, Sir Robert, *The Gospel and its Ministry*, Kregel Publications, Grand Rapids, Michigan, EE. UU., 1978.
- Baker's Dictionary of Theology*, Baker Book House, Grand Rapids, Michigan, 1979. La traducción al castellano es *Diccionario de Teología*, editado por E. F. Harrison, T.E.L.L., Grand Rapids, Michigan, EE.UU., 1985.
- Barclay, W., *Palabras griegas del Nuevo Testamento*, Casa Bautista de Publicaciones, El Paso, Texas, EE.UU., 1977.
- Bauer, J. B., *Diccionario de Teología bíblica* (DTB), Editorial Herder, Barcelona, España, 1978.
- Bengel, J. A., *New Testament Word Studies*. Kregel Publications, Grand Rapids, Michigan, EE.UU., 1978.
- Berkhof, L., *Teología sistemática* (TS), T.E.L.L., Grand Rapids, Michigan, EE.UU., 1972.
- Bevan, W., *Salmos*. LEC, Buenos Aires, Argentina, 1978.
- Blackwelder, B. W., *Light from the Greek Testament*, Baker Book House, Grand Rapids, Michigan, EE.UU., 1976.
- Bonnet y Schroeder, *Hebreos, en comentario del Nuevo Testamento*. Junta Bautista de Publicaciones, Buenos Aires, Argentina, 1952.
- Bratcher, Robert G. and Nida, serie «Translator Guide» sobre varios libros de la Biblia. United Bible Societies, London, New York, Stuttgart, 1984.
- Bruce, F. F., *Romans*. Tyndale Press, Grand Rapids, Michigan, EE.UU., 1963.
- Bruce, F. F., *Galatians*. Eerdmans Publishing Co., Grand Rapids, Michigan, EE.UU., 1982.
- Bruce, F. F., *Hebrews*. Eerdmans Publishing Co., Grand Rapids, Michigan, EE.UU., 1981. Hay versión en castellano, de la misma editorial.
- Bullinger, E. W., *Word Studies on the Holy Spirit*, Kregel Publications, Grand Rapids.
- Calvino, J., *Hebreos*. T.E.L.L., Grand Rapids, Michigan, EE.UU., 1977.

- Carballosa, E. L., *La deidad de Cristo*. Publicaciones Portavoz Evangélico, Barcelona, España, 1982.
- Carballosa, E. L., *Daniel y el Reino Mesianico*. Publicaciones Portavoz Evangélico, Barcelona, España, 1979.
- Conner, W. T., *La fe del Nuevo Testamento* (LFNT); *Doctrina Cristiana* (DC); *El Evangelio de la Redención* (ER); *Revelación y Dios* (REV). Casa Bautista de Publicaciones, El Paso, Texas, EE.UU.
- Cranfield, C. E. B., *Romans*. T. and T. Clark Limited, Edinburg, Gran Bretaña, 1981.
- Chafer, L. S., *Teología sistemática*, (TS). Publicaciones Españolas, Georgia, EE.UU., 1974.
- Denney, James, *The Death of Christ* (TDOC). Klock and klock Christians Publishers. Actualmente Kregel Publications, Grand Rapids, Michigan, EE.UU., 1982. *La muerte de Cristo en la Teología y la predicación*, Revista *Pensamiento Cristiano*, Córdoba, Argentina (traducción de parte de la obra precedente).
- Denney, James, *Romans*, EGNT, *The Expositor's Greek Testament*, Eerdmans Publishing Co., Grand Rapids, Michigan, EE.UU., 1976.
- Diccionario de Teología*, E. Harrison, T.E.L.L., Grand Rapids, Michigan, EE.UU., 1985.
- Diccionario ilustrado de la Biblia*. Editorial Caribe, Miami, EE.UU., 1975.
- Diccionario Teológico del Nuevo Testamento* (DTNT), L. Coenen; E. Betreuther y H. Bietenhard. Ediciones Sígueme, Salamanca, España, 1980.
- Dodd, C. H., *Interpretación del cuarto Evangelio*, Ediciones Cristiandad, Madrid, España, 1978.
- Dods, M., *Hebrews*, en *The Expositor's Greek Testament* (EGNT), Eerdmans, Grand Rapids, Michigan, EE.UU., 1976.
- Eadie, J., *Ephesians*. Zondervan Publishing House, Grand Rapids, Michigan, EE.UU., 1977.
- Earle, R., *Word Meanings in the New Testament* (WMNT), en inglés, en seis tomos. Deacon Hill Press, Kansas City, Missouri, EE.UU., 1979.
- Ellingworth, P. and Nida, E. A., *A Translator's Handbook on the Letter to the Hebrews*, United Bible Societies, Londres, Nueva York, Stuttgart, 1983.
- Enciclopedia de la Biblia*, (EB). Ediciones Garriga S. A., Barcelona, España, 1969.
- Erdman, C. R., *Hebrews*. T.E.L.L. Grand Rapids, Michigan, EE.UU., 1976.
- Gaebelein, A. C., *The Psalms*. Loiseaux Brothers, New Jersey, EE.UU., 1982.
- Gillis, C. O., *Hebreos*. Casa Bautista de Publicaciones, El Paso, Texas, EE.UU., 1951.
- Gooding, D., *Un reino incommovible* (URI). Editorial Literatura Bíblica, Madrid, España, 1982.
- Goodlul, D., *According to Luke*. Inter-Varsity Press, Leicester, England, 1987.
- Guthrie, D., *Hebrews*. Inter-Varsity Press, Leicester, Inglaterra; Eerdmans Publishing Co., Grand Rapids, Michigan, EE.UU., 1983.
- Griffith Thomas, W. H., *Hebrews*. Eerdmans Publishing House, Grand Rapids, Michigan, EE.UU., 1982.
- Haldane, R., *Romans*. The Banner of Truth Trust, Londres, 1963.
- Hamilton, P. J. W., *Hebreos*. Buenos Aires, Argentina, 1977.
- Hendriksen, G., *Epístolas Pastorales*. T.E.L.L., Grand Rapids, Michigan, EE.UU., 1979.
- Hendriksen, G., *Colosenses, Efesios, Gálatas*. La misma editorial citada precedentemente.
- Hodge, Ch., *Ephesians*. Fleming H. Revell Co., New Jersey, EE.UU.
- Hodge, Ch., *Primera Corintios*. The Banner of Truth Trust, Londres, 1969.
- Hodge, Ch., *Romans*. The Banner of Truth Trust, Londres, 1972.
- Hodge, Ch., *Second Corinthians*. Baker Book House, Grand Rapids, Michigan, EE.UU., 1980.
- Hodgkin, A. M., *Cristo en todas las Escrituras*. Lec., S.A., Buenos Aires, Argentina, 1953.
- Hovey, Alvah, *Serie de Comentarios al Nuevo Testamento*, Casa Bautista de Publicaciones, Buenos Aires, Argentina, 1973.
- Hughes, P. H., *Second Corinthians*. Eerdmans Publishings Co., Grand Rapids, Michigan, EE.UU., 1982.
- International Standard Bible Encyclopedia* (ISBE). Eerdmans Publishing Co., Grand Rapids, Michigan, EE.UU., 1986.
- Ironside, H. A., *Hebrews and Titus*, Loiseaux Brothers, New Jersey, EE.UU., 1971.
- Jamieson, Fausset y Brown, (F. y B.), *Hebreos*, en *Comentario exegético y explicativo de la Biblia*. Casa Bautista de Publicaciones, El Paso, Texas y Buenos Aires, Argentina, 1960.
- Lacueva, F., *La Persona y la obra de Jesucristo; Doctrinas de la Gracia*, (DDL) Clie, Barcelona, España, 1979. *La Iglesia, cuerpo de Cristo* (ICC), 1973.
- Lacueva, F., *Nuevo Testamento Interlineal griego-español*. Clie, Barcelona, España, 1984.
- Lacy, G. H., *Introducción a la Teología sistemática* (TS). Casa Bautista de Publicaciones, El Paso, Texas, EE.UU., 1972.
- Lenski, R. C. H., *Epístolas de San Pablo*. El Escudo. México, 1962.

- Lenski, R. C. H., *Hebrews*, Augsburg Publishing House, Minnesota, EE.UU., 1966.
- Leon-Dufour, X., *Vocabulario de Teología Bíblica*, (VTB), Editorial Herder, Barcelona, España, 1975.
- Lightfoot, J. B., *Galatians*. Zondervan Publishing House, Grand Rapids, Michigan, EE.UU., 1982.
- Lockyer, H., *Enciclopedia de doctrinas bíblicas*, (EDB). LOGOI, Miami, Florida, EE.UU., 1979.
- Lockyer, H., *Todos los capítulos y libros de la Biblia*. Editorial Vida, Miami, EE.UU., 1984.
- Lloyd-Jones, M. D., *Estudios sobre Efesios*, en varios tomos, en inglés de The Banner of the Truth Trust, Edinburgh, England, 1979.
- Lloyd-Jones, M. D., *Estudios sobre Romanos*, en varios tomos, en inglés. Zondervan Publishing Co., Grand Rapids, Michigan, EE.UU., 1972.
- Lloyd-Jones, M. D., *Spiritual Depression*. Eerdmans Publishing Co., Grand Rapids, Michigan, EE.UU., 1973.
- Mac Arthur, J., *Hebrews*. Moody Press, Chicago, EE.UU., 1983.
- Mackintosh, C. H. (CHM), *Estudios sobre el Pentateuco*. Editorial Buenas Nuevas, Missouri, EE.UU.
- Mackintosh, C. H. (CHM), *Miscellaneous Writings*. Loiseaux Brothers, New Jersey, EE.UU., 1976.
- Marshall, H., *The Epistles of John*. Eerdmans Publishing CO., Grand Rapids, Michigan, 1978.
- Matthew Henry, *Pentateuco*. Clie, Terrassa, Barcelona, España, 1983.
- Milligan, L., *The Theology of the Epistle to the Hebrews*. The James Family Christian Publishers, Minnesota, EE.UU., 1978.
- Morris, Leon, *Hebrews. The expositors' Bible Commentary*, Editor General F. E. Gaebelin, Zondervan Publishing House, Grand Rapids, Michigan, EE.UU., 1979.
- Morris, L., *First Corinthians*. Tyndale. Inter-Varsity Press, Leicester, Inglaterra, 1983.
- Morris, L., *The cross in the New Testament* (TCNT). Eerdmans Publishing Co., Grand Rapids, Michigan, EE.UU., 1965.
- Morris, L., *The Apostolic Preaching of the Cross* (TAPC). The Tyndale Press, Londres, Inglaterra, 1972.
- Morris, L., *The Atonement* (TA). Inter-Varsity Press, Leicester, Inglaterra, 1983.
- Morris, L., *Por qué murió Jesús* (PMT). Ediciones Certeza, Buenos Aires, Argentina, 1976.
- Moule, H. C. C., *Colosenses*. La Reforma. Buenos Aires, Argentina, 1928.
- Mullins, E. Y., *La religión cristiana en su expresión doctrinal*, (RCED). Casa Bautista de Publicaciones, El Paso, Texas, EE.UU., 1968.
- Murray, Andrew, *Permaneced en Cristo*. Revista «La Reforma», Buenos Aires, Argentina, 1930.
- Murray, Andrew, *The Holiest of all*. Fleming H. Revell Co., New Jersey, EE.UU.
- Murray, Andrew, *Jesucristo, Profeta y Sacerdote*. Clie, Barcelona, España, 1981.
- Murray, Andrew, *La sangre de la cruz*, Clie, Barcelona, España, 1980.
- Murray, John, *Romans*. Eerdmans Publishing Co., Grand Rapids, Michigan, EE.UU., 1977.
- Murray, John, *The Heavenly Priestly Activity of Christ*.
- Murray, John, *The atonement*. Presbyterian and Reformed Publishing Co, New Jersey, EE.UU., 1978.
- Newell, G. R., *Romanos*. Publicaciones Portavoz Evangélico, Grand Rapids, Michigan, 1984.
- Newell, G. R., *Hebrews*. Moody Press, Chicago, 1980.
- Nuevo Comentario Bíblico* (NCB). Casa Bautista de Publicaciones, El Paso, TEXAS, EE.UU., 1977.
- Newman and Nida, *Translator's Handbooks* sobre Juan y Romanos, (THEJ, THER). Unites Bible Societies, 1972.
- Packer, J. I., *Hacia el conocimiento de Dios*, (HCDD). Logoi, Miami, Fl., EE.UU., 1979.
- Pendleton, J. M., *Compendio de Teología Cristiana*. Casa Bautista de Publicaciones, El Paso, Texas, EE.UU., 1977.
- Pink, A. W., *Hebrews*. Baker House, Grand Rapids, Michigan, EE.UU., 1981.
- Pop, F. J., *Palabras bíblicas y sus significados*, (PB). Editorial Escatón, Buenos Aires, Argentina, 1972.
- Rice, J. R., *La oración es pedir y recibir*. Publicaciones de la Fuente, México, 1955.
- Ridout, S., *Hebrews*. Loiseaux, New York, EE.UU.
- Ridout, S., *Lectures on The Tabernacle*, (LOT). La misma Editorial citada precedentemente, 1981.
- Riderboss, H., *El pensamiento del apóstol Pablo*. Ediciones Certeza, Editorial Escatón, Buenos Aires, Argentina, 1979.
- Ryrie, Ch., *La Gracia de Dios*. Publicaciones Portavoz Evangélico (Kregel Publications), Grand Rapids, Michigan, EE.UU., 1979.
- Robertson, A. T., *Word Pictures in the New Testament*, (WPNT). Baker Book House, Grand Rapids, Michigan, EE.UU., 1930.
- Robertson, A. W., *Fe y obras en la Epístola a Tito*. Esfuerzo Literario Evangélico, Buenos Aires, Argentina, 1978.
- Simpson, E. K., y Bruce, F. F., *Ephesians and Colossians*.
- Stagg, F., *Teología del Nuevo Testamento* (TNT). Casa Bautista de Publicaciones, El Paso, Texas, EE.UU., 1976.

Stibbs, A. M., en NCB, *Hebreos*.

Stott, J. R. W. *Ephesians*. Inter-Varsity Press, Leicester, Inglaterra, 1979.

Stott, J. R. W., *Cristianismo Básico*. Ediciones Certeza, Buenos Aires, Argentina, 1977.

Stott, J. R. W., *The Cross of Christ* (TCOC). Inter-Varsity Press, Downers Grove, Illinois, EE.UU., 1986.

Strong, A. H., *Systematic Theology*, (ST). Judson Press, Valley Forge, PA., EE.UU., 1976.

Talbot, L. T., *Christ in the Tabernacle*. Moody Press, Chicago, EE.UU.

Tatford, F. S., *Sacerdocio y Adoración, en la Iglesia*. LEC S. A., Buenos Aires, Argentina, 1971.

The Expositor's Bible Comentary (EBC), Gaebelin, Zondervan Pub. House, Grand Rapids, Michigan, EE.UU., 1981.

The Expositor's Greek Testament (EGNT), Eerdmans Publishing Co., Grand Rapids, Michigan, EE.UU., 1976.

The New International Dictionary of the New Testament Theology (CBNT). Paternoster Press, Editado por Colin Brown, 1976, England, 1976.

The Zondervan Pictorial Encyclopedia of the Bible (ZEB). Zondervan Publishing House, Grand Rapids, Michigan, EE.UU., 1978.

Tozer, A. W., *Who put Jesus on the Cross* (WPCC). Christians Publications, Harrisburg, Pa. EE.UU., 1975.

Tozer, A. W., *La búsqueda de Dios* (LBDD). Editorial citada precedentemente, 1977.

Tozer, A. W., *Ese increíble cristiano* (EIC). Editorial citada precedentemente, 1979.

Tozer, A. W., *Gems*. Editorial citada precedentemente, 1979.

Trenchard, E., *Gálatas*, Cursos de estudio bíblico, Barcelona, España, 1964.

Trenchard, E., *Hebreos*, El amanecer, Córdoba, Argentina, 1958.

Trenchard, E., *Estudios de doctrinas bíblicas*, (EDB). Literatura Bíblica, Madrid, 1976.

Trenchard y Martínez, *Escogidos en Cristo* (EEC), Publicaciones Portavoz Evangélico, Grand Rapids, Michigan, 1987.

Trenchard, E., y Wickham, P., *Efesios*. Editorial Literatura Bíblica, Madrid, España, 1980.

Vine, W. E., *Hebrews*. Lowe and Brydone, Londres, Inglaterra, 1965.

Vine, W. E., *Diccionario Expositivo de Palabras del Nuevo Testamento*, (DEPNT). Clie, Barcelona, España, 1984.

Westcott, B. F., *Hebrews*. Eerdmans Publishing Co., Grand Rapids, Michigan, EE.UU., 1980.

Wickham, P., *Segunda Corintios*. Publicaciones Portavos Evangélico (Kregel Publications), Grand Rapids, Michigan, EE.UU., 1985.

Wiley, H. O., *Hebreos*. Casa Nazarena de Publicaciones, Kansas City, Missouri, EE.UU.

Wiley, H. O., *Introducción a la Teología Cristiana*, (ITC). Beacon Hill Dress, Kansas City, Missouri, EE.UU., 1948.

Wuest, K. S., *Hebrews*, en *Wuest's Word Studies from the Greek New Testament*, en tres tomos. Eerdmans Publishing Co., Grand Rapids, Michigan, EE.UU., 1979.

Las citas y abreviaturas de libro, capítulo y versículo de la Biblia corresponden a la versión Reina-Valera, revisión 1960, a menos que se indique expresamente.

ABREVIATURAS

- A.T.R. A. T. Robertson, *Word Pictures in the New Testament*, Baker Book House, Grand Rapids, Michigan, EE.UU., 1930.
- Baker's *Baker's Dictionary of Theology*, Baker Book House, Grand Rapids, Michigan, EE.UU., 1979. En castellano ver DT.
- Bauer J. B. Bauer, *Diccionario de Teología Bíblica*, Editorial Herder, Barcelona, España, 1978.
- Bengel *New Testament Word Studies*, Kregel Publications, Grand Rapids, Michigan, EE.UU., 1978.
- Berkhof *Teología sistemática*, T.E.L.L., Grand Rapids, Michigan, EE.UU., 1972.
- Bevan Walter S. Bevan, *Comentarios sobre los Salmos*, en varios tomos, Editorial Cristiana (LEC), Buenos Aires, Argentina, 1978.
- Blackwedell *Light from the Greek New Testament*, Baker Book House, Grand Rapids, Michigan, EE.UU., 1976.
- Bonnet L. Bonnet y A. Schroeder, *Comentario del Nuevo Testamento*, Junta Bautista de Publicaciones, Buenos Aires, Argentina, 1952.
- CBDT Colin Brown, *The New International Dictionary of the New Testament Theology*, Paternoster Press, Colin Brown, England, 1978.
- Chafer TS *Teología sistemática*, Publicaciones españolas, Georgia, EE.UU., 1974.
- CHM C. H. Mackintosh, *Estudios sobre los libros del Pentateuco*, Editorial Las Buenas Nuevas, Missouri, EE.UU.
- Conner REV W. T. Conner, *Revelación y Dios*, Casa Bautista de Publicaciones.
- Conner DC W. T. Conner, *Doctrina cristiana*, Casa Bautista de Publicaciones.
- Conner LFNT W. T. Conner, *La fe del Nuevo Testamento*, Casa Bautista de Publicaciones.
- Denney LMDC James Denney, *La muerte de Cristo en la Teología y en la predicación*. Revista Pensamiento Cristiano.
- Denney TDOC James Denney, *The Death of Christ*, Klock and Klock Pub., Grand Rapids, Michigan, EE.UU., 1982.
- DEPNT Vine, W. E., *Diccionario expositivo de palabras del Nuevo Testamento*, Clie, Barcelona, España, 1984.
- DODD C. H. Dodd, *Interpretación del cuarto Evangelio*, Ediciones Cristianas, Madrid, España, 1978.
- DT *Diccionario de Teología*, E. Harrison, T.E.L.L., Grand Rapids, Michigan, EE.UU., 1985.
- DTNT *Diccionario Teológico del Nuevo Testamento*. Coenen, Beyreuther y Bietenhard, Sígueme, Salamanca, España, 1980.
- EBC *The Expositor's Bible Commentary* (Gaebelein), Zondervan Publishing House, Grand Rapids, Michigan, EE.UU., 1981.
- EGNT *The Expositor's Greek Testament*, Eerdmans Publishing Company, Grand Rapids, Michigan, EE.UU., 1976.
- Garriga *Enciclopedia de la Biblia*, Ediciones Garriga, S. A., Barcelona, España, 1969.
- Gooding URI D. Gooding, *Un reino incommovible*, Editorial Literatura Bíblica, Madrid, España, 1982.
- Grabner-Haider VPB *Vocabulario práctico de la Biblia*, Editorial Herder, Barcelona, España, 1975.
- Hovey *Serie de comentario al Nuevo Testamento*, editada por Alvah Hovey, Casa Bautista de Publicaciones, Buenos Aires, Argentina, 1973.
- ISEB *International Encyclopedia of the Bible*, Eerdmans Publishing Company, Grand Rapids, Michigan, EE.UU., 1982.
- Lacueva Francisco Lacueva. *La persona y la obra de Jesucristo. Doctrinas de la gracia*, (DDL). *La Iglesia, cuerpo de Cristo*. Clie, Barcelona, España, 1979.
- Lacy TS G. H. Lacy, *Teología sistemática*, Casa Bautista de Publicaciones, El Paso, Texas, EE.UU., 1973.
- Lenski R. C. H. Lenski, *Comentario sobre las cartas de Pablo*, Publicaciones el Escudo, México, 1962.
- Leon-Dufour X. Leon-Dufour, *Vocabulario de Teología Bíblica*, (VTB) Editorial Herder, Barcelona, España, 1975.
- LXX Septuaginta.
- Lcky EDB H. Lockyer, *Enciclopedia de doctrinas bíblicas*, Logoi, Miami, Florida, EE.UU., 1979.
- Lloyd-Jones D. M. Lloyd-Jones. *Serie de The Banner of the Truth Trust*, 1979, o de Zondervan Pub. Co., 1972, sobre Romanos y Efesios en inglés y algunos en castellano.

Morris TAPC Leon Morris, *The Apostolic Preaching of the cross*, the Tyndale Press, Londres, Inglaterra, 1972.

Morris PMJ Leon Morris, *Por qué murió Jesús*, Ediciones Certeza, Buenos Aires, Argentina, 1976.

Morris TCNT Leon Morris, *The Cross in the New Testament*, Eerdmans Publishing Co., Grand Rapids, Michigan, EE.UU., 1965.

Morris TA Leon Morris, *The Atonement*, Inter-Varsity Press, Leicester, Inglaterra, 1983.

Morris HE Leon Morris, *Hebrews, The expositor's Bible Commentary*, Edición de F. E. Gaebelin, Zondervan Publishing House, Grand Rapids, Michigan, EE.UU., 1979.

Moule Ro H. Moule, *Comentario sobre Romanos, Colosenses*, La Reforma, Buenos Aires, Argentina, 1928.

Mullins E. Y. Mullins, *La religión cristiana en su expresión doctrinal*, Casa Bautista de Publicaciones, El Paso, Texas, 1968.

NBD *New Bible Dictionary*, Eerdmans Publishing Co., Grand Rapids, Michigan, EE.UU., 1972.

NCB *Nuevo Comentario Bíblico*, Casa Bautista de Publicaciones, El Paso, Texas, 1977.

Packer HCDD J. I. Packer, *Hacia el conocimiento de Dios*, Logoi, Miami, Florida, EE.UU., 1979.

Pendleton J. M. Pendleton, *compendio de Teología Cristiana*, Casa Bautista de Publicaciones, El Paso, Texas, 1977.

PG Barclay, W., *Palabras griegas del Nuevo Testamento*. Casa Bautista de Publicaciones, El Paso, Texas, 1977.

POP *Palabras bíblicas y sus significados*, Editorial Escatón, Buenos Aires, Argentina, 1972.

Rice, Oración J. R. Rice, *La Oración es pedir y recibir*, Publicaciones de la Fuente, México, 1955.

Ryrie Ch. C. Ryrie, *La gracia de Dios*, Publicaciones Portavoz Evangélico (Kregel Publications), Grand Rapids, Michigan, EE.UU., 1979.

Stagg TNT F. Stagg, *Teología del Nuevo Testamento*. Casa Bautista de Publicaciones, El Paso, Texas, 1976.

Strong A. H. Strong, *Systematic Theology*, Judson Press, Valley Forge, Pa, EE.UU., 1976.

Tozer LBDD A. W. Tozer, *La búsqueda de Dios*, Christian Publications, Harrisburg, Pa, EE.UU., 1978.

Tozer EIC A. W. Tozer, *Ese increíble cristiano*, Christian Publications, 1979.

Tozer A. W. Tozer, *Gems*, Christian Publications, 1979.

Tozer WPCCA. W. Tozer, *Who put Christ on the cross?*, Christian Publications, 1975.

Trenchard y E. Trenchard y J. M. Martínez, *Escogidos en Cristo*, Literatura Bíblica, Madrid, España, 1965.

Martínez EEC Versión Moderna de la Biblia.

VM H. O. Wiley, *Introducción a la Teología Cristiana*, Beacon Hill Press, Kansas City, Missouri, EE.UU., 1948.

Wiley ITC

WMNT Ralph Earle, *Word Meanings in the New Testament*, Beacon Hill Press, Kansas City, Missouri, EE.UU., 1979.

Wuest *Wuest's Word Studies from the Greek New Testament*, Eerdmans Publishing Company (incluye varias obras). Grand Rapids, Michigan, EE.UU., 1979.

ZEB *The Zondervan Pictorial Encyclopedia of the Bible*, Zondervan Publishing House, Grand Rapids, Michigan, 1978.

La numeración al final de las notas al pie de página indica la página en la obra citada. Por ejemplo: Bauer, 426: indica el diccionario citado, pág. 426.

Las citas y abreviaturas de libro, capítulo y versículo de la Biblia corresponden a la versión Reina-Valera, revisión de 1960, a menos que se indique expresamente.

ÍNDICE TEMÁTICO*

Amor de Dios	II 56	Convicción	VIII 361
	III 67		364
	VII 291	Culpabilidad	II 48
Acceso	IV 115	Cruz	II 45
	V 171		III 60
Agotar el pecado	II 50		VI 196
Acercamiento a Dios	VIII 367		209
Atribución de Justicia	IV 100		215
	VI 191		VII 288
Base de la fe	VIII 339		VIII 367
Bautismo	V 147		368
	156		375
Bautismo por inmersión	V 158	Declarar justo	VI 219
Bendiciones	V 168	Dependencia	VIII 330
	VI 194		332
Carácter de Dios	VI 196		378
	VII 274	Depravación	V 129
	287		VII 310
	VIII 330	Descanso de la fe	VIII 330
Características de la fe	VIII 337		358
Clamor de la fe	VIII 382		397
Compromiso de la fe	VIII 392	Desobediencia de Israel	VIII 394
Comunión con Dios	VII 340	Devocionales	VII 289
	398	Día de la Expiación	II 49
Confesión	II 290		III 61
	VIII 386	Doctrina católica sobre	
Confianza	Ver elementos	la justificación	VI 231
	de la fe		
Conocimiento de Dios	V 171	Don de Dios	VIII 357
	VIII 337	Efecto de la fe	VIII 368

* El número romano indica capítulo; el arábigo indica página.
Así, II, 32 indica capítulo II, página 32.

Elección de Israel	VII 282	Fundamento de la gracia	VII 287
Elementos de la fe	VIII 336		298
Encarnación	I 22	Gloria de Dios	VI 202
	VII 287		VIII 377
En Cristo	V 167	Gracia	VII 269
Engendrado	V 146	Hijo pródigo	IV 101
Enseñanza de Cristo	IV 101	Hijos de Dios	V 139
	VI 239	Hombres nuevos	V 137
	VII 301	Impío	VI 189
Esclavitud del pecador	VII 318		219
Escrituras	II 45	Importancia de la fe	VIII 375
Esencia de la fe	VIII 330	Imputación	VI 189
	334	Inclinación de Dios	VII 297
Espíritu Santo	V 134	Ira	III 61
	138	Jesús	VIII 387
	173		389
	VII 293	Juez	VI 189
	VIII 361		217
	402		219
Evangelio	III 71	Justicia de Dios	VI 189
	VI 219		206
	VII 274	Justificación por la fe	VI 187
	317		227
	VIII 382		VIII 371
	398	Justificación y	
	400	arrepentimiento	VI 266
Expiación	II 45	Justificación y	
Exposición bíblica	VIII 373	regeneración	VI 267
	406	Justificación y	
Fe	VII 280	santificación	VI 265
	305	Lavamiento con agua	V 147
	VIII 325	Ley	I 28-9
Fe falsa	VI 246		II 49
	VIII 325		VI 195
	347	Liberalismo	II 46
Fe viva	VIII 345		58
Fe y obediencia	VIII 341		VI 233
	363	Maldición	I 29
Fe y obras	VI 245		VI 192
Fiador	V 174	Mediador	V 168
	176		176
Fidelidad de Dios	VIII 331	Misericordia	VII 273
	341		VIII 382

Modernismo	II 58	Recibir	VIII 381	Sin Dios	VII 319	Vida	V 133
	III 67	Reconciliación	IV 95	Sola Fide	VI 255		VIII 370
Muerte espiritual	V 132	Redención	I 21	Sola Gratia	VII 316	Vieja naturaleza	V 182
Nueva creación	V 134	Reinado del pecado	VIII 389	Sufrimientos			VII 311
Nuevo nacimiento	V 129	Reinado de la gracia	VII 306	de Cristo	II 51		VIII 390
	134	Reforma	VI 201		53	Unión con Cristo	II 57
Nuevo Pacto	V 160		231		VII 288		58
	166	Regeneración	V 129	Sustitución	III 84		V 167
Objeto de la fe	VIII 341		134		VI 195		VI 223
Obras	VI 245	Regeneración bautismal	V 147	Transferencia de culpa	II 50		VII 291
Oír	VIII 398		157	Trento	VI 230		VIII 372
	404	Relación	III 80	Trono de gracia	VII 307		384
Pablo y Santiago	VI 244		V 167				
Pacto	V 162	Relación	VII 288				
Pacto de gracia	V 163		VIII 369				
Pacto de Sináí	V 163		378				
Palabra de Dios	V 147	Remisión	VI 193				
	172	Renovación	V 134				
	VIII 395	Respuesta de la fe	VIII 365				
Palabra de fe	VIII 386		396				
Paz	VII 286	Ruina	VIII 391				
	299	Sacrificios	II 49				
	VIII 373		VII 281				
	397		VIII 367				
Pecado	VI 188	Salvación	V 147				
	193		VI 187				
	VII 286		262				
	312		VIII 369				
	VIII 364		391				
	396	Sangre	I 31				
Peña	VI 193		36				
Perdón	V 169		III 74				
	VI 193		78				
	VII 302		V 174				
Precio	I 21		VI 196				
Predicación de la sangre	III 84		210				
Presencia de Dios	V 171		VIII 375				
	VIII 368	Satisfacción	III 85				
Profecías	V 160		VI 193				
	VIII 391	Señorío de Cristo	VIII 375				
Promesa	VI 248		388				
Propiciación	III 60	Servir en la carne	VII 294				
	VI 195	Simiente de Abraham	V 165				

ÍNDICE DE TEXTOS BÍBLICOS*

Génesis			Mateo		
3	VII	279	22:1-14	VI	239
3:16-18	V		Lucas		
6:5	V	129	7:36-50	VII	302
	VII	312	15:11-32	IV	101
15:6	VI	192	Juan		
22	VI	254	1:12	VIII	339, 369
Éxodo					381
19:8	V	164	1:12, 13	V	140
24:3	V	164	3:5	V	145
25:22	III	74	3:16	VII	274
Levítico			Romanos		
16	III	74	1:16, 17	VI	187, 188
17:11	II, III	46, 79	1:24-28	III	70
Números			3:21-26	VI	202
7:89	III	92	3:25	III	78, 82
Deuteronomio			5:1	VIII	374
30:13, 14	VIII	386	5:2	III	82
Isaías			5:8	VII	278
53	II	51	5:8-10	IV	107
	VIII	402, 404	5:20	VII	306
53:1	VIII	394	5:21	VIII	389
Joel			6:12	VIII	389
2:32	VIII	391	10:8-17	VIII	386
			10:14	VIII	394, 398

1 Corintios			Tito		
6:20	I	28	3:5	V	134
2 Corintios			Hebreos		
5:17	V	159, 180	1:1-3	III	94
	VII	295	2:17	III	77, 79
5:18-21	IV	110	7:22	V	161
8:9	VII	299	9:5	III	78
Gálatas			10:10, 11	V	171
2:20	VIII	375 y ss.	11:1-6	VIII	351 y ss.
3:13	I	28	11:6	VIII	367
3:13, 14	VIII	381 y ss.	Santiago		
3:16	V	165, 166	1:18	V	150, 152
4:5	I	28	2:14-24	VI	245
Efesios			1 Pedro		
2:8-10	VII	315	1:3	V	148
2:10	V	182	1:18	I	28
	VIII	359 y ss.	1:23	V	148
2:14-18	IV	115	1 Juan		
5:26	V	156	2:2	III	75, 89
Colosenses			3:1	VII	307
1:15-20	IV	126	4:10	III	76, 86
1 Timoteo					
2:5, 6	V	177			

* Solamente se señalan aquellos pasajes bíblicos que reciben un comentario en este libro.

El número romano indica capítulo; el arábigo indica página.